

CO

st  
8











**LA CONJURACION DE MÉJICO,**

DE DON PATRÍO Y LOS HIJOS

**DE HERNAN CORTES,**

Ast R 2238 (3)

LA CONJURACION DE MEXICO

o los otros

DE BERNARDO GONZALEZ



# LA CONJURACION

DE MÉJICO,

6

## LOS HIJOS DE HERNAN CORTÉS.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.



TOMO III.

BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCOLA PIA  
CATALUNYA

MADRID.—1850.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ANDRES Y DIAZ,

Plazuela del Duque de Alba, núm. 4.

LA CONJURACION

DE MÉJICO,

LOS HIJOS DE MERVAN CORTEZ.

BOYER HISTORICAL, CHICAGO

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.



BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCOLA-RIB  
CATALUNYA



MADRID.—1850.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ALFONSO Y DUEÑO

Plaza del Duque de Alba, núm. 4.

# LA CONJURACION DE MEXICO,

Ó LOS HIJOS

## DE HERNAN CORTÉS.

### PARTE TERCERA.

#### CAPITULO I.

QUE DON MARTIN CORTES SACÓ LOS PIES DEL PLATO, MIENTRAS LOS  
DEMÁS CONVIDADOS METIAN EN ÉL LAS MANOS.



o olvidemos que el esposo de Elvira al proyectar y disponer la fiesta, tanto tiempo hace asunto de nuestra relacion, se proponia simultáneamente dos fines correlativos aunque diversos, á saber: primero, tantear, por decirlo así, los ánimos en el partido á cuyos designios se consagraba; y en segundo lugar, pasarle muestra en presencia del bando enemigo mismo, y de manera que los caudillos de éste no tuviesen ni pretesto de inculpar tal alarde.

Para conseguirlo, érale forzoso mantener, cuando menos, las apariencias de la paz entre los heterogéneos personajes al bosque convidados; y si bien los acontecimientos del camino parecían presagio funesto á tal intento, la felicidad con que casi milagrosamente se obvió el conflicto cuando mas inevitable debiera creerse, inspiró al naturalmente confiado D. Alonso grandes esperanzas de salir en todo airoso de su difícil empresa.

No se le ocultaba, sin embargo, que los de la Audiencia, siendo gente rencorosa y vana, difícilmente olvidarían el desaire que de sufrir acababan; desaire tanto mas profundo, cuanto mas en público ajó la inmensa vanidad de hombres que, estraños por su nacimiento á la aristocracia, y estraños tambien al pueblo por su posicion oficial, aborrecían á la primera por envidia, y por orgullo detestaban al último. Humillados, pues, por los nobles, y silbados por la plebe, los Oidores, por mucho que disimular querían su afrenta, algo tenían en la expresion de la fisonomía y en el acento de la voz, que aun para hombre de menos ingenio y penetracion que Avila, revelara el fuego volcánico que en sus corazones ardia.

Solo á fuerza de tacto y perseverancia era como podia esperarse que la inevitable tempestad dejara de estallar aquel dia, y nuestro caballero se propuso no omitir esfuerzo ni precaucion para conseguirlo. Verdad es que, previendo aun antes de que la discordia mostrase su cabeza erizada de vívoras, muchas de las dificultades que el negocio ofrecia, tomó D. Alonso sus medidas en consecuencia; y por tanto, para evitar que en la mesa la cuestion de asientos promoviese disgustos, dispuso una circular, y por consiguiente sin cabecera. Asi fue que, llegado el momento del desayuno, los Oidores, que lo esperaban y temían á un tiempo, halláronse con que podían sentarse donde y como les viniese á cuento, sin presidir y sin ser presididos igualmente.

Pero D. Martín Suarez, no contentándose, como Avila, con que la paz ostensible se conservase, sino queriendo que además los ánimos se sosegaran en realidad hasta donde fuese dable, dijo en voz baja algunas palabras al oído de Elvira, en el momento de presentarse esta bajo el emparrado; y la bella dama, en consecuencia, llamando al Doctor Ceinos, hizole sentar á su derecha, y á D. Martín Cortés á su izquierda. De ese modo para el Doctor decano fue en realidad el asiento preferente, sin desaire para el Bastardo, á quien se daba el lado del corazón.

D. Alonso, por consejo tambien de Suarez, colocóse entre doña Juana de Sosa, esposa de D. Luis de Castilla, y la tierna consorte del Doctor presidente de la Audiencia.

Los demas convidados sentáronse indistintamente, interpolándose damas y caballeros hasta donde fue posible. Inés quedó sentada entre Ceinos y Bocanegra; Leonor á la izquierda de D. Martín Cortés, con D. Fernando de Valdestillas á su derecha.

Durante algun tiempo todo el mundo guardó silencio, fuese que el hambre ejerciera sus omnipotentes derechos, ó bien que cada cual esperase á que algun otro rompiese á hablar; mas, al cabo, empezaron los diálogos sobre el tiempo, la calidad de los manjares, y otras materias indiferentes, produciendo un rumor sordo á manera del que se nota en las colmenas.

Don Juan Chico de Molina fue quien entabló la conversacion general, diciendo al dueño de casa en voz alta:

—«Y bien, señor D. Alonso: ¿Qué nos teneis preparado para despues de vuestro magnífico almuerzo, que ya va pareciéndose en lo suntuoso á la célebre cena del Rey Baltasar?»

—Para despues, como para antes del desayuno, y

para siempre, señor Dean, tengo á disposicion de mis nobles huéspedes, cuanto vale y encierra esta pobre alquería.

— Dejemos la humildad aparte, señor D. Alonso (interpuso Castilla), y decidnos vuestros proyectos.

— Por el cielo santo (replicó el interpelado, afectando gran candor), que no tengo proyecto alguno, aunque si todo preparado para que cada cual de vuestras mercedes se entregue, mientras llega el medio dia, á la diversion que mas le cuadre. Los cazadores hallarán monteros, arcabuces, caballos, perros y halcones, á su voluntad; redes, cañas, anzuelos y cebo dispuestos, los que en los estanques quieran entretenerse en la pesca; hay en el jardin juego de pelota, tiro de barra, arena para la lucha y ejercicios gimnásticos; tengo una sala de armas, donde los aficionados podrán esgrimirlas; y en la biblioteca libros de caballería, romances, y aun historias, segun imagino. Ofrece el bosque sombra y verdura á los que filosofar quieran, y yo con mis criados, en fin, estamos prontos á cuanto pueda contribuir á solazaros.

— ¡Vitor, D. Alonso! dijo el Bastardo por decir algo.

— ¡Oh! señor D. Martin, respondió Avila; no os apremiareis á vitorearme, porque habeis de dar un acelerado paseo á caballo, ó descompadramos.

— ¡Es mucho, D. Alonso! exclamó el Dean sobresaltado, y con gran deseo de apartar la conversacion del rumbo que tomaba; pero Avila insistió de este modo:

— No ha de valerle á D. Martin Cortés vuestra intervencion, ni á vos os será de provecho la inmunidad eclesiástica: ambos montareis á caballo apenas se concluya el desayuno.

— ¿Pues á dónde quereis enviar á estos señores? preguntaron á un tiempo algunas damas y tal cual caballero de los menos avisados.

— ¿A dónde los envío? No los envío, que me los llevo conmigo.

— Brindemos (interrumpió el Dean, viendo ya pronta á descargar la nube), brindemos, y es mengua que haya de ser yo quien lo proponga, por las bellas damas que con su presencia nos favorecen.

— ¡Brindemos, brindemos por las damas!» Clamaron á una voz todos los concurrentes; y llenáronse los vasos; y con ellos llenos fueron las señoras saludadas; y cada cual apuró su copa; y el Dean se creyó á salvo, no sin fundamento; porque D. Martin Suarez, tambien temeroso de la lengua de Avila, hizole seña para que mudase de conversacion, aprovechándose de la confusion del brindis; y Avila, sin renunciar á su proyecto, queria por el momento darle gusto.

Mas el Doctor Ceinos, que hasta entonces se habia limitado á decir á doña Elvira las palabras y frases que la mas económica galantería pudiera exigir, sobre poco más ó menos con la dulzura que el oso á quien la vista del palo obliga á bailar una zarabanda ante su dueño, al cual de mejor gana devorara; el Doctor Ceinos, repetimos, adivinando por una parte á dónde se encaminaban las razones de Avila, y ansioso por otra de no perder su malhadado viage á Chapultepec, así que, terminado el brindis, vió que todos habian vuelto á ocupar sus respectivos asientos, tomó la palabra y dijo con reposado melífluo acento:

— «Si el señor D. Alonso, nuestro tan cortés huésped, no lo há por enojo, y mi curiosidad no parece intempestiva, rogaríale nos esplicase qué delito han cometido el señor Dean y el muy ilustre D. Martin Cortés para deterrarlos del bosque.

— Vuesa merced, señor Doctor, se apresuró á decir Suarez, sin darle tiempo á Avila para que hablase, acude como siempre en defensa de la justicia; y yo creo que

mi intervencion será bastante para que D. Alonso renuncie á un proyecto que, sin ofenderle, tengo por infundado capricho.

—Perdóneme el Sr. D. Martin Suarez (replicó el Doctor), pero *aquí no soy mas que uno de tantos*; la autoridad suprema es de las damas.

—Miren, interrumpió el Dean, si es galan el Doctor presidente... Pero ¿Este almuerzo no se acaba?»

Y diciendo asi, hizo el eclesiástico ademán de levantarse de la mesa: mas Ceinos, que era terco, sin cuidarse de interrupciones, volvió á la carga directamente contra D. Alonso, y díjole:

—«En fin, ¿Sabremos ó no lo que tuve la honra de preguntaros?»

Al entablarse la conversacion que vamos refiriendo, D. Alonso habia procedido, segun su costumbre, atropelladamente; considerando luego la reprobacion de Suarez, las congojas del Dean, y cierto aire mas grave que de costumbre en el Bastardo, propúsose, si no renunciar al designio concebido, por lo menos cesar en su plática por entonces; pero al verse tan directa y terminantemente interpelado por Ceinos, díjose que no podrian ser peores las consecuencias de esplicarse que las de guardar un silencio, cuando menos, grosero, y en todo caso á propósito para fortificar las sospechas de sus enemigos. Respondió, pues, categóricamente de esta manera:

—«La cosa no vale la pena; pero una vez que vuesa merced desea saberla, obligacion mia, como huésped y caballero, es no dejarle descontento.»

Al oír tal exordio, el Dean estuvo para atragantarse con el hueso de una aceituna que entonces comia; don Martin Suarez hizo un gesto, como si probara vinagre; el Bastardo se puso pálido; doña Elvira miró fijamente á su marido como para inquirir en su semblante si el momento de las hostilidades era llegado; y Ceinos, des-



pues de mirar de reojo y significativamente á sus dos colegas, Villalobos y Orozco, tomó la actitud atenta y recogida del hombre que á escuchar á un predicador famoso se prepara.

D. Alonso, tendiendo primero en derredor la vista, como el luchador reconoce la arena á que va á lanzarse, prosiguió diciendo en sosegado tono: «Esperaba yo, señor Doctor, que honrase hoy esta pobre casa con su presencia el Príncipe de la nobleza mejicana, el heredero del nombre y gloria del inmortal Conquistador de esta tierra...

—Y no se ha dignado su señoría! Esclamó Villalobos, no pudiéndose ya contener, con un tono de insoportable ironía.

—Su señoría (prorumpió á su vez con cierto acento breve y seco que para las grandes ocasiones reservaba la altiva doña Elvira); su señoría nunca deja de favorecer á la nobleza, y menos á nosotros que nos vanagloriamos de contarnos entre los mas leales amigos de su ilustre casa.

—Mi esposa, os ha respondido cumplidamente, señor Villalobos.

—Pero el hecho es, insistió de nuevo Ceinos impasible, el hecho es que, ó yo he cegado, lo cual no creo, ni Dios permita, ó el *ilustre heredero de la gloria de Hernan Cortés*, no se halla en este sitio.

—No se halla, respondió Avila, alzando tanto mas el tono cuanto mas era su embarazo; no se halla porque mi señora la Marquesa...

—Comprendo, comprendo, volvió á interrumpir Villalobos: como la Marquesa está en cinta, no puede el Marqués moverse!»

A pesar de que los partidarios de la Audiencia estaban en minoría en la mesa, los mas de los convidados

no acertaron á contener la risa oyendo la cómica reflexion del Oidor.

Si se correria D. Alonso, si se enrojeceria el rostro de doña Elvira, si Suarez, Castilla, Valdestillas y los principales caballeros del bando de la nobleza sentirian hervir la sangre en sus venas, no hay para qué decirlo: pero sí diremos que, entre todos los circunstantes, el mas conmovido por aquel incidente que de nuevo amenazaba turbar la paz, fue D. Martin Cortés. Y asi era natural que aconteciese, ya porque de su hermano se trataba, ya porque en el fondo de su corazon conocia el hijo de Marina que la conducta del Marqués del Valle en aquella ocasion no era digna de su nacimiento, ni cumplia con ninguna de las exigencias de la situacion en que Méjico y su parcialidad se encontraban.

Para comprender á D. Martin es preciso recordar de continuo su nacimiento ilegítimo, y su educacion dirigida á hacer de él un súbdito sumiso del Marqués del Valle, sin perder de vista que circulaban en sus venas mezcladas la sangre impetuosa de un héroe, y la apasionadísima de la mas amante y mas noble criatura que Méjico produjo nunca. Colocado, pues, perpétuamente entre la barrera de la obediencia á su hermano, que le detenia, y la espuela de su generosa índole que le aguijoneaba, no le ofenderemos comparándolo á uno de los bien endoctrinados corceles andaluces, á quienes se obliga á galopar en reducido espacio durante largo tiempo. Sus ojos se inflaman, sus narices se dilatan, hiérveles el pecho, cúbrense de blanca espuma, en todos sus movimientos se revela el ardor con que á la carrera se lanzáran si se les diera libertad para ello: mas, dóciles á la rienda, contiénense sumisos á la voluntad del ginete. Tal era D. Martin: callado, obediente, fanático en su sumision, mas no por eso de mármol, mas no por eso

insensible á los estímulos de la gloria, ni al escozor de los agravios.

Al ver, pues, que á un tiempo triunfaban los de la Audiencia, de Avila y de su hermano el Marqués, previendo por una parte que D. Alonso contestaria de manera que la guerra habia de hacerse inevitable, y por otra que la fama del hijo de su propio padre iba á quedar muy mal parada, dando de mano á todo género de consideraciones, levantóse en pie, y en voz sonora y con sosegado continente, dijo:

—«Ruego á vuestras mercedes que antes de proceder mas adelante en la conversacion que tienen entablada, quieran oirme, y verán que todos se engañan, asi don Alonso como los señores de la Audiencia.»

Nunca interrupcion llegó tan á tiempo; jamás palabras sorprendieron tanto á oyentes algunos, como la interrupcion y palabras de D. Martin Cortés en el momento á que nos referimos.

En efecto: Avila, perdidos los estribos, se disponia á enviar al doctor Villalobos algunas leguas mas allá de los infiernos: D. Fernando que ni hacia caso de la linda andaluza que al lado le habian puesto, ni olvidaba sus contestaciones con Juan de Samano, á pesar de que éste se abstuvo por completo de toda intervencion en aquel debate, buscábale con los ojos para emprender con él á cuchilladas apenas hubiese ocasion; Suarez, Castilla y Bocanegra mirábanse ya como gentes que preveen la lucha; Elvira respiraba con delicia el viento precursor de la tormenta; Ines pensaba, en si deberia ya desmayarse; y Beatriz, aprovechando la ocasion, asía temerosa la rodilla del ingrato D. Alonso.

Mas al escuchar al Bastardo convirtieron todos á él los ojos y los oidos, temiendo unos, esperando otros, y no adivinando nadie su propósito.

En medio del silencio general, D. Martin, dijo:

—«No le fue posible á mi hermano y señor, el Marqués del Valle, concurrir á la fiesta de D. Alonso... (*Avila, Suarez, Elvira y los suyos fruncieron el ceño; los Doctores se regocijaron; la serenidad comenzó á renacer en el turbado semblante del Dean diplomático*). No le fue posible concurrir á la fiesta de D. Alonso esta mañana... (*Sensacion general*) por no abandonar á su esposa doña Juana que, como es público, se halla en cinta. (*Sonrisas de los Doctores y sus parciales; los del bando contrario tragan saliva.*) Pero como el Marqués del Valle sabe bien que está obligado á la cortesania, cuando menos, con la nobleza mejicana (*comienzan á variar los semblantes*), con cuyo afecto y benévola asistencia cuenta siempre (*señales de aquiescencia por parte de los caballeros; los del opuesto bando ponen la cara seria*), háme autorizado (*silencio sepulcral*) para que en su nombre ruegue á D. Alonso (*la sonrisa aparece en los semblantes de los caballeros, los Doctores alargan sus caras*) le dispense (*cambio súbito y en sentido inverso de fisonomías*), le dispense por el almuerzo, y le permita no venir (*se nublan los caballeros, aparecen radiantes los Doctores*) hasta poco antes del medio dia, que iremos á buscarle el Dean y yo, señores.»

Un aplauso estrepitoso, prolongado y entusiasta, por parte de los nobles, acogió las últimas palabras de don Martin Cortés; y era de ver el aspecto de los pobres Doctores y su escasa parcialidad.

Pero quien de aquel lance salió mas profundamente atribulado fue el Dean, y ese por dos motivos poderosos: de amor propio el uno, y de temor el otro. Resintióse naturalmente su orgullo de consejero y diplomático, viendo por una parte que D. Martin Cortés se le emancipaba tan sin freno, y por otra que su habilidad solo habia conseguido comprometer mucho mas al Mar-

En medio del silencio general, D. Martin dijo:

qués, que si lisa y llanamente aceptara desde luego el convite de Avila.

En general sucede no pocas veces que los hábiles, por evitar un mal paso, dan en los precipicios. En honor de la verdad, no sentia tanto Molina lo desairado de su posicion personal, como el compromiso del Marqués del Valle; porque nuestro Dean le amaba, no solo como hombre de partido, sino como se ama la máquina que se dirige, ó como la nodriza al párvulo que amamanta.

En cuanto al Bastardo su resolucion era tanto mas inalterable, tanto mas fria, cuanto que usando poco de su personal voluntad, teniala entera y firme para los casos necesarios.

Suarez le miraba con ternura y gratitud; Avila entusiasmado; Bocanegra llegó casi á sonreirse, á pesar de que aún no habia llegado Catalina; y D. Fernando, para manifestar su gratitud, resolvióse á apartar la vista de Elvira uno ó dos segundos, y fijarla en D. Martin.

Terminóse el almuerzo con la importante conversacion que dejamos escrita: D. Alonso dió la señal de la dispersion; y sus huéspedes se dividieron naturalmente en varios grupos, segun las edades, estados y opiniones que profesaban.

Doña Elvira, Castilla, Bocanegra y los demás que tenian encargos especiales, iban de grupo en grupo averiguando los deseos para satisfacerlos en lo posible, dando al efecto las órdenes oportunas á los criados, que atentos y solicitos las esperaban.

Dejemos por un instante á la nobleza, y dignémonos echar una mirada sobre la plebe que, con mas estrépito y mayor alegría, pero no con menos ánimos de pelea, se solazaba tambien en el bosque.

Nunca como en el campo se muestra á descubierto y sin disfraces la índole de las gentes ciudadanas; parece que bajo la bóveda celeste, y á la luz de los astros, y

sobre la fresca yerba, arrojan los hombres la máscara que en las poblaciones llevan ó por necesidad ó por hábito, pero de continuo y casi sin escepciones.

Tiéndese el honrado mercader, que durante una laboriosa semana vivió mas á manera de hormiga que de sér racional, tiéndese y da rienda suelta á la pereza que le acosa; el jornalero robusto ejercita con deleite sus fuerzas en gimnásticos juegos, preparándose con ellos para devorar la merienda que le aguarda: el rico goza de la sencillez rústica con insólito deleite: el pobre de lo que para todos hizo Dios, el aire y la luz: el alegre saborea sus dichas, el triste siente calmarse sus penas; y..... ¿Pero á dónde voy, señor? ¿A dónde voy? Lo que debo decir y diré es que, ampliamente provista la muchedumbre de víveres por la generosidad de Avila, y estendiéndose, sin mas regla ni cortapisa que la voluntad de cada cual, por el bosque y el prado, ofrecia el curioso, entretenido y regocijador aspecto que conocen bien cuantos han concurrido á romerías en España..... Y por cierto que, con sentimiento, vemos que de dia en dia degeneran en ferias francesas aquellas nuestras populares fiestas; mas sea como quiera, en los tiempos á que nos referimos, aún no adolecia la patria de Hernan Cortés del achaque de estrangerismo.

Poco diremos de la poblacion europea-mejicana, pues ya indicamos que comia, y no es necesario añadir que bailaba y cantaba, sabiéndose que de gente de raza española se trata.

En cambio nos parecen dignas de la atencion del curioso las especiales diversiones de los indios, y siendo uno de nuestros principales objetos dar idea de las costumbres de aquellos naturales, justo será que á él consagremos ahora algunas páginas en las cuales, dicho sea en descargo de nuestra conciencia literaria, y para responder de antemano á quien de plagio pudiera acusar-

nos, habremos forzosamente de copiar á los autores competentes. De otro modo, quizá ganáramos fama de ingenio, mas no pudiera ser sino á costa de la verdad histórica y presentando al público, en vez del pueblo mejicano, otro fantástico y de nuestra peculiar invención, como suelen hacerlo algunos célebres literatos de allende los Pirineos, merced á cuyos *viages* por países que unas veces solo han visto en el Mapa, y otras atravesado en posta, se tienen en Francia singulares ideas en cuanto á los demas pueblos. Quede, pues, sentado que nosotros hemos ido á beber á las fuentes naturales, es decir: á los coronistas é historiadores de Méjico; y para mas exactitud añadiremos todavia que los dos autores á quienes de preferencia seguimos, son Torquemada y Clavigero; aquel notable por su erudicion, éste por su buena crítica.

Los indios eran amantes del placer, como lo son ordinariamente los pueblos meridionales, y como tambien aquellos que carecen de vida política. Donde todos tienen parte en los negocios de gobierno, donde cada cual está mas ó menos personalmente interesado en la *cosa pública*, como decian los latinos, alli faltan el tiempo y la voluntad para entregarse á la disipacion. Pero cuando el poder supremo está vinculado y monopolizado, cuando los gobernantes son los *señores* y no los *gerentes* del pueblo, entonces todo conspira á la molicie, entonces todos se entregan á los placeres, ó para olvidar que son esclavos, ó para que la tiranía no los juzgue dignos de sus iras. Asi se comienza; y los que oprimen políticamente al pueblo le precipitan en la carrera de la disipacion para degradarle; y el pueblo se divierte y se degrada; y hay hombres entonces que osan decir, y tienen razon para decirlo: *Yo soy el Estado!* Verdad es que llega un dia, al cabo de años ó de siglos (los siglos son los años de la humanidad) en que la Providencia descarga

su azote sobre las naciones que los vicios degradaron...! ¿Pero qué les importa eso á los que, petrificados por el egoismo, nada ven mas allá del término de su vida?

Decíamos que los indios mejicanos eran amantes del placer bajo el dominio de sus reyes, como los romanos bajo el de sus emperadores, y podríamos añadir que los Aztecas sucumbieron á un puñado de españoles, como los latinos á las hordas del Norte, por causas análogas: pero eso no es del caso, y volviendo al canto llano, si decirle al lector, que aún despues de la conquista y de la conversion conservaban aquellos naturales aficion grandísima á los recreos propios de sus antepasados.

La civilizacion mejicana, á principios del siglo XVI, estaba tan adelantada que, para igualarse en pocos años con la europea, faltábale solo, en nuestro concepto, poseer la escritura alfabética en vez de la geroglífica.

Algo hemos dicho de su arquitectura, y aunque poco, lo bastante para que se comprenda que, si bien empíricamente, la Geometría y la Mecánica estaban en el Anahuac muy adelantadas.

Sus canales, sus calzadas en las lagunas, sus muchas y copiosas fuentes, acreditan que prácticamente conocian los mejicanos la hidráulica.

Lo vistoso y variado de sus joyas, trages, muebles y adornos, demuestran progresos importantes en la industria fabril.

En punto á moral, jurisprudencia y etiqueta religiosa y civil, la máquina artificiosa de su religion y gobierno, del cuerpo sacerdotal y de la aristocracia, no consienten ni la sospecha de barbarie; y en el discurso de la conquista dieron muestras de conocer demasiado las artes diplomáticas.

¿Cómo, pues, habian de carecer de elementos como la poesía, la música y el baile, que son los que inician la civilizacion en la infancia de los pueblos, y anuncian en



su apogeo la época de su decadencia y ruina, así como el llanto es la primera y última señal de vida que da el hombre?

La historia patria, conservada tradicionalmente, así como los misterios, dogmas y preceptos morales de la religión, estaban en Méjico poéticamente formulados. Encomendarlos á la memoria era trabajo indispensable para los que aspiraban al nombre de doctos. Desde el monarca hasta el último de sus vasallos, aprendían todos, cual mas, cual menos, los poemas heróicos, históricos y religiosos; y en todas las solemnidades, sagradas ó profanas, se entonaban himnos de una ú otra especie.

Verdad es, y no la ocultaremos, que la música estaba en sus primeros pasos, consistiendo la vocal en cantos monótonos, pobres de ritmo y de armonía, y solo melodiosos en virtud de la voz natural y de la acentuación especial de los cantantes.

En cuanto á la música instrumental, desconocían los mejicanos toda la de cuerda, y en la restante estaban reducidos á *cornetas*, *caracoles de mar*, *pifanos* ó flautillas de sonido agudísimo, y dos instrumentos, llamados entre ellos *Huehuetl* y *Teponaztli*, que por ser los mas importantes y usuales describiremos aparte.

El *Huehuetl*, ó tambor mejicano, era un cilindro hueco de madera, de tres pies de alto y próximamente la mitad de diámetro, artificiosamente pintado en su parte exterior, y con un parche de piel de ciervo en la superior; piel que se estiraba ó aflojaba á voluntad, por medio de cuerdas al efecto dispuestas, á fin de hacer mas graves ó mas agudos sus sonidos, según convenia. En resúmen, diferenciábase poco aquel instrumento del tambor llamado *redoblante*, que hoy usan en Europa todas las bandas de música militar; pero no se tañía como el último citado con baquetas, sino con las manos,

lo cual parece que debia de aumentar la dificultad y fatiga para el músico.

Y si el Huehuetl era parecido al redoblante, tambien el *Teponaztli*, se asemejaba mucho al bombo moderno, pues que, como él, consistia en un cilindro hueco de madera, cuyas dimensiones variaban segun á los filarmónicos les placia. Los mayores no pasaban, sin embargo, de cinco pies de longitud. Mas el *Teponaztli*, que se usaba horizontalmente colocado, tenia sus dos planos paralelos tambien de madera, quedando en consecuencia cerrado, y sin mas aberturas que dos hechas á igual distancia de sus dos planos laterales, en la superficie cóncava, paralelas entre sí, á corta distancia una de otra, y en el sentido del eje del instrumento. Herido éste con baquetas en el espacio entre una y otra abertura, producía un son cavernoso y melancólico que, segun Clavigero, podia oirse á dos millas de distancia cuando menos.

Tal era el instrumental con que acompañaban sus himnos unas veces, escitaban otras el ardor marcial de las tropas, y en los públicos regocijos marcaban el compás á sus danzantes: pero de lo relativo á bailes y juegos haremos capítulo aparte.

## CAPITULO II.

EN EL CUAL, SIN GRAN NECESIDAD, SE DA RAZON DEL BAILE,

TEATRO Y JUEGOS DE LOS INDIOS.



EPARTIDA la gente popular, india y europea, en el área del bosque, formaba ni mas ni menos que la aristocrática, diferentes grupos, congregándose en cada uno las personas que por anterior conocimiento, por atracción simpática, ó por casualidad acaso, se encontraban dispuestas á entregarse al mismo género de placeres. La division absoluta de razas claramente se deja ver que no era posible, pero aun con andar mezcladas y confusas la una con la otra, á los ojos del observador perspicaz no podia ocultarse que cada cual conservaba su caractéres peculiares, asi naturales como artificiales,

esto es: tanto los inherentes á cada nacionalidad, como los que procedian de las situaciones relativas.

El europeo mas oscuro, insignificante y pobre, puesto en parangon con los indios, considerábase á sí mismo como un sér superior á todas luces; y el indio mas altivo sentia que aun en aquel dia de solaz y contentamiento, pesaba sobre su cuello el yugo de la servidumbre. Resultaba, pues, que aun cuando los unos se dignaban mezclarse con los otros, era para divertirse, no con ellos, sino á costa de ellos; siendo los indios, en resumen, los actores, mientras que los europeos formaban el público que en verlos se gozaba.

En compensacion, los aplausos eran para los conquistados, y á los conquistadores les tocaba aplaudirles; por manera que, todo bien considerado, nadie tenia razon de quejarse.

Digamos ya que la diversion mas general entre los mejicanos era el baile, en el cual se mostraron siempre mucho mas hábiles que en la música, variando al infinito sus pasos, piruetas, figuras y mudanzas.

¡Fenómeno singular! El movimiento compasado del cuerpo, al son de instrumentos, buenos ó malos, ha sido siempre, y es, y presumimos que será, la manera universal de espresar la raza humana su regocijo. ¿Consistirá en que mientras el cuerpo se mueve el alma se para, y las penas se olvidan? ¿Será porque el movimiento es la vida? No sabemos, pero repetimos que, desde Adan acá se ha bailado, se baila, se va bailando mas cada dia, y en vano los moralistas ponen el grito en el cielo. ¡Tambien es ridiculez gritar y gruñir con evidencia de perder el tiempo!

En fin, en el bosque de Chapultepec se bailaba á la española y á la mejicana; aquí al son de la guitarra y de las castañuelas, allá al de Huehuetl y del Teponaztli.

Mas si para los oriundos ó naturales del antiguo mun-

do, el baile no pasaba de ser una diversion mas ó menos honesta, no asi para los indios que, contándole en los tiempos de su independendencia entre los ritos sacros, mirábanle aún en la época á que nos referimos como una ocupacion digna de los mas graves personages. La idolatría mejicana, en efecto, como el judaismo hebreo y como el paganismo griego, santificaba, por decirlo asi, la danza; pero no tenemos noticia de que ni el pueblo de Dios, ni los helenos llevaran nunca á tan alto grado como los Aztecas la importancia del baile. Verdad es que el Real Profeta danzó tañendo el arpa delante del Arca Santa, y verdad que se danzaba en las bacanales y en los Misterios de Eleusis; en eso anduvieron parejos los dos mundos, porque tambien se bailaba, y mucho, y tomando parte en el baile reyes, príncipes y sacerdotes, en la tierra del Anahuac; mas en esta última, y en honor del Dios de la Guerra, que era el mas venerado de los mejicanos, tuvo lugar con frecuencia un género de danza que dudamos mucho llegue nunca á ser de moda entre los europeos. Para dar asenso al hecho, para no considerarle como una fábula y atrevernos á estamparlo, aun en este libro de mero pasatiempo, confesamos francamente haber vacilado mas de una vez; y aun con hallar conforme el testimonio de todos los coronistas, sin escepcion de los mas parciales de los indios, no osamos referirlo, sin apoyarnos en un suceso histórico, por nadie hasta el dia contradicho.

Es el caso de esta manera. Siendo Méjico aún tributario del Emperador de *Azcaputzalco*, ocupaba el trono mejicano *Chimalpopoca*, el tercero de sus monarcas, príncipe de mas alientos que fortuna. Murió durante su reinado el tirano *Tezozomoc*, que á mano airada se habia apoderado del cetro imperial, dejando dos hijos: *Tayatzin*, á quien nombró su heredero y sucesor en la corona; y *Maxtla*, señor de *Coyohuacan*, ambicioso, inquieto

to , de ánimo feroz y resolucion incontrastable. Apenas terminadas las fúnebres exequias de Tezozomoc, Maxtla ocupó resueltamente sus palacios , apoderándose de hecho de la autoridad soberana , aunque sin contradecir de palabra la última voluntad de su padre. Tayatzin, cobarde ó prudente en demasia , en vez de resistir como debiera aquella usurpacion , salióse poco menos que subrepticamente de *Azcaputzalco* , y fuese á Méjico á pedir consejo al rey Chimalpopoca , su feudatario. Quisiera el monarca mejicano que Tayatzin se defendiese abierta y resueltamente ; mas hallándole irresoluto y acobardado , aconsejóle que volviese á su metrópoli, mandase fabricar nuevo palacio á pretesto de no permitirle su tristeza habitar los que fueron mansion de Tezozomoc , y disponiendo una gran fiesta para la inauguracion de su regia morada , invitase para ella á Maxtla, y tuviese prevenido quien entonces le diese muerte. Chimalpopoca se ofreció ademas á ser cabeza de los que al usurpador asesinasen , en lo cual se echará de ver que la política de los incivilizados indios no le iba en zaga á la de los cultos europeos de la misma época.

Tayatzin , sin embargo , no era hombre de tales bríos que á tan estremados recursos quisiera acudir para conservar , ó mas bien ocupar el trono imperial ; y así despues de tres dias de quejas y tristezas , regresó triste , quejoso , é irresoluto á *Azcaputzalco* , donde halló á su hermano como le habia dejado : soberano de hecho , y ademas ocupado en disponer la fábrica de nuevas casas para su habitacion , so pretesto de tener donde apearse cuando de Coyohuacan fuese á rendir homenaje y hacer la corte al Emperador. Con eso el bueno de Tayatzin , que sobre cobarde debia de ser tonto , figuróse que Maxtla no aspiraba á usurparle el imperio , y llevó su candidez hasta el punto de aceptar el convite que aquel le hizo para la inauguracion de su palacio , en el cual

fue, por supuesto, asesinado. Otro tanto le aconteciera á Chimalpopoca, si á la fiesta fuese, que no lo hizo figurándose con razon sobrada lo que de ella podia prometerse: mas no por eso se libró de la venganza de Maxtla, hombre puntualísimo en pagar con usura deudas como las que con el Monarca de Méjico tenia. Porque es de advertir que á la conferencia entre Chimalpopoca y el desdichado Tayatzin, se halló presente, sin que ni uno ni otro lo advirtiesen, cierto enano familiar del último, el cual apenas de regreso en Azcaputzalco, se apresuró á poner en conocimiento de Maxtla cuanto habia escuchado.

Merced á esa delacion pudieron cohonestar Maxtla su alevoso fratricidio, y los grandes el auxilio que para perpetrarlo y usurpar el trono le prestaron. Quería el usurpador que Chimalpopoca comenzase la guerra, teniendo seguridad de vencerle, no por el valor, sino por el esceso de la fuerza; y para conseguirlo propúsose afrentarle por todos los medios posibles.

Sucedió, pues, que enviando el Rey de Méjico el acostumbrado tributo de pesca de la laguna, que pagaba en reconocimiento de vasallaje á los Emperadores, y en retribucion del cual acostumbraban estos á hacerle un gracioso presente, Maxtla dió á los embajadores de su presunta víctima unas *enaguas*, que fue como llamarle cobarde, afeminado y del cetro incapaz. Corriéronse los enviados y disponíanse á regresar á su ciudad llenos de ira, cuando mandó prenderlos el Emperador, sin duda para asesinarlos; lo cual no verificó porque los mejicanos tuvieron la dicha de escalar la cárcel donde los habian encerrado.

Sintió tamaño agravio Chimalpopoca, mas reconociéndose sin fuerzas para vengarlo, prefirió el silencio á la queja estéril, dejando al tiempo que preparase la venganza que anhelaba.

Maxtla, viéndole al parecer insensible á la primera gravísima ofensa, escogió otra mas grave, infinitamente mas honda, de aquellas que en un alma de piedra encienden la llama de un rencor inestinguible; y púsola por obra apenas imaginada.

La esposa de Chimalpopoca era bella; el Rey la idolatraba; ella correspondia á la pasión de su marido; y en ella por lo mismo, sin conocerla personalmente, puso Maxtla el lascivo pensamiento, ordenando que ciertas damas de Azcaputzalco, con quienes supo que la Reina de Méjico tenia amistoso trato, la llevasen á aquella ciudad, donde «sin poderlo resistir la Reina (como dice Torquemada) se aprovechó de ella y la despidió.»

Sintió el infeliz Chimalpopoca aquella afrenta profundamente; mas era su alma, á la cuenta, de aquellas que con el dolor se abaten, pues en vez de arrojarse á la venganza con ánimo resuelto, dejóse acobardar hasta el punto de persuadirse de que no habria para él seguridad ninguna en la tierra contra las iras del Emperador su enemigo; y entonces resolvióse al suicidio. Nunca, de paso sea dicho, hemos comprendido que el hombre á quien las injusticias ó el temor de otro hombre, como él mortal, reducen á la desesperacion y precipitan á destruirse á sí propio, no comience, ya que á morir se resuelve, por esterminar á su contrario.

Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que Chimalpopoca, temeroso de que mas tarde ó mas temprano habia de caer en manos de Maxtla, y morir entonces inhumanamente sacrificado á los ídolos, sirviendo de espectáculo á la plebe, y de escarnio á los áulicos del Emperador, resolvió redimirse de tal infamia inmolándose él mismo en aras de Huitzipuchtli, Dios de la Guerra y especial patron de Méjico; y hacerlo en un solemne *Baile*, á imitacion de ciertos antepasados suyos que así lo verificaron *Atlauhpuico*.



En efecto, convocados los señores y damas de mas alta gerarquía y de su particular confianza, comunicoles su intento, y aquellos magnates hubieron de resignarse á perecer con su Monarca, pues asi lo exigian las costumbres y las leyes.

Llegó el dia aplazado: Chimalpopoca, vistiendo las ropas del Dios á quien se inmolvaba, rompió el baile con aquellos que en el voluntario sacrificio le acompañaban; y los sacerdotes del horrible ídolo, fueron, empezando por los de menos categoría, dando muerte en el altar, uno tras otro á damas y señores, hasta que ya no quedaba mas de una pareja, con Chimalpopoca, por inmolarse, y siempre bailando. En tal estado aparecieron súbito en el lugar del sacrificio los soldados de Maxtla que este enviaba, informado del caso, para que ni muriendo se le huyese su víctima de entre las manos. Preso el Rey de Méjico, fue encerrado en una jaula de madera, dentro de la cual ahorcóse, ya que otra cosa no podia.

Y ahora rogaremos al lector que nos diga si no tuvimos razon en afirmar hace poco que el baile era entre los mejicanos negocio gravísimo, mezclado á los ritos sacros, y en casos de muerte empleado por los mas altos personajes. Añadiremos aún que en los sacrificios voluntarios, inspirados por el simple fanatismo, la víctima acostumbraba á bailar hasta el momento que ella misma designaba para su muerte, quizá con el objeto de aturdirse, tal vez con el de ocultar, á beneficio de la agitación de la danza, la repugnancia instintiva que todo mortal tiene á destruirse.

Pero no siempre servia el baile para tan lúgubres fines, sino que en ocasiones se empleaba para solemnizar las ceremonias religiosas, y siempre en los regocijos públicos, asi como en las fiestas domésticas y de particulares.

En las últimas citadas, siendo naturalmente reducido el número de los bailarines, dividíanse en dos porciones iguales, formándose en ala la una frente á la otra, y bailando luego cada cual en su puesto, unas veces con el que delante tenia en la fila opuesta, otras, girando todos á un costado, con el que le tocaba. Tambien solia salir al frente un bailarín de cada fila, y danzar ambos solos cierto tiempo mientras los restantes descansaban.

Pero el *baile grande*, que era el público, casi estamos por decir oficial, ofrecia mayor número de mudanzas, mas complicadas combinaciones y visualidad mas varia.

Por de contado los nobles y sacerdotes concurrían á él con sus trages de gala, brazaletes, pendientes y joyas, llevando ademas en el brazo izquierdo un escudo revestido de vistosas plumas, y en la diestra el *ayacaxtli* especie de sonajero en forma de calabaza, con el cual acompañaban á los instrumentos músicos.

Colocados estos en el centro del lugar donde se bailaba, disponíanse los bailarines en torno de ellos en círculos concéntricos, formando los menores las personas de mas gravedad é importancia, y los últimos la juventud.

Considerábase que los radios debían ser tantos cuantas las personas que componían el círculo mas próximo al centro, las cuales, bailando equidistantes entre sí, habían de describir cada una un círculo en derredor de los instrumentos en el tiempo que el compas de la música marcaba. Otro tanto habían de hacer las personas de todos los demas círculos, pero como era requisito que se conservasen siempre en la misma línea todas las de un radio, se deja comprender facilmente que la velocidad del bailarín tenia que aumentar á medida que del centro estaba mas distante su rueda; y por eso los jóvenes ocupaban las exteriores, y los ancianos las mas próximas á los instrumentos.

En los espacios de rueda á rueda daba la nobleza lugar á los plebeyos que, disfrazados de animales diversos, con trages para ello á propósito, amenizaban la diversion con sus bufonadas, saltos y chocarrerias.

Generalmente los mejicanos cantaban al mismo tiempo que bailaban, llevando la voz dos corifeos, y repitiendo sucesivamente todos los bailarines los versos que aquellos entonaban.

La música comenzaba lenta y grave, y creciendo gradualmente su animacion y movimiento, concluia con estrépido extraordinario.

Poyahuatl, Cristobal, los representantes de las diversas ciudades que Suarez presentó á D. Alonso la noche anterior en el bosque, y otros muchos indios descendientes de familias durante la independendencia del Anahuac importantes, ya entonces reducidos á tal degradacion que la mayor parte de ellos vivian del trabajo de sus manos, condicion en aquel siglo insorportable para quien de noble linage blasonaba: el sacerdote, deciamos, el servidor de los Valdestillas, y los demas indios de cuenta, organizaron una danza como la que de describir acabamos, con sus correspondientes Huehuetl, Teponaztli y Aya-caxtlis. Desdeñaban aquellos hombres aun la música europea, y desdeñábanla especialísimamente en la fiesta que nos ocupa, pues, como ya sabemos, consideraban muchos de ellos aquel dia como precursor del de una revolucion radical en su estado.

En tanto otros indios, fieles tambien á la tradicion de su pueblo, figuraban en sus danzas, ya sucesos de la patria historia, ya aventuras de caza ó guerra, procurando, en cuanto su pobreza lo permitia, ataviarse de manera que con propiedad representasen sus respectivos papeles. Y era de ver cómo, con agilidad extrema y loca alegría, corria el mejicano que representaba ya el Adiva, ya Cojatmel, y cómo los que figuraban los cazadores y

perros europeos le perseguian; y cómo, en fin, entusiasmados los espectadores aplaudian frenéticamente á uno y á otros.

Pero como seria interminable tarea la de describir uno por uno los diferentes, variados y curiosos bailes á que los concurrentes al bosque se entregaban, limitáremos á decir algo exclusivamente de uno que por curioso merece, á nuestro entender, especial mencion.

En un espacio llano y despejado del bosque, y sobre el césped florido, veíase plantado un palo recto de diez y ocho á veinte pies de altura, y pendientes de su remate superior, hasta dos docenas de cordones de varios colores y mas que razonable longitud, cuyas estremidades asian otros tantos indios, mitad de cada sexo. Consistia el baile en que, al compas de los instrumentos músicos y haciendo diferentes mudanzas, sin soltar cada uno el cabo de cordon que asia, tegian los indios en derredor del palo los cordones todos: pero no á la casualidad, sino formando determinados y vistosos dibujos. Una vez reducida tanto la longitud de los cordones, que ni aun levantando los bailarines mucho los brazos podian conservarlos en la mano sin dificultad, danzaban en sentido inverso, esto es: deshaciendo el tegido que antes labraron. Como se deja conocer, aquel género de baile requería escuela, práctica, y cierta habilidad en los que á él se entregaban, pudiendo deducirse de ese hecho, cuando otros datos faltaran, la grande estima en que los indios tenian el arte coreográfico. El baile de los cordones que descrito dejamos fue uno de los que mayor concurrencia atrajeron en el bosque de Chapultepec, deleitándose indios y europeos, á la par, en contemplarlo.

Y ya que en el capítulo de las diversiones nos encontramos, bueno será decir que conocian los mejicanos el teatro, si bien en su primitiva sencillez, tanto en la parte literaria, cuanto en las formas materiales. Sus repre-

sentaciones dramáticas tenían, en efecto, lugar al aire libre, sobre un terraplen cuadrado que hacia veces de escenario, en torno del cual se agrupaban los espectadores. Clavigero cita, como mas notable, el que habia en la plaza de Tlatelolco, cuya elevacion era de trece pies, y de treinta pasos la longitud de cada lado. Adornábanlos con arcos de flores y plumas, suspendiendo en ellos pájaros, conejos, y otros objetos curiosos; y las representaciones se verificaban despues de la comida del medio dia. Tal era no hace muchos años aún la costumbre en muchos paises de Europa, y lo fue universal en la antigüedad; por manera que en el nuevo, como en el viejo mundo, el arte escénico nació y comenzó á desarrollarse casi idénticamente. Y otro tanto podemos decir de la parte literaria, pues asi como en Grecia fueron los dramas, en su origen, partes integrantes de los ritos sacros, y en ellos se mezclaron lo divino y lo chocarrero casi constantemente; y del mismo modo que en la Europa cristiana son los *misterios* las primeras obras escénicas que merecieron los honores de la representacion, y las obtuvieron en los templos mismos del Ungido; tambien en Mejico radicaba el teatro de los adoratorios de los ídolos, y ya se representaban ritos de su culto, ya los actores, fingiéndose sordos, viejos, tullidos, ó víctimas de alguna otra enfermedad á un tiempo afflictiva y ridícula, despues de divertir al público con sus groseras gracias, traian á la escena el númen á quien la fiesta se dedicaba, y dábanse por curados con su presencia, terminando el espectáculo por glorificar con solemnes himnos al falso Dios. Parece probable que, estando la historia sacra de los mejicanos íntimamente ligada con la profana, como no pueden menos de estarlo las de los pueblos infantiles, hubiese tambien dramas en que se representaran las hazañas de los dioses y de los héroes antecesores de los Aztecas.

Mas sea de eso lo que fuere, ademas del drama principal, é inmediatamente despues de su representacion, dábase la de otros á manera de sainetes, ó mas bien de apólogos escénicos, pues que vestidos los actores todos de animalejos, tales como escarabajos, sapos y lagartijas, departian burlescamente sobre sus respectivas propiedades, encomiando cada cual las suyas, y deprimiendo las de los otros. Con cuánta facilidad se prestarian tales dramas á la sátira del género de la de Aristófanés, no hay para qué encarecerlo, esplicándose en consecuencia la popularidad inmensa que gozaban entre los indios, que, esclavos política y socialmente, y sin mas medio de desahogo que el teatro, no podian menos de deleitarse en ver sin misericordia azotada á la sociedad que tan mal los trataba. Dicen, pues, los historiadores, que el pueblo aplaudia frenéticamente á palabras y gesticulaciones, siendo esta una gran muestra de la habilidad de los actores, obligados á remedar constantemente cada cual á la bestiezuela que representaba.

En las fiestas de Quetzacoatl en Cholula, despues de los apólogos bajaban desde el templo al teatro unos muchachos con alas de pájaro ó de mariposa de diferentes colores, y se subian á ciertos árboles de antemano dispuestos en el escenario, tirándoles los sacerdotes bolas de barro con cerbatana, y profiriendo ridículos encomios de los unos y denuestos tambien ridículos de los otros.

Terminábase el espectáculo con un baile general en que tomaban parte los actores todos.

Tal era el teatro mejicano antes de la conquista: despues de ella, y asi que los misioneros aprendieron bastante bien el idioma del pais para poder escribir en él en prosa y verso, algunos de ellos y varios indios conversos escribieron misterios de nuestra santa religion en la lengua mejicana, los cuales se representaron con

gran contento y edificacion del pueblo. D. Alonso de Avila, atento á cautivar el corazon de los indios por todos los medios posibles, dispuso un grande improvisado teatro en el bosque, y merced á la eficaz cooperacion de Cristóbal, encontró indios que se encargaran de representar en él aquella tarde el *Misterio del Juicio final*, obra escrita en mejicano por Fr. Andres del Olmo, uno de los mas antiguos, beneméritos é instruidos misioneros que pasaron al Nuevo Mundo. El *Juicio final* se habia estrenado con grande aplauso en presencia del primer Virey y del primer Arzobispo de Méjico, en el convento de San Francisco de Tlatelolco.

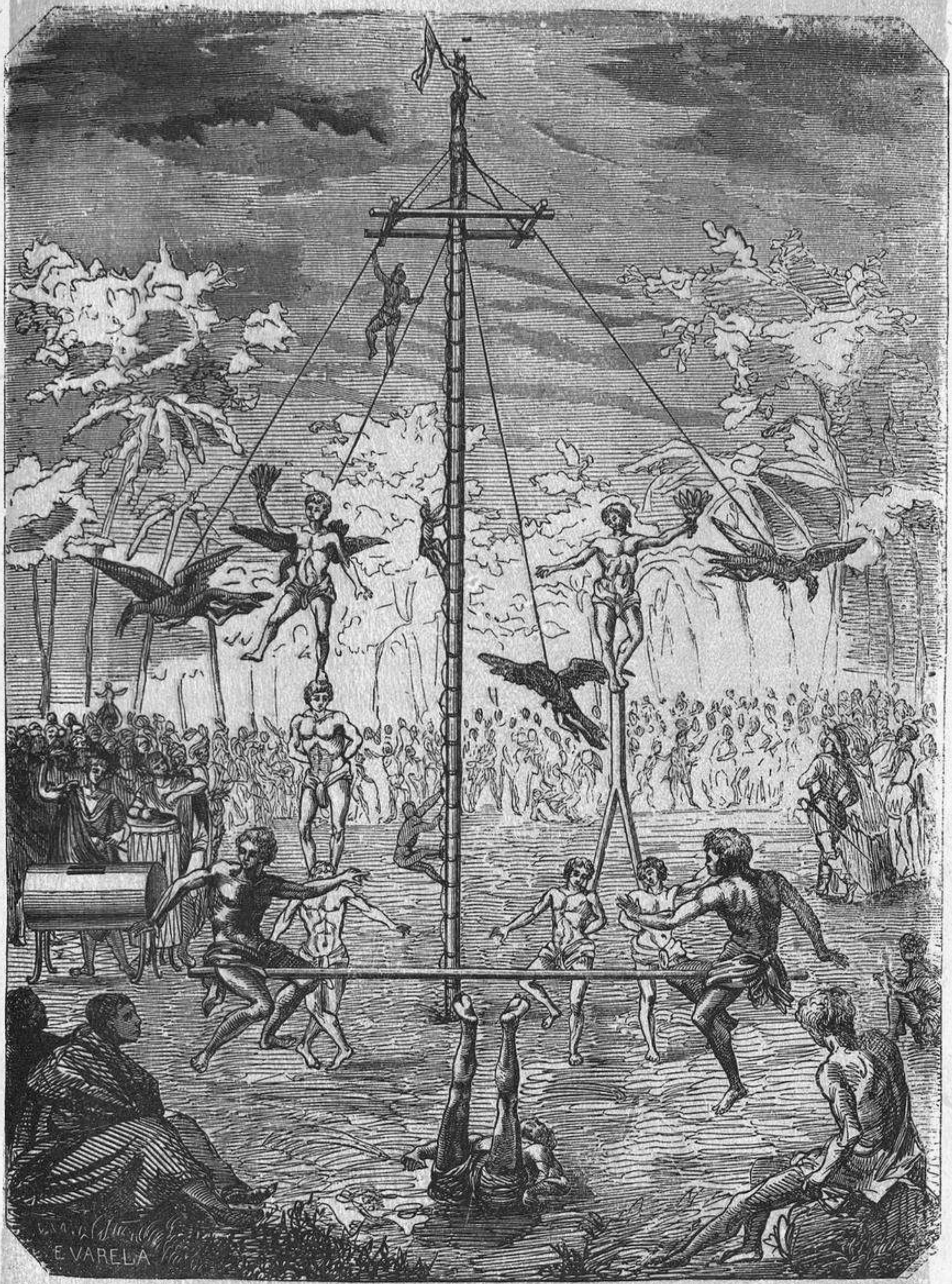
Pasemos ahora de la música, baile y teatro, á los juegos gimnásticos, que eran muchos, variados, de gran precio para aquellos naturales, y parte constante de las públicas solemnidades.

La carrera, el salto, la lucha, son cosas tan comunes á todos los pueblos, tan universalmente conocidas, que no merecen nos detengamos á describirlas, bastando decir que desde la niñez comenzaban los mejicanos á ejercitarse en ellas, llegando en consecuencia á adquirir en su práctica habilidad consumada. Tampoco hablaremos de los juegos militares, puesto que ya dimos noticia de las armas del pais, que es lo bastante á satisfacer al curioso, si no nos engañamos; porque si de maniobras y táctica hubiésemos de decir algo, fuera necesario engolfarnos en estudios sobradamente áridos y ademas acaso infructuosos. Limitarémonos, por tanto, á juegos menos conocidos, comenzando por uno de tanto riesgo para los que en él figuraban en calidad de actores, como de gran recreo para los que en seguridad de sus personas lo presenciaban. Llamábase el *juego de los voladores*, y vamos á copiar literalmente la descripcion que de él hace Clavigero. (Traduccion del Sr. Mora.—Edicion de Méjico.—1844.)

«Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y  
»derecho, y despues de haberle quitado las ramas y la  
»corteza, lo llevaban á la ciudad, y lo fijaban en medio  
»de una gran plaza. En la estremidad superior metian  
»un gran cilindro de madera, que los españoles llama-  
»ron *mortero*, por su semejanza con este utensilio. De  
»esta pieza pendian cuatro cuerdas fuertes, que servian  
»para sostener un bastidor cuadrado, tambien de ma-  
»dera. En el intervalo, entre el cilindro y el bastidor,  
»ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vuel-  
»tas al rededor del árbol, cuantas debian dar los vola-  
»dores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros  
»hechos en el medio de los cuatro pedazos de que cons-  
»taba el bastidor. Los cuatro principales voladores, ves-  
»tidos de águilas ó de otras clase de pájaros, subian  
»con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda  
»que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subian uno á  
»uno sobre el cilindro, y despues de haber bailado un  
»poco, divirtiendole á la muchedumbre de espectadores,  
»se ataban con la estremidad de las cuerdas enfiladas  
»en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban  
»su vuelo con las alas estendidas. El impulso de sus  
»cuerpos ponía en movimiento al bastidor y al cilindro:  
»el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de  
»que pendian los voladores; así que, mientras mas se  
»alargaban, mayores eran los círculos que ellos descri-  
»bian. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre  
»el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una  
»bandera, sin que le amedrentase el peligro en que  
»estaba de precipitarse desde tan grande altura. Los  
»otros que estaban en el bastidor, pues solian subir  
»diez ó doce, cuando veían que los voladores daban  
»la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas,  
»para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre  
»los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por



LA CONJURACION DE MEXICO.



La fiesta de Chapultepec.



» las cuerdas, solian, para dar mayor muestra de habi-  
» lidad, pasar de una á otra en aquella parte en que por  
» estar mas próximas podian hacerlo con seguridad.

» Lo esencial de este juego consistia en proporcionar  
» de tal modo la elevacion del árbol y la longitud de las  
» cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tier-  
» ra los cuatro voladores, para representar con aquel  
» número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto,  
» segun he dicho, de cuatro períodos de trece años cada  
» uno. Todavía se usa esta diversion en aquellos paises;  
» pero sin atencion al número de vueltas, y sin arreglar-  
» se en otras circunstancias á la forma antigua, pues el  
» bastidor suele tener seis ú ocho ángulos, segun el nú-  
» mero de los voladores. En algunos pueblos ponen cier-  
» tos resguardos en el bastidor, para evitar las desgra-  
» cias que han ocurrido con frecuencia despues de la  
» conquista: porque siendo tan comun en los indios la  
» embriaguez, subian privados de razon al árbol, y per-  
» dian fácilmente el equilibrio en aquella altura, que por  
» lo comun, es de sesenta pies.»

Mas comun que el anterior, y acaso no menos inte-  
resante, ya que no tan peligroso, era el juego del *Balon*,  
que se jugaba en un sitio dispuesto al efecto, llamado  
por los indios *Tlacho*, consistente en un cuadrilátero de  
terreno, llano y rectangular, de mas de noventa pies de  
longitud sobre diez y ocho ó veinte de latitud, limitado  
por muros de competente altura, mas gruesos en su ba-  
se que en la parte superior, y de los cuales los dos mas  
largos eran bastante mas bajos que los que formaban las  
cabeceras. Unos y otros se nivelaban y blanqueaban con  
grande esmero, rematando en un coronamiento de alme-  
nas ó pequeños merlones. Sobre los dos de menor altura  
figuraban los ídolos protectores de aquel juego. En la lí-  
nea media de la longitud del paralelógramo encerrado  
dentro de los muros de que hemos hablado, colocábanse

dos piedras de molino, cada cual con su agujero en el centro, y ese agujero con poco mas diámetro que el *balon* ó pelota, que era de goma elástica, y por tanto botaba lo que fácilmente puede concebirse.

Las partidas se disponian de hombre á hombre, ó dos contra dos, y hasta tres contra tres; y los jugadores no conservaban mas vestidura encima de sí que el indispensable *maxtlatl*. Condicion del juego era no tocar al balon sino con la rodilla, ó con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo; hacerlo con cualquiera otra parte del cuerpo costaba un punto, y por el contrario, lo valia lanzar el balon al muro opuesto y hacer que en él botase. Quien lograba hacer pasar la pelota por uno de los agujeros de las piedras de molino de que antes hicimos mencion, cosa en verdad difícil y rara, ganaba la partida y se hacia dueño de la ropa de todos los jugadores.

El juego vulgarísimo en España entre los muchachos, al menos cuando lo era el que este libro escribe, y conocido con el nombre gráfico de *tres en raya*, estaba muy en boga tambien entre los mejicanos, que usaban para tablero de un estera de palma, y por fichas de judias secas.

Tirar al blanco con bolitas ya de barro, ya de metal, con cerbatana y sin ella, divertia mucho á los aztecas: el desdichado Motezuma en su prision acostumbraba á solazarse con ese entretenimiento.

Pero en lo que mas se distinguian los mejicanos era en los ejercicios gimnásticos de todas especies, luciendo en ellos una flexibilidad, una fuerza y aplomo, que verdaderamente sorprendian la imaginacion y recreaban el ánimo. Siglos han trascurrido desde que se conquistó á Nueva España; la civilizacion en sus progresos ha obligado á los pobres á desesperados esfuerzos para ganar su amargo y escatimado alimento: mas aun asi no han podido los modernos Atletas y Clowns, inventar cosa en

la materia que ya los vasallos de Motezuma no practicaban superiormente cuando Hernán Cortés puso la planta en la Villarica.

Prolija y poco menos que ininteligible seria una explicacion de esos juegos gimnásticos, en punto á los cuales nos remitimos á la estampa copiada de la de Clavigero, que á su vez la tomó de originales mejicanos, y de lo que aun en su tiempo se practicaba en la metrópoli del entonces Virreinato y hoy República.

Mucho sentiremos que las noticias que de dar acabamos respecto á música, baile, teatro y juegos, parezcan impertinentes á nuestros lectores, mucho en verdad; porque eso probaria que nos hemos explicado muy mal al anunciarles el trabajo, ya mas que mediado, que con su atencion favorecen.

Nuestro propósito fue siempre dar idea de la índole y costumbres de un pueblo, cuya historia está íntima é irrevocablemente ligada con la de España; y en tal concepto era obligacion á que faltar no podiamos la de explicar, al menos sucintamente, en qué consistian sus principales diversiones.

Hémosla cumplido, y tranquila ya en ese punto nuestra conciencia literaria, volvemos á la accion de la interrumpida novela.

la materia que ya los vasallos de Motexuma no practica-  
 ran superiormente cuando Hernan Cortés puso la planta  
 en la Villanica.

Prolijos y poco buenos que ininteligible seria una es-  
 plicacion de esos juegos gimnásticos, en punto á los cua-  
 los nos remitimos á la estampa copiada de la de Clavige-  
 ro, que á su vez la tomó de originales mexicanos, y de  
 lo que aun en su tiempo se practicaba en la metrópoli  
 del entonces Virreinato y hoy República.

Mucho sentimos que las noticias que de dar acaba-  
 mos respecto á los juegos, parezcan  
 impertinentes á nuestros lectores, mucho en verdad;  
 porque eso probaria que nos hemos explicado muy mal  
 al anunciarles el trabajo, ya mas que mediano, que con

### CAPITULO III.

DE COMO SE JUNTARON LOS CABALLEROS Y DE LA JUNTA RESULTÓ,  
 COMO ACONTECER SUELE, ENTENDERSE UNOS Á OTROS MENOS QUE  
 NUNCA.



MIENTRAS á los diferentes recreos que  
 indicados ó descritos dejamos se  
 entregaba la gente comun, con ese  
 abandono propio de los que no te-  
 niendo en lo pasado mas que mi-  
 serias que recordar, ni en lo por-  
 venir otra cosa que privaciones  
 que preveer, gozan de lo presente  
 con intensidad febril; la parte  
 aristocrática de la sociedad en el  
 bosque de Chapultepec reunida,  
 vagaba en distintos grupos por jardines y praderas, no  
 sin que cierta preocupacion vaga é indefinida, pero al  
 mismo tiempo poderosa, pesara sobre los ánimos todos.

Para unos la política, es decir: los negocios de Estado, eran rémora de los placeres; y para otros sus personales pasiones, un abismo que de todo recreo les apartaba.

D. Martin Cortés, comprometido por la formal y esplicita promesa que al finalizarse el almuerzo hizo en presencia de los Oidores y de los nobles, apenas se levantó de la mesa hubo de pedir su caballo para volverse á Méjico; y al Dean, mal que le pesara, forzoso le fue seguir su egemplo. Quiso D. Alonso acompañarlos en aquella espedicion, mas el bastardo se opuso diciendo: —«Si vos venis, Avila, diráse que el Marqués se vió comprometido por vuestra presencia á concurrir á la fiesta; »y lo que importa es que aparezca claro como la luz del »mediodia que viene á ella voluntariamente.»—No habia que replicar á tal racionio, por una parte; y por otra D. Martin Suarez exigió de D. Alonso que no se apartase del bosque, «pues ya (dijo) que aquí estamos congregados, ya que se dió el escándalo, razon es que de ello saquemos partido, poniéndonos completamente de acuerdo.—Eso es (replicó D. Alonso): puesto que la casa se quemara, calentémonos: que me place, D. Martin: que démonos y pongámonos de acuerdo.»

Partieron, pues, el Bastardo y el Dean; este gruñendo entre dientes contra las imprudencias de su huésped, aquel haciendo el sordo como hombre que ha tomado su resolucion y nada quiere escuchar que de llevarla á cabo pronta y completamente pueda apartarle.

En tanto el Doctor Ceinos, que comenzaba á arrepentirse sériamente de haber aceptado el convite de Avila, quiso tambien ponerse de acuerdo con los suyos, y despues de avisar en secreto á Villalobos, para que este lo hiciese á Orgaz, y que el último corriese la palabra á Samano y Villegas, pretestando que su mucha edad necesitaba descanso, pidió licencia para retirarse por al-

gun tiempo á su estancia. Condújole D. Alonso á ella con esquisita cortesía, y uno á uno fueron despues desfilando sucesivamente los escasos partidarios de la Audiencia, con no poca satisfaccion de sus contrarios, que no deseaban sino verse libres de ellos.

Restaban, sin embargo, las damas, y singularmente Beatriz é Ines, elementos de todo punto heterogéneos con doña Elyvira y Leonor, las cuales á su vez tampoco simpatizaban mucho entre sí; pero como todas estaban unánimes en un parecer, el de huir unas de otras, el hecho es que ya con pretesto de ver una flor, ya con el de arreglarse el prendido, esta porque deseaba descansar, la otra porque queria hacer ejercicio, en menos de una hora se dispersaron completamente, tomando cada una el rumbo que le pareció mas conveniente.

De ese modo logró D. Martin Suarez de Monroi lo que apetecia, que era reunir á los principales caballeros de la nobleza mejicana, y so pretesto de una cacería de pájaros, llevárselos á cierto apartado sitio del bosque, donde, velando en torno Almanegra y Felipe Absalon con algunos indios y bravos de toda confianza, pudiese por vez primera tratarse en solemne junta del asunto, para nuestro misterioso caballero, vital y objeto exclusivo de su vida.

En honor de la verdad cumple decirlo: fuera de Suarez, inventor de aquel proyecto; de Bocanegra su confidente; de Avila, su reciente cómplice; de D. Martin Cortés, que mas bien adivinaba que sabia de lo que se trataba; del astuto Dean, que sabiéndolo hacia muchas veces como si lo ignorase; y de D. Luis de Castilla, que no se daba seguramente cuenta de la trascendencia de sus propios pasos, puede decirse que los demas caballeros allí congregados estaban del caso inocentes.

Inocentes hemos escrito, y no modificaremos en un ápice la palabra, porque una cosa es estar descontento



de un gobierno, censurarlo, satirizarlo, desear su caída, concebir otro que ventajosamente pudiera reemplazarle; y otra cosa tener propósito de acabar con él á mano airada, concertarse para ello, conspirar, en una palabra, contra su existencia.

Y es error triste de la mayor parte de los gobiernos, sobre todo de los tiránicos y por tanto suspicaces, confundir á los *descontentos* con los *conspiradores*: error del cual resulta que, perseguidos fuera de razon y sin medida los primeros, acaban por resolverse á engrosar las filas de los últimos.

Mas sea de eso lo que fuere, conviene que lo repitamos: la mayor parte de los caballeros pertenecia sin duda á la clase de los descontentos; no habia uno entre ellos que, cuando menos, no despreciase á los *Golillas*; muchos los detestaban; á gran número le indignaba la idea de que un sopista humillase á los descendientes de los conquistadores; y para la totalidad fuera un dia de inmenso júbilo aquel en que el marqués del Valle, su gefe y príncipe, gobernase en vez de la Audiencia. Para desacreditar á esta, todas las lenguas estaban prontas; para apalear á sus corchetes, todas las espadas dispuestas; pero de eso á una rebelion abierta y solemne, pero de eso á levantar el pendon de la independendencia, pero de eso á proclamar en vez de D. Felipe II, hijo del César invicto, señor de inmensos dominios en los cuales nunca el sol se ocultaba, Rey, en fin, de España y de las Indias, y de Nápoles, y de Milan, y de Flandes, y de Portugal; á proclamar, repetimos, en vez de Felipe II á don Martin Cortés, marqués del Valle, como emperador de Méjico, la distancia era inmensa, incommensurable, tal y tan nebulosa, que no era fácil que ni pensar en salvarla se les ocurriera á los mas de los allí presentes.

Dejábanse ir á la corriente, porque la inclinacion les impelia á ello, sin calcular las consecuencias; hablaban

hoy porque hablaron ayer; no temian de mañana, porque hoy habian salido indemnes; y en resúmen, cada uno se decia: «Esto que hago no me compromete; á tiempo «estoy siempre de retirarme.»

Sí, eso se decia cada cual mas ó menos clara y crudamente; eso se dicen siempre, eso se dirán hasta la consumacion de los siglos los *descontentos* que ocupan una posicion social, quizá no tan elevada como ellos desearan y en ocasiones merecen, pero al cabo no tan mala que el dolor los abrume. Y por eso el dia de la accion, de mil que hablaron la vispera acaso uno (y no es poco) acude solamente á la palestra. Los conspiradores debieran conocerlo; y no sabemos por qué, pero la historia nos los muestra siempre obstinados en ignorar que no hay mas que un género de descontentos sinceros, y á todo resueltos, que es el género de los que no comen.

A ese no pertenecian por cierto ni el mismo D. Luis de Castilla, ni su hijo D. Pedro Lorenzo de Castilla, mancebo de grandes brios; ni Hernan Gutierrez de Altamirano; ni los hermanos D. Lope de Sosa, Alonso de Estrada y Alonso de Cabrera; ni Diego Rodriguez Orozco; ni Antonio de Carvajal; ni Juan de Valdivieso; ni D. Juan de Guzman; ni los cuatro hermanos de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, llamados: Nuño de Chaves, Luis Ponce de Leon, D. Fernando de Córdoba y D. Francisco Pacheco; ni Juan de Villafaña; ni Juan de la Torre; ni en fin, otros muchos en la fiesta congregados, y que á la junta fueron sucesivamente encaminándose.

Una observacion nos permitirá el lector hacerle antes de proseguir con nuestro cuento, y es la de que la trasmision constante y sistemática del apellido del padre á todos sus hijos, hoy universal, no tenia lugar aún entre los españoles mucho despues de mediado el siglo XVI, como se habrá podido notar en el párrafo que precede.

Entonces todavía muchos se apellidaban de sus madres, de heredades que poseían y de los pueblos de su nacimiento, por manera que hermanos carnales de padre y madre llevaban, sin embargo, distintos nombres apelativos.

Eso supuesto, dejemos desfilas sucesivamente á los caballeros nombrados, que eran los mas notables é importantes del bando, hácia el lugar de la cita, sirviéndoles D. Alonso de guia y director, mientras que Suarez les hacia los honores en el parage convenido; y veamos por qué ni D. Bernardino Pacheco de Bocanegra ni don Fernando de Valdestillas, siguieron el rumbo que los restantes.

En cuanto al primero en vano le buscó é hizo buscar D. Alonso diligentemente: nadie sabia su paradero, y solo en las caballerizas hubo un palafrenero que dijo haberle dado el caballo poco despues de terminado el almuerzo.

Por lo que respecta al segundo, que si bien era de los mas resueltos enemigos de los Doctores, y de los mas por ellos odiados, ignoraba que hubiese plan concertado contra la Audiencia, ó mas bien no se curaba de ello, cuando Avila le dijo:

—«Don Fernando, seguid al bosque á esos caballeros, que allá voy yo presto y hablaremos,» respondió;

—«Perdonadme, pero mi padre aún no ha venido, y no fuera justo dejar de esperarle.»

Miró el hombre corrido fijamente al mozo inesperto, como quien á través de la fisonomía busca el oculto pensamiento, y luego replicó:

—«Ved, D. Fernando, que vamos á tratar de un negocio grave...»

—¡Negocios graves con un niño!

—No tanto que en discrecion no se aventaje á muchos hombres maduros.

—¡Vive Dios, Avila, que os estais burlando de mí!

—No, Valdestillas; y creedme: id al bosque donde va á tratarse de... De la vida ó de la muerte de muchos hombres... ¿Abandonareis á vuestros amigos?

—No, asi Dios me asista: pero mis años no me llaman al consejo, sino á la accion.

—Sin embargo, es preciso que sepamos...

—¿No os basta saber que soy vuestro, D. Alonso? ¿No teneis de ello pruebas? Id, pues, á esa junta, y si de mí se trata responded resueltamente: «De ese hombre yo respondo»—que á fé de caballero os prometo no dejaros desairado.»

Al esplicarse asi Valdestillas hizolo con un tono tan resuelto, y aún tan impaciente diremos, que no daba lugar á réplica. D. Alonso, pues, mirándole entre receloso y enternecido, murmuró en forma de aparte y entre dientes estas palabras:

—«Resueltamente no quiere... Si será por... ¡Bah! Me voy haciendo un marido completo... Que no vaya; quizá es mejor. Asi en el caso de un revés antes de que la mina estalle podrá salvarse esa cabeza tan jóven, tan bella, tan henchida de poéticas ilusiones... Y qué diablos, si alguien ha de sucederme, mas vale él que cualquiera otro!»

Acabando ese monólogo, y viendo que ya todos los caballeros estaban en camino para la cita, dijo Avila á su jóven amigo estrechándole la mano:

—«Quedaos, pues; que yo voy satisfecho y tranquilo con vuestra palabra. Si veis á Bocanegra enviádnoslo; y si hay motivo de alarma no dejeis de darla. Cuento con vos. ¿No es cierto?»

—Contad.

—¿Aún tratándose de arriesgar la vida?

—Para eso sobre todo.

—¿Tan desesperado estais?

—Os esperan en la cita, D. Alonso. No perdais tiempo. ¡Adios!

—¡Adios!»

Y con tales palabras separáronse los dos amigos, el uno caminando en pos de los demas caballeros, y el otro hácia una alameda de magníficos seculares árboles, cuyas anchas copas, mezclando y entretegiendo sus ramas, formaban impenetrable bóveda.

Sigamos primero á D. Alonso, quien hallando ya reunidos á todos, pero sin que la junta se hubiese formalizado aún, porque Suarez advirtió en varios semblantes inequívocos síntomas de vacilacion y recelo, tomó resueltamente la palabra para hacer, como hizo, un apasionado discurso contra las demasías de los Oidores, y en defensa de los hollados fueros de la nobleza mejicana. Ya hemos dicho que en ese punto todos estaban unánimes; todos, por consiguiente, aplaudieron, y como el acto de aplaudir escita los nervios, y los nervios excitados provocan el entusiasmo, al concluir Avila su apasionada peroracion habia diez grados mas de calor en cada espíritu, que cuando á hablar habia comenzado.

Entonces Suarez, á su vez, habló de la necesidad imperiosa en que estaban los nobles de defenderse, y ratiocinando de la misma manera que lo hizo en la casa del Marqués del Valle la famosa noche del 23 de abril, despues de su aventura con Avila y Valdestillas, llegó naturalmente á las mismas consecuencias que llegara entonces, á no estorbárselo el meticoloso D. Juan Chico de Molina.

Sin embargo, todavía reservó el infatigable conspirador la parte mas importante y trascendental de su pensamiento, observando que á medida que avanzaba en su discurso iba entiviéndose el entusiasmo, y pintándose en mas de un semblante el temor que en realidad podian

inspirar, aún á corazones muy enteros, sus audaces proposiciones.

Por tanto y á pesar del calor de Avila, y de la entereza de D. Luis de Castilla, todo lo que realmente produjo aquella clandestina, y á costa de tantos inconvenientes reunida junta, fue exarcerbar los ánimos contra los golillas; declararlos enemigos comunes; prometerse los caballeros unos á otros recíproco auxilio en caso de verse atacados; resolver que no se desaprovechase ocasion de humillar y hasta insultar á los Doctores; y proponerse, en fin, dar mas muestras que nunca de respeto, deferencia y sumision al Marqués del Valle, por ser él quien personalizaba la nobleza, y contra quien mas encarnizados se manifestaban los de la Audiencia.

Hubo, pues, allí alianza defensiva explícita y terminante; propósito claro de provocacion á los hombres que egercian el poder: pero no conjuracion deliberada contra el poder mismo.

Suarez tendia á ese fin, es indudable: Avila se hubiera precipitado de buena gana á proponerlo y aún á ponerlo por obra, no lo negamos: Castilla lo consintiera sin dificultad, tambien es cierto. Pero no obstante, Suarez por una parte comprendió que por entonces no obtendria mas de aquella gente; y por otra se dijo: «Como ellos se defiendan, si los atacan; como ellos provoquen si en atacarlos tardan los Oidores, guerra tendremos; y la guerra es la rebelion; y la rebelion, ¿A qué puede conducirlos? ¿Al suplicio ó á coronar al Marqués del Valle?»

Avila, á su vez, no debia, no podia ir mas lejos que Suarez, y á Castilla le bastaba lo hecho; por manera que hasta aquel momento el delito de conjuracion no llegó á cometerse.

En cambio hablóse muchísimo y sin medida, y sin

contener las voces, lo que fuera necesario para que dos hombres, ocultos uno al Norte y el otro al Sur del sitio en que la junta se verificaba, no oyesen todo lo que allí se trataba, y pudiesen sin ser vistos retirarse cada cual por diferente camino.

Absalon y Almanegra, encargados de tener á raya á los curiosos, y dar la alarma en caso necesario, no habian recibido mas consigna que con respecto á la parte del bosque inmediata á la alqueria, que era la que ocupaban nobleza y plebe; por manera que no puede culpárseles de no haber visto á los dos curiosos de que acabamos de hablar, pues uno y otro llegaron á los puntos que ocupaban, por diversa parte de la que custodiaban los dos bravos.

D. Luis de Velasco, so pretesto de dar una vuelta por sus tropas, habia montado á caballo ostensiblemente luego que se hubo terminado el almuerzo, y marchado con sus ayudantes en direccion al camino de Méjico; pero una vez fuera de la quinta, echando pie á tierra casi sin hacer alto, y sin permitir que nadie le acompañase, por sendas que como criado desde niño en Méjico conocia perfectamente, dió la vuelta al bosque sin ser visto de persona alguna. ¿Tenia noticia de lo que iba á ocurrir? Ninguna; pero conociendo individualmente á todos y cada uno de los convidados de D. Alonso, á escepcion de Suarez que era un animado enigma, dijose que una vuelta de incógnito por el teatro de aquella singular, improvisada fiesta, no podia de seguro perjudicarle, y si acaso suministrarle algun dato curioso é importante. Y la fortuna le sirvió por completo conduciéndole al lugar de la junta, y proporcionándole ademas el hueco tronco de un árbol corpulentísimo para ocultarse; porque D. Luis era, en efecto, uno de los dos curiosos que á nuestros caballeros observaban.

¿Y el segundo? ¡Oh! El segundo era un hombre de

esos que nunca son mas temibles que cuando menos hablan, y mas se les olvida; uno de esos tipos de humanos gatos, que saben andar sin hacer ruido, ver con los ojos cerrados, oír cuando duermen y adivinar cuando ni ven, ni oyen. Era, en fin, un hombre nacido para espía, y cortado para sayon espresamente: Juan de Samano, en persona.

Cuando Ceinos se retiró á su estancia diciendo que á descansar iba, pero en realidad para celebrar junta con sus colegas, el Alcalde y el Alguacil mayor, éste mientras los otros departian en voz baja, aunque animadamente, colocóse detras de una celosía que daba al campo, y sin perder palabra de cuanto los suyos decian, tampoco perdía movimiento de sus contrarios.

Observando, pues, que primero uno y luego otro, y seguidamente los demas caballeros iban internándose en el bosque, unos en pos de otros, dedujo que no lo hacian sin falta de misterio, y propúsose penetrarlo á toda costa. Al efecto, dejando á los tres Doctores y á Villegas engolfados en un piélago insondable de conjeturas, deducciones y planes de judicial venganza, deslizóse, como un gato que era, fuera del Palacio, y aprovechando quebradas, árboles, colinas y cuantos accidentes ofrecia el terreno, logró llegar, esconderse y oír, ni mas ni menos que el futuro virey D. Luis de Velasco.

Ya dijimos que simultáneamente dejaron sus puestos uno y otro *espía* (sentimos que la palabra sea dura, pero es desdichadamente la sola propia); y para explicar tal circunstancia bastará decir, que para dos personas de entendimiento y práctica de negocios, el momento de abandonar sus falsísimas posiciones, no podía menos de ser el mismo, es decir: aquel en que cesando el ordenado debate, y comenzando la conversacion confusa, estaba claro que los caballeros iban á separarse.

Por eso, Samano y Velasco, el uno hácia el Norte y



el otro hácia el Sur, dejando sus escondites, apartáronse al mismo tiempo de la junta; y luego, variando de direccion, convergieron ambos sobre el Palacio, resultando que hubo un punto del camino en que por poco se reunen. Pero D. Luis de Velasco que iba zaguero, no teniendo por oportuno juntarse con el Alguacil mayor, contuvo el paso, y aún para mayor seguridad caminó de manera que, ocultándose á favor de los árboles, Samano no pudiese verle ninguna de las muchas veces que atrás volvía la cabeza.

Y no le vió, en efecto; por cuya razon, creyéndose solo, prosiguió sosegadamente su camino, escribiendo al mismo tiempo no sabemos qué notas en un libro de memorias que en la mano llevaba.

Semejante ejercicio no podia ocultarse á observador tan perspicaz como D. Luis de Velasco, y claro está que una vez notado, su irritable curiosidad habia de escitarse infaliblemente. Sucedió asi en efecto: Velasco, observando que Samano escribia, sintióse curioso de saber qué; y como Velasco sabia no ser muy severo consigo mismo, quiso ademas satisfacer su curiosidad; para lo cual, apresurando el paso, y ocultándose mas que nunca tras de los árboles, llegó á colocarse á corta distancia del gefe de las fuerzas municipales.

El bueno de Samano antes de escribir levantaba los ojos al cielo, no como quien busca inspiraciones, sino como quien llama en su auxilio la memoria; escribia luego rápidamente una línea ó dos cuando mas; y en seguida alzaba otra vez la vista al firmamento. Tal pantomima servia mas para escitar que para satisfacer la curiosidad de Velasco; y ya este desesperaba de penetrar aquel misterio, cuando el Alguacil, haciendo alto y dando una patada en el suelo, prorumpió en voz alta, sin ser poderoso á contenerse:

—«¡Maldita memoria!... ¡Uno me falta!... ¡Altamira-

no?... No; ya lo tengo.... ¿Carvajal?... Aquí está... ¡Ah! ya caigo: Juan de Villafaña; y estan todos.

—Tambien yo caigo, exclamó para su colete Velasco: éste ha oido como yo y lo que yo, y va escribiendo la lista.....

—De los conjurados (dijo, prosiguiendo su monólogo, Samano); faltan Bocanegra y Valdestillas! No importa; en otra los cojeremos.

— ¡Bueno! pensó D. Luis: ya éste lleva la lista de los *conjurados*, y á mí me descarga de toda responsabilidad. Mejor: asi me quedo á ver venir.»

Y satisfecho de verse en posicion completamente desembarazada, pues que sin peligro para el Estado podia dispensarse de representar el odioso papel de delator, varió de direccion D. Luis, resuelto á no tomar cartas en aquel asunto, sino cuando no pudiera pasar por otro punto.

Samano por su parte llevaba la doble satisfaccion de haber hasta cierto punto sorprendido el secreto de sus contrarios, y con él la prueba de que estos eran mucho menos temibles de lo que aparecian, puesto que los mas ni fijar la vista en el término de su carrera osaban.

El Alguacil mayor, avezado durante la primera época del Nuevo Mundo á tratar con hombres de acero para quienes no habia imposibles, y que asi emprendian la conquista de un imperio cuya menor provincia pudiera, numéricamente, hacerlos trizas, como la caza de un javalí ó de un venado; el Alguacil mayor, volvemos á decir, que fue testigo y cómplice en la Española, en Cuba, y en Méjico, de infinidad de conjuraciones, algunas contra el coloso de su siglo, no era persona á quien pudiesen ocultarse la irresolucion meticulosa, ni los escrúpulos, mas de cobardía que de lealtad, que al mayor número de los caballeros de la junta aquejaban; y á sus ojos aparecia evidente que aquel negocio terminaria mucho mas

probablemente por un proceso que con una batalla.

Quizá en sus instintos juveniles estuviera más el combate que el proceso, mas á los años que ya tenía la perspectiva de ver degollados á sus enemigos por mano del verdugo, y sin riesgo de su persona, parecía mil veces preferible á los azares de una lucha, cuyo éxito, sobre dudoso al cabo, forzosamente había de comprarse á costa de mucha sangre y disgustos. — Samano, en resumen, iba no menos satisfecho que D. Luis de Velasco, inquietándole sola una duda, á saber: si le era ó no conveniente poner desde luego en conocimiento de los tres Doctores el secreto que de sorprender acababa.

En cambio D. Martin Suarez de Monroi, sino desaliento, porque eso no era compatible con el privilegiado temple de su alma, sentía profundísimo dolor en lo íntimo de su corazón, al considerar lo frágil de los instrumentos con que se preparaba á acometer una colosal empresa. Y en efecto, aquellos nobles descontentos por vanidad, mas apegados al oropel que á las positivas inmunidades de su aristocrática categoría, prefiriendo el bienestar material al lustre de sus nombres; aquellos nobles, en fin, sin ninguna ó con pocas de las altivas dotes que poetizaron la barbarie feudal de la edad media, y con un orgullo, sin embargo, no inferior al de los próceres de entonces, ¿Cómo habían de lanzarse á descubierta lucha contra el poder colosal de Felipe II?

D. Martin que veía el fenómeno sin alcanzar sus causas, desesperábase, atribuyendo á degradacion individual lo que realmente era efecto del estado social de la época en que vivía.

Cárlos V. cerró gloriosamente el periodo de la dominacion de las armas en el universo, periodo durante el cual por necesidad los nobles, exclusivamente al ejercicio de las armas dedicados, constituyeron clase aparte, y clase casi omnipotente en el mundo. La teocracia

misma, á pesar de su poder inmenso, cimentado á un tiempo en el sentimiento religioso y en la ignorancia de los pueblos, cedia el paso á los Barones, á los Infanzones, á los Ricos-homes, á los Próceres, á los simples caballeros, porque todos vestian la loriga y enristaban la lanza, elementos preponderantes en la sociedad. ¿Qué prelado ambicioso no ciñó la espada en aquellos siglos? — Ninguno por cierto; y en verdad no lo hicieron sino porque así les fue indispensable para lograr sus fines.

Mas, arrojados los musulmanes de España, reunidas en sola una cabeza sus coronas todas, vencida la Francia en Italia, y estendiéndose el cetro castellano hasta los remotos confines de Occidente, fue lógicamente forzoso que al poder de las armas sucediese el poder civil tal como entonces se conocia, en su forma jurídico-teocrática. Cuando, en vez de en los campamentos, radicaba la corte en un monasterio; ¿Cómo los togados y los clérigos no habian de suceder á los grandes y á los caballeros? — Y sucediéronles, en efecto; y la aristocracia, ya herida de muerte por Cisneros, acabó de perder su existencia política bajo el místico férreo cetro de Felipe II. — Las antesalas de palacio y los vestibulos de la inquisicion se poblaron de Próceres, allá criados domésticos con nombre de gentiles-hombres, aquí esbirros con título de alféreces ó alguaciles mayores del santo oficio. ¿Cómo era posible que hombres para tales oficios educados, tuviesen los alientos de sus abuelos que vivieron poco menos que como soberanos independientes?

Así es que las preocupaciones nobiliarias existian, con algunos privilegios de mas perjuicio para el pueblo que provecho para los favorecidos mismos: pero el orgullo generoso que rechazaba toda servidumbre, pero la poética altivez de la antigua aristocracia española, desaparecido habian por completo, generalmente hablando, y solo en algunos, tristemente para ellos excep-

cionales individuos, solian hallarse tales dotes, como en una mina agotada se hallan, acaso, brillantes pero escasas partículas del rico metal en que abundara un tiempo.

Mas lo que nosotros vemos con claridad por el estudio friamente hecho de la historia, no podia percibirlo D. Martin Suarez envuelto en la atmósfera de su época, por desdicha suya con ideas que eran un verdadero anacronismo, y dominado ademas por una pasión, como todas las profundas y sinceras, llena de ilusiones y omnipotente en su alma.

A su vez D. Alonso de Avila tambien echó de ver lo poco que con el arrojo de sus cómplices podia contarse: pero en aquel hombre, organizado de un modo completamente escepcional, las contradicciones y los reveses producian consecuencias diametralmente opuestas á las que en cualquier otro originaran. La ambicion y la gloria misma no pasaban de ser pasiones secundarias en el corazon del esposo de Elvira: queria sí medrar en posicion y gozar de alto renombre, y queríalo con vehemencia; pero, casi nos ruboriza el escribirlo, no para regir los destinos de un pueblo, no para inmortalizar su fama, sino... sino para fascinar á las mugeres, objeto casi esclusivo de su vida. Entiéndase que no hacemos la apologia ni tampoco la censura de tal carácter, limitámonos á describirlo como fieles coronistas. Avila, como Sardanápalo, que por no tomarse la molestia de combatir á sus vasallos rebeldes, se abrasó en su propio palacio y en los brazos de su esclava favorita; Avila, como Marco Antonio, el amigo de Cesar, el colega primero y luego rival de Augusto, que en Actio prefirió seguir á la muger que amaba á conquistar el cetro del universo entonces conocido; Avila, en fin, preferia al poder, al dinero, á la gloria, á todo, en una palabra, el amor de una muger hermosa. Dios le hizo asi: nosotros no tenemos la culpa,

aunque á los moralistas no les parezca bien lo que era y no podia menos de ser.

Pero el hecho es que, por razon de su carácter, D. Alonso considerando mucho mas friamente que Suarez el resultado de la junta, díjole despues de oir las quejas desesperadas de aquel caballero:

—«Cuanto decis es cierto, D. Martin, ciertísimo: esa gente no irá nunca con los ojos abiertos á donde llevarla queremos; pero dejadme hacer que ellos irán mal que les pese.

—«¿Cómo? exclamó Suarez.

—«¿Cómo? le replicó Avila. ¿Qué haceis con el corcel que, cuando tratais de rejonear un toro, huye de la fiera?

—«Vendarle los ojos, D. Alonso.

—«Pues vendemóselos, cuerpo de Cristo, á esos menguados. Caminemos nosotros como si de ellos estuviéramos seguros, que dia llegará en que ya no puedan retroceder.

—«Asi lo pensé al principio, mas luego os confieso que he desesperado de poderlo conseguir. El egoismo es previsor y desconfiado.

—«El desconfiado sois vos: dejadme hacer, y acaso hoy mismo les haga dar un saltó enorme.

—«¿Cuál?

—«Ello dirá, fiaos en mí, y separémonos ya; que ahora menos que nunca conviene llamar la atencion.»

LA CONSTRUCCION DE MEXICO 26

irresistible vocacion á la floricultura le arrastra al jar-  
dín, como posea un árbol bastante á dar sombra á  
su flaca persona y pueda embellecer la estancia de su  
esposa y señora durante mas y medio cada año con  
flores de su propia cosecha, se cree rival de la misma  
Flora; y aun superior á Pomona si de su huerto coge  
hasta tres peras, seis albaricosos, y una granada, mas  
que la pera sepa á paja, los albaricosos le den una in-  
digestion al heredero de sus virtudes, y la granada que

## CAPITULO IV.

---

QUE SIN SER COMEDIA FAMOSA DE DON PEDRO CALDERON, NI  
TRATADO DE HISTORIA NATURAL, PUDIERA TITULARSE, EL  
*Mónstruo de los Jardines.*



AS gentes acostumbradas á vivir en las capitales europeas, donde el espacio falta y los hombres sobran, naturalmente cuando oyen hablar de jardines, creen ver la especie de pozos artificiales á que suele darse ese nombre en sus ciudades, y en los cuales, sobre una ó dos docenas de varas en cuadro, vegetan tristemente algunos árboles raquí-  
ticos que, como las enfermizas flores que á sus pies se desarrollan laboriosamente, se ahilan para buscar un rayo benéfico del astro luminoso de que los separa la altura de cuatro elevados muros. En Madrid, como en Paris, el honrado vecino cuya

irresistible vocacion á la floricultura le arrastra al jardinage, como posea un árbol bastante á dar sombra á su flaca persona, y pueda embellecer la estancia de su esposa y señora durante mes y medio cada año con flores de su propia cosecha, se cree rival de la misma Flora; y aun superior á Pomona si de su huerto coge hasta tres peras, seis albérchigos, y una granada, mas que la pera sepa á paja, los albérchigos le den una indigestion al heredero de sus virtudes, y la granada pueda figurar dignamente en un parque de artillería.— ¡Modesta ambicion, que no todos, sin embargo, satisfacen!—No todos, por cierto; pues son infinitos los que viven limitados á la maceta de albahaca, al cajon de claveles, y al rosal en tiesto, alineados todos en el balcon angosto, y regados, á pesar de los bandos de policia urbana, á despecho y á costa de los inocentes transeuntes.

Y en verdad que somos dignos de lástima los que asi vivimos privados de aire, de verdura, y de perspectiva, siempre en presencia del arte, respirando polvo, y aspirando el ardiente baho de nuestra calenturienta atmósfera, en vez de contemplar las maravillas de la creacion en el magestuoso silencio de los campos, y renovar el aire de los pulmones con el aura blandamente embalsamada por aromáticas flores y robustos árboles.—Yo, por mi parte, confieso que nada les envidio á los favoritos de la fortuna tanto como los medios de poseer un Oasis en medio del desierto que se llama mundo civilizado, donde poder algunas veces olvidar los hombres y las penas que les debo, y recrearme en la contemplacion de la naturaleza.

Cada cual tiene, sin embargo, su gusto, y dueños conozco yo de magníficas casas de campo que apenas las pisan en su vida.

Algo de eso le acontecia á mi buen amigo D. Alonso de Ayila—porque la verdad es que le profeso particular



afecto—algo de eso, digo, le sucedía al bueno de don Alonso con su magnífica posesión de Chapultepec, en la cual hubiera podido vivir hecho un Palemon, entre árboles de veras, plantas robustas, flores aromáticas, arroyuelos murmuradores, parleras fuentes, músicas ave-cillas, domésticos animales, y montaraces fieras. Pero, ya lo sabemos, el buen caballero solo admiraba en la creación su postrera obra: la muger; y mas fácil que verle á él en el campo, como en compañía de alguna garrida hembra no fuese, era encontrarse con peras en un olmo.

No obstante, justo es decir que, una vez fuera de la ciudad, su alma impresionable y generosa percibía fácil y hondamente las bellezas de la obra de Dios; y así, de acuerdo en eso con Elvira, hacia que con esmero se cuidase la quinta en que nos hallamos, y de cuyo jardín vamos á ocuparnos algunos instantes.

Consistía el tal en un gran espacio de tierra, no bajaría de cuatro fanegas, murado en torno, y con arte esquisito labrado incesantemente.—Bajábase á él desde el Palacio por una doble escalera de mármol, saliente del edificio, y cubierta por una armazon de hierro, á su vez revestida por los frondosos tallos de una vid colossal que lascivamente se enlazaba con las flexibles ramas de la europea olorosa madre selva. Al pie de la escalera tendíase, verde como la esmeralda, y merced á continuo riego nunca espigada, una alfombra de mullido cespèd que iba á perderse en los confines de una cuádruple alameda de naranjos y limoneros, llevados de Europa y fácilmente aclimatados en el privilegiado suelo de Tenuchtitlan. Daba la vuelta aquella alameda por uno y otro lado hasta terminarse en ambos costados del Palacio, dejando en su trascurso hueco á ocho calles que, rectas y sombrías, eran otros tantos radios de un círculo cuyo centro estaba en la puerta misma del edificio.

En el punto medio de la alfombra de cesped una Diana cazadora, obra romana que en la elegancia y morbidez de las formas pudiera pasar por griega y de los mejores tiempos de aquella tierra mitológica, coronaba una fuente de jaspes indígenas, que en dos soberbias tazas recibia, devolviéndoselas á la tierra, los dos caños de agua que de su boca arrojaba un ciervo que á los pies de la triforme diosa devoraban sus perros. Artísticamente dispuestos, aunque al parecer obra del acaso, ocho pequeños cauces daban salida á las aguas sobrantes de las conchas, y cada uno de aquellos arroyos, despues de serpentear, al parecer caprichosamente, por el cesped, iba á fecundar con su benéfica humedad una de las calles de árboles de que antes hablamos.

Los sectores entre esas comprendidos contenian jardines, bosquecillos, grutas, cascadas, praderas, flores exóticas, plantas silvestres, todo con tan primoroso artificio combinado y dispuesto, que el ánimo caminaba de sorpresa en sorpresa, pasando sin violencia de lo risueño á lo magestuoso, de lo fácil á lo agreste, de la claridad á las tinieblas, sin que la mano del hombre, de todo autora, apareciese sin embargo ni un solo instante.

Dada esa idea general de aquel delicioso sitio, hablemos ya de algunos de sus pormenores indispensables para comprender lo que á su tiempo referiremos.

Y, en primer lugar, la naturaleza habia hecho desigual el terreno que el jardin ocupaba, y el arte aprovechado en sus primores aquellas desigualdades, para que la monotonía, defecto ordinario y capital de los jardines, no destruyese en su raiz el placer á que se le destinaba. Merced, pues, á desniveles de bastante consideracion, pudo practicarse un canal que, partiendo de entre las dos calles centrales de las ocho que de la plazuela de cesped salian, y corriendo por prados y desfi-

laderos, mas ó menos artificiales, por pabellones y grutas, atravesaba el jardin entero en tortuoso curso, y se terminaba en su frente opuesto al edificio y en un gran lago, abundante en pesca, y como el canal mismo, ademas, navegable.

A una y otra orilla del canal, y en torno de sus riberas, alzábanse mezclados con otros árboles de intento plantados, gigantescas ceibas, ébanos, abetos, palmas, granadillos, caobos, aloes y otros que fuera prolijo nombrar, asombrando con la corpulencia de sus troncos y la exhuberante vegetacion de sus copas al europeo que acaso los contemplaba.

Aquel canal era el paseo favorito de doña Elvira, la cual, apenas despues del almuerzo se vió un momento libre de las damas que, como digimos, cada una por su parte procuraron emanciparse, corrió al embarcadero, saltó en una elegante ligerísima piragua, y empuñando los remos con gallardía, tardó menos que nosotros en escribirlo en perderse bajo la sombra de la magestuosa arboleda. Una vez allí, y ya engolfada en el laberinto del tortuoso curso del canal, abandonando los remos, dejó la bella dama que el esquife vagase libre; y cruzando los brazos, dió tambien rienda suelta á su propio pensamiento.

Quien así la viera inmóvil en su barquilla, á medio velar el fuego de su ardiente mirada, melancólica la sonrisa, y palpitante el pecho, á no tomarla por alguna de las Náyades del lago, fácilmente comprendiera que un sentimiento de amor la dominaba.—Y era así: la vista de Fernando, resuelto entre los resueltos, temerario hasta la imprudencia cuando la creyó prisionera, indiferente en la mesa á las provocaciones de la linda y mas que coqueta Leonor, y sobre todo eso tan jóven como simpático, tan bello como varonil, abrió terrible brecha en el ya herido corazon de la esposa de Avila.

—¿Mas por qué arruga el ceño, turbando la celeste serenidad que ha un instante reinaba en su frente? ¿Por qué se contraen sus labios y palidecen sus mejillas?—  
 ¿Por qué...?—Porque á solas con la naturaleza, Elvira, deponiendo su orgullo, es como todos los humanos séres, una débil criatura, víctima ó esclava de sus pasiones; y al contemplar reflejada su imágen en las aguas del cristalino canal, y verse tan hermosa, y considerarse noble, rica, respetada, y sin embargo, en realidad infelicísima, no pudo menos de decirse:

—«¿Qué culpa, Señor, propia ó de mis antepasados, es la que estoy espiando?—¿Por qué, siendo ilustre mi nacimiento, grandes mis riquezas, no desgraciado mi parecer, generoso mi corazón, altivo mi pensamiento, y amando y siendo amada, soy, sin embargo, miserable como las mas miserable de las mugeres todas?»

Y Elvira se respondia á sí misma con profunda amargura:

—«Estás unida para siempre á un hombre que ni te comprende ni comprenderte puede; á un hombre á quien no amas y de quien no eres amada; á un hombre cuya felicidad haces imposible, y que á su vez impide la tuya.—¿Eres esclava, Elvira! ¿Eres esclava!!!—¿Cómo has de ser dichosa?»

Tal suele el generoso monarca de las selvas, si inadvertido cae en trampa dispuesta por cazador astuto, revolverse violento en su prision, agitar iracundo sus lazos, y acrecer asi á un tiempo mismo su inmensa cólera y el peso de sus hierros; tal, encontrando intempestivo valla- do en medio de su carrera, el caballo de ardiente sangre, prefiere á retroceder estrellarse contra ella; tal... Mas en vano acumularíamos comparaciones: nada hay tan violento, nada tan irritable como el amor contrariado en un alma de buen temple, y amor contrariado afli-

gia, en efecto, el alma mas que bien templada de la hermosa consorte de D. Alonso.

Mas no eran solos, en aquel momento, los obstáculos constantes, y por decirlo asi, de tabla que á su amor se oponían, los que fatigaban su dolorido corazon: un despecho, además, que á los indiferentes parecerá pueril si no infundado, la afligia.

— «¿Por qué Fernando dejaba escapar las muchas ocasiones que la libertad y confusion propias de un día de campo con tan numerosa concurrencia, le estaban ofreciendo para acercarse á Elvira, y hablarla, ya que de amor no fuese, al menos de cosas indiferentes? — Tanto retraimiento ¿Procedia de timidez, ó de falta de fuego? — La timidez no se esplicaba en quien debia de saberse amado; era, pues, tibieza, y la tibieza ó la indiferencia (pensaba Elvira) serian un insulto. Mil veces antes su odio, que su tibieza ó su indiferencia.»

Y de ahí, consecuencia sobre consecuencia, propósito firme de hacer pagar carísimo su delito al supuesto culpable.

Si no supiéramos que la mayor parte de los lectores de novelas son, ó por lo menos han sido, enamorados, temeríamos pasar por locos escribiendo lo que precede, y aún lo que sigue: pero dichosamente cuantos este libro manoseen recordarán, si por ello no están pasando, mas de un caso en que hayan sido víctimas ó verdugos, sin mas fundamento que el que doña Elvira tenia para quejarse de su enamorado.

El pobre doncel, en efecto, solo en ella pensaba, solo para ella vivia, y ó mas bien arrastraba penosamente su existencia; mas, por una parte, via en la virtud de Elvira una barrera insuperable á sus aspiraciones, y por otra en la amistad de D. Alonso un escollo terrible para su segunda, ya que no su religion primera: la del honor.

—«¿A qué (se decia al separarse de Avila en el momento en que aquel se encaminaba á la junta de los caballeros en el bosque); á qué buscarla y hablarla?— Si está de buen humor me recibirá afable; pero con ese aire de maternal ternura que á voces me está diciendo: «Sois un rapaz, Fernando;» como si el volcan que arde en mi pecho y le devora, no me hubiese ya hecho vivir siglos de tormentos en semanas de amor. Si llego en uno de sus instantes de melancolía, me dirá con esa voz que me penetra hasta la médula de los huesos: «Fernando, nuestro amor es un crimen; inmóladlo en aras de la virtud. Quizá nos reunamos mas allá de la tumba: en este mundo es imposible!» Y sorda á mis ruegos, insensible á mis lágrimas, de mármol á mis suspiros, elevaráse en alas de su poético pensamiento á la region de los espíritus inmortales.—Si el desden predomina en su estado, ¡Ay de mí! qué de impíos sarcasmos contra el amor, que de amargas burlas no me esperan!— ¿A qué, pues, buscarla y hablarla?—Huyamos, huyamos de ella... Sí; voy á esperar á mi padre.»

Y con ánimo resuelto y propósito deliberado de salirle al encuentro á D. Pedro de Valdestillas, echó á andar su hijo hácia el camino de Méjico, mas al pasar por delante del palacio de Avila, vió al través de las celosías, cerradas á medias para que ni el sol incomodara ni la perspectiva se interceptase completamente; vió, decíamos, pasearse por la galería del piso principal á varias damas, sin poder empero distinguir quiénes fuesen; y en el acto, repitiendo siempre en sus adentros: «Es preciso huir de ella; no debo buscarla;» dió media vuelta á la izquierda y puso la proa al edificio.

No hay que asombrarse de eso: los enamorados eran asi en el tiempo á que nos referimos, y segun noticias continúan siendo de la mismísima manera.

En todo caso el hijo del Comuero subió las escale-

ras, como á su edad y con amor se suben, á saltos, y entró en la galería palpitándole el pecho de temor y de esperanza.—Las señoras que allí se paseaban eran seis ú ocho, con doña Juana de Sosa á la cabeza; y decimos á la cabeza, porque aquella dama, esposa, como ya queda escrito, de D. Luis de Castilla, era despues de la Marquesa del Valle y de doña Elvira, la mas importante por su aristocrática posicion en Méjico. Asi, pues, acompañábanla en su paseo seis ú ocho hidalgas, de las que necesitaban sombra, moralmente hablando para figurar en el mundo, físicamente para no lucir sus nacientes arrugas y teñidas canas. Como escepcion, y por rareza, hallábase tambien allí la linda Leonor de Sarmiento que en su despecho, al verse olvidada por Avila, y apenas mirada por Valdestillas, habia ido á refugiarse al pie de la estatua de una Bacante, y jugando con un abanico de pluma, se dejaba arrullar por los requiebros de un galan, por insignificante, olvidado en la junta de los caballeros.

Todo eso pasaba en el tramo de la galería correspondiente á la fachada del palacio, pero como Fernando no ignoraba que aquella daba la vuelta á todo el edificio, aunque con la perspicacia propia de su edad y situacion, al primer golpe de vista echó de ver la ausencia de doña Elvira, antes de darse por vencido quiso reconocer completamente la galería toda, y la reconoció en efecto. Ninguna dama habia en los otros tres tramos; solamente, al atravesar el que sobre el jardín daba, advirtió nuestro enamorado mancebo que la tierna doña Beatriz lo cruzaba rápida y como furtivamente en direccion á la escalinata, á cuyo pie divisó el vago perfil de una figura, como de page ó cosa semejante.

Pero Fernando, que no estaba para observaciones á su objeto ajenas, sin cuidarse de la Doctora regresó despechado á su punto de partida, y despues de cerciorarse con una segunda inspeccion de que no estaba allí

la que amaba, murmuró entre dientes, y clavándose todas las uñas de la mano derecha en el lado izquierdo del pecho: «No está, y vive Dios que me alegro! ¡Eso quería yo!»—Mientras así decía, dos lágrimas ardientes se le saltaron de los ojos mal su grado.

Ya iba á retirarse, cuando Leonor que, ya cansada de las insulseces galantes del que la acompañaba, ardia por hallar un pretesto para desembarazarse de él y trocar de sociedad, viendo al doncel, que le parecia mas que bien, le interpeló diciendo:

—«Señor D. Fernando, si á vuesa merced no le causa molestia, acérquesenos un instante.»

So pena de incurrir en la mas evidente grosería, Valdestillas no pudo menos de llegarse á la esposa del anciano capitan de caballos, la cual, prosiguiendo la conversacion, le dijo:

—«¿Iba vuesa merced en busca de alguien?

—¡Oh! No señora (respondió el mancebo, contestando mas bien á su propio pensamiento que á la pregunta que se le hacia). No señora, yo no tengo á quien buscar.

—¡Bah! (Replicó Leonor riéndose). ¡Tan jóven, tan galan y tan desocupado! Imposible parece: pero á bien que yo no soy vuestro confesor.

—Sí (interpuso el galan parásito); D. Fernando, aunque jóven, aún pasa por muy discreto, y....

—Os engañais, D. Diego (dijo Valdestillas).

—¡Cómo! ¿No sois discreto? Preguntó Leonor.

—No sé si lo soy, señora; lo que sí sé es que no tengo que callar favores.

—Bien, bien, como gustéis: pero en ese caso estareis aquí completamente libre.

—¡Oh! Sí, completamente.

—Mejor que mejor; en ese caso vais á acompañarnos á dar una vuelta por el jardin; con un solo galan no es-



tuviera bien visto; siendo ya dos, las leyes del decoro quedan á salvo.»

Y sin esperar respuesta levantóse Leonor, tomó el brazo de D. Diego, y emprendió la marcha.

Fernando tenia los mismos deseos de ir al jardin, y sobre todo en compañía de Leonor, que de arrojarse de cabeza al lago de Chalco; pero el compromiso era de tal naturaleza que no podia humanamente esquivarse. Resignóse, pues, lo menos mal que pudo á lo que la suerte ordenaba, y hablando poco, y galanteando menos, siguió á la avispada andaluza y al que el brazo la daba, al proyectado paseo. Una circunstancia le consolaba, y era la presencia del D. Diego, pues ya que el papel que iba haciendo Valdestillas no fuese muy airoso, por lo menos aquel hombre con sus pretensiones de seductor le habia de economizar á él frases y rendimientos cortesanos.

Mas no era ese el cálculo de Leonor; y cuando aquella niña precoz calculaba un plan, rara vez dejaba de ponerle por obra, costase lo que costase.

Llegaban los tres paseantes á emparejar con la entrada de una de las ocho calles de árboles: D. Fernando delante, como embelesado en la contemplacion de la frondosidad del sitio, y detrás D. Diego hecho una jalea con Leonor, cuando esta, con una naturalidad digna de una actriz de nuestros dias, exclamó súbito:

—«¡Ay Jesus! Me he olvidado el abanico en la galería.

—¿Quereis, señora, que vaya á buscarlo? Apresuróse á decir D. Diego.

—Si no os fuese de mucha molestia...

—Serviros es mi delicia...

—Lo estimo por ser regalo de mi madre, y ahora ademas tengo un calor... Id, pues, que aquí os esperamos.»

Y D. Diego echó á correr como un gamo en busca del abanico que no podia encontrar, supuesto que Leonor lo tenia muy bien guardado en una de las faltriqueras de su vestido.

¿No habia, entonces, querido mas que desembarazarse de aquel cuitado?—Cabalmente.

Pero D. Diego podria emplear, á lo mas, un cuarto de hora en ir á la galería, buscar inútilmente el abanico, y volver á reunirse con Leonor.—Cierto, mas ese tiempo sobraba para la realizacion completa del plan de la traviesa dama.

Asi fue que, apenas hubo vuelto la espalda el galan amartelado, cuando ella, ligera como una alondra, incorporóse á Valdestillas, tomóle sin ceremonia el brazo, y arrastrándole en pos de sí en direccion á lo mas intrincado de aquel laberinto, le dijo festivamente:

—«Amparadme, D. Fernando, si sois caballero, contra los insulsos galanteos de ese D. Diego de dia y de noche.

—¿Cómo, señora (preguntó el mozo mirándola con asombro, pero sin dejar de correr por no parecer grosero), os habrá faltado?

—Al revés: me ha sobrado...

—No os entiendo.

—Andad, en todo caso: me cansan sus insulseces, y le he enviado... No sé... á cualquier cosa... El caso es que no vuelva á dar con nosotros.

—Pero ¿Qué dirá ese hombre?

—Diga lo que quiera.

—Ved que le agraviais, señora.»

Paróse al oir tal Leonor, soltó el brazo de Fernando, y mirándole de hito en hito, con una espresion que, á ser la mirada de un hombre mereciera ejemplar castigo, dijole:

—«Teneis razon, no habia reflexionado que median-

do vos pudiera haber un lance, y..... Dios me libre....! Volvamos á esperarle.»

Todos los colores del arco Iris pasaron en un instante por el rostro del inesperto doncel, al oír que tal interpretacion se daba á sus palabras: pero tal era su indole y tan buena su crianza que, dominándose, respondió cortés aunque picado:

—«Permitidme que ahora os ruegue yo que prosigamos huyendo de D. Diego. Habeis comprendido mal mis palabras, señora.

—¡Oh! Insistió Leonor, yo soy quien ha obrado imprudente.

—Sea lo que fuere, ya no hay mas de proseguir nuestro camino, y asi lo haremos, si á mí tambien no quereis desairarme, señora.»

Pronunció esas palabras tan resuelto D. Fernando, que Leonor satisfecha de haber dado en el blanco con la flecha de su ironía, y creyendo inútil esforzar mas el propósito, asió de nuevo el brazo del doncel, y de nuevo comenzó á triscar por aquellas praderas, soltando al mismo tiempo la rienda á la facundia de su meridional pensamiento, y á la volubilidad de su femenina lengua.

Una muchacha andaluza de 15 á 16 años de edad, linda, traviesa, casada y provocativa, pendiente del brazo de un mozo como D. Fernando, y á solas, y en la amenidad de un jardin, y á la sombra de espesísimos árboles, y todo eso en un clima meridional, confesemos que es tentacion peligrosa para el susodicho mancebo; y tanto mas peligrosa cuanto menos buscada.

Asi, en realidad, el pobre Fernando, que se habia propuesto aburrirse en aquel paseo, y que emprendió la carrera por el jardin de malísima gana, primero advirtió que el ejercicio violento, poniendo en circulacion la sangre, le aliviaba la cabeza; luego no pudo menos de reparar en que los ojos de su compañera tenian un bri-

El seductor ; despues , como no era ciego , echó de ver que el brazo y la mano que en el suyo se apoyaban , parecian torneados ; y en fin..... en fin..... ; Qué diablos ! El magnetismo animal hace siempre su oficio , y ese oficio no es siempre el de dormir á las gentes , sino al contrario , muy al contrario , todo lo contrario.

De manera que Leonor y Fernando se iban por aquellos bosques y florestas , de prisa unas veces , otras despacio , siempre del brazo , mirándose de cuando en cuando , bajando los ojos á menudo , riendo como por el bien parecer , suspirando por via de desahogo , y completamente magnetizados , físicamente se entiende ; mientras D. Diego , hecho un pesquisidor , preguntaba al género humano por el abanico que la muger de Sarmiento llevaba en la faltriquera de su vestido.

Mas si los sentidos del hijo del Comunero estaban fascinados , su corazon se conservaba intacto y puro , y de cuando en cuando el grito acusador de la conciencia , alzándose mas poderoso que el tumulto de las malas pasiones , gritábale como Ubaldo á Reinaldo en los encantados jardines de Armida :

«¿Qual sonno ó qual letargo ha si sopita

»La tua virtute ? ¿O qual viltà l' alletta?»

Y entonces Fernando intentaba sobreponer el espíritu á la carne : pero entonces tambien la encantadora redoblaba sus esfuerzos , y la lucha iba cada vez haciéndose mas empeñada , mas peligrosa.

El momento supremo se acercaba ; el amante de Elvira sentia que un vértigo irresistible iba apoderándose de su cabeza ; y parándose súbito en medio de un sombrío bosquecillo donde apenas podian penetrar los reflejos , que no los rayos , de la luz del sol ; parándose , decimos , en medio de aquel bosquecillo , en cuyo centro un

cenador cubierto de enredaderas, y provisto de un sofá de verde césped, parecia preparado de intento para alguna escena análoga á la de Dido y Eneas en la famosa cacería que tan cara costó á aquella; parándose, repito por vez tercera, antes de poner la planta en aquel cenador, y soltando el brazo de Leonor, que ya entonces tenia mas aire de víctima resignada que de Hada conquistadora, exclamó Fernando, en un tono de voz indefinible:

—«No entremos, señora, no entremos: antes volvamos á donde haya mas gente. ¿Qué se diria de vos si se supiera...? No entremos.»

Tal discurso en una muger, como lo son ordinariamente las de quince años, produjera no solo el efecto que Valdestillas buscaba, sino el de anonadarla bajo el peso de su vergüenza; en otra mas experimentada, pero con algun resto de pudor en el alma, el de indignarla contra quien con tal desprecio la trataba: mas en Leonor, que era tal y tan buena que D. Alonso de Avila la temia, no hizo mas que irritar el antojo (no queremos profanar el nombre de pasión) que la dominaba por el momento. Recobrando, pues, instantáneamente su serenidad habitual, contestó á Fernando:

—«¿Teneis miedo? Tranquilizaos, que respetaré vuestros escrúpulos, y os prometo hacer justicia á vuestra virtud, si algun dia solicitais el velo de monja, y vienen á pedirme informes.»

Soltándole entonces una irónica carcajada en sus barbas, entróse la maliciosa dama en el cenador, y sin que en la apariencia se curase de lo que el doncel hacia, se reclinó voluptuosamente en el sofá de césped, de manera que, quedando frente á la entrada, podia ver y ser vista.

Fernando, corrido hasta un punto mucho mas fácil de comprender que de explicar, no sabia qué hacerse;

porque entrar en el cenador era arrojarse á cuerpo perdido en manos de la tentacion; marcharse... marcharse era parodiar al favorito de Faraon, á cuya casta reputacion (la del favorito) hay poquísimos hombres que aspiran, aun siendo en realidad virtuosos.

Un momento se le ocurrió tomar un término medio entre marcharse ó entrar en el cenador; espediente verdaderamente ingenioso, sencillito, y sobre todo eficaz, pues consistia en arrojarse, la cabeza la primera, al canal que pasaba precisamente á muy pocos pasos del cenador y frente á su entrada.

Pero reflexionando que, como sabia nadar perfectamente, aquel baño solo conduciria á echar á perder su elegante trage, hubo de renunciar á tal proyecto.

Leonor, viéndole indeciso, le dijo con una voz de esas en que la voluptuosidad y el sarcasmo van tan revueltos como la miel y la ponzoña en el tósigo por traidora mano preparado:

—«D. Fernando, si no quereis acabar de comprometer vuestra reputacion entrando en el cenador, id á buscar á D. Diego, y decidle que puede venir, que ya ha parecido mi abanico.»

—Señora, contestó el doncel ansiando un pretesto de riña, paréceme que el oficio de tercero...

—Es el único que debe dársele al que no quiere, ó no sabe, ó no puede desempeñar el de primer galan.— Hacedme merced de buscar á D. Diego.»

Como no es cortés hablar con una dama, ni escuchar sus palabras sin mirarla, Valdestillas hubo de mirar á Leonor, y Leonor estaba tan linda, tan voluptuosa, tan provocativa; sus miradas eran tan ardientes, su sonrisa tan burlona, que el pobre mozo, trastornado por completo, dijose á sí mismo:

—«¡Tambien es necesidad ponerme de tal modo en ridiculo por una muger que ni mirarme se digna, y que

hasta vergüenza parece que tiene de que yo la adore!»

Cuál sería la conclusion de ese raciocinio lo ignoramos; pero lo cierto es que el doncel, haciendo un gesto de esos que echan el mundo á paseo, precipitóse al cenador para sentarse, sin duda, al lado de Leonor, quien, al verle llegar, tendióle una mano, que él besó apasionadamente.

En aquel momento crugieron las ramas de los vecinos árboles, y agitáronse sus hojas, como suelen cuando en medio de una calma completa salta súbito un aura ligera; y murmuraron tambien las tranquilas aguas del canal; y una piragua cruzó tan rápida por delante del cenador que apenas pudierón distinguirse las formas de la persona que en ella iba; y una voz dolorosa clamó:—*¡Fernando! ¡Fernando!*—Cual si al pronunciar aquel nombre exhalase el alma en su última sílaba.

Oyó Valdestillas la voz; soltó la mano de Leonor; y clamando sin poder contenerse:—«*¡Elvira, Elvira mia!*—Lanzóse fuera del cenador, rápido, ciego, violento, como proyectil que la pólvora inflamada arroja al espacio.



## CAPITULO V.

QUE EL MÓNSTRUO DE LOS JARDINES PROSIGUIÓ HACIENDO DE  
LAS SUYAS.



IEGO de amor y de impaciencia, don Bernardino Pacheco de Bocanegra, viendo que Catalina no parecia, montó á caballo apenas acabado el almuerzo, y sin encomendarse á Dios ni al Diablo, como vulgarmente se dice, dirigióse á la carrera por el camino de Méjico adelante. Hizo bien en no encomendarse á Dios, si no trataba de apartarse de su mal propósito; pero hizo mal en no encomendarse al Diablo, ya que le servia, pues hubiérale, quizá de agradecido, inspirado alguna idea menos absurda que la que á práctica redujo.



Juan Ponce de Leon y su esposa , creemos haberlo dicho , estaban detenidos en Méjico por culpas de una costurera, ó mas bien porque no acertó una costurera á hacer imposibles. Catalina amaba el lujo entrañablemente; su marido la economía con ternura. Catalina quisiera lucirse entre las primeras en la fiesta de Chapultepec; y la parsimonia de Juan Ponce le tenia tan mal provisto el guardaropa, que en realidad no habia en él trage digno de figurar en tan numerosa lucida concurrencia.

Hagamos justicia á todos: la muger espuso su necesidad humildemente, y el marido la reconoció sincero, dándola, ademas, carta blanca para gastar cuanto necesario fuese á presentarse en la quinta de D. Alonso con el decoro á su clase correspondiente.

Apenas obtenido favor tan raro, hizo Catalina llamar al sastre mas hábil y tambien mas carero de Méjico, porque los sastres cortaban entonces los trages de las señoras. Acudió el maestro; eligióse una tela de brocado verde y oro; la tijera hizo sin misericordia su oficio; y una costurera, instalada en la casa misma de Juan Ponce, comenzó luego á coser á destajo. Mas el tiempo que medió entre el convite y la fiesta fue tan corto que, aún con velar la pobre oficiala toda la noche, y ayudarla una criada de la esposa del Encomendero, y tambien esta misma, no pudo el trage acabarse hasta las diez de la mañana, restando despues probarlo, enmendar algunos defectos, y, últimamente, vestirse la señora; de todo lo cual resultó, que era muy cerca del mediodia cuando pudieron montar á caballo Juan Ponce y su esposa.

Iba ella, sin embargo, radiante de gozo, y hasta agradecida á su consorte; y él, que para amarla no necesitaba mas que un poco de amabilidad de parte de Catalina, contento y afable como era raro verle.

¿Ha vivido el lector alguna temporada en pais nebu-

loso, de esos en que un cielo aplomado circunda habitualmente el horizonte y refleja sus opacas tintas en todos los objetos, dando á la tierra el aspecto de un vasto cementerio?—Deseamos que tal no le haya nunca acontecido ; pero solo si asi fuese podrá formarse idea del inestimable valor de un rayo de ese sol que en nuestros climas luce siempre tan radiante, que ó no le damos importancia ó acaba por molestarnos.

Del mismo modo, en el matrimonio de que hablábamos , siendo el mal gesto , peor semblante y avinagrado acento, el estado habitual, cuando una sonrisa, por efímera que fuese, brillaba en los labios de ambos consortes, parecían que un Angel los habia trasportado al terrenal Paraiso.

Gracias al vestido nuevo, en una palabra, Ponce de Leon y Catalina , caminaban inmediatos el uno al otro como recién casados ; él la miraba con toda la ternura en su carácter posible, y tenia razon , porque habiendo desaparecido de su rostro la siniestra espresion que de ordinario le oscurecía , estaba hermosa y seductora ; y ella , á su vez , ó satisfecha del homenaje, aunque de su marido procediese , ó para animarle á que en lo sucesivo anduviese siempre generoso, ó quizá con ulteriores ocultos fines, dábale cuerda , coqueteaba con él , como decimos hoy en nuestro singular language.

Nada mas lejos del pensamiento de D. Bernardino que la conyugal beatitud en que Ponce y su muger caminaban. La imaginacion lóbregamente fecunda del enamorado caballero habíase forjado un drama melancólico, en el cual Ponce, brutal, celoso y abusando de su fuerza, se oponia á que concurriese á la fiesta Catalina ; y ella, acobardada, llorosa, y á duras penas sofocando en el acongojado pecho los sollozos, yacia en un rincon del aborrecido hogar doméstico, maldiciendo la hora que á tan tiránico dueño la habia enlazado. Y, partiendo de

tal supuesto, galopaba Bocanegra hácia la metrópoli de Nueva España, con sentimientos análogos á los que hubieran animado á un caballero andante al encaminarse á cualquier castillo encantado, donde en duras prisiones gimiese la señora de sus pensamientos, esclava ya de maligno gigante, ya de celosa hechicera.

De cuando en cuando acariciaba D. Bernardino el puño de su espada, ó buscaba la daga en el cinto; de cuando en cuando, inyectados en sangre los ojos, murmuraba entre dientes: — «Él ó yo sobramos en el mundo. — ¡Desdichado de ese hombre si Catalina ha deramado por culpa suya una sola lágrima! — Esto no puede continuar así! — Ponce ha de morir de mi mano!!!» Y otras tales frases de hombre delirante ó de furia del averno.

Figúrese el lector cuál sería el efecto que en ánimo de tal suerte dispuesto produciría la vista de Catalina, ataviada con un fausto en ella insólito, rebosando gozo en el semblante, y tendiendo á su marido una mano que él besaba enamorado; porque el diablo quiso que acertase Bocanegra á tropezar con su dama precisamente en el instante en que ella se creyó obligada á corresponder como hemos dicho, á una galantería de Ponce. Verdad es que se trataba nada menos que de otro trage con su prendido correspondiente que el Encomendero de Acama acababa de ofrecerle á su esposa.

D. Bernardino, que iba dispuesto á provocar y matar á Juan Ponce si habia maltratado á su muger, sintió vehementes impulsos de atravesarle en el acto con la espada sin otra formalidad prévia; en lo cual no pretendemos que anduviese muy lógico, segun la dialéctica de Aristóteles, Lock, Condillac y demas filósofos, pero sí y obstinadamente, que casi todos los humanos, en su caso puestos, sintieran y procedieran de igual manera.

No hay pecado que mas lleve en sí la penitencia que

el de codiciar la muger del prógimo, cuando lo que ordinariamente comienza por antojo llega á ser pasión graduada; porque, si el propietario maltrata su alhaja, es preciso presenciarse sin acudir á defenderla, por no empeorar su causa; y si dá en acariciarla... entonces... entonces sucédele al culpable lo que á Pacheco de Bocanegra, sentir en su corazón todos los tormentos del infierno, aborrecer á un tiempo á él, á ella, á sí mismo; devorarse las propias entrañas, y para mayor delicia tener que asistir muchas veces con la risa en los labios á tan ameno espectáculo.

En la ocasión á que nos referimos, sin embargo, hubo de tomar la escena un aspecto trágico, porque el amante, sobre ser de suyo irascible en extremo, era llegado á tal grado de exaltación, que al ver lo que dicho dejamos, sin ser poderoso á contenerse, desenvainó la daga, y con ella en la mano derecha, caído al brazo al costado, clavó entrambas espuelas en los hijares del magnífico potro negro pezeño que montaba, y cargó á la descuidada pareja con una violencia increíble.

Si el encuentro que Pacheco buscaba llegara á verificarse, sabe solo el Cielo las consecuencias: pero quiso la suerte que Catalina, menos preocupada que Ponce, (porque las interesadas caricias que le hacia no la afectaban en manera alguna), viese á su amante, y adivinando instintivamente el riesgo que la amenazaba, trabó de la rienda el caballo del marido, y sacando el suyo con aquel del camino, los libertase á entrambos del choque con Bocanegra.

—«¿Quién es ese endemoniado (esclamó Ponce) que va por el camino como si se lo llevasen los diablos?»

—No sé, Juan mio (respondió Catalina, con su dulce sonrisa de esfinge), ni me importa.

—Pues, vive Dios, que si no fueras tan buena gineta,

Catalina, á los dos pudiera costarnos cara la fiesta. Ganas tengo de ir á darle una leccion de equitacion.

—A buena hora, Juan; ya está mas allá de Méjico.

—Y mas allá de los confines del mundo puede estar pronto, si á ese paso prosigue.»

Y era así la verdad, porque el generoso bruto, tan fuera de razon castigado por su ginete, sobreponiéndose al dolor del bocado, mas volaba que corria por el camino adelante, como si en la velocidad de su carrera estribase el sacudir la carga que le oprimia.

A su vez Bocanegra, como todo aquel á quien un gran dolor moral aqueja, lejos de oponerse á la precipitada marcha de su montura, proseguia esecitando al caballo; porque, sobre todo con celos desesperados, no hay nada que siente mejor que una carrera en un bruto desbocado!

Dejémosle, pues, correr sin objeto ni término, y sigamos al matrimonio que entre risas y caricias llegó al bosque de Chapultepec cuando ya toda la sociedad andaba dispersa por sus jardines, y sobre poco mas ó menos al terminarse la junta de los caballeros.

Recibidos en el zaguan por los criados y no sabemos por quien, Juan Ponce, relevando su caballo con uno de la casa, agregóse á otros dos ó tres hidalgos que salian á volar un halcon; y Catalina, despues de saludar á doña Juana de Sosa, y á las señoras que pacíficamente se solazaban en la galería, enderezó el rumbo al jardín á fin de disponer á solas y con sosiego su plan para el resto del dia.

No la aquejaba mucho, en verdad, el temor á don Bernardino, á pesar de que, conociéndole muy á fondo, sabia, acaso mejor que él mismo, el estado de horrible exasperacion en que penaba. Una mirada, una sonrisa, un favor el mas insignificante, bastaban á calmarle ó por lo menos á someterle; y, en caso extremo, amenazándole

con no volver mas á verle , tenia Catalina seguridad absoluta de hacer de él cuanto se le antojase. Con hombre á tal punto llegado, las mugeres, en general, y sobre todo las mugeres como Catalina, no guardan consideracion alguna, hasta el dia en que, llena la medida del sufrimiento de la víctima, ó sucumbe al peso del dolor que la abrumba, ó rompe los hierros que la aprisionan.

Lo que preocupaba á Catalina, volvemos á decirlo, no era, pues, el enojo de su amante, sino las ideas ambiciosas, los proyectos atrevidos que en su propia fantasia fermentaban, y ademas el deseo de una conversacion á solas.—¿Con quién dirá el lector?—Con D. Alonso de Avila nada menos. Años hacia que toda relacion se habia cortado entre aquellas dos personas, un tiempo tan estrechamente unidas, que pudo decirse de ellos con razon aquello de ser un alma en dos cuerpos; años hacia que si la casualidad pudo reunirlos alguna vez en un mismo sitio, jamas se miraron sino á hurtadillas el uno del otro; años hacia, en fin, que al creer de todo Méjico, ni Avila se acordaba de Catalina, ni Catalina conservaba el menor recuerdo de Avila. Ella tenia su amante, él lo habia sido de infinitas damas. ¿Qué lazo, pues, qué interés mediaba aún entre ambos para que Catalina deseara hablar aquel dia á solas con D. Alonso, y para que este no hubiese leído de los cuatro billetes de que Valdestillas fue portador, mas que aquel cuyo sobrescrito le pareció de mano de la muger de Juan Ponce?

Por parte del esposo de Elvira, ya que no sentimiento, habia reminiscencias; su alma, que era naturalmente tierna, conservaba hondas huellas de su primero y sincerísimo amor; su noble corazon, al rencor ageno, difícilmente acertaba á odiar á Catalina como ella lo merecia; y por tanto se esplica fácilmente la preferencia que obtuvo su billete sobre los de mugeres que no habian he-

cho mas que escitar momentáneamente los sentidos de D. Alonso.

Pero por lo que á Catalina respecta la cosa varia completamente; aquella muger que tenia un amante sin amarle, solo por afrentar á su marido, y por disponer á su arbitrio de un hombre, por la pasion embrutecido hasta el punto de ser ciego instrumento de la voluntad de su dama; aquella muger en quien el temperamento dominaba al corazon, y el cálculo al temperamento, no deseaba, no hacia cosa que no fuese ordenada á trascendentales fines. Asi entonces deseaba con ansia hablar á D. Alonso, pero no de amores, sino de la Conjuracion, en cuyo secreto ya sabemos que estaba iniciada por la confianza ó la indiscrecion, si se quiere, de Bocanegra.

Este poseia su secreto todo. D. Martin Suarez al establecerse en Méjico, ya con propósito de poner por obra su temerario pensamiento, necesitando un confidente ó mas bien cómplice de buen linage y aristocrática posicion, naturalmente puso los ojos en el caballero que nos ocupa, pareciéndole entre los muchos de aquella ciudad el mas callado, discreto y valeroso. Todas esas dotes tenia D. Bernardino en alto grado, todas, y con ellas cuantas constituyen un perfecto caballero: Suarez no podia adivinar que el amor habia de trastornar el juicio y pervertir el alma al que conoció bueno entre los buenos.—En los primeros tiempos de sus relaciones con Suarez, Bocanegra exclusivamente dedicado al negocio político, fuéle utilísimo á aquel, relacionándole con personas de cuenta, y sirviéndole, por decirlo asi, de caucion para con el mundo: pero cuando Catalina se hizo de su alma absoluto dueño, si bien con la persona y la espada estuvo tan pronto y mas que antes á servirle, para todo lo restante se inutilizó por completo. Fijo de continuo su pensamiento en la que

amaba, abrasado su corazon por los celos, estraviada su inteligencia por el vértigo irresistible de la pasion, inútil era hablarle de negocios graves, delirio esperar de él consejos que descabellados no fuesen. *Matar ó morir*, tal era su fórmula única, exclusiva y universal para resolver las dificultades todas; y aunque matar ó morir suele ser, en efecto, el término de las conspiraciones, empezar así seria suprimir el drama dejando solo el desenlace.—En vano Catalina, que apenas supo lo que se tramaba entrevió la posibilidad de saciar á un tiempo su sed de venganza y su ansia de lujo, quiso que su amante conservase la ventajosa posicion que la casualidad le habia proporcionado: Pacheco no acertaba á pensar mas que en su amor y en sus celos.

En tal estado y comprendiendo la esposa de Juan Ponce que los conspiradores que se contentan con matar ó morir, dado que la conspiracion tenga buen éxito, y maten, ó lo que es lo mismo no mueran, suelen no sacar gran fruto de la victoria, porque esta la esplotan los que manipulan y dirigen el negocio; sabiendo Catalina, decimos, que su Bernardino no seria ya persona influyente, ocurrió la herida de Avila que los lectores conocen, y en consecuencia de la cual la muger del Encomendero, apenas disfrazada con el manto, fue á llevarle á Valdestillas un billete para su antiguo amante entonces moribundo.

En verdad, que aun á los malos se la debemos, el primer impulso de Catalina al saber que en tan mal estado se hallaba D. Alonso, fue bueno. Resucitáronse en su fantasía y en su corazon las memorias de un amor profundamente sentido; quizás tambien el remordimiento hizo oír su voz implacable... ¿Quién puede sondear los tenebrosos misterios de la conciencia de un culpable? En fin, Catalina empezó á escribir á D. Alonso sin mas propósito que el de darle una prueba del dolor con que



su desgracia supo: mas mientras escribia, su índole egoísta sacó á relucir las uñas, y le torció las intenciones.

«*Chassez le naturel: il revient au galop!*»

Despues de algunas líneas de ternura reminiscente, concluía de este modo el billete de la muger de Juan Ponce:

«A pesar de tus injusticias, Alonso, tienes en mí tu  
»mejor amiga, como te lo probarán los hechos, si, como  
»espero y deseo sobre todo, sales indemne del amargo  
»trance en que te encuentras. Busca, si así fuere, una  
»ocasion de hablarme á solas, y búscala pronto; sabrás  
»entonces secretos tan importantes como maravillosos,  
»secretos que debieras no ignorar hace mucho tiempo.—  
»¡Pobre Alonso! Mas te valiera no haber querido ven-  
»garte de la única muger á quien has amado y puedes  
»amar de veras!—Pagas mas cara tu venganza, con la  
»altiva muger que *no posees*, y la herida que ahora te  
»aflige, que nunca lo deseó la que no firma porque es-  
»tá segura de que no confundirás ni su escritura ni su  
»estilo con los de mano alguna.»

Y tenia razon la soberbia dama: la firma no hubiera dicho con mas claridad á D. Alonso que aquel billete era de Catalina, que la forma de la letra, y mas aún la cínica dureza de los pensamientos, y la acre é incisiva contestura de las frases.

Mas, tal como era aquella carta, agradecióla, sin embargo, D. Alonso considerándola como una prueba de que no habia podido Catalina estirpar completamente en su alma el recuerdo de aquellos amores que tan feliz y tan desdichado le habian hecho: feliz mientras duró el engaño, desdichado así que conoció la perversidad de la muger que por Angel habia tenido mucho tiempo.

Preciso será que brevemente recordemos aquí la situacion que los sucesos del 23 de abril crearon para el

esposo de Elvira; de otro modo su conducta seria á los ojos del lector un logogrifo inesplicable, su carácter un monstruoso engendro de nuestra desareglada fantasía. Avila, lanzado á la disipacion por la infidelidad sin disculpa de Catalina, y en la disipacion, por decirlo asi, incrustado, tanto por hábito como por la ligereza de su nativa índole; Avila, casado con una muger que juzgaba de mármol; Avila, en fin, ageno á todo asunto sério, se halló de repente llamado á una atmósfera y á un mundo á sus costumbres, ideas y carácter estraños.—Las apariencias, engañosas, pero con sobrados visos de realidad, le hacen presumir que el libertinage ha entrado en su propia casa para deshonorarle, hiriéndole precisamente la Providencia con el mismo azote que él sin piedad esgrimia de continuo contra padres y maridos.—Diestro en las armas y valiente de buena ley, es vencido y maltratado allí donde un niño inesperto triunfa de sus contrarios.—Caballero á todas luces, lo que en su época equivalia á decir hombre que jamas soporta agravio sin vengarlo de modo que el mundo entero lo sepa, tiene que contentarse con una satisfaccion privada, y que aceptar, ademas de una herida que le ha puesto á las puertas de la muerte, la amistad ó mas bien la tutoria de su feliz ofensor, que humillarse ante la muger que ha provocado aquel lance, y que tolerar, á sabiendas, que Elvira no le ame, que Elvira, aunque casta y santamente, ame al cabo á otro hombre. Y ese hombre es un mancebo casi imberbe, y ese mancebo su amigo, su alumno...!!! —;Pobre D. Alonso! —Pero todavia hay mas: Suarez y Elvira le arrancan, sin compensacion alguna, de aquella vida de molicie, de placeres, de agitacion gozosa, de amores sin amor, de pependencias sin iras, que durante años ha sido la suya esclusiva, para lanzarle en las tenebrosas combinaciones de una conspiracion azarosa, estamos por decir que descabellada, y en todo caso que exi-

gia reserva, disimulo, prudencia, perseverancia, y un ánimo constantemente aplicado al mismo objeto: cabalmente todas las dotes opuestas á las que la naturaleza departió á D. Alonso.

Asi este, forzado á la meditacion, comenzó entonces á conocer el vacío inmenso de su alma, á sentirse verdaderamente infeliz, como ya lo habia con vaguedad entrevisto, durante el vértigo de su disipacion. Hay un dia, y ese es terrible, hay un dia en que las circunstancias ó un suceso extraordinario nos obligan á todos á vernos cara á cara á nosotros mismos, á examinarnos severa y prolijamente, á contemplar desnudas las llagas morales que nos devoran; y ese dia nadie juzga con mas severidad, nadie sondea mas impasible la profundidad del abismo de nuestras culpas ó desdichas, que la propia conciencia; y de ese dia salen San Gerónimo al desierto, Judas al árbol donde el suicidio llena la medida de sus crímenes.— No era D. Alonso ni un San Gerónimo ni un Judas, ciertamente: fiel á la religion del honor, creyente en la del Ungido, é incapaz de toda culpa de las que infaman, habia sin embargo hollado los preceptos de la moral, mas por aturdimiento que de propósito deliberado: ni el desierto, pues, le llamaba, ni el suicidio podia entrar en sus ideas. Pero rompiendo, por efecto de las circunstancias, con sus antiguos hábitos, y poco menos que incapaz de los que su nueva posicion exigia, hallábase y era realmente desgraciado.—La meditacion, para él hasta entonces desconocida, fue su mayor tormento, pues teniendo claro entendimiento, no podia menos de decirse de continuo:—«He prodigado mi sangre y derramado mas de la agena que muchos guerreros famosos; y sin embargo, no tengo gloria alguna.—He amado, he seducido, cuento un largo catálogo de galantes victorias; y sin embargo, ni amo, ni soy amado.—Soy noble y no figuro en la sociedad; soy rico, y no tengo poder;

» dióme el Cielo ingenio claro, y paso por un casquiva-  
 » no; mi juventud huyó, y no acierto á ser hombre ma-  
 » duro... ¿Qué soy? ¿Qué puedo ser? ¿Cuál será mi fin?  
 » ¿Qué nombre dejaré en pos de mí al bajar al sepul-  
 cro? » — Sentir la nada, cuando todavía se pertenece al  
 mundo animado, es horrible suplicio, y ese era preci-  
 samente el de D. Alonso.

Por eso, y queriendo huirse á sí mismo, lanzóse á  
 cuerpo perdido en los proyectos de Suarez; por eso y  
 para eso inventó la fiesta de Chapultepec; para lo mis-  
 mo y por lo mismo buscaba con ansia ocasiones de in-  
 tentar temeridades y de acometer imposibles.

Y, volviendo al billete de Catalina, aquella especie  
 de cita que contenia removi6 en el corazon de Avila las  
 cenizas del mal apagado volcan que en él ardiera un  
 tiempo. — «Quizá, se decia, quizá ella tambien, como yo,  
 » vuelve los ojos á aquellos dias de amor sincero, de  
 » pasion desinteresada, de ardientes ilusiones que pasa-  
 » mos juntos, y trata de reanudar la rota cadena!» — Tris-  
 te Avila: olvidaba que en amor la fé que una vez vacila  
 jamas renace, que un solo instante que el idolo aparez-  
 ca á nuestros ojos como criatura de barro, sobra para  
 desvanecer toda ilusion, que la confianza perdida no se  
 recobra..... Su deseo le engañaba, como suele engañar-  
 nos á todos, cuando despues de largos años de ausencia,  
 nos lleva el destino á los sitios en que pasamos la infan-  
 cia. ¿Cómo palpita el corazon al recordar el árbol cuya  
 fresca sombra nos cobijaba en las ardientes tardes del  
 Estío; el arroyo á que botábamos el esquife de frágil pa-  
 pel, ó la cáscara de nuez armada en corso; el bos-  
 quecillo teatro de nuestros juegos; la pradera en que  
 triscábamos! No hay arbusto, no hay piedra que la me-  
 moria no nos recuerde embellecido... Y llegamos, y...  
 ¡Ah! Todo, al parecer, mudó de aspecto: hemos visto ár-  
 boles mucho mas frondosos que el que reputábamos pri-

mero entre los mas lozanos; el arroyo es cenagoso; la pradera mezquina; los arbustos raquíticos; las piedras desapacibles..... ¡Todo mudó de aspecto!—¡Ay! ¡Quizá no: quizá somos nosotros los que mas hemos variado!

Pero D. Alonso era un hombre que se ahogaba en el golfo insondable de la indiferencia y del aburrimiento; y propio y natural es en tal situacion asirse hasta de la mas frágil rama que al alcance de la mano se encuentra. Por eso desde que recibió el billete de Catalina anhelaba la ocasion de hablarla; y por eso entró en sus cálculos hablarla, en efecto, en el bosque de Chapultepec.

Ella, por su parte, puesto que la iniciativa tomó en el asunto, claro es que deseaba tambien una conferencia con su antiguo amante; pero á la verdad sin abrigar ninguna de las ilusiones que á él le estraviaban. Verdad es que todavia era D. Alonso el hombre de su predileccion; verdad que no estaba lejos de proponerse uncirlo de nuevo á su carro, ni dudosa de conseguirlo: pero todo era en ella pasion de cabeza, nada resultado del sentimiento.

Aquellos dos séres, el uno con respecto al otro, estaban en idéntico caso que dos jugadores, novicio y apasionado el uno, tahir y á sangre fria el otro: ambos buscan el juego, el primero para satisfacer el vicio, el segundo para llenar su bolsillo.

Catalina al bajar al jardin se decia: «O yo no conozco ya á Alonso, ó él me buscará apenas sepa mi llegada.»

Simultáneamente Avila, separándose de Suarez, preguntaba á uno de sus criados:

—«¿Quién ha venido?»

Y el criado despues de enumerar otras varias personas concluia:

—«Y el Encomendero de Acama con su esposa doña Catalina.

—¿Qué se han hecho?

—Él se ha ido con otros caballeros á caza.

—¿Y doña Catalina?

—Entró en el palacio.

—¿Sola?

—Sola.»

No quiso saber mas el esposo de Elvira, bastándole lo que acababa de oír para esclamar allá en sus adentros:—  
«O Catalina no es ya la muger de marras, ó me está esperando para que hablemos.»

Diciendo así subió rápidamente la escalera, y por efecto de un presentimiento de esos que no se esplican, antes de reconocer las habitaciones, echó una mirada al jardin.

El talle elegante, flexible y voluptuoso de Catalina, fue el primer objeto que hirió su vista. Catalina que, antes de entrar en una de las ocho calles, habia vuelto la cabeza hácia el palacio esperando que Alonso la siguiese, vióle al balcon y con la mano le hizo una seña...., La seña con que solia llamarle en los buenos tiempos. Avila saltó mas bien que bajó la escalinata, y con la misma ligereza tambien que allá en sus buenos tiempos fue á reunirse con ella.

## CAPITULO VI.

DONDE PROSIGUEN LAS FECHORIAS DEL MÓNSTRUO DE LOS JARDINES.

MIENTRAS la linda Leonor estática y corrida veia huírsele literalmente de entre las manos al gallardo doncel D. Fernando de Valdestillas, este corria, perdido el juicio en pos de doña Elvira; doña Elvira vogaba con mas ira que nunca galeote por el revenque de implacable cómitre azotado; Catalina caminaba á paso corto para dejarse alcanzar, y D. Alonso apenas ponía los pies en el suelo para alcanzarla pronto, todo eso en el jardin de la quinta de Chapultepec, discurrían tambien en él otra pareja y una doncella solitaria.

La pareja : doña Beatriz, la de Ceinos, con Fortun su Page; la doncella solitaria, Ines, la Safo mejicana.

Beatriz, como muger de experiencia, comprendiendo pronto que ni miradas, ni señas, ni pantomima alguna por espresiva que fuese, le bastaban para cautivar de nuevo al inconstantísimo D. Alonso, resolvió desde luego vengarse, pero no así como quiera, sino doblemente. Y no nos engañemos en cuanto al valor de las palabras; cuando digo *doblemente*, no es porque la Doctora pensase limitar su venganza á darle solos dos sucesores á D. Alonso; no era ella muger de tan mezquinos cálculos. Nada de eso: cuando se dice venganza doble se entiende que, además de la femenil ordinaria, que consiste en aplicarle al amor aquel apotegma monárquico, tan sabido y tan practicado de: «*A Rey muerto, Rey puesto;*» se trate de imponer al culpable cualquiera otro género de castigo. Cual hubiese de ser el último, por el momento no se ocupó Beatriz en decidirlo, contentándose con jurárselas al infiel, y tratando de devolverle en el acto sus infidelidades.—Con tales ánimos se fue la muger de Ceinos á los jardines, y como la casualidad hizo que Fortun se hallase al paso, mandóle que la siguiese, tanto para dar autoridad á su persona, cuanto para no aburrirse en la soledad.

El lector recordará sin duda, al menos así lo esperamos, que Fortun era un mozo muy aprovechado para sus años, erudito, filósofo, y grande apreciador de los frutos maduros. Nada, pues, tiene de extraño que su conversacion entretuviese á su ama, y por lo tanto rechazamos cualquiera interpretacion maligna de aquel paseo, como sugestion del espíritu de calumnia que ha perseguido siempre á las pobres beldades ultra-equinocciales que frecuentan el trato de los mancebos imberbes.

Inocentemente, pues, se paseaban por las calles mas sombrías del jardin la Doctora y su Page; y mucho mas inocentemente todavia se paseaba sola la bella Ines, bus-



cando en sus literarios recuerdos algun expediente para vengarse del soberano desden con que D. Alonso, sin faltar en nada á las reglas de la mas esquisita galantería, la habia recibido y tratado.

Ni Dido, ni Fedra, ni Medea misma le parecieron buenos ejemplos, porque todas tres lo que hicieron fue maltratarse á sí propias por culpas ajenas. Safo era su tipo favorito; pero el salto al mar ofrecia el grave inconveniente de no poder repetirse una vez dado de veras. D. Alonso era hombre de consolarse en ocho dias de la muerte de ochocientas mugeres, cuanto mas de una; y eso de suicidarse, sin la esperanza siquiera de mortificar al infiel, era necesidad completa. Echarle en cara su mal proceder, si en privado, tiempo perdido: responderia con un cumplimiento ó con una chanzoneta; si delante de las gentes, haria pública la debilidad de la bella culpable..... ¿Darle celos?—Imposible: cuando Avila dejaba una muger que, por regla general, lo hacia asi que suya podia con razon llamarla, importábale un ardite que despues tuviese mas galanes que suspiros una elegía.—«Con mis desechos, solia él decir en sus ratos de buen humor, se engalanan las tres cuartas partes de los finos amadores de Méjico.»

Fanfarronada horrible, de mal género, lo confesamos con pena: pero lo peor del cuento es que decia en ella la verdad purísima.

La razon no la alcanzamos, pero ello es que esos abominables calaveras del género de D. Alonso, suelen estar y están de hecho en posesion del privilegio de poner las mugeres á la moda, y que ninguna circula con crédito en el mundo galante sino lleva su sello.

Entiéndase que no hablamos de nuestra actual sociedad, á cuya rígida moral y severo porte seria manifiesto agravio aplicarle esas observaciones que se refieren solo á pueblos menos felices, bienaventurados y virtuosos

que la siempre heróica nacion á que pertenecemos. Mas de lo que se trata es de que la culta Ines se paseaba buscando en vano un medio ingenioso para hacer sentir á D. Alonso el peso de su justa indignacion, sin grave perjuicio para ella misma.

En tanto D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, porque él estaba enamorado frenéticamente, y la muger á quien amaba le habia dado una mano para que la besase á su marido, y eso en el camino real, le clavaba desapiadadamente las espuelas en los hijares á su caballo; el cual, hallando que habia, sobre falta de lógica, bárbara crueldad en tal proceder, no solo corria desalado, sino que se propuso en un momento de ira dar en tierra con tan incómodo ginete. Hizo muy mal el caballo: valiérale mas dejarse rebentar simple y sencillamente corriendo sin término, que habérselas con un demente que, furioso por haber errado el golpe contra Ponce, iba en disposicion de domar y someter á todas las monturas posibles ó imaginables, desde el Hipógrifo hasta la burra de Balán en persona, cuanto mas á un corcel de carne y hueso como cualquiera otro. Sucedió, pues, que defendiéndose el pobre bruto, ya con saltos de carnero, ya poniéndose de manos, ya con violentas huidas que desarzonáran á un Centauro, y castigándole cada vez con mas ira su delirante dueño, llegaron las cosas á tal punto, que el caballo, desesperando ya de derribar al ginete, resolvió, como ellos suelen hacerlo, estrellarse con él contra un muro que acaso vió delante de sí. Pero conoció á tiempo D. Bernardino la intencion, y con feroz serenidad descargóle un golpe en el testuz con la daga que aun llevaba en la mano, tan bien dado, con tal tino dirigido que, como si un rayo le hiriese, cayó el caballo sin vida en el punto mismo. Con la ligereza de un verdadero mejicano soltó los estribos el amante de

Catalina, y quedó de pie al lado del animal que de matar acababa, exclamando:

—« ¡Ah, si me fuese lícito esterminar como á tí, á  
 » cuantos solo para mi mal viven! — ¿Y por qué no?  
 » — ¿Son ellos mejores que tú, pobre criatura, que de-  
 » fendiéndote no has hecho mas que obedecer á tu ins-  
 » tinto? — ¿Déboles yo mas que á tí, que me has servido  
 » fiel y lealmente hasta que pasiones de que no eres  
 » culpable me arrastraron á inmolarle tan sin justicia?  
 » — ¡Pobre caballo! ¡Pobre caballo! Despues de haberte  
 » asesinado puedo con la frente serena presentarme ante  
 » mis iguales, que quizá aplaudirán tu muerte como una  
 » muestra de mi indomable carácter; nadie me llamará  
 » asesino; tu sombra no vendrá á turbar mi sueño; en la  
 » voz de mi conciencia no habrá ni un grito de remor-  
 » dimiento.... Y — ¡Es horrible! — Si mi espada ó mi da-  
 » ga hiriesen de muerte en buena lid, y peleando cuerpo  
 » á cuerpo, al que encastillado en sus derechos hace mi  
 » perpétua desdicha, el mundo me llamaria asesino, las  
 » leyes me perseguirian, el verdugo me degradaria antes  
 » de ejecutarle, mi memoria seria infamada!... ¡Pobre  
 » caballo! ¡Pobre caballo! Matarte á tí no es nada; ma-  
 » tar á mi mas implacable enemigo, al hombre sin cuya  
 » muerte mi fin será la demencia, seria un asesinato! —  
 » Ley bárbara, injusta opinion, tiránicas preocupaciones!  
 » ¿Por qué habeis de encadenarme? — ¡Oh! ¡no será mu-  
 » cho tiempo; no es posible que esto dure asi! ¡Juan  
 » Ponce, Juan Ponce! Tu vida no es mas dura que la de  
 » mi pobre caballo!»

Por fortuna para Bocanegra el desdichado animal víc-  
 tima de su cólera le habia sacado del camino real casi  
 desde su encuentro con Catalina; y el monólogo que  
 dejamos escrito tuvo lugar, en consecuencia, en medio  
 de un campo, cerca sí de una pequeña alqueria ó cor-  
 tijo, pero lejos del tránsito de las gentes. Nadie, pues,

pudo escuchar sus derconcertadas, iracundas y hasta impías sinrazones; que si alguien las oyese, posible nos parece que desde allí le llevaran á un hospital de locos, mansion desagradable, sin duda, pero tambien única conveniente para quien á tal punto es llegado en la embriaguez de la pasion, que de buena fé, como Bocanegra, trastorna, confunde y pervierte hasta las nociones elementales de lo bueno y de lo malo.

¡Pobre ginete! Decimos nosotros, y no, pobre caballo! Porque mas vale salir de una vez de este valle de lágrimas, que peregrinar en él con el dolor en el alma y el crimen en la conciencia. ¡Pobre ginete, pudiéramos repetir una y mil veces, pobre ginete!

Para los bienaventurados linfáticos mortales, á quienes el Cielo concedió un alma, cuya temperatura no excede nunca la del polo, y que por tanto viven compasada y aritméticamente, sintiendo lo bastante no mas para no ser vegetales, pero vegetando mucho mas que sintiendo, la situacion de Bocanegra podrá pasar por monstruoso engendro de la imaginacion del novelista: pero no escribe este para ellos. Lean el Bertoldo, si son necios; el Gil Blas, si discretos; y den de mano á un libro en que el sentimiento ha de dominar precisamente, como domina en la vida del que lo compone.

Los que hayan sido, como los que sean, prácticos en el océano de las pasiones; los que por una mirada, una sonrisa, un acento, una flor, un guante, ó quizá por solo el placer de un recuerdo, hayan luchado con el mundo, el poder y el dinero, esponiendo gustosos la vida, ó sacrificando porvenir y fortuna, esos comprenderán, y solo esos, el delirio ardiente, el vértigo invencible que, devorando á Bocanegra, hacia de él en el momento á que nos referimos un sér aparte en la creacion, una criatura intermedia entre el hombre y los espíritus del Averno.

¡Ah! los gentiles eran ingeniosos y poéticos en todo! No concibiendo que el espíritu humano por sí solo pudiera subir á cierta elevacion, propia sola de los inmortales, ni descender á la profundidad de los abismos del Averno, cuando con un héroe se hallaban, suponíanle por algun Dios inspirado y protegido; cuando con una ciega escepcional pasion, hacian de la victima el aposento de las furias infernales.

Asi Orestes, asi Edipo. No nos es lícito á nosotros tal hipótesis; pero pudiéramos en cambio suponer que el príncipe de las tinieblas, apoderándose del espíritu del malaventurado caballero, precipitaba ya su fantasía á que desbocada corriese por la senda del crimen, esperando conducirle al cabo á perpetrarlo, y hacerle, en fin, para siempre esclavo del infierno.

Entre esa esplicacion y la mas filosófica y sencilla de atribuir al simple delirio de una pasion esencialmente culpable y por los obstáculos irritada, los fenómenos que nos ocupan, puede cada cual escoger la que mejor le cuadre, que nosotros á proseguir la narracion, y no á otra cosa estamos obligados.

Bocanegra, despues de haber á sus anchas desvariado al pie del cadáver de su caballo, entrando en cuentas consigo mismo, echó de ver, primeramente que se hallaba nada menos que á legua y media ó dos leguas de la quinta de Avila; y en segundo lugar, que su ausencia de ella, sobre haber de llamar forzosamente, y mas tarde ó mas temprano, la atencion general, no adelantaba gran cosa sus negocios con Catalina. Resolvió en consecuencia volverse, y como no tenia ganas de dar á pie tan largo paseo, ni á su impaciencia cuadraba, por otra parte, retardarse á lo menos dos horas, hubo de pensar en proveerse de una montura cualquiera. Por dicha la aficion á los caballos y su abundancia eran tales ya en Nueva España, que teniendo cerca, como dijimos que

Pacheco tenia, una casa de campo, era casi seguro que en ella habia de encontrar lo que necesitaba, y ademas que sin dificultad se prestarian los dueños del cortijo á servirle. No solo en la época de nuestro cuento, sino en siglos posteriores, y acaso aún en el presente, la hospitalidad generosa y el desprendimiento magnífico, fueron caractéres casi universales en los moradores de las Américas un tiempo españolas. Lo escaso de la poblacion con respecto á la inmensidad del territorio, la abundancia de oro y plata, la fecundidad prodigiosa de la tierra, esplican, sin atenuarla por cierto, aquella benévola disposicion de los ánimos que, á medida que la civilizacion adelanta y la industria hace mas difícil la vida, van, por desdicha, petrificándose á influjo de las mezquinas sugerencias del egoismo.

Bocanegra, volviendo á él, entró en la alquería, donde fácilmente obtuvo un caballo, si no tan bueno como el suyo, al menos vigoroso y corredor, que enjaezado con los arreos del muerto, en pocos minutos le puso en disposicion de poder regresar á Chapultepec. No hizo precio nuestro caballero, ni el colono habló de tal cosa; mas ya montado aquel arrojó á este un bolsillo tan lleno de oro, que seguramente contenia triplicado el valor del caballo. Entonces el labrador, devolviendo flemáticamente el bolsillo á su dueño, díjole, sin soberbia ni humildad:

— «Guarde vuesa merced, señor D. Bernardino, su dinero, y llévese en buen hora el potro: yo no comercio en caballos, y me doy por contento con que ese animal, ó cualquier otra cosa que vuesa merced encuentre de su gusto en esta pobre choza, sirva á tan ilustre caballero.

—¿Luego me conocéis, amigo? Preguntó Pacheco.

—Conozco á vuesa merced, como le conoce todo Méjico; mas aunque no le conociera, la nobleza no se es-

conde, y aunque en estos arreos, Señor, yo tambien soy hidalgo castellano, y gusto de servir á los míos.»

Y con tal respuesta, sin esperar réplica, metióse en su casa, no dejando por entonces á D. Bernardino otro arbitrio que el de aceptar el obsequio, reservándose pagarlo, como lo hizo en efecto, cuando para ello se le presentase ocasion oportuna.

Tres cuartos de hora despues del breve diálogo que dejamos referido, bajaba Bocanegra la escalinata que desde el Palacio de Avila conducia á sus jardines; lo cual prueba que no trató con mucha mas consideracion al caballo regalado, que al propio cuyo desdichado fin conocemos.

Y ahora bien, amigo lector, recapitulemos, si no lo habeis por enojo, los personajes que tenemos en el jardin de Chapultepec, y sus situaciones respectivas.

Leonor, con su mano besada, y su flexible cuerpo reclinado en el sofá de cespced del cenador consabido, ha visto huírsele á Fernando, como Priquis al ciego Dios, cuando por su mal cedió á su indiscreta curiosidad; Elvira, sin buscarlo, sorprendió á Fernando al besarle la mano á Leonor, y con el dardo ponzoñoso de los celos clavado en lo mas hondo del alma, voga por el canal en su piragua, cual suele volar la garza que el halcon persigue de cerca; Fernando corre en pos de Elvira con toda la contricion, con todo el profundísimo dolor con que el alma virtuosa, aunque frágil, anhela la misericordia divina para sus faltas; Beatriz discurre por los bosques, tratando de filosofia natural con el page de su marido, á la manera con que la artificiosa Calipso trataba allá en su isla de endoctrinar al púdico Telémaco; Ines se devana en culto los sesos, de floresta en floresta, ni mas ni menos que la infeliz Ariadna, cuando el amigo Teseo, tomando las de Villadiego como pudiera un truhan, la dejó en no recordamos qué islote del

griego archipiélago; Catalina y Avila buscan un sitio solitario en que tratar de sus asuntos semi-políticos, semi-galantes, pero observándose recíprocamente cual suelen hacerlo dos duelistas de profesion que caminan al terreno del combate; Bocanegra, en fin, celoso del marido de su amada, y llena la fantasía de imágenes de muerte, camina con el solemne paso de la desesperacion al teatro de tan diferentes aventuras.

¿Y quién ha reunido en aquel breve espacio de tierra pasiones tan ardientes, pensamientos tan audaces, corazones tan agitados? ¿Quién ha sabido amalgamar el amor y la ambicion, la voluptuosidad y el egoismo, el orgullo y el cinismo? ¿Quién hizo que concurriesen al mismo punto la pasion platónica de Valdestillas, con el pasagero deseo de Avila; los sentimientos ideales de Elvira, con los procaces de Leonor; el prosáico sibaritismo de Beatriz con el culto sentimentalismo de Ines; y todas esas aspiraciones, humanas al cabo, con el infernal volcánico vértigo de Bocanegra?

¿Quién!—Viven los cielos que lo estoy diciendo capitulos há sin que á la cuenta nadie quiera enterderlo.—¿Quién puede obrar tal prodigio, sino *El Mónstruo de los jardines*?

EL LECTOR.

¿Medrados estamos! ¿Y quién es el Mónstruo de los jardines?

EL AUTOR.

Segun Calderon, Aquiles.

EL LECTOR.

¿Y qué tiene que ver el hijo de Tétis y de Peleo, con los personajes de la Conjuracion de Méjico.



EL AUTOR.

Poca cosa en verdad: pero...

EL LECTOR.

Pero, sin rodeos, ¿Quién es el Mónstruo?

EL AUTOR.

El Mónstruo, segun Calderon, ya lo he dicho, Aquiles, que enamorado de Deidamia, y vistiendo de muger durante el dia para vivir con ella, y de noche de hombre, porque la Princesa preferia sin duda que á tales horas perteneciese al sexo feo, se llama á sí mismo *el Mónstruo de los jardines*. Pero yo, remontando desde el efecto á la causa, y generalizando la proposicion, como puedo hacerlo en virtud de mis derechos imprescriptibles de autor de novelas, digo que el verdadero *Mónstruo de los jardines* no es un amante, ni lo son dos amantes, ni muchos amantes, ni todos los amantes del universo juntos (¡donosa congregacion seria!), sino el mismo *Amor*, que si en todas partes se muestra retozon, travieso, malicioso y sin misericordia, parece que bajo la sombra de los árboles y en la embalsamada atmósfera de las flores, hallándose como en su natural elemento, es donde mas y mejores diabluras acomete y consume.

Ese mónstruo, pues, que afecta mas formas que el capricho concibe; ese mónstruo que no respeta posiciones ni edades; ese mónstruo que se deleita en los contrastes, y huella las conveniencias sociales, y se rie de la Fortuna, y hace frente al Destino; ese mónstruo que todo lo rige á medida de su voluntad soberana, haciendo á la fuerza esclava de la debilidad, á la sabiduría planeta de la ignorancia, á la riqueza envidiosa de la miseria, á la gloria codiciar el olvido, y al orgullo mismo

hundir la frente en el polvo: el *Amor*, para cada cual disfrazado de diferente modo, fue quien en el jardín de Chapultepec reunió á Elvira, Valdestillas, Leonor, Beatriz, Ines, Avila y Bocanegra, y ademas al D. Diego del abanico, que ya se nos habia completamente olvidado.

Bien quisiéramos presentar de una vez, á guisa de panorama, el cuadro completo de nuestros personajes, tanto por el efecto que no pudieran menos de producir, simultáneamente percibidos por la vista, sus semblantes y actitudes, cuanto por economizarles tiempo á los lectores y á nosotros trabajo: mas no habiéndose hasta el dia inventado la manera de daguerreotipar con la pluma, nos hallamos en la necesidad de proceder por partes, metódica y sucesivamente á la descripcion de grupos é individuos, descripcion que trataremos de hacer con la puntualidad minuciosa que el público ya conoce, y con la cual procuramos suplir lo que en vigor de colorido nos falta.

Leonor, como cualquiera puede figurárselo, se quedó helada con la fuga de Fernando, helada, decimos, algunos segundos, que, pasado el estupor de la sorpresa, levantóse de su lecho de cespéd rugiendo de ira, como pantera africana si el cazador la hiere. Rugiendo, sí; literalmente rugiendo: los bellos labios manchados de sanguinolenta espuma; trocadas las rosas de sus mejillas en fatídico amarillento color; respirando venganza los ojos, y entorpeciendo la cólera el juego de sus pulmones.—¡Oh! Leonor tenia causa sobrada para tanta ira, forzoso es confesarlo; su cólera fue lógica. La mujer á quien un amor tierno y sincero arrastra á los brazos de un hombre, puede, si tan generosa ó tan sin hiel ha nacido, no odiarle para siempre despues de una injuria como la que Fernando hizo á la esposa de Sarmiento: pero la que ha provocado, la que ha seducido, la que, como dicen los franceses, «*S'est jetée à la tete*

»*d'un homme;*» esa, ó es la mas vil como la mas procaz de las mugeres, ó debe declararle en el acto y para mientras viva una guerra sin cuartel.

Leonor era una Fedra en sus pasiones, pero una Fedra con sus puntas y collar de Medea, sin un solo átomo de la ternura de Dido en su organizacion. Deseando, á todo se allanaba por conseguir; mas para despreciar despues de haber logrado; para odiar si no lograba.—Avila habia ya herido su orgullo abandonándola apenas conquistada: Avila, no obstante, aunque poco tiempo, fue pretendiente, lo cual hasta cierto punto era una atenuacion de su delito; y sin embargo, Leonor esperaba solo que se la presentase una ocasion para vengarse de él.—La ofensa de Fernando era infinitamente mas grave; la ofensa de Fernando no podia perdonarse, porque él fue el solicitado, porque ella la que pretendió; porque ella se lisonjeaba ya, y con razon, de que el triunfo era suyo, porque él la despreció en un momento de esos en que parece imposible que tal suceda. Por eso Leonor se levantó del sofá de cespel hecha una furia del Averno; y, perdida casi la razon, se disponia á salir del cenador en busca del culpable, resuelta á despedazarle donde le encontrase, con sus pequeñas sonrosadas uñas: mas, súbito, paróse dándose una palmada en la frente, y exclamó en voz por el furor enronquecida:

—«¡Oh! No.—Se burlaria de mí: con una sola mano me sujetará como á un niño rebelde... No: no merece tampoco ese miserable que mis manos le castiguen... Si D. Diego... ¡Bah! Le matará el doncel; dicen que es tan diestro en las armas...! ¿El puñal de un mercenario...? Tampoco: morir es un suplicio demasiado breve... ¡Ah...! Sí: eso es, eso; que pene antes de morir; que padezca su corazon un tormento insoponible... Que vea morir á... Eso es, eso es!—Leonor,

»que tu venganza sea tan terrible como el agravio recibido, ya que no puede ser mas grande!!!»

Y acabando esas palabras sacó de su faltriquera un espejillo de mano y un pequeño peine, con cuyos instrumentos, y refrescándose el rostro con el agua de una fuentecilla que pausadamente corria en el fondo del cenador, en pocos segundos hizo desaparecer el desorden de los cabellos, y del semblante los esternos síntomas del volcan que dentro del pecho ardia. A poco dejó el cenador con una amarga sonrisa en los labios, mas tan atildada y compuesta como si del tocador saliese, y sin que en su aspecto pudiera el observador mas perspicaz advertir señal alguna de la cruenta pasion de la venganza á que toda entera iba consagrada.

En tanto el famoso D. Diego, desesperando con razon de dar con el abanico que no se habia perdido, y atribuyendo á su propia tardanza el no hallar á la linda andaluza en el sitio donde la habia dejado, discurría por los jardines á la ventura, y no muy satisfecho, si es que todo hemos de decirlo: mas, como una corta media hora despues de la huida de Fernando, tuvo al fin el burlado galan la dicha de hallar á Leonor, y la para él incomparable fortuna de ser, no solo bien, sino amabilísimamente recibido. Con tan benévola acogida, y el servicio que creía haber prestado buscando el abanico, decidióse el bueno de D. Diego á arriesgar su declaracion. Oyóla sosegadamente la Sarmienta; pero, en vez de responder, como el enamorado deseaba, con un *sí* ó con un *no*, contestóle con las siguientes palabras:

—«Para que un hombre pueda hablarme dos veces de ese modo, es preciso, señor D. Diego, que yo crea en su amor; y para creer necesito mas que palabras.»

—Mandad, señora (respondió el galan, como era de tabla), y vereis.

—Quiero una sumision sin límites.

—¡Oh! Yo la ofrezco.

—Un verdadero vasallage.

—Seré vuestro esclavo.

—Esclavo como los orientales: sordo y mudo.

—Y ciego por vos además.

—Don Diego, nada de frases, nada de palabras vanas.

—¿Quereis mi amor? ¿Estais resuelto á conquistarlo á toda costa?

—Aunque sea á la de toda la sangre de mis venas.»

Entonces ella, apoyándose muellemente en el brazo del pobre D. Diego, que era un cuitado aunque en resumen caballero, y mirándole de manera que le acabó de trastornar el poco juicio que le quedaba, dijo:

—«Empeñadme vuestra palabra de honor y fé de caballero de obedecerme, por hoy no mas, ciegamente; pero tan ciegamente que no os cureis siquiera de comprender por qué mando y á qué fin se ordenan vuestros hechos.»

—¿Y en cambio?

—Soy vuestra.

—¿No me engañais, señora?

—Os lo juro por cuanto hay de sagrado en la tierra y en el Cielo!

—Pues yo os empeño mi palabra de honor y fé de caballero de obedeceros hoy sin réplica ni exámen en cuanto me ordeneis; jurándoos además!..

—No mas juramentos; no mas tiempo perdido. Sois por hoy mi esclavo: mañana yo cumpliré mi promesa.

—¿Conoceis bien estos jardines?

—De memoria, señora. Desde niño los frecuento con D. Alonso.

—Pues guiadme hasta el canal y su término.»

Y en efecto, guiando D. Diego y asida Leonor de su brazo, enderezaron ambos al canal, y luego siguieron

el curso del agua hácia el lago en que aquel se terminaba.

Poco tiempo antes, esto es, al salir Fernando del cenador en que tan en riesgo estuvo de faltar á la fé que á la señora de sus pensamientos habia jurado conservar intacta y pura, habian seguido Elvira y él aquel mismo camino: ella nerviosa y maquinalmente remando, cual si aquel rio artificial pudiera, como los naturales, conducirla á la inmensidad del Océano ó del Pacífico; y él clamando en vano para que se detuviese y le escuchase, al menos, antes de condenarle definitivamente. ¡Pobre muchacho! El llanto se agolpaba á sus ojos, la sangre á su corazon, la fiebre de los remordimientos abrasaba su frente!—¡Pobre muchacho! Viendo huir á su Elvira, al ángel de su guarda, á la divinidad de su alma, al tormento y al mismo tiempo deleite de su vida, tendia desesperadamente los brazos al Cielo, como el poeta, un tiempo inspirado, al sentir que de él se aparta el último destello del estro vivificador.—¡Pobre muchacho!

¿Y por qué Elvira no se dignaba escucharle? ¿Por qué Elvira se mostraba tan sin misericordia con la primera culpa de aquel á quien ella misma habia privado de toda esperanza? ¿No conocia la esposa de Avila bastante el mundo y los hombres para hacerse cargo de que, sin perjuicio en la esencia para el amor que á Valdestillas abrasaba por ella, era posible, y quizá excusable, que los sentidos de un doncel de veinte años se dejaran fascinar por una coqueta de diez y seis abriles?

¡Oh! todas esas reflexiones son escelentes á sangre fria, quizá posibles aun con cariño, pero absurdas cuando hay amor verdadero en el corazon; y Elvira hacia bien en desesperarse y desesperar á Fernando.

Hay mugeres que tienen derecho á ser amadas como Dios, hasta cuando parecen crueles: son pocas, muy

pocas, tan raras acaso como el Fénix; pero el que tiene, no sabemos si decir la dicha ó la desdicha de tropezar con una de ellas en su carrera, y la audacia de amarla, y el arrojo de decirselo, y la temeridad de emprender su conquista, ese ha de consumir los trabajos de Hércules y sufrir los tormentos de Prometeo, sin alegar méritos por los primeros, sin proferir una queja en los segundos; ese ha de servir sin esperanza de galardón, ese no ha de tener ni un momento de debilidad; y ese, en fin, cuando de amor se muera, ha de hacerlo tan modesta y silenciosamente, que ni el eco de su postrer suspiro turbe un solo instante la serenidad de la que adora.

A la verdad el amor de esa manera se parece poco al sentimiento, concediendo que sea sentimiento, á que se da ese nombre en la sociedad; pero ya hemos dicho que las mugeres dignas de inspirarlo son, como el Fénix, rarísimas; y ahora añadiremos que los hombres capaces de concebirlo son todavia mucho mas escasos que el mismísimo fabuloso pájaro de Arabia.

Elvira y Fernando, sin embargo, eran dos seres vaciados por la omnipotente mano del artífice Supremo en la privilegiada turquesa del sentimiento angélico, de ese que á sí mismo se basta y satisface, y que exento de la térrea amalgama de impuro egoismo, solo tiene de nuestro lóbrego planeta lo indispensable para no confundirse absolutamente con las aspiraciones al empireo peculiares.

Pero hablemos ya de sus aventuras, que bastante y aun de sobra dimos á la sentimental metafísica.

Corriendo el canal por un cauce que necesariamente descendia desde su origen hasta el lago en que desagaba, y habiéndose al mismo tiempo prócurado diversificar su curso y orillas, de manera que en breve espacio de tierra y tiempo hallasen los ojos compendiado el espectáculo de los accidentes topográficos que embellecen las ribe-

ras de los caudalosos americanos rios, fácilmente se comprenderá que con mucha frecuencia no podia Fernando seguir de cerca, ni aun con sus miradas, la piragua que llevaba su amor y vida. Aquí un edificio cuyos cimientos formaban parte del cauce mismo; allá un tajo natural ó artificial, imposible de salvar mas que por un puente, de intento colocado á mas que razonable distancia de la orilla; ya un inesperado acotamiento, ya una ensenada que en el jardin se internaba; ora un montecillo de ancha base, ora, en fin, una rápida deviacion del canal, separaban á Fernando de Elvira, y favorecian los intentos de ella, acreciendo la distancia que del culpable enamorado la apartaba.

Y el hijo del Comunero, corriendo como un gamo, saltando como una ardilla, precipitándose como el miedo mismo, sin consideracion á obstáculos, sin echar de ver los riesgos, sin mirar siquiera la tierra que pisaba; el hijo del Comunero, repetimos, en aquella para él desesperada lucha, iba como el corcel de pura sangre y privilegiado instinto en la que llaman los ingleses *Steeple chase*, los franceses *Course au clocher*, y en castellano aún no tiene nombre por ser género de diversion apenas conocido entre nosotros (1).

Pero todo en este mundo tiene su instante crítico, y el de aquella lucha no podia menos de llegar mas tarde ó mas temprano.

Sucedió, pues, y era forzoso que sucediese, que ya

(1) Consiste el *Steeple chase* (caza del campanario) en un hipódromo en el cual se acumulan artificialmente y exagerándolos, todos los obstáculos que pudieran hallarse en un terreno muy quebrado, caminando por él á campo travieso. Los contendientes, á caballo, lidian por llegar al término señalado en el tiempo prescrito, salvando barreras, precipicios, etc., etc., y el premio se adjudica al que lo consigue sin haber perdido la silla. Inútil es decir que aun los mejores ginetes arriesgan el pescuezo en ese ejercicio, muy en uso en Inglaterra, y bastante conocido ya en Francia.



cansadas las bellas manos de Elvira de vogar desesperadamente, llegó la piragua á la altura de una cascada que desde la cima de un peñasco, cuya elevacion no bajaba de veinte varas castellanas, se precipitaba hasta un pequeño lago, cuyas aguas iban á perderse en las del canal, acrecentando á un tiempo su caudal y fuerza. Fernando, al mismo tiempo que la piragua al frente del lago, llegó á la cima del peñasco; y echando de ver, con sola una mirada, que no podia menos de perder de vista á Elvira el tiempo bastante para que ella lo tuviese de sustraerse definitivamente á su persecucion, creyó volverse loco de ira y de desesperacion. El caso era que el canal, desde el lago, variaba de direccion súbitamente sobre la izquierda, formando un ángulo casi recto con la línea de su curso primitivo; y que no teniendo el peñasco bajada practicable mas que precisamente á la parte diametralmente opuesta á la cascada, y estando sus flancos cortados á pico, necesitaba el doncel emplear mas de un cuarto de hora para llegar á donde el corazon le llamaba.

La dama que, por su parte, habia vogado hasta entonces esperando llegar al punto de que hablamos para verse completamente libre, despues de respirar un momento como persona á quien el cansancio abrumba, alzó en fin los ojos al peñasco, para cerciorarse sin duda de que sus cálculos no la engañaban: pero en vez de la amarga sonrisa que tal vez preparaba contra el pobre Fernando, lanzó un ¡Ay! de esos cuyo eco parece que lleva envuelto algun pedazo del corazon de quien los pronuncia. — ¿Y por qué? — Porque el doncel, pálido el semblante, descompuesto el cabello, desencajados los ojos, trémulos los labios, con esa espresion en el rostro de ferocidad estúpida que anuncia el delirio de la pasion en el alma, acababa de arrojar su espada y sombrero, y se desembarazaba ya de la capa, midiendo al mismo

tiempo con la vista la altura de la cascada, que el arte habia hecho mas desigual, abrupta y peligrosa, de lo que la naturaleza misma quisiera.

Tan claros y evidentes eran los síntomas de la momentánea demencia y desesperado propósito del hijo del Comunero, que con verle un instante los adivinara la persona á su suerte mas indiferente. ¿Cómo no habia de adivinarlos Elvira, para quien aquel corazon no tenia secretos? ¿Cómo no habia de adivinarlos Elvira, que aún en medio de su enojo sentia que la vida de Fernando era la suya? Adivinólos, pues, y apoderóse de su alma un terror solo comparable al que siente una madre viendo al hijo de sus entrañas correr ciego á orillas de un precipicio; adivinólos, y entonces hasta los celos callaron en su corazon para darle lugar al omnipotente miedo.

Pero el *Ay* de Elvira hirió los oídos de Fernando con oportunidad tal que le detuvo en el instante en que á precipitarse iba.

—« ¡Elvira! (clamó) Elvira mia! No huyais de mí: »oidme antes de condenarme!

—Fernando, respondió ella balbuciente. ¿Qué vais á hacer?

—A seguiros señora. Yo quiero hablaros ó morir.

—¿Y para qué hablarme?

—¡Oh! Para obtener vuestro perdon ó espirar á vuestras plantas.

—Dejadme Fernando: no quiero, no debo oiros; mi honor no lo consiente. Buscad en buen hora otras menos escrupulosas...

—Elvira, ya sabeis que os amo con idolatria. Elvira, ya sabeis que vuestra voluntad es para mí soberana; pero esta vez ha de hacerse la mia, ó he de morir. Os lo juro por Dios y por el honor, por la vida de mi padre y por la vuestra misma! Esperadme, oidme, ó á fé

de caballero, me arrojé ahora mismo á la cascada.»

Sin conocer á Fernando, bastaba verle y oírle para que no quedase la menor duda de que haría en el momento lo que de decir acababa; y Elvira, además de conocer al doncel por un hombre incapaz de ficción, era muger. Las mugeres distinguen maravillosamente el sentimiento del sentimentalismo; la verdad de la farsa.

Convencida, pues, de que no había medio entre ceder á las exigencias de Valdestillas ó verle suicidarse desesperadamente, sin dificultad optó por el primer extremo, diciéndose á sí misma que por humanidad lo hacía, mientras el amor, satisfecho de haber con aquel disfraz triunfado, reía maliciosamente en el fondo mismo del corazón de la bella mejicana.

Fácilmente se arregló la capitulación: Elvira, dejando la piragua, anduvo la mitad del camino; Fernando, recogiendo espada, capa y sombrero, descendió el peñasco y anduvo la otra mitad, reuniéndose á la ofendida dama en una gruta como de intento dispuesta para que el doncel confesara sus culpas, y la esposa de Avila le absolviese, previa la correspondiente penitencia.



de caballero, me arrojó ahora mismo á la cascada.»  
 Sin conocer á Fernando, bastaba verle y oírle para  
 que no quedase la menor duda de que había en el mo-  
 numento lo que de decir acababa; y Elvira, además de co-  
 nocer al doncel por un hombre incapaz de ficción, era  
 mujer. Las mujeres distinguen maravillosamente el sen-  
 timiento del sentimentalismo; la verdad de la letra.

Convenida, pues, de que no había medio entre ce-  
 der á las exigencias de Valdestillas ó verle suicidarse  
 desesperadamente, acordaron el primer es-  
 tremo, diciendo: «si el mundo es tan miserable, ¿por qué  
 no morimos?» y se acordó de haber con aquel  
 distraz triunfado, reíase maliciosamente en el fondo  
 mismo del corazón de la bella mexicana.

Fácilmente se arrebata la capitulación: Elvira, de-  
**DE COMO EL MÓNSTRUO DE LOS JARDINES DEVORABA Á SUS**  
**CRIATURAS.**



on Alonso de Avila y Catalina, salu-  
 dándose con una sola mirada, echa-  
 ron juntos á andar por el jardin, sin  
 hablarse una palabra, y cada cual  
 preocupado en sus pensamientos que,  
 para decir el nuestro, figúrasenos  
 que por entonees debian de ser idén-  
 ticos; pues no es fácil que personas  
 un tiempo tan íntimamente ligadas  
 como aquellas lo estuvieron, se reu-  
 nan despues de una larga y completa  
 separacion, y hallándose á solas dejen de volver ambas  
 la vista á lo pasado.

¿Es la memoria un gran bien ó un gran mal para los  
 humanos, tratándose de sus sentimientos?—Viven los



LA CONJURACION DE MEJICO.



Doña Catalina.

cielos que no acertamos á decirlo, porque si hay recuerdos que atormentan, háilos tambien que suavizan hasta la acritud de los dolores presentes: pero, sea bien, sea mal, memoria tenemos que nos tiraniza á su voluntad, y á lo inevitable forzoso es someterse.—Asi lo hicieron D. Alonso y Catalina, recordando sin poder remediarlo los dias de su enamorada juventud, durante el tiempo que tardaron en llegar á un sitio que ella juzgó á propósito para sus designios. Era una plazoleta formada por corpulentos seculares castaños, interpolados con árboles del Paraiso, en torno de una fuente cuya estatua á Juno representaba. Varios asientos rústicos, hechos de cañas del pais y dispuestos en rededor de la tal fuente, hacian de aquel sitio un alto cómodo, sombrío y secreto, circunstancias que sin duda decidieron á la infiel esposa del Encomendero de Acama á elegirlo para teatro de su conferencia con Avila. Sentóse ella, y él á su lado, tendiendo, mas por costumbre que por galanteria, su brazo derecho sobre el respaldo del asiento, de manera que casi tocaba la espalda de Catalina, quien, sin advertir tal libertad ó no curándose de ella, entabló el diálogo de este modo:

—«Y bien, Alonso, ¿Qué silencio es ese? Mucho os han trocado los años y el casamiento, si os hicieron callado!

—«Los años, Catalina, y aun los desengaños, posible es que hayan trocado mi condicion; el casamiento, mis detractores, por lo menos, dicen que no hizo en mí mucha mella.

—«¿Cómo! ¿Una muger de tan perfecta hermosura, de tan noble condicion, de tan claro ingenio, de virtud tan acrisolada como la vuestra, no ha podido, ni con el título y derechos de esposa, rendir á D. Alonso? Pues yo imaginaba que á sus pies nos olvidabais á todas nosotras,

las simples mortales, que merecimos un dia vuestros rendimientos.

—«Para olvidar á las simples mortales, Catalina, poco ha menester D. Alonso; pero hay mugeres que son espíritus de otro órden, y á esas dificilmente las olvida el que tuvo la desdicha de amarlas.

—«Y supongo que el *órden de espíritus* á que esas mugeres pertenecen, segun D. Alonso, será cuando menos el de los ángeles...

—Caidos, Catalina.

—La galantería es como vuestra, y supongo que viene derecha á mi humilde persona. ¿No es cierto?

—Y si asi fuese, ¿faltaríame razon para ello?

—No sé, ni es ya tiempo de averiguarlo; quizá no te engañes. Dios me hizo ángel en la altivez de los pensamientos, en la inmensidad de las aspiraciones, en la vehemencia de los deseos; las pequeñeces del mundo, esas barreras, débiles cada una de por sí, pero juntas, como el haz de varas, superiores á mis fuerzas, las contradicciones, en fin, con que lucho desde la cuna, no sé lo que harán de mí.

—Bien puedes saber lo que ya han hecho, y no solo de tí, sino de mí tambien, Catalina, de mí tambien!

—¡Oh! de tí, Alonso, de tí es lo que era forzoso que fuese desde el momento en que de mí te separaste.

—¿Y te atreves á decírmelo? ¿Quién tiene la culpa de nuestra separacion, sino tu horrible infidelidad?

—Si das en hablarme asi, es inútil que prosigamos esta conversacion; si ni los años, ni los sucesos, te han abierto los ojos, ¿A qué malgastar el tiempo? No me casé contigo, porque hacerlo fuera condenarnos entrambos á la miseria, es decir: á la impotencia. Los pobres nada son, nada pueden: para los pobres no hay mas glorias que las del Cielo y la del patíbulo: la primera...



la primera no hablemos de ella; la segunda no la quiero.

—Si esperarás algún tiempo...

—Sí, algunos años: á la muerte de tu padre, que pudo vivir veinte mas de los que ha vivido...! Y esperar con la eventualidad de tu inconstancia; y esperar en la miseria; y dejar que se me huyese de las manos la ocasion.....

—¡Buena ocasion, Catalina! ¡Buena ocasion por vida mia! Juan Ponce me ha vengado: de poco te sirve ser muger de un rico.

—Sé que lo es, y lo sabe el mundo.

—Sí, pero con eso no brillas.

—Y bien, sí, es verdad: Juan Ponce te ha vengado: pero ¿Quién te ha dicho que yo no me vengaré de Juan Ponce?

—Hay quien dice que, *en cierto sentido*, tu venganza ha comenzado.

—Siempre el mismo, Alonso, siempre el mismo: superficial, y sarcástico! Cuanto por mí has padecido te parece compensado con una frase satírica.

—Eso te prueba que soy generoso.

—Eso me prueba que eres un hombre de los que se mueren niños. ¿Qué te importa que sea ó no verdad que yo busque en otro el amor que en Ponce no encuentro?

—Oye, Catalina, y hablemos de cualquiera otra cosa despues. Será necedad, locura, si quieres: pero no puedo habituarme á la idea de que ames á otro. Tu casamiento me ha hecho tan infeliz, de tal manera me trastornó el juicio, que me condujo á casarme, tú lo sabes, con una muger que no me amaba; pero al cabo yo sabia que tampoco tú amabas á Juan Ponce, y esa seguridad ha sido mi consuelo.—Despues se ha dicho... ¿Qué no se dice en Méjico?—Que tenias un amante. ¿Querrás creerlo? Pues nunca me he atrevido á apurar si lo que

se decia era cierto ; nunca he querido saber quién sea tu amante.

—¿Y por qué, Alonso? No solias tú ser tan escrupuloso en tales asuntos.

—Porque si supiera á quien amabas.....

—¿Qué harias?

—¡Matarle!

—¿Por qué?

—No lo sé, pero le mataria. A Juan Ponce, no acierto á decir si la santidad del Sacramento, ó la desdicha que tiene en ser tu marido sin poseer tu corazon , le protejen contra mis iras ; y aún asi me es antipático , te lo confieso. Pero un amante tuyo..... Catalina, no quiero conocerlo.

—Esos son celos.

—Pónle el nombre que quieras, el sentimiento existe.

—Celos son, y los celos amor suponen. ¿Me amarias aún?

—Sí, cuando no te veo ; sí, con toda el alma , cuando en la soledad recuerdo aquellos dias de fé y de esperanza que pasábamos juntos , absorvidos el uno en el otro , con las almas aún mas enlazadas que los brazos, mintiéndonos , pero de buena fé , un porvenir de apasionada vida y amante ventura? Sí, Catalina, te amo tal como eras, ó como yo al menos te creia ; te amo con el mismo delirio de nuestros primeros años ; y tu imágen de entonces será el último, el mas caro de los recuerdos que al dejar la vida me asalten.

—¡Oh , dejar la vida! (*Esclamó aqui Catalina conmovida por la apasionada elocuencia de Avila , reclinándose en su hombro y abandonándole la diestra.*)—

¡Dejar la vida! ¿Por qué piensas en eso? Aún eres joven y robusto!

—¿Quieres que te revele mi alma , Catalina, como solia hacerlo?

—¡Oh, sí! Habla, habla, Alonso!—Páreceme que aún estamos en la reja de la casa de mi padre.

—Pues bien, oye: siento acercárseme la muerte á pasos agigantados; cuanto me rodea se viste de luto; figúraseme que los astros no brillan como solian, que la atmósfera no es respirable....

—¡Qué delirio, Alonso! ¿Estarás enfermo?

—No, mi salud es robusta.

—¡Tú supersticioso!

—No lo soy: la idea del morir no me acobarda, al contrario, Catalina, al contrario; espero el golpe de la guadaña de la muerte, como el preso el rumor de los pasos del carcelero que llega á devolverle la libertad. Lo que me sucede es que se me figura oír de continuo una voz del Cielo que me dice: «*Espera; tu suplicio terminará en breve!*» Y bendigo á Dios, Catalina; porque la vida me es insoportable.

—¿Tan desesperado estás?

—Estoy otra cosa peor que desesperado.

—¡Peor que desesperado!

—Sí; ¡aburrido!!—Desde que me vendiste, Catalina, no hay esfuerzo que yo no haya intentado para asirme á la vida, para encarnar en el mundo, para interesarme en lo que aquí pasa.... ¡Todo ha sido en vano...! Vivo como un pasajero á bordo de un buque donde á nadie conoce, donde nadie habla su idioma. Indiferente á la superioridad de algunos, como á la inferioridad de los mas, no puedo tener amigos, y me sobran conocidos. El amor huye de mí, y la galantería me tiene hastiado. Soy casado y no tengo esposa, ni mi muger marido... Hijos, el cielo me los ha negado... Riquezas, no sé qué hacer de ellas... Si al menos hubiera nacido algunos años antes, quizá la gloria de las armas... Pero ahora todo se reduce á un duelo por semana; herir ó ser herido; y siempre lo mismo! Me aburro, Catalina; y por eso el

presentimiento de una muerte próxima, que para otro cualquiera seria un suplicio insoportable, para mí es un áncora de esperanza. Ni gloria ni amor son posibles para Alonso: ¿De qué le sirve la vida?

—¿Como siempre! Una vez lanzado á los espacios imaginarios vas á perderte en la region de las paradojas. ¿Cuántas veces me has arrastrado á ella contigo, Alonso! Mas ahora no es tiempo de eso. Oyeme, y no te asembre mi language: ya tú sabes que Catalina no es muger como suelen serlo todas.

—Dí, sin temor de sorprenderme. De ti todo lo espero.

—Pues bien, Alonso, seré breve y esplicita. Tú no puedes vivir sin amor y sin gloria; y tú, amar, solo á mí puedes. Voy á confesarte sin rodeos lo que otra ocultaría cuidadosamente, ó por virtud ó por táctica: el hombre á quien mas he amado, á quien mas amo, el único que realmente puede y sabe inspirarme amor...

—¿Catalina! ¿Catalina!!!

—No te exaltes ya, Alonso: no hagas de mí lo que no soy, para tener luego el estéril placer de lamentarte injustamente, cuando me veas en mi sér natural. Yo te amo, como puedo amarte; como te amaba el dia que te di la llave de mi casa y de mi honra...

—¿Oh, si eso fuera verdad!

—Si no lo fuera, ¿á qué decírtelo? Del mismo modo te amaba el dia que me enlacé con Juan Ponce.

—No digas eso...

—Dígolo porque es verdad. Yo soy así: mi cabeza manda en mi corazon y mandará siempre. Te dejé por no ser pobre; despues...—Despues no nos debemos cuenta el uno al otro de nuestras acciones.—Ahora vengo á decirte: «Alonso, unidos como amigos, mas claro: como cómplices, podemos conquistar, tú la gloria que anhelas, yo las riquezas que necesito. Alonso, si todavia

me amas, si te sientes con fuerzas para no volver la vista á lo pasado, yo tambien te amo y seré tuya.

—¡Oh! Catalina!

—No me contestes ahora, y sigue prestando atencion á mis palabras. ¿Sabes ya quién es Elvira?

—Lo sé.

—Lo he supuesto viéndola á ella con vida y á D. Martin Suarez en tu amistad.

—¿Y cómo conoces tú, Catalina, ese arcano?

—Nada te importa cómo, puesto que lo sé. Elvira no te ama.

—Me lo ha declarado.

—Hizo bien; contigo el mejor camino es el mas noble.

—Sí, hizo bien, Catalina, pero...

—Es preciso que nos entendamos en todo. ¿Puedo hablarte sin rodeos?

—Habla.

—¿Hasta de lo que para un hombre como tú es mas ocasionado?

—Habla, Catalina.

—¿No pudiera ser que Elvira amase á otro?

—Pudiera ser: pero antes moriria que faltar á sus obligaciones; y, si faltase, tambien moriria, y de mi mano.

—Creo poco en los milagros de virtud de las mugeres enamoradas.

—Elvira es...

—Muger; y ama.

—Es posible.

—¿Sabes á quién?

—¿Qué adelantaria con saberlo?

—Ama á D. Fernando de Valdestillas, que á su vez la idolatra á ella.

—Y bien: ¿A qué viene eso? Entendámonos, Catalina: ¿Qué te propones al hacerme esa revelacion, inútil, pues

sabes que tales cosas no pueden ocultárseme? ¿Qué te propones? ¿Quizá que...

—No aventuras conjeturas, Alonso; lo que me propongo voy á decírtelo en pocas palabras: sondear á fondo el estado de tu corazón.

—¿Sondear el estado de mi corazón!

—Sí; para saber hasta qué punto puedo contar contigo; porque al embarcarnos juntos en una empresa en que arriesgamos las cabezas, una mala inteligencia puede costarnos la vida.

—Pues evita los rodeos, y pregunta lo que saber quieras directamente.

—En buen hora. ¿Tienes celos de Elvira?

—No, porque no la amo.

—¿Quieres mal á D. Fernando?

—Al contrario: es el único hombre en el mundo que me inspira sincera simpatía.

—¿Y si creyeras que Elvira se le rendía?

—Les daría la muerte á entrambos.

—¿Por qué, sin celos?

—Porque de mi honra los tengo.

—¡Sois singulares los hombres! No amais á vuestra muger, amais á otra, y sin embargo...

—¿Crees tú, Catalina, que siempre que en público recibimos una contestacion grosera, ó un desaire se nos hace, acudimos á las armas por instinto propio? Si así es, te engañas: tiramos de la espada porque así lo exige la tiránica ley del honor, pero muchas veces, muchas, la razon nos dice que el desprecio fuera la mejor venganza. ¿De que me acusas? ¿Es culpa mia que el lazo que con Elvira me une sea indisoluble, y tan estrecho, tan sin misericordia apretado, que de sus fragilidades resulte mi infamia en la opinion de las gentes?

—Sofismas, Alonso: sofismas y no mas que sofismas.

—Supongo, Catalina, que no me has llamado para una argumentacion metafísica.

—Verdad es, pero al cabo de tus palabras infiero que todo el amor que pretendes te inspiro, no te impediria abandonarme por acudir á donde los celos de Elvira, ó de tu honra te llamasen.

—Infieres bien: no quiero engañarte.

—Nuestra union es entonces imposible, en un sentido al menos.

—Espílicate, que por el Cielo santo, no te entiendo.

—Yo, Alonso, si he de tener un amante quiero que sea todo y exclusivamente para mí; quiero que su vida y su honra misma se cifren en mi persona; y tú, que la honra, por lo menos, la tienes en otra parte, no puedes ser mi amante.

—¿Quiéres que pague franqueza con franqueza?

—Sí lo quiero, y te lo suplico.

—Pues Catalina, de todas maneras es un imposible que yo sea tu amante; y voy á decirte por qué. La mujer que yo amo dejó de existir, como se disipan las nieblas que el rocío de la noche acumula sobre nuestros lagos al brillar del sol, el dia en que sin piedad inmoló mi pasion delirante en aras del vil interes. Te amo sí, pero no como eres, ya te lo digo, sino tal como te creia un tiempo; te amo cuando, no viéndote, puedo olvidar tu infidelidad, y tu empedernido egoismo. En tu presencia hay momentos en que esa singular fatidica belleza que debes al Cielo me fascina, y entonces renace en mis venas un fuego que ni el tiempo, ni tus perfidias, han extinguido completamente: pero luego, Catalina, luego la memoria y la razon hacen su oficio, y á la voluptuosidad sucede un sentimiento penoso é indefinible de angustia y de ira, de terror y de saña, que me hace formar idea de los tormentos del infierno.—Ya lo ves, Catalina: contigo ni puedo ser el D. Juan Tenorio mejica-

no que han hecho de mí tu incostancia y mi debilidad, ni acertaré á tornarme de nuevo el Amadis que fui un tiempo.—No podemos ser amantes, Catalina. No podemos ser amantes.

—En buen hora; seamos entonces cómplices. Yo menos poética, menos apasionada que tú, Alonso, podría ser para tí lo que tú para mí no puedes. Pero comprendo tu situacion, y lejos de ofenderme por tu repulsa, quizá te la agradezco. Siempre es lisongero que me consideres como una escepcion en la regla general que á todas las demas mugeres aplicas. Alguien, ademas, ha ganado en que nos entendamos...

—¿Tu amante actual, sin duda?

—Si le tengo, Alonso, puedes estar seguro de que es mi esclavo y no mi dueño, un instrumento de mi voluntad, no mi tirano; si le tengo, yo te aseguro que ni me analiza el alma, ni me regatea la obediencia, ni tiene en este mundo mas ley que la mia... Pero téngale ó no, Alonso, nada te importa; pues que, como tú dices y es cierto, no podemos ser amantes, sino cómplices.

—¿Cómplices?

—La palabra puede parecerte dura, mas yo hablando contigo á cada cosa he de darle su nombre propio. Conjurarse, hasta que se triunfa, es un delito; y los que de consuno acometen un delito cómplices se llaman.

—Leguleya estas, Catalina. ¿Será tu sumiso amante algun licenciado?

—Dejemos eso ahora; renuncia á tu costumbre de ser frívolo hasta en los asuntos mas graves, por un momento siquiera, y óyeme con atencion.—Suarez, no por tí, pues no eres santo de su devocion, sino por ser tú marido de Elvira te ha iniciado en su secreto.

—Cierto, y creo que la razon es la que tú dices.

—Supongo que te has lanzado de buena fé en la empresa.



—Supones bien.

—Y que, imprevisor como siempre, no habrás impuesto condiciones.

—Nadie me ha conocido nunca como tú, y veo que sigues conociéndome.

—¡Y sin condiciones arriesgas hacienda y vida; sin condiciones te consagras á la elevacion de otros!—Nunca he acertado á comprender, Alonso, si en tí proceden el desprendimiento singular, y la casi fabulosa generosidad que te caracterizan, de falta de juicio ó de sobra de nobleza en el alma.

—¿Y qué quieres que yo te diga? Si *juicio* es sinónimo de *cálculo*, si se entiende por obrar juiciosamente examinar siempre y en todas circunstancias lo que mas cuenta nos tiene antes de tomar un partido, puedes afirmar, Catalina, que yo no tengo, ni quiero tener siquiera un asomo de juicio. ¿Sabes cómo resuelvo yo en las cuestiones graves? Voy á decírtelo: me pongo la mano sobre el corazon y le pregunto: ¿Dónde hay mas riesgo, dónde mas gloria, de dónde se apartaria mas un egoista? Y como mi corazon me es fiel, por el camino que él me indica echo á andar resueltamente.

—Suarez ha encontrado en tí el Fénix de los conjurados.

—Te engañas: me faltan la subordinacion ciega y la gravedad trágica, que son las dotes que él mas estima. Por eso Bernardino Pacheco de Bocanegra es su predilecto.

—Bocanegra le será precioso como instrumento ciego para determinados casos: pero no tiene ni tu fecunda inventiva, ni tu poética incuria, ni ese don magnético con que en el terrero seduces á las mugeres, y en un campo de batalla puedes convertir en héroes á los mas cobardes. La fiesta de hoy es ya una prueba de lo que eres; en un dia has hecho adelantar á la conjuracion.

mas terreno que Suarez en años.—Pero por lo mismo has hecho mal en no imponer condiciones. Aun estás á tiempo: sigue mi consejo, y saca partido de lo que vales.

—¿No te he dicho, Catalina, que solo morir deseo? ¿No te he dicho ya que la vida me es insoportable? ¿No te he confesado que tengo un presentimiento de que mi existencia toca á su término, en el cual creo como en el Dios uno y trino que adoro?—Vencidos ó vencedores, yo sé que quiero morir, y que moriré. ¿A qué, pues, imponer condiciones?

—Si para tí no, para Elvira.....

—¡Oh, Catalina! De Elvira cuidará D. Martin, y ademas ¿Qué puede sucederle á Elvira de mas venturoso que verse viuda?

—¿Qué dices, Alonso?

—Que con el presentimiento de la muerte, miro ya á sangre fria las cosas de este mundo.

—¿Pues há un instante no hablabas de matarla.....

—Sí, en el caso de que me deshonrase; pero, despues de yo muerto, Elvira recobra su libertad, y puede hacer feliz á Fernando y serlo ella misma. ¿Quieres que te lo diga todo? Pues la perspectiva de la ventura del único hombre no corrompido que conozco, en union con la única muger—Perdona Catalina—en cuya virtud he creído, desde que tú me hiciste traicion; esa perspectiva, te digo, embellece á mis ojos la idea de la muerte y me hace desearla con mas ardor cada dia.

—Eres el mas loco ó el mas generoso de los mortales, Alonso; pero hablemos de lo que importa. Ya que nada exiges para tí, ni para los tuyos, ¿Te acordarás de mí?

—¿De tí, Catalina, de tí?—¿Piensas, nueva amazona, armarte y esgrimir el acero en esta conjuracion?

—Quiero contribuir, y contribuyo á su buen éxito.

—¿Cómo?

—No me le preguntes.

—Como quieras; pero si he de servirte, dime al menos lo que deseas.

—Libertad y riqueza.

—¿Libertad?

—Sí; yo no solo no amo, sino que detesto á Juan Ponce; quiero romper los grillos que á él me aprisionan.

—Pero, Catalina, ese es negocio del Padre Santo.

—Ese es negocio, ó mas bien nudo, que se corta como el gordiano.

—¿Qué dices?

—Que se corta con la espada.

—¡Catalina!!!

—Escucha antes de juzgar. Juan Ponce no es de la conjuracion.

—Lo sé.

—Juan Ponce es enemigo de la conjuracion.

—Lo suponía.

—Juan Ponce combatirá por la Audiencia.

—Me parece probable.

—¿No puede morir en la batalla?

—Bien puede.

—¿No seré viuda cuando él muera?

—Con evidencia.

—Pero sus riquezas, por el orden regular, pasarian á sus herederos forzosos, quedándome á mi solo la parte en que me ha dotado.

—Asi lo disponen las leyes.

—Las actuales: pero si la Conjuracion vence, habrá otro soberano que podrá hacer otras leyes; y para entonces, Avila, para entonces te pido tu proteccion.

—Súplica escusada: en todos tiempos y siempre puedes contar conmigo y cuanto yo valga.

—Lo creo, lo he creido constantemente: en cambio, Alonso, yo cuidaré de tus intereses, ya que con desden los miras.....!»

Al llegar á tal punto de su larga conversacion Avila y Catalina , aparecióse ante ellos una figura pálida, silenciosa, amenazadora como el remordimiento mismo, cuya vista hizo estremecerse hasta la médula de los huesos á la infiel esposa del Encomendero , y sorprendió no poco al marido de Elvira.

El aparecido , bien podemos llamarle asi tanto por lo súbito, inesperado y silencioso de su llegada , cuanto por el aire siniestro con que se presentó á nuestros interlocutores, era D. Bernardino Pacheco de Bocanegra , á quien condujo una diabólica casualidad, ya que no el Diablo mismo, al sitio en que su amada conversaba con el dueño de la quinta.—Bocanegra, conociendo, como ya sabemos que conocia, la historia de los amores de Catalina con Avila, y siendo arrebatadamente celoso, claro está que en todos tiempos y circunstancias hubiera visto con profundo amargo disgusto que la muger por quien deliraba se entretuviese por los bosques sombríos en conversacion con su antiguo amante, ó por lo menos novio; pero, á mayor abundamiento, despues de la escena del camino real que tan cara le costó á su caballo, y que puso su ya escasa razon á riesgo de perderse por completo , natural nos parece que el cuadro ante sus ojos presente le sacase de tino.

Y en verdad que al mas flemático de los enamorados, al mas pacífico y manso de los maridos mismos , podia y aun debia inflamar el alma, encontrarse con lo que de manos á boca se halló el pobre Pacheco. Porque á pesar de que la conversacion nada tenia ya de galante á su llegada, Avila continuaba enlazando con su brazo el talle de Catalina; esta con la diestra en la de Avila; y en resumen, la actitud de entrambos revelaba ese no sabemos qué de íntimo, de tiernamente familiar, que demuestra con evidencia que, si el volcan pudo apagarse, las cenizas quedan y calientes.

Ante tan manifiesta infidelidad, la ira llegó á tal punto en el llagado corazón de D. Bernardino, que embargando á un tiempo las potencias de su alma, y paralizándolo su cuerpo, ni le fue posible en el primer momento proferir una sílaba, ni hacer un movimiento, ni dar, en fin, la menor señal de vida. Inmóvil como una estatua, fijos los ojos en Catalina, bañada la frente de helado sudor, y brotando irritada bilis por todos sus poros, Boca-negra, sin desmayarse, perdió durante mas de un minuto la conciencia de su propio sér.

No así Avila, que con solo verle adivinó, si es que ya no lo sospechaba, que aquel hombre era el amante de Catalina, y levantándose del asiento con el aire de fria provocacion que la costumbre habia hecho en él como segunda naturaleza, acercóse al celoso con el sombrero en la mano, y dijole cortesmente:

—«D. Bernardino: ahora, siendo como soy vuestro huesped, debo respetaros: mañana me tendreis á vuestras órdenes, como y cuando gustáreis.»

La voz de Avila produjo en Bocanegra el efecto que ciertos reactivos químicos en determinadas sustancias: cambiar súbitamente, no solo sus accidentes externos, el color por ejemplo, sino hasta sus propiedades esenciales. Como el fuego encerrado en la bodega de un buque, y por falta de aire lento en sus progresos, si la casualidad ó la imprudencia se lo facilitan, estalla súbito, é instantáneamente abrasa y consume desde el tajamar de la quilla hasta los topes de los mas altos palos; así la cólera de D. Bernardino, un instante comprimida allá en los mas recónditos senos de su espíritu, al sentirse en contacto con el helado viento del sarcástico lenguaje de Avila, abrióse camino á un tiempo á las manos y á la lengua.

—«¡Mañana!!! (Esclamó con sofocado acento de rencores preñado, y desnudando al mismo tiempo el ace-

ro). ;Mañana!!! Ni un instante mas de vida os concedo ni á tí ni á esa pérfida.—Tú no eres ni mi huesped, Avila, tú no eres caballero, sino un traidor miserable; y tú Catalina... tú... No quiero decirte lo que eres, por no manchar mis labios con una palabra inmunda.»

Correspondientes á tan desatentado language eran sus acciones : á un tiempo con la espada amenazaba á su presunto rival, y con la daga intentaba herir á la infiel, malogrando así entrambas intenciones ; porque Catalina pudo retirarse fuera del alcance del arma homicida ; y Avila , que estaba tan sereno como solia en tales lances, con el mismo sosiego que si en una sala de armas se hallase, desenvainando espada y daga , púsose en guardia replicando :

—«Os dije, y repito, que las leyes de la hospitalidad no me consienten mataros hoy; esperad á mañana y tendré la honra de arrancaros esa lengua que tan procaces insultos pronuncia.»

Si D. Alonso creia ser pacífico y contemporizador hablando así, con el tono mas tranquilo y hasta cortés que puede imaginarse, se engañó de medio á medio; porque Bocanegra, mas enfurecido aún que antes de oir sus reflexiones, abalanzóse sobre él con tal furia, que á no ser el esposo de Elvira un tirador de primer orden, lo pasara mal indudablemente.

Todo lo observaba Catalina, una vez pasado el horrible susto del primer momento, con ojos serenos y ánimo desapasionado, cual si de ella no se tratara, como si por ella no se lidiase, como si para ella, en fin, no debieran ser mas funestas que para nadie las consecuencias de aquel horrible inesperado lance. Porque, en efecto, cualquiera de los dos combatientes que sucumbiese la privaba de un apoyo, segun sus cálculos, no solo poderoso, sino necesario; y fuera de eso, como entre dos justadores de la fuerza de Avila y Bocanegra no

podia duelo tan encarnizado terminarse sin la muerte de uno de ellos, el escándalo iba á ser inmenso, y por consiguiente para Catalina funesto, pues Juan Ponce de Leon habia de enterarse de lo ocurrido, y sabiéndolo de castigar sin misericordia á su pérfida consorte.

Gritar para que acudiese gente fuera precipitar la catástrofe, anticipando al público la noticia del suceso, y ademas comprometer irrevocablemente en desesperada lucha á los dos campeones, que, una vez sabido que la espada habian tirado, no eran hombres ni el uno ni el otro que de su propósito desistieran por nada ni por nadie en este mundo.

Esperar á que la suerte de las armas decidiese, á nada conduciría mas que á dejarlo todo en manos del Destino. Lamentos y súplicas, fueran perdidos en tal ocasion y con tales gentes.—«¿Qué hago? ¿Qué hago?»

—Se preguntaba Catalina á sí misma, cruzados los brazos, pálido el rostro, nerviosamente temblorosa, y fijos los ojos en los centelleantes aceros de Avila y Bocanegra, que, aquel defendiéndose, y este atacándole con rabiosa furia, esgrimian ambos, sin perder ni ganar una sola pulgada de terreno.

La ventaja, sin embargo, estaba por parte de don Alonso, en razon de su serenidad inalterable que le dejaba tirar como en una escuela, mientras que Pacheco, rabiosamente codicioso de la sangre de su adversario, solo de derramarla cuidaba, y no en manera alguna de defenderse.

Pero tambien un hombre desesperado es temible, no puede negarse; no hay contra él mas arbitrio que el de matarle pronto, porque si no, lo probable es morir á sus manos. Sentíalo asi Avila, y no podia á pesar de ello decidirse á aprovechar ninguna de las muchas y claras ocasiones que Pacheco, obcecado por la cólera, le ofrecia, presentándole el pecho á descubierto, porque se

decia:—«Está celoso; tiene la razon de su parte.»—Don Alonso era asi: hombre de conciencia *á su modo*. Caros hubieron de costarle aquella vez sus escrúpulos: Bocanegra, cansado de esgrimir en vano, y ya en el paroxismo de la cólera, con una rapidez incomprendible, arrojando al suelo su daga, asió súbito con la mano izquierda la espada de su enemigo, y con la propia tiróle simultáneamente una estocada al pecho.—De mil veces que tal suceda en análogas circunstancias, novecientas noventa y nueve deben morir los que se encuentren, como Avila, por sorpresa y fuera de toda regla atacados: mas nuestro mejicano, en cuyos presentimientos fúnebres no entraba á la cuenta morir de mano del amante de Catalina, dando un salto atrás con sorprendente ligereza, libertó á un tiempo el cuerpo del golpe que le amenazaba, y la espada de la sujecion que se la embargaba.—En consecuencia, y en el vacío hiriendo, cayó D. Bernardino cuan largo era y de bruces á los pies de su contrario; y Catalina, creyendo que este aprovecharia la ocasion para terminar el combate, dió un grito terrible.

Pero Avila, desdeñando arrancar la vida á su enemigo, incapaz por el momento de defenderse, bajó la punta de su acero y dijo á Bocanegra:—«Levantaos, recoged la daga y defendeos, que ahora va de veras, puesto que os empeñais; y voy á mataros.»

No lo dijo, por cierto, á sordo ni á tullido: la pasion que al celoso amante dominaba entonces, no era de las que dan oidos á generosidades caballerescas. Levantóse, pues, recogió del suelo su daga, y arrojando espuma por la boca, ya no solo de ira, sino tambien de vergüenza, disponíase á renovar el combate por su caida interrumpido, con mas furia que nunca; mientras Avila, convencido en realidad de que con aquel energúmeno no



le quedaba arbitrio fuera de matar ó morir, le esperaba con ánimo resuelto de matarle, en efecto, y lo mas pronto que pudiese.

Comprendiendo desde luego y en toda la estension de su gravedad inmensa, lo crítico de aquella situacion, de la cual sin un milagro del Cielo parecia imposible salvar los riesgos, llamó Catalina en su auxilio la energia poco comun de su espíritu audaz, no para soportar resignadamente las consecuencias de su malhadada conversacion con Avila, porque la resignacion no se contaba en el escaso número de sus virtudes, sino para evitar aún la catástrofe, dado que cupiera en lo humano.

Y no habia tiempo que perder, porque los dos combatientes, despues de haberse mirado un instante con esa fijeza que anuncia el firme propósito de destruirse, marchaban ya el uno sobre el otro, altas las espadas, y empuñadas las dagas. No habia tiempo que perder, nó: un instante de vacilacion equivalia á la muerte de un hombre. Por eso Catalina..... Pero en otra parte del jardin nos estan esperando, y nos es forzoso, por tanto, dejar para ocasion mas oportuna el relato de lo que intentó la muger de Juan Ponce.



## CAPITULO VIII.

### OTRAS CRIATURAS DEVORADAS POR EL MÓNSTRUO.



ICESE ordinariamente que los mónicos son feroces, y no sostenemos nosotros lo contrario; mas aun cuando asi sea, todavia les hallamos otro defecto de peor género, á saber: que son caprichosos en estremo.

El de Creta, esto es, el *hombretoro*, dió en la flor de devorar manebos y doncellas; á las Sirenas les complace, como á los aficionados á la música, matar á las gentes con su canto; la Esfinge se deleitaba en que sus víctimas, antes de ser devoradas, se devanasen los sesos para adivinar logogrifos; y por último, nuestro Mónico, el de los Jardines, *alias* el Amor, tuvo el capricho de que á cada catástrofe de las que en el bosque de Chapultepec pre-

paraba, precediese su correspondiente conversacion. Yo lo siento: primeramente, porque estoy comprometido á referirlas todas; en segundo lugar, temiendo la monotonía; y en tercero, previendo que haya suscriptor que, diciéndome: «*Para conversacion á la cárcel,*» me deje plantado con mi libro debajo del brazo, ó lo que es lo mismo en mi estantería: pero, sintiéndolo y todo, no puedo pasar por otro punto.

La fidelidad histórica es virtud que profeso: las gentes de quienes escribo tenían conversaciones; conversaciones, pues, he de escribir, mal que me pese. Y ahora que estais prevenidos, amigos lectores, proseguid si os place, ó dejadlo, segun mas os agradare, que yo á cumplir con mis deberes de puntual coronista tengo que resignarme.

Dejamos á Elvira y á Fernando en una gruta, entre natural y artificial: lo primero porque, en efecto, habíala socavado en la base del peñasco de la cascada la accion del tiempo, ó cualesquiera otro fenómeno de la naturaleza; y lo segundo porque la mano del hombre, al ordenarse el jardin que de teatro nos sirve, perfeccionó sus formas, dándoles á sus accidentes y adornos mayor estension y diversas ingeniosas combinaciones.

En un espacio irregularmente circular, de cinco á seis varas de rádio, que no pasaba de ahí la estension de la gruta, cuyas paredes aparecian incrustadas de mariscos, fósiles de todas clases y otras tales curiosidades, y de cuya bóveda descendia en magnífica profusion, á manera de pendolones de un rico artesonado, multitud de brillantes estalactitas, veíase en el fondo y en una hornacina en las ramas de un corpulento arbusto tallada, el alabastrino brillo de cierta obra de escultura preciosa por la materia y el trabajo.

El artista inspirado, como todos sus contemporáneos, por las ficciones mitológicas que, digan lo que

quieran, siempre serán bellas, habia representado á Endimion, bello y simple al mismo tiempo, dormido al pie del tronco de un árbol desnudo de ramas; y á la *cauta* Diana, en el momento en que, abandonando á su propio instinto aquellos caballos que *alta regia* en la suprema noche del lacrimoso cantor de las metamórfofis, mientras los mortales admiraban el casto brillo de su luz modesta, descendia ella á olvidar en los brazos del pastor dichoso las mortificaciones de su austeridad aparente, ó quizá el eco de los últimos desesperados sollozos del malaventurado Acteon.

La destreza del cincel, lo primoroso de la ejecucion, lo poético del asunto, y tambien en gran parte los efectos ópticos de la media luz que se reflejaba en caprichosos cambiantes sobre el alabastro de aquella escultura, dábanle al grupo quizá mas valor del que en sí tenia; y él con su asunto y formas, y las enredaderas y olorosos arbustos que le rodeaban, y el conjunto, en fin, de aquel encantado sitio, al cual el estrépito de la cascada llegaba ya tan atenuado que mas lisongeaba el oido que le mortificaba, hacian de la gruta un asilo delicioso para el amor libre de trabas, un despeñadero lleno de azares y riesgos para quien amase contra derecho.

¿Por qué, pues, fueron á parar Elvira y D. Fernando á la tal gruta? Nosotros lo ignoramos, y quizá solo el Mónstruo de los jardines lo sepa. El hecho fue que allá los llevó á entrambos su destino, la casualidad maldita, ó la astucia del comun enemigo.

Llegó Elvira la primera, y quedándose de pie á la entrada del encantado asilo, como llevaba la color perdida, y en los magestuosos lineamentos de su bello rostro manifiesta una espresion, no acertaremos á decir si de cólera dolorosa, si de dolor iracundo; como aparecia inmóvil; y como el alabastro pudiera envidiar los albos reflejos de su terso cútis, fácil fuera imaginar que, ani-

mada la estatua de Diana y abandonando su pedestal, salia á impedir que, penetrando en la gruta, turbase mortal alguno el plácido sueño de su amador dichoso.

¿Y qué diremos de Fernando? ¿En qué paleta iremos á buscar colores para pintar su aspecto desolado, su passion angustiosa, los remordimientos, el ansia, el miedo, y la esperanza, afectos que todos á un tiempo se agitaban en su alma, y en su rostro se vian confusamente retratados?

Si en la primera rebelion que escandalizó al universo y tan cara pagamos los desdichados hijos de Eva, hubo algun espíritu celeste que, un momento alucinado por la altiva elocuencia del que es hoy y será hasta el fin de los siglos príncipe de las tinieblas, monarca del Averno, alma del fuego inestinguible, llegase á poner la planta en la region del crimen; mas, oyendo oportunamente la voz del predilecto caudillo de las angélicas legiones, abandonara las filas de los réprobos antes de consumar el enorme atentado, no de otro modo que Fernando ante Elvira, debió presentarse á los pies el luminoso trono del que siempre fue y será tambien cuando ya nada sea.

Quizá es mas amargo el remordimiento de un mal propósito que el de una mala accion consumada; quizá, y sin quizá, es mas profundo el dolor del justo que pensó pecar, que el de aquellos que ya pecaron; porque en el primero las fuerzas de la virtud estan enteras, mientras que en los segundos ya las malas acciones las enervaron!

Pero, ¡Vive Dios! que moralizo, y no me llama Dios por ese camino: vuelvo, pues, á mi cuento, y digo que Elvira miraba fijamente á Fernando, viéndole acercarse contrito y casi con lágrimas en los ojos; mientras que Fernando, temiendo leer en los de Elvira una sentencia en su entender tan merecida como severa, no osaba alzar los suyos del suelo.

En tal estado y á corta distancia el uno del otro,

permanecieron como dos minutos, inmóviles y silenciosos cual las estatuas de la gruta, pero sin embargo entendiéndose, hablándose en realidad aunque no con palabras; porque cuando un sentimiento sincero y profundo reina en dos corazones á la par, tan unisonos laten, tan en perfecta consonancia se hallan siempre, que aún á largas distancias, cuanto mas presentes, se entienden y comunican en virtud de no sabemos qué conductor invisible y magnético.

Sin embargo, Elvira, en quien la razon solo por instantes, y eso en ocasiones tan excepcionales como la dolorosa ante el cenador ocurrida, abdicaba sus derechos; Elvira, decimos, comprendiendo que cuanto mas dejara prolongarse la penosa situacion en que ella y el hijo del Comunero se encontraban, tanto mayor peligro corrian el uno y el otro, decidióse á romper el silencio la primera, y despues de un esfuerzo sobrehumano para darle á su voz palabras en vez de lágrimas, razones en vez de quejas, dijo en efecto:

—«¿Qué me quereis, Fernando? Aqui estoy: decid pronto y separémonos, que no conviene á mi decoro nunca, y menos en tal dia, hallarme á solas con hombre ninguno en tal parage.

—¡Elvira mia, perdon!!! Esclamó en respuesta el apenado mancebo, dando en fin libertad al hasta entonces á duras penas comprimido llanto.

—¡Perdon! ¿Y de qué D. Fernando?—No sé que me hayais ofendido, ni en vuestra cortesania lo creo posible.

—¡Oh, infeliz de mí! ¡Infeliz de mí para siempre!

—Siento ver que os abandona el juicio, D. Fernando.

—¿Y no he de perderlo, señora, cuando tal me veo, que ni os dignais siquiera imponerme el castigo que merece una culpa horrible, aunque involuntaria, aunque no consumada?

—No os conozco culpa ninguna.

—Eso no es cierto, Elvira; eso no es cierto: vos habéis visto...

—No quiero ser vuestro confidente. Dejadme.

—Habeis de oirme, Elvira: me lo habeis prometido!

—Dejadme: os lo mando, os lo suplico, dejadme; no quiero oiros!

—¡Oh! Es forzoso que me escuchéis siquiera dos minutos, y luego yo os dejaré, Elvira, y os dejaré para siempre, lo juro...

—¡No jureis!

—¡Si lo juro!

—Os digo que no jureis, niño cruel, nacido solo para mi desesperacion; os digo que no jureis, si algo pueden con vos mis súplicas.

—¿Me oireis entonces?

—¿Y para qué, Fernando? ¿Paréceos que no he visto bastante para que el oiros sea escusado?—Y no me quejo de vos; y no os culpo, no. ¿Con qué derecho pudiera ni quejarme, ni culparos? Ya os he dicho, os repito ahora con solemne juramento, que me amais en vano...

—¡Elvira!

—Si, que me amais en vano; y no porque mi corazón no sea vuestro, sino porque antes de mancharme ni con el pensamiento de una flaqueza indigna de mí, sabria yo darme cien veces la muerte. Sí; os lo he dicho, os lo vuelvo á decir, os lo diré siempre, *me amais en vano!* La esposa de D. Alonso de Avila, bajará jóven y desdichadísima, pero tambien inmaculada, al sepulcro. ¿Queréis saberlo todo, Fernando? Pues voy á decíroslo, y si os parezco cruel, consolaos pensando que no lo soy poco conmigo misma; si D. Alonso muriese, si mañana me viese libre, tampoco seria vuestra.

—Me aborreceis entonces, Elvira; y no me queda otro refugio que el de arrojarme en los brazos de la muerte.

—O el que tomabais no ha mucho.

—Teneis razon, Elvira, razon sobrada; soy indigno hasta de vuestra cólera; solo vuestro desprecio merezco. Frágil y tan jóven que me llamais niño, cedi un instante á la fascinacion de los sentidos, cedi despues de una resistencia desesperada; apenas el Cielo, apiadado de mí, me hizo oir vuestra voz, huí apresuradamente de los brazos que me tendian, para correr anhelante en pos de los que me rechazan; en rescate de un instante de criminal debilidad pudiera ofrecer eternas repetidas horas de vigilia y delirio, desdenes sufridos resignadamente, aspiraciones sofocadas, sollozos devorados; en espiacion de mi delito estoy pronto á dar toda mi sangre, á someterme á cuanto de mí se exija! Pero todo eso que en un corazon amante, aun cuando fuese de durísima roca, hiciera mella, todo es inútil para vos que ni aun libre, fuerais mia!—A Dios, pues, Elvira; A Dios para siempre; sed tan dichosa como me habeis hecho desgraciado!»

Mientras asi declamaba Fernando, alentándole el fuego de la pasion, desaparecieron su timidez, su encogimiento, su falta de soltura; y desarrollándose en consecuencia la energia de un alma, tierna sí, muy tierna, mas no débil, apareció por vez primera ante Elvira, como le conviene al hombre ante la que ama: varonil aunque enamorado, fuerte en su esencia, aunque con ella débil, resuelto para todo, si bien ante sus desdenes cobarde.

Un grano menos de sincera virtud en la esposa de Avila, ó un átomo mas de la levadura del viejo Adan en sus sentidos, y la gruta de Diana y de Eudimion hubiera sido indudablemente teatro de su derrota: pero en Elvira la conciencia lo dominaba todo: pero Elvira, como el oro, salia pura y radiante del fuego mismo que á los simples mortales consume y torna en un monton de inmundas cenizas.



Sintiendo, pues, que se exaltaba mas que nunca su amor á Fernando, no vaciló, sin embargo, en sus santas resoluciones, y dijole con entereza por el cariño templada.

—«Deteneos, Fernando, y oidme.

—¿Para qué? Os pregunto yo ahora, Elvira. ¿Para qué, si ya me habeis privado de toda esperanza?

—Para daros una, niño exigente; para otorgaros lo que no ha mucho solicitábais con lágrimas en los ojos.

—¿Será posible, Elvira!—¡Ah, no lo es! ¡No lo es! Quereis burlaros de mí, señora.

—¡Burlarme, cuando siento el corazon pronto á estallar dentro del pecho!—No, Fernando, no: ¿Cómo he de burlarme de vos amándoos con toda mi alma?

—¿Me amais? ¡Oh bien mio!...

—Teneos, Fernando; si dais un paso mas hácia mí, nos separamos para siempre. ¡Teneos! Bien: ahora escuchadme. Lo que ví en el cenador me desgarró el alma, mas por vos que por mí, creédmelo; mucho mas por vos que por mí. Ved si me será fácil perdonaros, como os perdono sinceramente.

—¡Generosa Elvira!

—Pero huid de Leonor; huid de las mugeres de su especie, que profanarian con su impuro álito la noble candidez del alma generosa que os anima; y si algun dia os decidierais (aquí dos lágrimas rebeldes asomaron á los ojos de la hermosa dama) á buscar en un amor *posible*, remedio contra el imposible que ahora os inspiro, sea la que elijais una doncella honrada, digna de envanecerse con vuestro nombre, pura como Elvira, ya que como Elvira no sea tal vez capaz de comprenderos y amaros!!!...

—No me hableis de esa manera, Elvira del alma mia, si no quereis verme espirar de dolor á vuestras plantas!

—Ya que el destino me veda ser dueño de la muger que

adoro, conmigo acabará mi desdichado linage. Nunca, Elvira idolatrada, nunca dará Fernando su mano ni su nombre á muger alguna, no siendo á Elvira.

—¡Ay! ¡A Elvira es imposible! ¡Imposible, imposible! Por ella y por vos es imposible. En vida de D. Alonso la barrera del honor y de la virtud nos separan; si él faltase..... Mucho he pensado en esto, Fernando; y quizá ese pensamiento es ya un crimen: pero mi resolución está irrevocablemente tomada! Si el cielo llamase á sí á D. Alonso antes que á su infeliz esposa, esta lo seria del Rey de los Reyes en el momento mismo.

—¡Ah! ¡Infeliz de mí!!!

—¡Infelices de ambos, Fernando, si otro pensamiento nos animase, infelices para toda una eternidad!—Decidme, niño: Si en la muerte de D. Alonso viérais el momento de nuestra union, ¿Pudiérais menos de desearla?

—Mal me conoceis, Elvira: á costa de mi vida defendiera la suya.

—Lo creo, lo sé, no lo he dudado nunca; pero aun muriendo por él, todavía allá en el fondo de vuestro corazón clamara el egoismo: «*¡Si él muriera serias feliz!*» Con la virtud no hay transacciones, Fernando: á Dios ó todo ó nada. Si la muerte arrebatase á D. Alonso, y yo entonces fuera vuestra, cada caricia, cada gozo de nuestro amor seria, cuando menos, un insulto á sus cenizas; y en los momentos en que mas felices nos creyésemos, saldria de la tumba una voz que nos dijese: «*¡Vivis de mi muerte!!!*—No, Fernando, no: mil veces antes morir entrambos en la desesperacion de nuestro amor imposible, pero tranquilas las conciencias, que comprar siglos de mundanales dichas á costa de un solo remordimiento!

—Vuestra sublime virtud me humilla y me aterra, Elvira mia; vestis ya la blanca túnica del martirio, y en vuestra frente resplandece la aureola celeste. Yo, pobre

mortal, lucho con mi corazon ; pero animado por vuestro ejemplo espero hacerme digno de figurar á vuestro lado, y de llevar resignadamente la cruz que me cupo en suerte.

—Bien, mi Fernando, bien. Huid de las damas cortesanas, amadme sin rencor por la que podeis juzgar crueldad, y no es sino dolorosísimo sacrificio ; y ahora que nos hemos entendido, separémonos para siempre.

—¿Y la esperanza que me ofrecísteis, señora? Cuando al martirio me consagrais, perdonad que os pida una sola flor para mi palma.

—Teneis razon, Fernando ; y voy á daros esa esperanza.

—Por piedad, no la dilateis mas tiempo!

—Pues bien ; si vuestro amor no se entibia, si vuestro corazon no desfallece, si sois á la virtud y á Elvira siempre fiel, un dia nos uniremos para no volver á separarnos....

—¿Cuándo, Elvira, y en dónde?

—¿Cuándo?—Al salir del mundo.—¿Dónde?—En el Cielo, Fernando mio!»

Y Elvira tendió la mano al doncel ; y el doncel de hinojos á sus pies besóla como la de su Angel de la Guarda pudiera, sin mezcla de carnal deseo, sin terrena aspiracion alguna, antes creyendo ver ante sus ojos de par en par abiertas las puertas de la mansion á los justos reservada.

Y véanse los singulares caprichos del Mónstruo : á la misma hora, en el mismo jardin y en análogas situaciones, reunió á dos amantes parejas, proporcionándoles sombra, retiro, soledad, poético teatro, cuantas circunstancias, en fin, parecen propicias al desarrollo y satisfaccion de las humanas pasiones... ¿Y para qué?—Para que ni la una ni la otra aprovechasen en beneficio propio la ocasion, sino precisamente para lo contrario, esto

es: para que al terminar sus respectivas conferencias se hallasen los cuatro actores mucho mas distantes entre sí que antes de comenzarlas.

Y, sin embargo, nada habia de comun entre las dos parejas: Catalina incapaz de sentimiento, Elvira muger en todo platónica; Avila libertino estragado, Fernando inocente como una Vestal; D. Alonso y Catalina personificaciones de la prosa de esta vida, mientras que Elvira y D. Fernando emblemas del mundo poético.... Nada habia de comun entre las dos parejas. En la una faltaba la estimacion recíproca para que fuese posible su enlace; al paso que en la otra, por temor á dejar de estimarse tanto como con justicia lo hacian, se renunciaba á toda eventualidad de union, hasta para lo futuro.—¡Caprichos del *Mónstruo de los Jardines*!

D. Diego, dando el brazo á Leonor, y del todo ignorante del papel á que ella le destinaba, pero satisfecho con su improvisada conquista, discurría en tanto por los jardines, siguiendo, como ya lo apuntamos, el curso del canal en direccion al lago, mas por la orilla opuesta á la que D. Fernando siguió en pos de Elvira.

En el discurso de su paseo tropezaron la maligna andaluza y su acompañante, primero con Ines, cuya erudicion amatoria no acertaba á sugerirle expediente alguno para vengarse solemnemente de los desdenes de Avila, y que en consecuencia caminaba con el mismo aire y melancólico aspecto que un matemático empeñado en resolver la cuadratura del círculo, es decir: en llegar á lo imposible. Y á la verdad la comparacion es exacta, porque no hay venganza posible para una muger contra un hombre que tiene para todas el corazon encallecido, para los duelos un ánimo sereno y una espada á prueba, y que lejos de temer el escándalo en él se goza. A las que con tales canallas estan en lucha les daremos un consejo: que esperen á que su enemi-

go se enamore de veras, cosa difícil aunque no imposible; y como tal acontezca, ellos pagarán y con las setenas y todas, sus culpas y pecados, por enormes que sean.

Leonor y D. Diego, cambiando un saludo con la culta doncella, prosiguieron su camino silenciosos, y por algunos minutos sin particular aventura. Faltábales poco para llegar al gran lago, cuando de un bosquecillo de olorosos arbustos llegaron hasta sus oídos al tiempo mismo el eco de ciertos suspiros varoniles, y el rumor de una voz femenina de contralto pronunciado, que blandamente reñía.

Tal como el perro cazador de buenos vientos cuando la caza olfatea, párase súbito, tiende el hocico en direccion del rastro, endereza las orejas, recoge el aliento, y fija la vista, así Leonor, deteniendo con una presión de mano en el brazo á su galán, y haciéndole seña de que guardase el mas profundo silencio, hizo alto repentinamente, y recogió sus espíritus para observar lo que acontecer pudiese.

¡Curiosidad indómita femenina! Esclamará acaso alguno al llegar á este interesante pasage de nuestro interesantísimo libro. ¡Curiosidad invencible la de las mugeres! ¿Qué le importaba á Leonor que hubiese en el bosquecillo un hombre que suspirase, y una muger con voz de contralto que predicase amorosa?—¿Por qué no dejar vivir á todo el mundo?—¿Por qué la impresionable esposa del anciano Sarmiento, recordando su escena del cenador, harto reciente para que hubiese podido ya olvidarla, no pasaba de largo, diciendo, cuando mas: «¡Salud á los bienaventurados!»

Por punto general, nosotros que pertenecemos á la escuela tolerante allí y donde mas lata es en sus doctrinas, estamos perfectamente de acuerdo con las reflexiones que preceden: pero el lector nos permitirá recor-

darle, que Leonor no se paseaba á la sazón con D. Diego, ni por afecto á este, ni por el simple placer de pasearse, sino por algo y para algo; y ese *algo*, para ella tan importante como para todos los mortales cuanto conduce á la satisfaccion de las pasiones ardientes, y sobre todo á la de la venganza. Así, pues, sin pretender nosotros que la intencion de la dama fuese santa, ni mucho menos, sostenemos que al pararse para espiar lo que en el bosquecillo pasaba, no fue simplemente la curiosidad indiscreta la que la detuvo.

¿Oyeron, á su vez, los invisibles suspirante y contralto el rumor de los pasos de D. Diego y su compañera?—No lo sabemos: pero el hecho es que en vano permanecieron Leonor y su galán en perfecta inmovilidad cerca de cinco minutos: el mas profundo silencio reinaba en torno.

Cansada, en fin, la impaciente hermosura, soltó el brazo de su dócil galán, acercóse sobre las puntas de los pies al bosquecillo, y apartando con extraordinaria ligereza las ramas que sus miradas interceptaban, vió...

¡Ah! Lo que vió no lo sabemos: pero ella primero lanzó un grito cómicamente atribulado, al cual respondió la voz de contralto con otro de cólera, y la del suspirante con un voto redondo como una bola; y luego Leonor, soltando la carcajada, dijo á D. Diego:

—«¡Vámonos!—¡Pobres gentes!—Parece que tambien en Nueva España...—¡Vamos, D. Diego, vamos!»

Quisiera D. Diego echar tambien su mirada al bosquecillo, porque diz que era curioso como una monja, ó al menos que Leonor le diese idea del espectáculo que tanto la regocijaba; pero ni lo uno le consintió, ni á lo otro quiso prestarse la tiránica hermosura, arrastrándole en pos de sí con dulce violencia.

Treinta pasos llevaria andados la pareja de que hablamos, cuando salieron del bosquecillo, y echaron á

andar detrás de ella, según cuenta la crónica, que nosotros damos la noticia sin garantizarla, la doctora doña Beatriz, roja como un cangrejo cocido, brotando fuego por los ojos, y con visibles intenciones de hacerle pagar muy cara á la andaluza su impertinente indiscrecion; y siguiendo á la esposa de Ceinos, como fiel criado y buen page, Fortun, el lógico mancebo, bajas las orejas, contrito el rostro, y mortificado hasta lo sumo.

Pero es el caso que, como Leonor solo contaba diez y seis años, y la Doctora debia de tener, sin ofenderla, por lo menos dos veces y media los mismos, las piernas de la primera estaban mucho mas ágiles que las de la segunda; y por lo mismo que la veterana procuraba aligerar el paso, á los cinco minutos de marcha el carmin de sus mejillas (carmin de primera calidad, por cierto), ablandado con el sudor, cedió el puesto á una tinta natural entre violeta y sangre de toro, de tono y de efecto sobrado calientes, como los pintores dicen.

Mas no fue eso lo peor, sino que el tocado, al salir del bosquecillo ya en cierto amable desorden, con el insólito movimiento fue perdiendo sus geométricas ondulantes formas de jardin artificial hasta convertirse en un enmarañado bosque de cabellos, todos propios, en verdad, de la honrada dueña, si bien algunos debidos á la naturaleza, y otros, los mas, á un pequeño sacrificio pecuniario.

El talle mismo, en situacion de reposo contemplado, todavia, si no esbelto, turquescamente bello, descompuesto con la agitacion de aquella precipitada marcha ofrecia un aspecto poco ameno, aunque sí variado por los efectos, que pudiéramos llamar *topográficos*, de las almohadillas desentonadas que aqui formaban un valle, y allá una série de graciosas colinas.

En pocas palabras: el movimiento que á la juventud sienta y embellece, y en la edad madura sirve solo para

poner en evidencia faltas y sobras que quizá en la quietud se disimulan ya que no se oculten, produjo en la pobre Beatriz su natural efecto, privándola de casi todos sus artificiales encantos, como la edad la habia ya privado de los naturales.

¿Y para qué tal sacrificio?—Para no tener siquiera la triste satisfaccion de arañar á la curiosa andaluza (no se proponia menos la Doctora); porque Leonor y D. Diego andaban fácilmente diez pasos, mientras Beatriz uno con trabajo inmenso.

Fortun no osaba decir palabra: su señora le habia de tal modo culpado de ser la causa de aquel percance por atrevido y torpe al mismo tiempo, que el pobre muchacho iba acobardado. Además, contemplando á Beatriz en el desórden de la cólera y por la carrera descompuesta, quizá temia que, renunciando á la persecucion de Leonor, quisiese entablar de nuevo la interrumpida conversacion.

¡Qué Diablos! Los muchachos tienen tambien ojos en la cara. Y á propósito de muchachos, cuando el autor lo era y residia en cierta capital de provincia, entre las procesiones de Semana Santa á que solian llevarle, habia una llamada la del *Encuentro*, título que, aparte y respetada la santidad de las cosas santas, le viene de molde, sin mas que añadirle una *s* al final del vocablo, al paseo de D. Diego y Leonor; porque, en efecto, además del encuentro con Ines, tuvieron el que de referir acabamos con doña Beatriz, y amen de esos los que por contar nos quedan.

Prosiguiendo en su camino la pareja de los encuentros, acertó á pasar á las inmediaciones de la plazoleta en que Avila y Catalina se hallaban.

—¡Ah! (Esclamó Leonor en voz tan sumisa que no acertó á comprender D. Diego mismo sus palabras). Ya



dí con él. ¡Gracias, Destino, gracias, que vas ordenando las cosas como conviene á mi venganza!»

Y en seguida alzando el tono lo bastante no más para que la oyese su acompañante, preguntóle:

—¿Habeis visto?

—Sí señora (respondió), he visto lo que no me sorprende. Avila es un libertino desenfrenado y la muger de Juan Ponce...

—¡Hola! Avila es un libertino desenfrenado porque galantea á la muger del prójimo; y de la esposa del Encomendero de Acama sabe el Cielo lo que ibais á decir porque se deja galantear. ¿Qué diremos entonces de D. Diego, y de la muger de Juan de Sarmiento?»

Conociendo D. Diego que habia incurrido en enorme torpeza, tuvo siquiera discrecion bastante para no tratar de disculparse, y guardó silencio. Hizo bien; porque generalmente los remedios en tales casos suelen agravar el daño en vez de sanarlo.

Leonor, despues de mirarle con un aire que significaba claramente: «¡Eres un pobre hombre!» prosiguió de este modo:

—«Me habeis dicho que conoceis bien estos jardines.

—Puedo decir que en ellos me he criado.

—¿Y desde cualquier punto de este para mí aurañado laberinto, podriais volver al sitio en que nos hallamos?

—Facilísimamente.

—¿Sin temor de extraviaros?

—Con tanta seguridad como desde mi cuarto á la cama.

—¿Y en poco tiempo?

—En menos de la mitad del que empleara cualquiera otro, esceptuando D. Alonso.

—¿Cómo así?

—Porque en sabiendo, como él y yo sabemos, los atajos diferentes que hay de punto á punto, se econo-

miza al menos la mitad del camino que, siguiendo las calles principales, los separa á unos de otros.

—Siendo así, tomad bien las señas del parage en que tan dulcemente divertidos se encuentran doña Catalina y nuestro galante huésped.

—En la plazoleta de los Castaños, señora; no cabe equivocacion. Con los ojos vendados daré con ella cuando querais.

—Bien, D. Diego; ahora prosigamos hácia el lago.»

Hiciéronlo así y en tiempo oportuno, porque durante su detencion Beatriz, intrépida aunque sofocada, se les habia acercado tanto que dos minutos despues los alcanzara, y si tal sucediera hubiérase armado un estrepitoso escándalo entre aquellas dos mugeres.

La Doctora y Fortun vieron lo que Leonor y D. Diego habian visto: á D. Alonso y á Catalina en el diálogo que ya el lector conoce: pero iba Beatriz tan preocupada con la idea de decirle *cuantas son cinco* á la curiosa Leonor, que, dignándose apenas echar al paso una ojeada de desprecio sobre los dos interlocutores, prosiguió su marcha acelerada con la misma airosa gracia que un ganso cebon corre huyendo del perro que le persigue acaso.

En tanto D. Diego y su compañera, llegados al enorme estanque que hemos llamado el gran lago del Jardin, y tendiendo por él la vista, solo hallaron sobre sus tranquilas aguas hasta media docena de ligeros *acales*, en que los aficionados á la pesca de entre los convidados de Avila, se solazaban con el sosiego y tranquila beatitud propios de diversion tan inocente.

Paróse entonces Leonor como para consultar consigo misma, y despues de breves instantes dijo á D. Diego:

—«¿Hay medio de pasar á la otra orilla del canal?»

—Si señora; por el puente que dejamos á nuestra espalda.

- ¡Oh! Así perderíamos mucho tiempo.
- Entonces tomemos una canoa y en menos de un minuto.....
- Venga la canoa.»
- El galan esclavo, ejecutando con rapidez lo que se le mandaba, trasladó en efecto á su dama á la orilla opuesta ; y á seguirla iba , cuando le preguntó ella:
- «¿Por este lado tardariais mas en llegar á la plazoleta de los Castaños, que por el que dejamos?»
- Mucho mas, señora; quizá doblado tiempo.
- Pues no desembarqueis entonces.
- No os entiendo.
- ¿Ya olvidásteis vuestra promesa?
- Estoy pronto á obedeceros.
- Bien. No desembarqueis; seguidme con la vista desde la canoa, y cuando me veais agitar el pañuelo de este modo, dos veces seguidas, arribad sin detencion á la orilla que dejamos. Sin detencion. ¿Lo entendéis?
- Perfectamente.
- Sin pararos ante obstáculo alguno.
- Sereis obedecida.
- Y, una vez en tierra, corred, como si de la vida de vuestra madre se tratara, hasta la plazoleta de los Castaños , donde hallareis á D. Alonso.
- ¿Y si no le hallo?
- Le hallareis.
- Pero pudiera.....
- ¡Oh! ¡Cuando os digo que le hallareis! La conversacion iba larga, y no es Catalina muger, ó yo me engaño mucho, que suelte fácilmente á un hombre. En fin, os digo que allí estará, y me le traeréis.
- ¿A D. Alonso?
- Y por el camino mas corto, y sin perder un solo instante.
- Pero ¿Cómo he de obligarle?

—No haria D. Alonso esa pregunta seguramente.

—Señora, si me mandais que le mate, sereis obedecida ó perderé la cabeza en la demanda; mas obligar á un hombre como Avila á que me siga, y sin perder tiempo..

—Decidle estas palabras.

—Ya las escucho.

—«D. Alonso, si en algo estimais vuestra honra, seguidme.»

—¿Y si....

—No mas preguntas: Avila os seguirá.

—¿Y despues?

—Cuando con él llegáreis á donde yo estuviere, vereis lo que despues sucede.

—Sea como vuestra voluntad lo dispone.

—Quedamos, pues, en que permanecéis en la canoa siguiéndome con la vista; á la señal convenida tomáis tierra en la otra orilla; correis á la plazoleta de los Castaños....

—Y en ella queda mi cadáver, si no os traigo á don Alonso: pero mañana, señora....

—Mañana será otro día.»

Haciendo entonces un gesto, mitad cariñoso, mitad provocativo, al galan obediente, volvióle Leonor la espalda, y siguiendo el canal en sentido inverso á su curso, echó á andar por la orilla, con aire mas bien de soldado que explora un pais enemigo, que de dama que en amenos pensiles se solaza.

Beatriz y Fortun llegaron á dar vista al lago cuando el último referido diálogo de la pareja á quien seguian se terminaba; y la Doctora, sintiéndose ya incapaz de proseguir mas adelante, tales eran su cansancio y sofocacion, dijo á su page:

—«Sigue á doña Leonor, sin que ella te vea, paso á paso; no la pierdas de vista un solo instante; y si advier-

tes novedad de alguna monta, que si advertirás si no mienten las señas de su extraño proceder, avisame al punto.

—¿Como, bella señora mia? (Al decir bella, el page cerro los ojos.)

—En descansando un instante, voy á pasar á la orilla opuesta por el puente que atrás dejamos: su situacion es tal que domina el lago y sus cercanias; busca tú, llegado el caso, una altura cualquiera, y levanta al aire desde ella tu sombrero tres veces seguidas, si crees que vale la pena el lance de que yo lo presencie.»

Partió Fortun como un gamo; y, en efecto, teniendo felicisimas disposiciones para ser con el tiempo un policiaco de primer orden, supo seguir puntualmente los movimientos todos de la linda andaluza, sin que ni ella misma, ni D. Diego desde la canoa, advirtiesen que estaban espiados. Verdad es que Leonor iba hondamente preocupada por sus diabólicos proyectos; y que su galan tenia bastante y aun sobrada ocupacion con gobernar á un tiempo la piragua y seguir á su amada con la vista al través de los diversos multiplicados accidentes del terreno en que ella caminaba.

Beatriz, despues de unos diez minutos de reposo, habiendo reparado como pudo el desorden de sus galas y tocado, retrocedió al puente, y en su punto mas alto (era de los que tienen el piso convexo, y no llano como los modernos), apoyándose en el pretil, esperó, como vigia de plaza maritima sitiada espera ver en el horizonte una vela amiga, que la roja pluma del sombrero de su enamorado page le anunciase algun extraordinario acontecimiento.

Al cabo de algun tiempo de ansiedad, en un punto mismo aparecieron, sobre el peñasco de la cascada, Leonor agitando su blanco pañuelo; y en un montecillo inmediato, Fortun levantando en alto su sombrero las tres veces convenidas.

Entonces D. Diego, fiel á su promesa, atracó á tierra, y por la línea recta partió á la carrera sobre la plazuela de los Castaños; y Beatriz, acabando de pasar el puente, se encaminó á donde su page la esperaba con impaciencia.

## CAPITULO IX.

Partió Fortin como un gamo; y, en efecto, teniendo las más felicitosas disposiciones para ser con el tiempo un polidisco de primer orden, supo seguir puntualmente los movimientos todos de la linda andaluz, sin que ni ella misma ni D. Diego desde la celda advirtiesen que se ve como APACIGUAN LAS PENDENCIAS LOS MARIDOS INCIVILIZADOS. Fortin es que leonor era hondamente preocupada por sus diabólicos proyectos; y que su plan tenía bastante y era sobrada ocupación con gobernar á un tiempo la piragua y seguir á su amada con la vista al través de los diversos multiplicados accidentes del arca que el Móstro de los jardines debía de ser consumado astrólogo y no mal astrónomo; lo primero, en razón á que de tan distintas estrellas como eran las que presidian á los destinos de los diversos personajes en nuestro drama interesaba, supo hacer una constelación cuya unidad consistía en la variedad misma de sus elementos; y lo segundo, porque á no tener muy en la ña los movimientos de los astros, no acertara á disponer y combinar los sucesos de manera que cada individuo y cada incidente ocurriera tan en consonancia para el efecto que se deseaba.



## CAPITULO IX.

### DE CÓMO APACIGUAN LAS PENDENCIAS LOS MARIDOS INCIVILIZADOS.



ARÉCENOS que el *Mónstruo de los Jardines* debía de ser consumado astrólogo y no mal astrónomo: lo primero, en razon á que de tan distintas *estrellas* como eran las que presidian á los destinos de los diversos personajes en nuestro drama interesados, supo hacer una constelacion cuya unidad consistia en la variedad misma de sus elementos; y lo segundo, porque á no tener muy en la uña los movimientos de los astros, no acertara á disponer y combinar los sucesos de manera que cada individuo y cada incidente, ocurriesen tan á punto y tan en consonancia para el efecto general, co-

mo si fueran instrumentos de una orquesta bien dirigida que suenan siempre y cuando conviene á la armonía de la música, y nunca despues ni antes.

De otro modo: el Amor, se mostró en el Jardín de Chapultepec, como él de sí mismo lo dice en el *Aminta*:

«No un Dios agora

»Selvage y de la plebe de los Dioses;

»Mas entre los celestes y los grandes

»El de mayor poder; que muchas veces

»Derriba á Marte la sangrienta espada

»De la robusta mano; y á Neptuno,

»Que las tierras combate, el gran Tridente;

»Y los rayos á Júpiter supremo» (1).

Solo que á ejemplo de lo que ya hizo con *Silvia* y su amante, desdenando á los inmortales, cansado acaso entonces de Pastores, pero siempre aficionado á los bosques, escogió por víctimas

«Del fuego omnipotente y arco de oro»

á los caballeros y damas que sabemos, y por teatro el bosque de Chapultepec, diciéndose tambien, á la cuenta:

«En este puesto, en este haré mi golpe,

»Que no le puedan ver mortales ojos.

»Hoy estas selvas, en manera nueva,

»Se oirán hablar de amor.»

Pero el Amor, que al cabo es niño, olvidose de que el iracundo Genio de los celos y la venenosa Discordia caminaban en pos de él, siguiendo sus huellas paso á paso, aprovechando sus triunfos, y convirtiendo cada una de las llamas que él en los pechos encendia, en pa-

(1) El *Aminta* del Taso.—Traducción de Jauregui.



vulgo del volcán que para devorarlos á todos preparaban.

En prosa: las circunstancias se combinaron de modo que parecía ser una sangrienta catástrofe el inevitable resultado de las amorosas entrevistas de nuestros personajes en aquellos amenos jardines.

Ya dejamos á D. Alonso y á Bocanegra empeñados en cruda lid: el último, por los celos dementado, ansioso de beber la sangre del que suponía su rival; y el primero, por el instinto de la propia conservación obligado á procurar la muerte del que esterminarle pretendía.

Catalina, viendo que todo estaba perdido para ella, á menos de que el cielo obrase en su favor un milagro, y conociéndose á sí misma lo bastante para saber que no debía de tener entre los justos favor que llegase á conseguir en su obsequio prodigio alguno, dijo mentalmente: — «Tu instante supremo es llegado: ya que caigas, haz, al menos, que en el golpe se conozca quién eres y lo que vales!»

A los mártires la santidad de la causa á que se inmolan, y la satisfacción de la propia conciencia, los llevan serenos á la hoguera; á los criminales el orgullo empedernido de sus delitos mismos, y la convicción de que la temeridad sola puede, ya que no ilustrar su memoria, salvarla al menos del olvido, también suelen darles aliento para morir enteros.

Así Catalina, que no podía menos de ver en el desenlace de aquel combate, sucumbiese quien sucumbiera, la ruina completa de su ya equivocada fama, y si no la muerte de mano de su marido, positivamente y á buen librar una reclusión perpétua y no blanda, anduvo á nuestro entender lógica mas que temeraria, arrojándose como lo hizo en medio de los dos desesperados combatientes, é interponiéndose entre sus centelleantes aceros.

— «¡Matadme! (Clamó al hacerlo, con voz tan entera y

grave que asombró á D. Alonso, y paralizó el furor mismo de Bocanegra.) ;Matadme y será mas piadoso que deshonrarme como lo estais haciendo!—Oye, Bernardino: D. Alonso fue mi novio, pero desde el dia de mi enlace con Juan Ponce, este es el primero en que á solas hemos vuelto á hablarnos, y eso para negocios que tú descuidas y á que yo debo atender por entrambos.—Oidme, D. Alonso: este hombre, cuyo loco furor y traidora desconfianza me fuerzan al mas horrible de los sacrificios que á una muger pueden imponerse; este hombre, ya que es forzoso que sea mi propia lengua la que haya de infamarme; este hombre, en fin, *es mi amante!!!*»

Mientras Catalina hablaba asi, con un cinismo tan sin ejemplo que pudiera fácilmente confundirse con la heroicidad de una confesion por el arrepentimiento inspirada, Avila con la punta de su espada en el suelo, ambas manos apoyadas en el puño, baja la cabeza y cerrados los ojos, como el hombre que hallándose á grande altura levantado, comienza á sentir que el vértigo mortal se apodera de su cabeza, mas parecia estatua de piedra que animado viviente. Bocanegra, que al ofrecer Catalina desnudo el pecho á los golpes de sus armas, habia dejado á un tiempo caer ambos brazos sobre sus costados, y fijos en ella los ojos con la ansiedad que el reo sigue, ya en el cadalso, los movimientos todos del verdugo, vacilaba entre los impulsos de la ira que le aconsejaban esterminarla, y la flaqueza de su corazon, irrevocablemente esclavo de aquel funesto amor; Bocanegra, al escuchar la terminante declaracion de la esposa del Encomendero, siendo él incapaz de toda bastardia, y conociendo á D. Alonso por hombre que no se prestara por nada en este mundo á una accion infame, dióse por convicto de error en sus celos, y con la misma violencia que aquellos habia sentido, sintió entonces el arrepentimiento de tenerlos.

Si hay quien le tache de sobrado crédulo, reflexione que Bocanegra era uno de esos espíritus fácilmente impresionables y profundamente apasionados, sin embargo, que en la menor apariencia fuera del orden de lo justo ven un síntoma de mal incurable, pero que también ceden pronto á la lógica de la caballeridad. — Y Bocanegra en la ocasión á que nos referimos, tuvo razón: Catalina, confesándole por su amante, no ganaba nada, si en realidad le hubiese hecho traición con Avila; porque este entonces, ya que no por amor, sí positivamente por orgullo, hubiera obrado ni más ni menos que el mismo D. Bernardino acababa de hacerlo por desesperados celos; y el duelo, en tal caso, no se impedía; y el riesgo para la dama era el que antes sin diferencia alguna. Pensar que D. Alonso por consideraciones á la fama de una muger habia de contenerse, fuera en realidad aventurado; pero en concepto de D. Bernardino, que lo tenía pésimo de la moralidad de Avila en ese punto, pasara por delirio evidente.

Era, pues, lógico pensar que Catalina habia, en efecto, citado á su antiguo novio para hablarle de cualquier asunto menos de amores; acción para Bocanegra inconsiderada y hasta culpable, pero no tanto que mereciese los extremos que acababa de hacer.

Convencido de su error, arrepintiéndose de él; y arrepentido, como todo era violencia en su carácter, arrojóse á los pies de su amada, clamando:

— «¡Perdon! ¡Perdon, Catalina mia! Te he ofendido con mis injustas sospechas: pero discúlpennme el amor inmenso, irresistible en que por tí me abraso, y las apariencias!..»

Iba Catalina á interrumpir á su amante, pero adelantósele Avila, que poco satisfecho del triste papel que en aquella escena desempeñaba, y todavía no muy bien digeridas las estocadas que Bocanegra le habia tirado, dijo:

—«Perdonad, D. Bernardino, pero ni á vos, ni á mí, ni á esta dama, que es lo que mas importa, nos está bien que en mi presencia os entregueis á tan tiernos transportes. Aguardad, pesa mi vida, á que yo me ausente, y cuando solo Juan Ponce sea la victima despa-chaos á vuestro gusto.»

Levantóse al oír tan duro apóstrofe, que duro le llama- mos mas que por las palabras, por el tono burlon y pro- vocativo en que fueron pronunciadas; levantóse D. Ber- nardino, y con gravedad avinagrada replicó:

—«Habíase me olvidado la presencia de un extraño, y lo siento de veras, perdonad en esto: pero hacedme merced tambien de cambiar de tono conmigo...»

—¡Vive Dios que los triunfos en amor os tienen des- vanecido, Pacheco! Si no os place mi tono, Nueva Es- paña es grande: viajad.

—¡Bernardino! Interpuso Catalina de nuevo y no sin razon alarmada. ¡Bernardino! ¿Es posible que así me espongas de continuo? D. Alonso ¿Así abusais de la con- fianza que en vos he depositado? Ni tu me amas, Pa- checo; ni vos, Avila, os mostrais mi amigo.

—Yo, señora (contestó Avila), me confieso culpable de haber entablado en vuestra presencia un dialogo poco ameno: pero ya me conocéis, no está en mi caracter el oficio de *Tercero*!

—¡Oh! (prorumpió Pacheco, ya cardeno otra vez de ira) ¡Oh! D. Alonso, cómo abusais de mi posicion! Pero á bien que no nos vamos del mundo ni el uno ni el otro.

—Y que os será tan fácil encontrarme, que si mañana no lo hicieréis, me encargaré yo de buscaros...

—Si tal haceis (dijo iracunda Catalina, cansada ya de lidiar con aquellos dos caracteres de tan distinta índole, pero entrambos indomables), si tal hicieréis, se- ñores, vos, Avila, perdereis mi amistad; y vos, Pacheco, mi amor!

—Ni el uno ni el otro perderán gran cosa!»

Profirió en acento rudo, y con visibles muestras de furor á duras penas comprimido, la voz agreste del infamado Encomendero de Acama.

A poco de haber comenzado la cacería para que salió Ponce de la quinta, cayó del caballo uno de los hidalgos que con él la emprendieron, y lastimose gravemente. Aguada con ese percance la diversion, regresaron todos á la casa de Avila; preguntó en ella el Encomendero por su muger, y un *quidam* de esos que parece que han nacido solo para hablar sin necesidad y haciendo daño con su indiscreta charla, díjole que la habia visto bajar á los jardines. Precisamente aquel dia, y rogamos al lector que lo recuerde, reinaba la paz, y algo mas que la paz, casi los sintomas de cierto cariño; entre el Encomendero y su muger, ordinaria y profundamente desunidos. Un destello de esperanza, un presentimiento engañoso de posible ventura brilló á los ojos del infeliz esposo.

—«¿Quién sabe? (pensaba). ¿Quizá Catalina siente como yo un vacío inmenso en el alma; quizá vuelve los ojos al ahora sombrío hogar doméstico, y se dice que no hay felicidad posible cuando no brilla pura su llama.... También yo tengo mi parte de culpa... He tirado con exceso de la cuerda... ¡Quiera Dios que no se haya roto!... Un vestido que se ha hecho y otro que la he prometido la tienen contenta; ha estado hasta cariñosa. Ya soy bastante rico para no tasarle los trapos; y con tal que en cambio se venga algunas veces al campo conmigo, y no me trate con su altivo insoportable desden... Voy á buscarla y hablaremos de eso... y nos pondremos de acuerdo.»

Entre Ponce y su muger habia esta diferencia: que en él la corteza era dura y amarga, pero el fondo honrado y noble; y en ella todo lo exterior hechizaba, siendo esencialmente una vivora.

Bajó el infeliz esposo á los jardines lleno de suaves ilusiones, y con el propósito de poner de su parte cuanto fuera dable para que se realizasen. ¡Cuán lejos estaba de temer siquiera que iba, por el contrario, á encontrarse con el mas cruel de los desengaños! Sí, cruel y además inesperado desengaño; porque Juan Ponce habia estado muchas veces celoso de su muger, pero sin datos para creerse nunca deshonorado.

Hallándola fria á sus caricias, viéndola escusar las ocasiones de recibirlas, sintiendo en sus palabras el desvio, y considerando al mismo tiempo que era jóven y hermosa, naturalmente temia que para otro se guardase lo que á él se le negaba.

Pero al mismo tiempo la profunda hipocresia, la sagaz cautela, constantes en el proceder Catalina, tuvieron siempre á su marido, si no confiado, por lo menos sin datos, como decíamos, para creerse nunca deshonorado.

Y como un hombre de honor no cree en su infamia sino cuando una triste evidencia no le deja arbitrio para dudar de ella, Juan Ponce, con saber que era poco amado, no se presumia sin embargo ya vendido.

En tal situacion de espíritu, y aquel dia precisamente en que una luz engañosa de esperanza habia á sus ojos brillado, el Encomendero de Acama entró en el jardin de la quinta de Avila soñando la ventura que su corazon anhelaba, gozoso, rejuvenecido, y apresurando él mismo el funesto instante de su desengaño.—¡Cuántas y cuántas veces suele acontecernos otro tanto en la vida!—¡Y cómo amarga los goces esa idea cuando á una triste esperiencia se la debemos!

En fin, Juan Ponce, se iba por el jardin en busca de Catalina, resuelto á entablar con ella desde aquel momento nueva vida, cuando ya despues de haber dado inútilmente algunas vueltas, púsole el diablo delante á la

culta Ines, la hija de Villalobos, la cual en el discurso de su paseo acababa de ver en la plazoleta de los Castaños lo mismo que vieron Leonor y D. Diego, Beatriz y Fortun, y un poco mas que ellos. Sí, lector, un poco mas que ellos, porque Ines vió á Bocanegra en acecho de Avila y de Catalina.—Ines era culta, defecto empalagoso; Ines era autora, defecto capital; Ines era mas sentimental que sensible, defecto insoportable; Ines era bachillera, defecto incorregible; pero Ines no era dañina, justo es confesarlo. Y sin embargo en la ocasion de que tratamos cometió una cruel villania. ¿Cómo, pues?—Por pasion y por precipitacion irreflexiva al mismo tiempo.

Su corazon palpitaba de celos y de ira mucho tiempo hacia, y su odio á D. Alonso era mas que justo; porque hasta donde la seducccion es posible—nosotros creemos poco en seducciones—Ines fue seducida, y en el momento mismo, sin apariencias de pretesto siquiera, abandonada. Para Beatriz, para Leonor, para otras tales mugeres habia consuelos fáciles; para Ines nó, porque su alma no estaba corrompida.—Sucumbió de audaz, osó de ignorante, ignoró de puro sabia.—Creyendo haber virilizado su espíritu con la ciencia, hallóse un dia con que ni aquel ni sus sentidos eran mas que de flaca y débil muger; y, volvemos á decirlo, si la seducccion es posible, allí la hubo.

Pues, ahora bien: en tal estado, se halla una muger de manos á boca con su ingrato amante galanteando en la soledad de los jardines á otra de mas edad, y si no de menos belleza que ella, no mas hermosa. ¿Es un gran crimen que los celos la embriaguen de manera que pierda la razon, y con ella el discernimiento necesario para medir sus palabras?—Vive Dios, que no sabe qué cosa sean celos quien sin misericordia la juzgue.

Pero júzguesela como se quiera, la verdad es que al decirlo Juan Ponce:

—«¿Habreis visto por casualidad a mi esposa, bella doña Inés?»

Respondió la culta hermosura, sin detenerse en su marcha, ni saber acaso lo que decía:

—«Seguid derechamente esa calle de arboles, y al fin de ella, torciendo a la izquierda, la encontrareis en la plazoleta de los Castaños; y bien acompañada, por cierto!»

Inés prosiguió su camino, como decíamos, y el Encomendero, despues de saludarla dandole gracias por su amabilidad, detúvose un instante, como si algun vago presentimiento de su desgracia le asaltara, y exclamó:

—«¡Bien acompañada...!! ¿Que quiere decir con eso doña Inés...? ¡Bah! ¡Siempre soy el mismo! asombradizo y montaraz! Claro está que Catalina no ha venido a la fiesta para huir de las gentes..... Vamos a buscarla.»

Y, en efecto, pocos minutos despues llegaba a la plazoleta de los Castaños, en la cual le dejamos al aparecer, para enterar al curioso de como y cuando le condujo su destino a donde mas le valiera no ir en su vida.

No será necesario grande encarecimiento para que el lector se figure el terrible efecto que su inesperada presencia produjo en la plazoleta.

Catalina, palideciendo de una manera de esas que sin verlas no se comprenden, quedose clavada en el sitio que ocupaba, como si en el hubiera echado raices; sus cabellos se herizaban; sus miembros todos estremecianse; su piel se cubrió del frio sudor que precede a la muerte..... Catalina sentia miedo, un miedo espantoso; Catalina era cobarde, profundamente cobarde ante los peligros materiales; y Catalina tenia la conviccion íntima de que Juan Ponce vengaria su agravio sin contemplacion alguna.

Por lo que respecta a D. Bernardino Pacheco de



Bocanegra, la llegada del Encomendero produjo en él un efecto análogo al que puede suponerse produjera la aparición de Satanás en el ánimo de un hombre que en su desesperacion le hubiese evocado, no creyendo, sin embargo, en la fuerza del conjuro que empleaba. Porque Pacheco luchaba meses hacia con la tentacion horrible de dar muerte al esposo de su amada; porque Pacheco de día y de noche, y siempre, y cada vez con mas vehemencia, ansiaba la ocasion de sepultarle su acero en el corazon á Juan Ponce: pero al mismo tiempo, sin confesárselo á sí propio quizá, esperaba que esa ocasion no se le presentase nunca.

Así, cuando súbito y en tales circunstancias como aquella, vió delante de sí al que ultrajaba, bien pudo, sin cobardía, experimentar un momento ese terror invencible que debe instintivamente sentir en presencia del Príncipe de la mansion del eterno llanto cualquiera individuo del linage humano de que es implacable enemigo.

La situacion del marido que consiente, es infame; la del que ignora, ridicula; la del que vé su agravio inesperadamente, tan trágica, que á los mismos autores de su desdicha impone respeto. Basta que no sea la víctima inmunda para que en el instante del sacrificio interese. Juan Ponce, ademas, era un hombre estimable y estimado; muy caballero; de una honradez sin tacha; de valor notorio; y de severidad por inflexible conocida.

Aquella escena, pues, no podia pasar por juego de niños: tres vidas estaban amenazadas; y decimos tres por no estender sobre D. Alonso una responsabilidad que entonces realmente no le alcanzaba, ni alcanzarle debia.

Y, no obstante, el héroe de todas las aventuras galantes, el seductor sin entrañas para las mugeres, sin misericordia para los maridos; el duelista avezado á esponer su propio pecho ó atravesar el ageno sin que el ceño

arrugara su frente, ni de sus labios se ausentara la sonrisa ó dejase de salir el gracejo provocativo; D. Alonso de Avila, en fin, cuya fama de burlon, ademas de burlador, era tal, que hubo esposo en Méjico que sufrió en silencio su desdicha solo porque el D. Juan Tenorio de sus dias no la supiese; D. Alonso, en resúmen, ya que no miedo, sintió al aparecer Juan Ponce algo de penoso, de tan penoso como si viera ahogarse un amigo ó despeñarse una persona á su corazon cara.

Verdad es que Avila era casado; y por mas que no podamos pretender que fuese un modelo de buenos esposos, al cabo siendo marido y caballero, y acabando de pasar por una situacion análoga á la que entonces afligia al Encomendero, claro está que debia hasta cierto punto de simpatizar con el último.

Reasumamos: Catalina anonadada; Bocanegra casi demente entre el espanto y la ira; Avila pesaroso de lo que acontecia, pero sereno... ¿Y Juan Ponce de Leon?— ¡Ah! Juan Ponce de Leon era hombre muy poco dramático, y menos aún que dramático, expansivo.—El dolor en su alma, obrando como el fuego sobre la arcilla, endurecía y cerrábala, sin esplosion, sin esternos síntomas que su estado revelasen mas que á las personas á su trato muy habituadas.

Asi apareció en la plazuela horriblemente demudado y siniestra la mirada, pero sin desnudar el acero, y con una sonrisa en la boca que para Catalina fue como el lema de su sentencia de muerte.

Dejemos ahora hablar á cada uno, ya que de su interno estado moral parécenos haber dicho lo bastante.

JUAN PONCE.

(*Despues de una breve pausa.*)—Y bien, Catalina, ¿Por qué no prosigues? Y vuestas mercedes, caballeros, ¿Por qué no complacen á esa dama para merecer el uno

su *amistad*, y su *amor* el otro? ¡Su *amor*! ¡Alhaja inestimable por cierto!

AVILA.

Señor Juan Ponce, vuesa merced se serene y no dé crédito á las apariencias.....

JUAN PONCE.

¿Qué he de creer yo en apariencias? ¡Dios me libre! Catalina es una santa; D. Bernardino su confesor; y vos..... ¿Qué haremos de vos, D. Alonso?..... El hermano lego.....

AVILA.

Vuestra justa cólera puede disculpar ahora cualquier esceso en la lengua: pero, creedme, sosegaos y no tomeis resolución alguna sin pensarla maduramente.

JUAN PONCE.

¡Faltábame solo que D. Alonso de Avila viniese á predicarme cordura y madurez!—Acabemos, señores, acabemos de una vez. D. Bernardino Pacheco de Boca-negra, yo Juan Ponce de Leon, Encomendero de Acama, y tan noble como vos por lo menos, os declaro que sois un villano ladron de honras, y que si ahora, y aquí no os doy vuestro merecido es porque..... Es, en fin, porque no quiero, porque no debo provocar escándalos. Pero guardaos de mí: desde este dia no tendreis instante seguro.

PACHECO.

Cuenta no os cueste la vida á vos, Juan Ponce, el amenazar la mia.

si una vez dirigis la espada contra el pecho de Juan Ponce, pondréme de su lado, Pacheco.

AVILA.

Respetad la razon de Ponce, D. Bernardino; respetadla, y básteos que os advierte.

PONCE.

En cuanto á vos, D. Alonso, me reservo pedir os explicaciones.....

AVILA.

Ahora mismo estoy pronto á daros cuantas exijais...

PONCE.

No, no; en tiempo oportuno. (*Acercándose á Catalina y asiéndola bruscamente de la muñeca izquierda.*) Vamos, señora.... ¡Caballeros á mas ver!

CATALINA.

(*Sin moverse del sitio que ocupaba.*) ¡Ay!

PACHECO.

(*Adelantándose hácia Juan Ponce.*) Dejadla, vive Dios, ó por el Cielo santo que con derecho ó sin él, os hago mil pedazos, Juan Ponce.

PONCE.

¡Hay desvergüenza tal! ¡Adúltero infame! ¿A mí osais amenazarme?

PACHECO.

¡Y mataros! (*Amenazándole con la espada.*) Defendeos pues!

AVILA.

(*Sujetando el brazo derecho de D. Bernardino.*) No, pesia mi vida! No consentiré tal crimen en mi pre-

sencia! Si otra vez dirigís la espada contra el pecho de Juan Ponce, pondréme de su lado, Pacheco.

PONCE.

(*A Catalina.*) Contempla tu obra, infame criatura; contempla la honra y la vida del esposo que te sacó de la miseria para elevarte hasta él, en lenguas y en manos de un galanteador asesino, y de un libertino que aún tiene algo de caballero. Contempla, te digo por última vez, el espectáculo de tu infamia y de la mía, porque vas á morir...! (*Aquí Ponce, exaltado por las provocaciones de Bocanegra, quizá humillado además por la intervencion protectora de Avila, y en todo caso cediendo un instante al furor que dentro de su corazón iba por momentos creciendo, tiró de la daga y amenazó con ella el pecho de Catalina.*)

CATALINA.

(*Cayendo anonadada de hinojos á los pies de su marido.*) ¡Misericordia, Dios mio! ¡Amparadme, caballeros!

AVILA.

(*Rápido como una centella, suelta el brazo de Pacheco y se arroja sobre el de Ponce, arrancándole la daga de la mano.*) ¡A una muger, Juan Ponce!—Nunca tal hizo caballero.

PONCE.

¡Dejadme hacer justicia!—¡Atrás los cómplices ó consentidores de la adúltera!—¡Atrás!—¡Dejad que la justicia de Dios caiga sobre ella!!

PACHECO.

(*Acometiendo de nuevo á Ponce.*) Antes bajarás tú

á los infiernos, tirano sin misericordia!—No temais, señora: mi espada os defiende.

PONCE.

¡Resueltamente os habeis propuesto asesinar!—  
¿Avila, teneis el encargo de sujetarme el brazo para que no pueda ni defenderme?

AVILA.

(*Soltándole y desenvainando.*) Estais loco, mas no por eso dejaré yo de ser caballero.—Pacheco, si dais un paso mas, vuelvo á preveniros que mi espada estará al lado de la del Encomendero.

CATALINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tambien D. Alonso me abandona!!!

AVILA.

Don Alonso no abandona á nadie.—Ponce, si atentais en presencia mia á la persona de vuestra esposa, tened entendido que la defenderé á costa de toda mi sangre.

PACHECO.

Tampoco pretendo yo mas que asegurar la vida de doña Catalina, Avila.

PONCE.

¿Y con qué derecho os interponeis entre el reo y su juez natural?

AVILA.

Sed cuerdo, Ponce, y escuchad á quien puede, como no interesado en este penoso debate, aconsejaros lo que mejor ha de estarnos á todos. (*A Catalina.*) Alzad del

suelo señora, no venga alguno y con solo veros de hijos, comprenda lo que sepultar en eterno olvido conviniera.—Vos, Pacheco, envainad el acero que nunca debíerais empuñar contra Juan Ponce... ¡Oh! No me repliqueis! Tiempo nos queda para arreglar nosotros la cuenta que tenemos pendiente. (*D. Bernardino envaina.*) Imitadle, Ponce.... Bien: ahora examinemos lo que hacer conviene desapasionadamente.

PONCE.

¿Tendréis la pretension de dictarme leyes?

AVILA.

Las leyes de la razon á todos alcanzan, á todos obligan, pronúncielas quien las pronuncie.

PONCE.

La ley me da derecho para castigar á mi esposa culpable, y yo tengo espada para sustentar mis derechos.

AVILA.

Pero la razon os dice que castigando haceis público vuestro agravio.

PONCE.

O estais loco, ó por cobarde me teneis, si pensais reducirme á tolerar....

AVILA.

No tolereis, Juan Ponce: pero diferid al menos la venganza.

PACHECO.

Ya es imposible soportaros, Avila. ¿Asi defendeis á una dama?

AVILA.

Sí, por consideraciones á las damas, y al.... No importa á qué.... Baste que os sufro por dar ejemplo de longanimidad....

PONCE.

No tengo yo tanta que renuncie á matar á Boca-  
negra.

PACHECO.

Y yo os fio que sereis, cuando os convenga, bien recibido, señor Encomendero.

AVILA.

En buen hora: de caballero á caballero, de hombre á hombre, con armas iguales, y en ocasion oportuna, esterminaos el uno al otro si os place, y yo os asistiré, si fuere necesario. Pero, Juan Ponce, no os estará bien el hacer ruido; pero, Bocanegra, si pasareis de defender vuestra vida, sereis un verdadero asesino!

PONCE.

Yo dilataré el castigo de ese hombre lo que exige la necesidad del secreto: ahora dejadme llevar á la que por desdicha tengo que llamar mi esposa!

AVILA.

Perdonad, pero no puedo yo abandonaros indefensa á una flaca muger, que una vez fuera de mi vista se hallará á merced del furor que os domina.

PONCE.

¡Hareis que me vuelva loco! ¡Pretendeis, por ventura, disputarme el derecho...?



AVILA.

Nada os disputo: cumplo mi obligacion amparando á una muger.

PONCE.

Pues desenvainad...

AVILA.

Oidme antes.—¿Creeis en la virtud de Elvira?

PONCE.

¿A qué esa pregunta?

AVILA.

Respondedme, que nada perdeis en ello.

PONCE.

Téngola por buena, precisamente porque vos...

AVILA.

No la merezco; lo sé y no puedo remediarlo. Mas, pues creéis en Elvira, depositad á doña Catalina en sus manos, mientras con mas tiempo y sosiego decidis de su suerte. Mientras respetáreis su vida, yo respetaré vuestros derechos; si atentáreis á sus dias, sabré defenderlos.

En verdad la proposicion de D. Alonso, sobre ser cuerda en si misma, era el único partido racionalmente posible para todos los actores del lamentable drama que nos ocupa.

Ponce no podia esperar que Pacheco ni Avila le sintiesen matar en el acto, ni llevarse á Catalina para

matarla; Pacheco sabia que Avila ayudaria á Ponce deña contra suya; y Avila, en fin, que su reputacion no era tal que nadie le pudiera confiar su muger: por manera que poner á Catalina al cuidado de Elvira era salvar, al menos por el momento, la vida de la culpable; dejar hasta cierto punto bien puesta la autoridad conyugal; y al mismo tiempo, desempeñados, si no airosos, á los dos caballeros.

Catalina, pues, fue la primera en consentir aquel tratado, que se hizo de comun acuerdo y jurando solemnemente, Ponce no atentar contra la vida de Catalina, mientras durase el depósito; Catalina no tener comunicacion con persona alguna que la misma doña Elvira no fuese; Bocanegra abstenerse de galanteo y hasta del trato de palabra ó por escrito con su culpable cómplice, mientras el mismo depósito; y en fin, Avila constituirse en garante con su espada de la fidelidad de todas las partes contratantes.

Convínose, ademas, en que, para no llamar la atencion pública, permanecerian los esposos en la fiesta, hasta despues de la comida, al fin de la cual, pretestando Catalina una súbita indisposicion, retirariase al cuarto de doña Elvira, del cual ya no habia de salir, diciéndose que su enfermedad se habia agravado, hasta que su suerte estuviese resuelta.—Juan Ponce insistió absolutamente en regresar á Méjico, y partir en seguida para el campo acabada que fuese la comida.—En cuanto á Bocanegra, sus compromisos con Suarez no le permitian dejar el bosque por entonces.

Tal era la situacion de las cosas: ya D. Bernardino se habia separado de la plazoleta de los Castaños para ir á devorar su dolor solitariamente; Catalina, un tanto reanimada con el aplazamiento de su muerte, que creyó inminente; Juan Ponce con la amarga serenidad de las resoluciones irrevocables pintada en el rostro; y Avila con

su habitual negligente filosofía, se preparaban tambien á tomar el camino del palacio, cuando en alas de su necesidad y de su antojo por Leonor, llegó D. Diego á la carrera tendida, y apenas recobrado el aliento, dijo: *¡pues!* *D. Alonso, si en algo estimais vuestra honra, seguidme!*

En este punto bien puesta la autoridad conyugal, se despidieron los dos esposos, si no esposos, á los dos caballeros, á quienes el escudero de Leonor, le y Catalina, pues fue la primera en consentir aquel tratado, que se hizo en secreto y jurando solemnemente, para no revelar nada de lo que en Catalina, mientras durase el matrimonio, no tener comunicacion con persona alguna que la misma doña Elvira no fuese; lo que se acordó de galanteo y hasta del trato de palabra, y por escrito con su culpable cómplice, mientras el marido de doña Elvira, y en fin, Avila, constituyese en garante de la fidelidad de Catalina, y de los otros datos que se le suministraron para que todas las partes correspondientes se acordasen y se acordaron.

Conviene, además, en este punto no llamar la atencion pública, por manifestar los esposos en la lista, hasta despues de la comida, al fin de la cual, prestando Catalina una súbita indisposición, se retiró al cuarto de doña Elvira, del cual ya se había dicho en el capítulo que su enfermedad se sintió de repente, hasta que se sufre estuviere resuelta, según el ordenamiento absoluto, antes de regresar á Méjico, y para no ser vista por el campo acobada por la noche, comiendo como á bordo, sus compromisos con el señor don Juan de Permitta, dejar el hospedaje por entonces al Pacheco de Boanegra, y así en la situacion de las cosas, y D. Bernardino se había separado de la plazuela de los Gastanospares, á devorar su dolor solitariamente, Catalina, bastante resuelta con el espectáculo de su muerte, pues creyó haberse separado de la amarga serpiente de las relaciones irrevocables pintadas en el rostro, y Avila con

había es que el rencor era casi imposible en su fácil y generosa condición. Pero aun eso pudiera todavía pasar sin grave daño para los del Marqués, ya por lo que sabíamos del carácter de Avila, ya porque la influencia inmensa de D. Martín Suarez de Monroi sobre Bocanegra, en rigor bastaba á neutralizar los efectos de su furor celoso en cuanto los negocios políticos lo exigían. La discordia, segun todos los datos racionales, inevitable entre D. Alonso y el

## CAPITULO X.

Las maestras que he visto, Alonso la noche del 25 de abril, poca prudencia prometida de su parte en el lan-

QUE D. ALONSO DE AVILA SABIA APLICARSE Á SÍ PROPIO LAS LECCIONES QUE Á LOS OTROS DABA.

Elvira sorprendida ya inocente, ya culpable, no era muger, como Catalina, que abandonándose á las vicisitudes del Destino pusiera en manos de los Doctores el cetro con que rige las pasiones de los mortales, no pudieran aquellos ordenarlas mejor para sus fines de lo que, segun vamos viendo, se encaminaban; porque sobre la natural antipatía que ya reinaba entre Pacheco de Bocanegra y D. Alonso de Avila, ambas personas de cuenta en el bando del Marqués, el lance que de referir acabamos con evidencia se comprende que debió de hacerlos implacables enemigos. Asi fue, al menos por parte del amante de Catalina, que en cuanto al esposo de Elvira, la ver-



dad es que el rencor era casi imposible en su fácil, generosa condición.

Pero aun eso pudiera todavía pasar sin grave daño para los del Marqués, ya por lo que sabemos del carácter de Avila, ya porque la influencia inmensa de D. Martin Suarez de Monroi sobre Bocanegra, en rigor bastara á neutralizar los efectos de su furor celoso en cuanto los negocios políticos lo exigian. La discordia, segun todos los datos racionales, inevitable entre D. Alonso y el jóven Valdestillas, era la que en realidad amenazaba de completa ruina los planes del conspirador misterioso; y esa discordia el malhadado D. Diego llegó á provocarla con su mensaje.

Las muestras que de si dió D. Alonso la noche del 25 de abril, poca prudencia prometian de su parte en el lance que le esperaba; lance terrible, porque Leonor avisó á D. Diego, y Fortun hizo seña á Beatriz, en el momento en que á la puerta de la gruta vieron reunidos á Elvira y á Fernando.

Elvira sorprendida, ya inocente, ya culpable, no era muger, como Catalina, que abandonándose á las villanas sugerencias del miedo, se arrojase á los pies de su esposo para implorar misericordia. Nó; Elvira, probablemente iba á dejarse matar como César en el senado, sin acometer siquiera la defensa de su vida. ¡Quizá llegara antes de morir á rebelarse abiertamente contra su marido!

¿Y Fernando?—Fernando, en la abnegacion sublime de su ideal amor, en su respeto á los derechos de D. Alonso, y en la sinceridad del afecto que le profesaba, iba tal vez á entregarse indefenso á la vengadora espada del esposo ofendido: pero si á Elvira miraba un solo instante en peligro... Si tal veia, era seguro que Fernando tiraria la espada hasta contra su propio padre. Llegadas las cosas á tal punto, ya aun suponiendo que

por efecto de un milagro no perdiese la vida en el combate ninguno de los dos campeones, la escision profunda en el partido era inevitable, y su consecuencia inmediata la imposibilidad del logro de los fines de Suárez; porque el jóven Valdestillas, extraño en realidad á los planes de los conjurados y hasta á la conjuracion misma, tenia, sin embargo, una importancia capital en aquel negocio. El lector habrá de permitirnos que pongamos en claro lo que de enigmático puede hallar en nuestras últimas aserciones.

Al comenzar este libro y hablando del Comunero, su historia y familia, dijimos ya que el anciano D. Pedro gozaba personalmente de justa y universal reputacion de hombre valeroso y entendido; que sus servicios á las órdenes del gran Conquistador le hicieron bien quisto de la gente de armas castellana; que sus ideas, para aquel siglo eminentemente liberales, le daban popularidad inmensa entre los muchos europeos proscriptos por diferentes causas, ya políticas, ya religiosas, que se albergaban en Nueva España; y que, en fin, su enlace con una señora Tlaxcalteca, entroncándole con la nobleza indígena, estendia su influencia á los indios mismos.

Verdad es que D. Pedro de Valdestillas, á quien los años y los desengaños, si no helaron el corazon, por lo menos acrecieron la prudencia, habiase hasta el momento en que con nuestra historia llegamos, abstenido completamente de tomar parte alguna, aparente ni efectiva, en los actos de los descontentos: pero no podia ocultarse á su claro talento y discreta esperiencia, que Fernando su hijo, con Millan y Cristóbal sus servidores, andaban mezclados en todo aquel asunto. Su tácita aquiescencia equivalia á un formal consentimiento hasta cierto punto, y por otra parte positivamente dejaba en libertad de obrar á su hijo y servidores; por manera que, inocente en el fondo, para muchos ó los mas de los ene-

migos de la Audiencia y para la Audiencia misma el padre de D. Fernando era uno de los gefes de aquella empresa culpable.

Y véase cómo suelen los gobernantes con sus exageraciones é imprudencias contribuir poderosamente á robustecer á sus enemigos: las gentes que oían ó á entender llegaban el mal juicio por los Doctores formado de D. Pedro, persuadíanse cada vez mas de que, en efecto, aquel conspiraba, y decíanse: «Cuando un hombre de sus años y saber, de su valor y prudencia, se arroja á tal empresa, fundamentos sólidos tendrá ella, elementos poderosos habrá en su seno.»

Luego Fernando con su juvenil arrojo; y Cristóbal con su incesante actividad; y Millan acribillando sin tregua con su lengua mordaz á los partidarios del gobierno establecido; y las continuas visitas del anciano á San Francisco, monasterio que era en concepto de todo Méjico el cuartel general de la rebelion; y en fin, el amor de los indios de Tlatelolco al bello jóven, que como de su casta reputaban, formaron un conjunto de datos, unos positivos, y aparentes otros, bastantes á colocar á D. Fernando en muy alta posicion en su partido.

Supongamos ahora que la discordia estallase entre él y D. Alonso, y en cualquier hipótesis, esto es: ya vencedor, ya vencido le consideremos, con evidencia habia de llevarse consigo una buena parte de los elementos, tanto morales como materiales, sin cuyo total concurso fuera imposible que ni las mas visionarias imaginaciones soñasen siquiera en el triunfo.

¡Ah! ¡Si Suarez hubiese podido adivinar lo que en el jardin de la quinta ocurría mientras él en el bosque procuraba con discursos, ora ardientes, ora artificiosos, exaltar unos ánimos y asegurar otros, frios aquellos y meticulosos estos! Si tal supiese el hombre cuya vida no era mas que un largo, doloroso y nunca interrumpi-

do sacrificio al logro de fines, que ya casi con la mano le parecía tocar, cuando flaquezas galantes y casualidades diabólicas iban á hacérselo imposible. . . .

Estamos por decir que valió mas que lo ignorase; sí, positivamente lo decimos: valió mas que nada supiese. Hay ocasiones en que el amago es infinitamente mas doloroso que el golpe: el último mata, y la muerte acaba con todo; pero la amenaza, cuando es tal que infaliblemente nos anuncia la ruina de esos edificios que con cariñoso ardiente afán ha elevado la fantasía dentro de nuestros corazones, la amenaza en tales casos, causa el dolor de la muerte sin concedernos siquiera su reposo.

En resúmen: la Fortuna anduvo caritativa evitando á D. Martin Suarez la horrible agonía que, no solo por lo respectivo á sus designios políticos, sino tambien por lo tocante á sus mas tiernos afectos personales, hubiera padecido á llegar á su noticia primero el duelo entre Boacanegra y Avila; luego la aparicion de Juan Ponce de Leon en la plazoleta de los Castaños, que tanto complicó el negocio; y en fin, el diabólico mensaje de que la tan linda como vengativa esposa de Juan de Sarmiento, hizo portador al sándio de D. Diego. ¿Y no diremos algo de este episódico personage?

Poco será bastante para que el lector le conozca como si toda su vida le tratara. ¡Hay tantos de su especie en el mundo!

El bueno del hombre, como ciertos cuerpos de gravedad específica inferior ó la del aire atmosférico, vivia á merced de la corriente del viento de los sucesos. Alegre en las bodas, triste en los entierros, grave con los viejos, alborotado con los mozos, moralista con los religiosos, galan con las damas, su vida se reducía á lo que la de los espejos, que en reflejando la imágen que delante les ponen han cumplido con su oficio. La dosis de honor y de energía que debió á la naturaleza, las



deas de orgullo aristocrático y de caballescá galante-  
ría que le inculcaron en su educacion, eran en él ruedas  
de una máquina sin fuerza motriz propia: si una mano  
estraña no las ponía en movimiento para nada le servían.  
D. Diego al lado de un grande hombre, pudiera ser algo  
bueno; subalterno de un bandido, llegara á hacerse dig-  
no de la horca. En una palabra: D. Diego era un pla-  
neta, opaco ó brillante, segun que recibia ó no la luz  
de un astro cualquiera.

Y, de paso sea dicho, no hay entes mas peligrosos  
que esos humanos *sales-neutras*, de quienes nunca se  
sabe, ni saberse puede si son buenos ó malos, amigos ó  
enemigos. Por mi parte prefiero habérmelas con un pí-  
caro redomado y canalla; porque al menos de ese ya sé  
que he de guardarme, mientras que con los otros me  
espongo siempre á errar, ya les tienda los brazos, ya con  
la punta de la espada los reciba; pues quizá les abro el  
pecho cuando quieren en él clavarme un puñal, ó como  
enemigos los trato cuando á hacerme un beneficio  
vienen.

Pero, en fin, D. Diego era lo que era, y el Diabolo  
(porque voy inclinándome á creer que Satanás en per-  
sona se hizo director de escena en el jardin de Chapul-  
tepec); el Diabolo, digo, se lo puso delante á la Leonor-  
cilla, para que ella le convirtiese en instrumento de sus  
pérfidos designios.

D. Diego al consentir en ello dió una prueba inequí-  
voca de valor personal. Todo el mundo conocia en Mé-  
jico la violencia de carácter, la exaltacion novelesca de  
Avila en materias de honra, y su espada era ademas una  
de las mas diestras de Nueva España. Ir, pues, á bus-  
carle las cosquillas á un hombre que las sentia antes de  
que á media legua se le acercasen, equivalia á provocar  
al leon en los bosques, y quien á tal se prestaba de va-  
liente daba muestras indudablemente. A la verdad la

valentía de buena ley consiste mas bien en arrostrar con serenidad los riesgos necesarios á importantes fines, ó inevitables sin mengua de la honra, que en buscar peligros sin necesidad justificada : pero como el mundo ha dado en llamar valiente á todo el que morir no teme, sea como quiera, valiente afirmamos que fue D. Diego diciéndole al irascible esposo de Elvira, y eso sin comprender ni el sentido de las palabras que pronunciaba, ni el alcance de sus consecuencias:

—«D. Alonso, si en algo estimais vuestra honra, seguidme.»

Oir Avila el fulminante apóstrofe, olvidar en un punto á Catalina, á Juan Ponce y á Bocanegra, tirar de la espada que apenas acababa de volver á la vaina, y esclamar con voz al bramido de un toro semejante:

—«¡Mi honra!—¿Y quién os hizo guardian de mi honra á vos?—Desenvainad ó—¡vive Dios!—que os mate indefenso, si tardais en hacerlo!»

Por escepcion á sus hábitos habia D. Diego previsto, si no las palabras, por lo menos el aire de la respuesta de Avila, y tenia en consecuencia prevenida esta réplica:

—«Mi ánimo no es ofenderos, sino serviros, D. Alonso; seguidme ahora, que si luego de mí teneis queja, como caballero sabré daros satisfaccion cumplida.»

Juan Ponce, que con ese egoismo implacable de todas las pasiones acerbadas, vió con cierta especie de cruel satisfaccion en el honor amenazado al que de su propia deshonra acababa de ser testigo, si no cómplice, intervino entonces diciendo:

—«No ha mucho, D. Alonso, que me predicábais prudencia, y eso cuando no palabras, sino hechos, encendian mi justa cólera. Predicad ahora con el ejemplo, y envainando la espada seguid á D. Diego!»

Pasado el primer arrebató de la ira, y no pudiendo menos de confesarse que ni habia razon para maltratar

sin conocimiento de causa á D. Diego, ni le faltaba á Ponce para reconvenirle, envainó D. Alonso el acero, y reportándose lo mas y mejor que pudo, dijo:

—«No habeis de decir, señor Encomendero, que á mis palabras no corresponden mis acciones: envaino, pues, y voy á seguir á ese caballero, contando con su oferta, que desde luego acepto.

—¿Cuál oferta? Preguntó D. Diego.

—La de darme satisfaccion cumplida en tiempo oportuno.

—Si de eso hablais, daos por contento, que si ahora por graves causas retardo el responder á vuestra espada con la mia, despues.....

—En buen hora; voy á seguiros, pero antes he de cumplir con el empeño en que ya me encuentro. Juan Ponce, me habeis ofrecido....

—Basta, D. Alonso (interpuso apresuradamente el Encomendero, no queriendo, sin duda, que D. Diego se enterase de su mala ventura). Basta, D. Alonso: teneis ya mi palabra, y eso basta y sobra; pero á mayor abundamiento, vereis.—Señora (volviéndose á Catalina, que mas pensativa que triste, apenas parecia prestar atencion á la escena que vamos describiendo), id, si os place, á buscar á doña Elvira; yo no puedo menos de acompañar ahora á su esposo...

—¿Cómo! (Esclamó, realmente sorprendido, D. Alonso.) ¿Quereis.....

—Cumplir con la deuda de caballero acompañándoos, D. Alonso, cuando á la defensa del honor se os llama.

—Yo os agradezco la fineza, pero ignoro si puedo aceptarla. ¿Qué decis, D. Diego?

—Digo (contestó el interpelado, no sin vacilar, porque tal incidente no entraba en sus previsiones), digo que.... en fin.... no veo inconveniente en que Juan Ponce os acompañe.

—Vamos, pues; y no se pierda mas tiempo. Diciendo así, hizo una seña Avila á D. Diego para indicarle que estaba pronto á seguirle; Juan Ponce con un ademán imperioso indicó á su muger el camino del palacio, mirándola al propio tiempo de manera que en sus ojos leyera el menos avisado una conminatoria intimacion de no apartarse ni en un ápice de lo convenido; y, en fin, siguiendo las huellas del mensajero de Leonor, encamináronse Avila y Ponce á donde los esperaba un espectáculo para ellos sorprendente, si para el lector conocido.

El tránsito fue rápido, pero dramático, para los tres caballeros; porque ninguno sabia de lo que se trataba, dándole el misterio á la gravedad intrinseca de la situacion una tinta de romancesca aventura, realizada por la bella frondosidad del jardin en que cuanto vamos refiriendo ocurría. Guiaba D. Diego, silencioso y apresurado, como si fuera ministro de la Inquisicion de Venecia; seguiale D. Alonso, alta y echada atrás la cabeza, la mano izquierda en el puño de la espada, y la derecha nerviosamente contraída, á punto de clavarse sin misericordia las uñas en la propia palma; y detrás marchaba Juan Ponce, fruncido el ceño, la vista vaga, pálida de color, como un hombre, en fin, á quien el peso de la infamia oprime, y que en vano procura sacudirlo. Caudencioso, aunque ligero, el paso, agitada la respiracion, y los ánimos impacientes, llegaron á la canoa poco tiempo antes ocupada por D. Diego: entonces vieron á Leonor sobre la cima del peñasco de la cascada, de rodillas, ocultándose tras de unos arbustos para no ser vista desde la gruta, ni dejar de ver á los que en su entrada se hallaban, y volviendo con frecuencia la cabeza al amarradero de la barquilla.—Apenas la impaciente hermosura divisó á los caballeros, hizo á D. Diego un ademán que claramente decia:—¡Gracias á Dios que llegais!

¡Ea! ¡Embarcaos sin perder tiempo!»—Ademan que, perfectamente interpretado, fue en el acto tambien obedecido.

—«¿Dónde vamos? (Preguntó Avila al saltar en la canoa.) ¿Qué tiene que ver Leonor en mis negocios?»

Porque, ya lo hemos dicho muchas veces, un presentimiento instintivo hacia que D. Alonso temiese á la muger de Sarmiento, como se teme á la vívora, por ejemplo, sin que ese temor arguya cobardía.

—«Lo vereis:» respondió lacónicamente D. Diego; y empuñando los remos, cruzó rápido el canal de orilla á orilla.

Pocos instantes despues de haber tomado tierra en la ribera donde Elvira, Fernando, Leonor, Fortun y Beatriz se hallaban, y caminando guiados por las indicaciones que la andaluza les hacia por señas desde lo alto del peñasco, en direccion que dando á este la vuelta habia de conducirlos á la gruta de Diana, hallaron nuestros caballeros á la Doctora que tambien llevaba el mismo rumbo, sirviéndole de polar estrella la roja pluma del sombrero de su page.

La fuerza del natural, ó el influjo de la costumbre, pudiendo mas por un instante en D. Alonso que la honda preocupacion que le aquejaba, hicieron que al hallarse de manos boca con la muger de Ceinos, la saludase cortés y hasta galantemente.

Beatriz en respuesta le hizo una profunda reverencia: mas al mismo tiempo le miró con una espresion en los ojos y una sonrisa en los labios, que juntas y sumadas instantáneamente por el alarmado D. Alonso, con la presencia de Leonor en lo alto del peñasco, y el aire misterioso de D. Diego, le hicieron erizar los cabellos en la cabeza.

—«Resueltamente (se dijo) no solo soy un marido hecho y derecho, sino que voy á aparecer ante estas pe-

*cadoras* en todo el esplendor de mi gloria conyugal. — ¡Oh! Pues como así sea, he de ensangrentar la escena de modo, que la carcajada con que comience, sea al terminarse un interminable, profundo, general sollozo!»

La sonrisa y la mirada de Beatriz produjeron el efecto que la ofendida Doctora deseaba; y lo que es mas, en el semblante de su infiel galan, tuvo el placer de leer claramente la espresion del suplicio que padecia.

— ¡No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague! — No: no hay deuda que no se pague. — Leonor gozaba, por lo menos, tanto como Beatriz, gozaba mas positivamente que ella, porque iba á obtener una doble venganza, hiriendo á un tiempo de muerte á Fernando y á D. Alonso.

Pero, á propósito: ¿Cómo sabia Beatriz de lo que se trataba? ¿Cómo el mismo D. Alonso?

Beatriz, porque muger y muger galante, no hubo menester mas que ver á la andaluza, un tiempo su rival, maniobrar antes y despues de que subiese al peñasco de la cascada, para comprender que ni jugaba al escondite, ni podia menos de proponerse algun designio importante. Añádase á eso el ver á D. Alonso llegar guiado por el que pocos momentos antes acompañaba á Leonor, y se comprenderá que no fue un prodigio adivinar de lo que se trataba.

Por lo que respecta á D. Alonso, sobre hacer tiempo que estaba, como hoy decimos, *en antecedentes*, su reciente conversacion con Catalina le habia naturalmente avivado las sospechas, ya que no certidumbres, del amor que tiranizaba los corazones de Elvira y de Fernando.

En tal estado, se le llama en *defensa de su honra*; y se encuentra con Leonor, la muger de quien siempre receló que le fuese funesta; y Beatriz le mira, como él ha visto mirar á muchos maridos, maridisimos.... ¡Lector benévolo, si eres casado, y antes corraste el mundo,

escusado es decirte mas; si no, Dios te conserve en tu dichosa ignorancia, por todos los siglos de los siglos: Amen.

A nadie, pues, mas que á Ponce y á D. Diego, esperaba ya la sensacion de la sorpresa: pero hay espectáculos que, aun previstos á ciencia cierta, hieren el ánimo como si completamente de nuevo le cogiesen. Asi, al divisar en la puerta de la gruta la magestuosa figura de Elvira, agitada por tantas y tan penosas sensaciones como eran las que su magnánimo corazon trabajaban entonces; y á corta distancia de ella á Fernando que, abrazado de amor y de remordimientos, tendia los brazos á su amada con indefinible espresion de angustia desesperada, y que, sin embargo, no osaba acercarse á ella, cual si la espada flamígera del Angel vengador se interpusiese entre ambos amantes; al ver, decimos, en efecto, á su muger en solitaria, é indudablemente amorosa plática con el doncel á quien tuvo por amigo, D. Alonso de Avila sintió que el único postrero lazo que al mundo le unia acababa de romperse en su alma.

¿Por qué, si no amaba á Elvira?—Porque Elvira era su única fé en este valle de lágrimas, y el dia que la fé se nos acaba, la existencia se concluye. Vivir es creer; y el que no cree no vive.—¡Pobre Avila!—Nacido con disposiciones para todo lo bueno, apenas respiró nunca mas que la mefítica atmósfera del vicio; y Elvira, sin inspirarle amor, habia sabido imponerle estimacion, respeto, fé en su virtud.—«Al menos ella (solia decirse y creyéndolo sinceramente), tiene con las apariencias de un Angel el alma tambien celeste. No me ama. ¿Y cómo ha de amarme siendo yo lo que soy? ¿Quizá su corazon es de otro: pero ese es digno de su amor puro, desinteresado, sin aspiraciones terrestres; y ese mismo amor por la virtud subyugado, la hace mas meritoria á los ojos de Dios, mas respetable á los míos!»

D. Alonso no era ni moralista ni moral, ni santo ni cauto, á la verdad, pero sí capaz de comprender la virtud sublime, si bastante desinteresado para ser indulgente aun á costa suya.

Mas su primer movimiento al dar vista á la gruta fue, viendo deshecho el edificio de sus ilusiones, tirar la daga, y correr furioso sobre la pareja que juzgaba culpable.

Por dicha á un tiempo mismo le asieron, cada uno de su brazo, D. Diego y Ponce de Leon, diciéndole el último al oído, y en acento solemne:

—«¡Teneos, Avila: las apariencias engañan muchas veces! ¡Muchas! Ya comprendereis que no soy en este momento muy partidario de las mugeres: pero no es posible que la vuestra.....

—¿No lo estais viendo? Respondió Avila luchando por desprenderse de los que le sujetaban.

—¿Qué veo? (Insistió el Encomendero.) A doña Elvira de pie en la puerta de la gruta; y á mas de cuatro pasos de ella á D. Fernando.....

—¿No os revelan sus ademanes que la solicita? ¡Oh! A mí no han de engañarme.

—Y aunque la solicite, ¿Se infiere de ahí que ella sea culpable?

—¿Qué decis? (Esclamó D. Alonso asiéndose indeliberadamente á aquella frágil rama de esperanza.)

—Digo que sin oír lo que hablan no es posible juzgar atinadamente. Si pudiéramos.....

—Podemos. Soltadme.

—No haremos tal, si no nos empeñais antes vuestra palabra de ser cuerdo.

—Si la empeño; mas á condicion de que si adquiero la certidumbre de su culpa.....

—Entonces que la justicia de Dios caiga sobre los culpables.



—Por mi mano, Juan Ponce, por mi mano.  
—Os aconsejaré, como me habeis aconsejado ha poco; luego obrareis como os plazca.»

Soltaron, al terminarse ese diálogo, D. Diego y Ponce los brazos de D. Alonso; y él, tomando entonces el oficio de guia, condújolos en poco tiempo, por ciertos pasos que acaso conocia él solo, á la espalda de la gruta, precisamente detrás del grupo del *Pastor dormido* y de la *rústica Diosa*, como Garcilaso los llama. Allí, oprimiendo un resorte oculto, hizo Avila abrirse una puertecilla secreta, la cual girando silenciosa sobre sus goznes, les dió á los tres caballeros libre entrada á la gruta misma; por manera que, ocultos tras de las estatuas, podian cómodamente escuchar la conversacion de nuestros amantes.

La Providencia, que por estos velaba sin duda alguna, escogió el único medio posible, racionalmente hablando, para salvarlos á ellos, y evitar que la fiesta de Chapultepec terminase con alguna horrible catástrofe.

Para D. Alonso lo importante no era el amor de su muger, amor que no tenia, amor á que sériamente aspiró pocas veces, y hacia tiempo que no podia sin delirio aspirar, sobre todo despues del diálogo que con ella tuvo á consecuencia de los sucesos de la noche del 23 de abril de aquel año. Lo importante, pues, para D. Alonso, no era el amor, sino la virtud de Elvira; y como desde la primera hasta la última palabra de las que ella dirigió á Fernando, fueron otras tantas acrisoladas muestras de la entereza, de la sinceridad, de la abnegacion, del heroismo, para decirlo de una vez todo, con que aquella muger singular inmolaba su corazon en aras del honor, en vez de ser para Avila una mortificacion, tentaciones tenemos de asegurar que fue un triunfo el lazo que Leonor quiso tenderle.

Prefiriendo importunar un instante con esplicaciones

innecesarias á los que con atencion sigan estas mal trazadas páginas, á que dejen de comprendernos bien los que con la distraccion que acaso merecen las lean, vamos á insistir un momento en la situacion de Avila, que á primera vista puede parecer inverosímil.

Hay dos géneros de celos, aun en los maridos, á saber: los que de amor proceden; y los que puramente son de la honra. El marido que, por ser ademas amante, es celoso, no deja de estimar á su muger, no desconfia tampoco de ella, propiamente hablando. Lo que hace en realidad es considerarse indigno del bien que posee, y recelar por lo mismo que, puesto en comparacion con cualquiera, ha de quedar rebajado. Con ese género de celos en el alma, la mas mínima muestra de ternura que la muger amada dé á otra persona, á veces á otra cosa (que á tal punto suele llegar la pasion), basta para desesperar al infeliz que padece semejante dolencia.

Pero cuando no tiene amor, y sí solo estimacion á su muger, y mas aún cariño á la propia honra, entonces puede el marido, si es de índole generosa, perdonar que se ame á otro, con tal que el amor se inmole al deber, y no solo perdonarlo, sino tal vez compadecer á la desdichada víctima. Tal era la situacion de Avila en la gruta de Diana: Elvira le inspiraba lástima profunda y sincera, y hasta del mismo Fernando se compadecia; sin embargo, vaciló algun tiempo en lo que hacer debia, y en verdad que no lo extrañamos de ningun modo. Veamos por qué nos parece lógica la suspension de D. Alonso.

Si solos Ponce de Leon y D. Diego hubieran tenido conocimiento de aquel lance, como tambien ellos oyeron, juntamente con Avila, la conversacion de Elvira y Fernando, lo mas cuerdo, y lo que sin duda hiciera D. Alonso, fuera retirarse de la gruta de igual manera que en ella habia entrado, dejar que pasase aquel dia tranquilamente, y al siguiente, abocándose con el jóven

Valdestillas, en presencia de los dos caballeros mismos, hacerle entender, sin llevar las cosas á punta de lanza, que era necesario renunciase completa y absolutamente á todo trato con la que no podia, sin afrenta para su amigo, solicitar, ni aun ver mas en su vida.

Pero, por desdicha, Leonor desde la atalaya del peñasco; Beatriz y Fortun desde un montecillo vecino, habian visto y estaban viendo á los dos enamorados infelices, sin oir palabra alguna de su diálogo. Y Leonor y Beatriz, tanto por espíritu de venganza como por aumentar la especie de mugeres á que pertenecian, iban á propalar por el mundo entero, no solo que era liviana la esposa de D. Alonso de Avila, sino que este, testigo presencial de sus flaquezas, las consentia tranquilamente.—Díganosenos ahora si no habia para vacilar antes de resolverse, cuando la alternativa se reducía á castigar á inocentes, ó pasar por infame en la opinion pública.

Desde el principio de aquella escena, y apenas oidas las primeras frases de doña Elvira, ocurriéronsele las reflexiones que de apuntar acabamos al honrado Encomendero de Acama, que, hombre de alma candorosa y buen sentido, á pesar de la desgracia que le affigia y de la venganza que meditaba, no quisiera ver á D. Alonso en tan mal punto como él se encontraba. La soledad de campo, y su taciturno carácter ademas, le tenian habituado á profundizar los hombres y las situaciones; hábito que en la ocasion á que nos referimos le hizo capaz de tomar instantáneamente la mas cuerda resolucion posible en aquel caso. Y tomada la resolucion, púsola por obra con su acostumbrada firmeza, diciendo á D. Diego algunas palabras al oido, que el dócil caballero escuchó, al parecer, con gusto, y por efecto de las cuales, sin duda, dejó silenciosamente la gruta con Juan Ponce, y sin que D. Alonso, entregado con toda su alma á escu-

char lo que Elvira y Fernando se decian, echase de ver que se quedaba solo.

D. Diego, corriendo á donde dejó á Leonor, dijole: — «¿Quereis oir la conversacion de los dos amantes? Tales palabras le previno Juan Ponce que pronunciase; y aquella vez hizo D. Diego el bien, como antes habia hecho el mal, solo por obediencia. — «Cualquiera cosa daria por ello.» — Respondió impaciente de curiosa la linda andaluza. — «Pues seguidme,» repuso el galan, echando á andar por donde habia venido, y siguiéndole, en efecto, y á toda prisa la dama.

Juan Ponce, que habia tomado las señas del cerro en que estaba el page, y visto subir á él á la Doctora, fuese allá derecho, y sin dificultad se llevó á entrambos consigo á la gruta, por manera que, antes de que Elvira y Fernando llegasen al punto en que, al mediar nosotros el capitulo octavo, los dejamos, ya estaban á su espalda escuchándolos, ademas de á D. Alonso, el Encomendero y D. Diego, Leonor, Beatriz y Fortun, es decir: todos cuantos de su entrevista tenian conocimiento.

Llegado, pues, el instante supremo de aquel diálogo, y en que no sabia D. Alonso qué hacer de sí; llegado el instante en que Fernando, de hinojos, besaba la mano de Elvira, regándola con ardiente llanto, y sintiendo caer en su frente una abrasadora lágrima, que de los bellos ojos de la heróica dama se desprendia, Avila, sin poder contenerse, murmuró en voz baja estas palabras: — «Son inocentes, son desdichados, pero hay quien la ve con un hombre á sus pies, y mi honra exige que mueran!!!» Y al mismo tiempo, empuñando la daga, iba á lanzarse sobre los dos amantes, como el hambriento Leopardo sobre la presa que espío largas horas.

Juan Ponce, asiéndole del brazo con el vigor propio de sus rústicos hábitos, hizole entonces detenerse y volver atrás la vista, para que contemplase á Beatriz y á

Leonor, enrojecidas las frentes por la vergüenza, ya que por el pudor no fuese; á Fortun y á D. Diego admirando sinceramente la noble abnegacion, la virtud sin aparato de Elvira y de Fernando.

Sin pronunciar palabra, Avila, cuyo corazon impresionable era eminentemente sensible á todo lo noble, bello y grande, arrojóse en los brazos de Juan Ponce, quien, á su vez enternecido, le estrechó en ellos cordialmente.

Fernando huía ya de aquel sitio en donde dejaba sepultadas sus juveniles ilusiones con la esperanza postrera de ser en este mundo dichoso; y Elvira al ir á esconder su dolor inmenso, su inagotable llanto en la gruta, echó de ver que Avila y los demas que le acompañaban habian, sin duda, oido cuanto entre ella y el doncel mediara.

Sin turbarse ni un instante, clavó en su marido los ojos, y dijo:

—«¡Me espiábais, D. Alonso!

—No señora (contestó Avila); no me creais capaz de tal villanía.

—Han querido perderos, señora (interpuso Juan Ponce), y no han conseguido mas que hacernos patente que sois la mas virtuosa de las mugeres.

—Decid (contestó Elvira) que soy la mas desdichada. No me pesa, D. Alonso, de que nos hayais oido, no me pesa: asi comprendereis....

—No mas, Elvira; no mas. Nada nuevo he aprendido hoy, sino que la virtud misma puede parecer culpable.

—Si, á los ojos del vicio.

—Y el vicio es el mundo, Elvira. Dios ha obrado un milagro para que ni vuestros mayores enemigos puedan en esta ocasion calumniaros; pero creedme, huid tales ocasiones de arriesgar asi vuestra fama y mi honra.

—Teneis razon; y yo prometo obedeceros. En cuanto á....

—No mas, vuelvo á deciros. No soy vuestro amante, pero sí vuestro amigo, sí vuestro esposo; y sé lo que hacer conviene. Señoras, volved al palacio, y que ni una sílaba de cuanto habeis presenciado salga de vuestros labios; ó... Ya me conoceis entrambas. ¡Oh! Me conocéis y mucho! A la menor indiscrecion que cometais, sabeis que puedo perderos, y os declaro que lo haré. Vos D. Diego, hareis bien en no mezclaros otra vez en asuntos agenos. Adios, y olvidad esta escena.—Juan Ponce, amigo mio, acompañad á doña Elvira, y por el camino enteradla de lo que de ella solicitais y yo le ruego os conceda.—Partid, Elvira; necesito un instante para serenarme antes de ver gentes.—Siempre amigos. ¿No es cierto?—¡Adios! No tardaré en seguiros.»

Solo ya en la gruta, dejóse caer en un asiento don Alonso exclamando:

—«Sin amor, sin fé mas que en una muger amante de otro, ¿Qué es mi vida?—¡Oh! ¡Ya no tengo que hacer en este mundo, y la muerte, venga como viniere, será muy bien venida!»

## CAPITULO XI.

QUE REFIERE SUCEOS CURIOSOS Y PARA NUESTRO CUENTO IMPOR-  
TANTES.



MIENTRAS los graves acontecimientos que nos suministraron asunto para los capítulos anteriores, modificaban tan profundamente como con facilidad se comprende la personal situación de muchos de los principales personajes de nuestro drama, seguía la fiesta su curso ordinario, entregándose la multitud á los placeres del campo con todo el abandono propio de los que, teniendo poco y esperando menos, viven de lo presente casi exclusivamente. Ni la parte aristocrática de aquella numerosa reunión, esceptuando los cabezas de

uno y otro bando, fijaba la consideracion tampoco mas que en los goces del momento; por manera que, considerados en conjunto los convidados de D. Alonso, y el aspecto del palacio, bosque y jardines, ofrecian á la vista el cuadro aparente de la posible beatitud en la tierra.

¿Quién habia, en efecto, de suponer que entre aquellas hermosas damas, magnífica y elegantemente ataviadas, las habia que bajo las ricas telas de sus espléndidos trages ocultaban un corazon lacerado, ni que las flores que embellecian sus rostros escondian en ellos tambien las huellas del dolor profundo; ni que la sonrisa que retozaba en sus labios de claveles era tal vez el gesto nervioso de un alma en la agonía?—Y bien, sin embargo de las apariencias, era asi que las habia allí infelicísimas; y lo peor es que tal fenómeno nada tenia de excepcional; nada absolutamente. No hay festin, no hay sarao, no hay diversion bulliciosa en que otro tanto no acontezca, y si todo hemos de decirlo, mas de una vez, tendiendo en torno nuestro la vista cuando á reuniones tales asistimos, se nos angustia el corazon, considerando cuántas y cuántas penas incurables pasan inapercibidas entre el alegre estrépito de la festiva música, de las ruidosas carcajadas, y de las descosidas conversaciones. Pero como el mundo es incorregible, no hay mas recurso que dejarle seguir su camino, sacando de él prudentemente el partido que se pueda.

Asi hacian la mayor parte de los concurrentes á Chapultepec, llenándose unos el estómago, ejercitando sus fuerzas otros, galanteando estos, y murmurando aquellos, mientras, como deciamos, las situaciones personales de Avila, Valdestillas, Bocanegra, Juan Ponce, Elvira y Catalina, se modificaban profunda y no agradablemente.

Y en tanto D. Martin Cortés y el Dean, habiendo llegado sin decirse ni sola una palabra á las casas del



Marqués del Valle, echaron pié á tierra, y con igual silencio entraron en ellas. El Bastardo, resuelto á emanciparse en aquella ocasion, y temiendo que el eclesiástico habia de oponérsele abiertamente, no quiso gastar sus fuerzas antes de la gran batalla, es decir: antes de habérselas con su legitimo hermano en persona; y don Juan Chico de Molina, por su parte, no veia bastante claro en el negocio para arriesgarse á comprometer su influencia, aventurando una opinion que en definitivo resultado pudiera quedar desairada.

La cuestion, preciso es confesarlo, era delicadísima en todos conceptos: las cosas habian llegado á un punto en que el Marqués tenia que optar entre aparecer de una vez y para siempre como gefe de un bando, ó á anularse tambien de una vez y para siempre.—No concurrir á la fiesta despues de lo ocurrido durante el almuerzo entre Avila, Ceinos y D. Martin, seria desairar á este, dar el triunfo al Doctor Presidente, y hacerse un enemigo de D. Alonso, desalentando ademas á todos sus parciales.

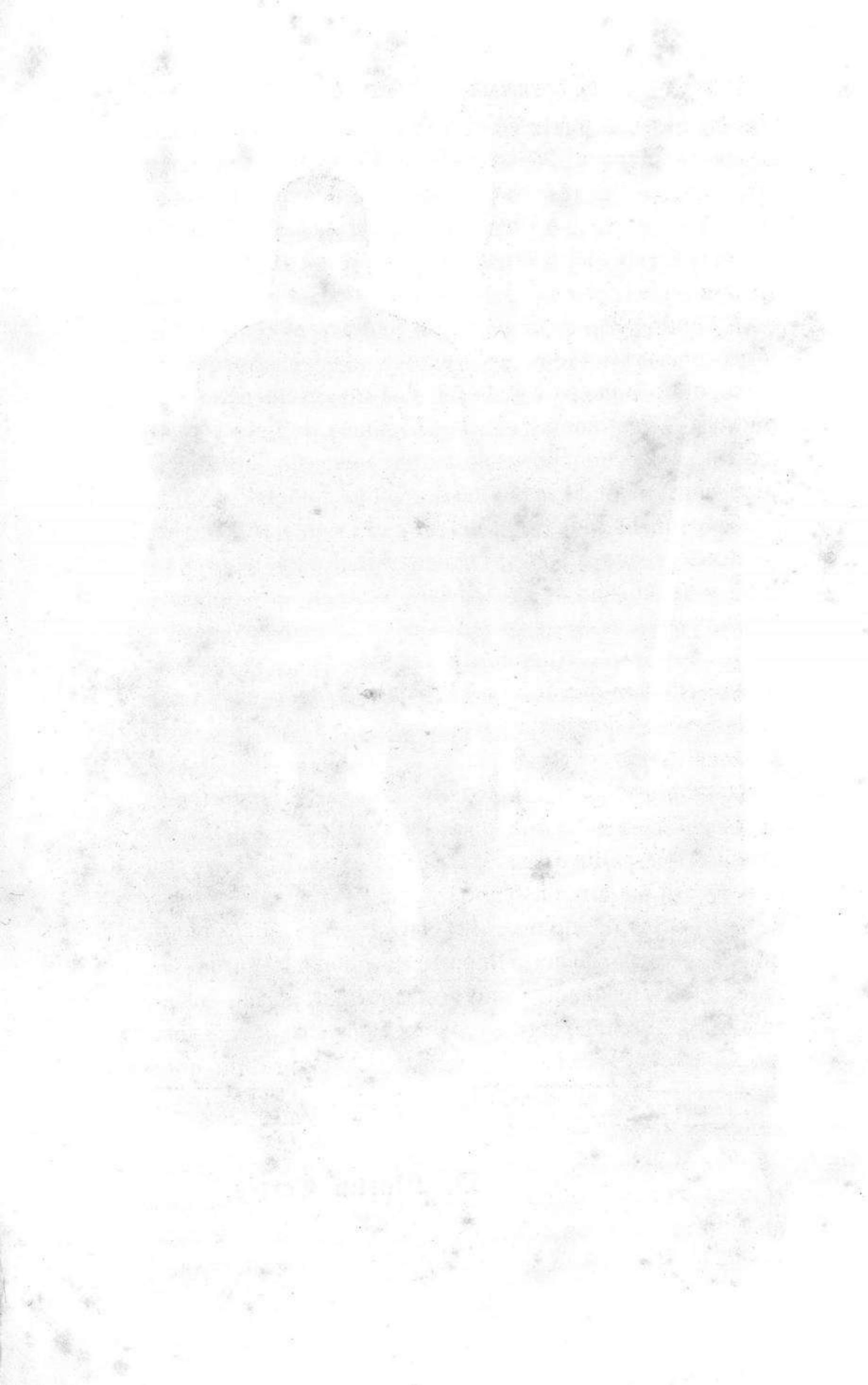
Ir á Chapultepec parecia á primera vista medio sencillo de obviar simultáneamente todas las dificultades. ¿No estaban allí los Oidores, el Alcalde y el Alguacil mayor? Pues si ellos estaban, sin menoscabo de su *lealtad*, ¿Por qué el Marqués, imitándolos, habia de incurrir en sospechas de traicion?—¿Por qué?—Porque el interés de los Doctores y sus secuaces en ser *leales* era tan evidente, y con tal claridad se veia que por compromiso y no mas se hallaban en la fiesta, como con evidencia y palmariamente tambien, que el interés del heredero del gran Conquistador era opuesto al de aquellos, y que faltando al bosque, nacialo por temor ó por hipocresía, y acudiendo á él alentaba, cuando menos, á los descontentos que por bandera y gefe le tenian.

Bajo ese aspecto no se le ocultaba al Dean que, llega-

das las cosas al punto en que ya se encontraban, le sobraba la razon al Bastardo, pues siempre que se corre igual riesgo en reservarse que en esponer la persona, escogiendo el último extremo se gana, al cabo, la gloria de acreditarse de valeroso: pero el prudentísimo eclesiástico veia al mismo tiempo que, una vez el Marqués en Chapultepec, ni él ni nadie podia preveer á dónde los llevarian á todos los acontecimientos; porque en reunion tan numerosa y de tan distintos elementos compuesta, ¿Cómo contar con la prudencia de todos? ¿Cómo no temer uno de esos azares fuera de la humana prevision, y que al mas cuerdo comprometen?

Dominados, pues, D. Martin y el Dean por sus respectivas preocupaciones, llegaron á la presencia del Marqués y de su esposa, sin haberse dicho ni una sola palabra, y por consiguiente ignorando cada cual lo que su compañero hacer y decir se proponia. Asi, despues de haber saludado entrambos á los Marqueses, quedáronse en reciproca expectativa, esperando el Bastardo á que D. Juan Chico tomase la palabra, y D. Juan Chico á que el Bastardo rompiese á hablar. Por su parte el Marqués, no asegurando nada bueno ni de la repentina vuelta de aquellos que podia considerar como sus embajadores en la fiesta, ni del aire misterioso de sus semblantes, lejos de tener prisa de entablar la conversacion, diera cualquier dinero por hacerla imposible; y como la Marquesa, fuera de circunstancias muy extraordinarias, no acostumbraba á tomar parte en los negocios sin prévia formal invitacion para ello de su ilustre esposo, resultó que, durante algunos minutos, pareciese aquella reunion un congreso de sordo-mudos.

Mas al cabo D. Martin Cortés, cuya subordinacion respetuosa á su legítimo hermano, conviene advertir que no debe confundirse con la irresolucion, la timidez ó el servilismo del carácter, tomó la palabra, y en términos





D, Martín Cortés.

tan claros como exactos y concisos, dió cuenta al Marqués de lo que en el almuerzo habia ocurrido y del compromiso que en consecuencia contrajo.

—«¡Mal hecho, hermano! ¡Muy mal hecho! (Dijo en respuesta el meticuloso magnate). ¡En buen berengenal os habeis metido! Y lo que es yo, por mi parte...»

Al oír tal respuesta iba el semblante de D. Martín Cortés tomando un aspecto tan marcado de indignacion, que el Dean, temiendo fundadamente una réplica violenta, creyóse obligado á tomar parte en la conversacion, y dijo:

—«La verdad es, señor Marqués, que la ligereza de Avila y la procacidad de Ceinos pusieron á D. Martín en terrible conflicto.

—¡Del cual quiere salir á costa mia! (Insistió el prócer, implacable en su egoismo).

—¡Vive Dios, hermano (esclamó ya fuera de juicio el generoso Bastardo), que me pesa tanto de oiros, como si de vuestra muerte me llegaran nuevas. ¿Que á costa vuestra quiero salir de un grave conflicto, imagináis? Decid mas bien que quise y logré, por el pronto, redimiros de la nota de irresoluto cuando menos; nota que para los hijos de nuestro glorioso padre, equivale quizá á la infamia! ¿No os dice vuestro corazon, Marqués del Valle, que cuando la nobleza castellana de Nueva España se reúne, frente á frente, con los sucesores de aquellos que villanamente disputaron á Hernán Cortés el premio de sus victorias, á la cabeza de ella debierais estar vos, hijo *legítimo* y sucesor del héroe inmortal? ¿No sentis que faltar hoy en el bosque de Chapultepec, es esconderos; y que esconderos de los Doctores equivale á confesar, ¡mal pecado! que teneis por qué temerlos, y los temeis, en efecto?—Pues de tales sospechas he querido yo redimiros, pues de ese conflicto salvaros; y ahora haced lo que os plazca, Marqués del Valle, que si á la memo-

ria de Hernan Cortés faltaren sus hijos legítimos, tiene al menos un *Bastardo* que sabrá morir defendiéndola.»

Si ante el Marqués del Valle se convirtiese súbito un manso cordero en bravo Leon, no fuera mayor ni mas justificada su sorpresa, que lo fue al oír el vehemente apóstrofe de su hermano D. Martin, á quien hasta entonces hallara siempre dócil, respetuoso y resignado hasta con sus menos racionales caprichos. Y el Marqués, como todos los hombres de su escaso talento en altas esferas colocados, no atribuía la sumision del Bastardo al novelesco poético sentimiento de caballerosa lealtad que era su origen verdadero; sino, en primer lugar, á la superioridad propia, y en segundo á la posicion especial en que por su nacimiento se encontraba D. Martin. Al hallarse, pues, con que el aparente cordero se le tornaba en Leon de buena ley; al oírse por su primer vasallo decir cara á cara verdades tan innegables como duras, fue tan grande el asombro de aquel magnate, que ni á la cólera misma dió lugar en su alma; y asi durante algunos segundos permaneció callado, como si algun accidente le paralizara la lengua.

No sabia tampoco qué decir el Dean, porque los diplomáticos pierden siempre la brújula cuando tropiezan con un hombre que, dando de mano á las fórmulas y desdeñando los circunloquios, echa por el camino de en medio y va, sin oscilaciones ni escrúpulos, derecho á su objeto.

Pero en cambio la Marquesa, especie de Arpa Eólica, silenciosa mientras la atmósfera está sosegada, pero que herida por el huracan resuena siempre vigorosamente armónica; la Marquesa, decimos, apática en la vida ordinaria, mas en los sucesos de importancia siempre digna, como las antiguas matronas romanas, de su aristocrática posicion social, sintiendo vibrar en su corazon la cuerda

del noble orgullo unisona con los acentos del hermano de su esposo, exclamó resuelta:

—«D. Martin ha obrado como debia; D. Martin, esposo y señor mio, os aconseja como debe quien es de vuestra sangre; y no solo estoy segura de que ireis al bosque, sino tambien de que me pertimitireis acompañaros.»

Quizá el Marqués hallara en su vanidad recursos para resistirse á la elocuencia de su hermano, porque al cabo era *Bastardo*: pero desde el momento en que la ilustre doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga se unia al voto de D. Martin, y no como quiera, sino en son de estar muy resuelta á apoyarlo, ya el negocio variaba de aspecto, y tanto que el Dean mismo se creyó obligado á decir:

—«A la verdad, señor Marqués, en el punto en que las cosas se encuentran, quizá no hay mas arbitrio que ir al bosque.

—«¿Pues no deciais vos mismo antes...? Preguntó el Marqués, mohino y al mismo tiempo encantado de hallar un pretesto para desahogar su mal humor sin hárselas con su muger ni con su hermano.

—«Yo dije, se apresuró á interrumpir el derrotado eclesiástico, que lo mas prudente me parecia abstenerse, *mientras fuese posible honrosamente*. Si luego Avila cometió una imprudencia que, hábilmente aprovechada por el doctor Ceinos, produjo este conflicto, ni la culpa es mia, ni se me puede acusar de contradiccion porque ahora me rinda al parecer de mi señora la Marquesa.

—¡Oh! Como os dejen hablar, no perdereis ningun pleito: pero el caso es que por no ir cuando los demas fueron, ó ahora paso por..... por irresoluto..... ¿No es eso, D. Martin...? O tengo que ir llamando la atencion, y... ¡Vive Dios! Dean, que sois un consejero famoso!»

Habituado Chico de Molina á tempestades como la que en aquel momento descargaba sobre su cabeza, inclinóla modestamente, en la seguridad de que á los cinco minutos habia de volver al favor del Marqués, gracias á la debilidad de este y á su propia maña.

Entablóse entonces la discusion, primeramente, sobre si la Marquesa debia ó no de asistir á la fiesta, y despues de sérias reflexiones, y oido el parecer del médico, resolvióse la cuestion afirmativamente, ya porque talvez era esa la voluntad de la misma doña Juana, ya por una razon en efecto poderosa.—«Si mi esposo (decia la Marquesa) fuera al bosque desde luego y, como todos, por la mañana, mi ausencia se justificara fácilmente por el estado en que me encuentro. Mas no ir al principio, y si ahora despues de lo ocurrido, no puede esplicarse sin que aparezca debilidad ó al menos irresolucion en el Marqués, mas que diciendo que para mi salud fuera demasiado pasar en Chapultepec el dia entero. Yendo yo, pues, no se deja ni pretesto á la murmuracion; si no voy es casi inútil que mi marido vaya.»

Orillada la primera dificultad, restaba la del plan de conducta, y en esa tambien triunfaron los inseparables aliados, es decir: la Marquesa y D. Martin, en cuyo sentir lo mejor era dejarse de proyectos, y obrar en el bosque segun las circunstancias mismas lo exigieran. A la verdad el Dean, que con su tacto innegable comprendió que el momento de las astucias diplomáticas habia pasado por entonces, se abstuvo completamente de dar su voto, y mucho mas de contradecir el de la Dama y el Bastardo.

Ya de acuerdo todos, faltaba solo disponer los medios y acompañamiento para el viage, en lo cual hubo de tardarse mas de una hora; porque una vez resuelto concurrir á la fiesta, era preciso que los Marqueses se presentasen en ella dignamente.



Hizose, pues, salir de su cochera una pesada magnífica carroza, construida en Flandes por algun discípulo tal vez del maestro que hizo la que en la Armeria Real de Madrid se conserva, y perteneció, si no nos engaña la memoria, á la infelice madre de Carlos V; engancháronse á ella hasta diez mulas de colleras, que con su mayoral, su zagal, y su volante por par (para seguridad mayor) habian de arrastrar la enorme máquina, y dentro á la Marquesa con dos damas de su servicio, y el Dean, que ya de cabalgar aquel dia estaba cansado, y como eclesiástico pudo gozar de tan honroso privilegio.

Una docena de robustos y ágiles lacayos, capitaneados por dos caballerizos, y provistos de armas como si á la guerra fuesen, formaban la escolta; y á los dos estribos, se colocaron al romper la marcha, el Marqués á la derecha, y el Bastardo á la izquierda, ambos á caballo, asi como los lacayos y caballerizos.

D. Martin tuvo la advertencia de despachar con alguna anticipacion un correo á Chapultepec, anunciando á D. Alonso el próximo arribo de los Marqueses y su comitiva.

Por dicha cuando el correo echaba pié á tierra en la puerta del palacio del bosque, habian ya terminado los diferentes sucesos del jardin, y su Mónstruo, *harto si no satisfecho*, para valerme de una célebre imperial augusta frase, hacia la digestion de aquellas de sus criaturas que de devorar acababa.

D. Alonso que, despues de un cuarto de hora de penosa melancólica meditacion en la gruta, habia regresado á su casa para entender en los preparativos de la comida y aun en los de la cena, porque entonces se almorzaba, se comia y se cenaba; D. Alonso se halló á punto de recibir oportunamente el billete de D. Martin, y leído que lo hubo, despues de gratificar magníficamente á su portador, dispuso que un criado llamase á

D. Martin Suarez de Monroi. Quiso la suerte que este anduviese entonces paseando sus melancolías muy cerca del Palacio, y no habian pasado, por tanto, diez minutos desde la llegada del correo, cuando ya en un extremo de la galería que conocemos, conversaban él y don Alonso, sin aire de misterio, pero graduando la voz de manera que nadie pudiese oírlos. D. Alonso fue quien entabló el diálogo siguiente:

—«¿Estais persuadido, D. Martin, de que mientras sigamos, como hasta ahora, un sistema de continuas contemplaciones, no daremos cima á nuestra empresa?

—Voy estándolo, Alonso: la junta de hoy, debo confesároslo, me arrebató la mayor parte de mis esperanzas.

—No quisiera yo eso, sino que os convencieseis de una verdad palmaria, tan palmaria que es una *perogrullada* en resúmen.

—¿Y es esa verdad?

—Que no hay caballo que salte por cima de un abismo, si no se le clavan las espuelas en los hijares hasta el talon de la bota.

—Paréceme que os comprendo, Alonso; y paréceme que vais teniendo razon.

—¡Oh si la tengo! Mirad, señor mio, en este instante aún estamos á tiempo de elegir camino.

—¿Cómo?

—Renunciando á la empresa....

—Jamás.

—Pues entonces acometiéndola de hecho, resueltamente, y con ánimo de vencer ó morir; porque no hay aquí ilusion posible: si damos un paso mas, quizá ya sin darlo, la cuchilla del verdugo de los Doctores amaga nuestras cabezas.

—¿Vacilareis vos?

—¡Yo, D. Martin! Por Cristo que no acabais de cono-

cerme: pero no importa, el caso es que ahora resolvamos pronto y bien, para no volver ya á discurrir.

—¿Pues qué hemos de hacer?

—Obrar.

—¿Y con quién?

—Con esos mismos hombres de la junta....

—Y en ellos esperais...

—Nada, mientras en su mano se deje la eleccion: todo, desde el momento en que nosotros sus gefes, en que nosotros que somos aqui la inteligencia, nos valgamos de ellos como lo que son, como instrumentos.

—¡Ah!

—Sí, D. Martin: el interés de la empresa, y la seguridad de nuestras cabezas lo exigen asi imperiosamente. ¿Estais pronto?

—Sí, Alonso, pronto, y satisfecho de veros hombre á un tiempo de consejo y de accion, cuerdo á par que resuelto.

—Es que hay penas que maduran el juicio en horas, D. Martin, como hay dias de sol que sazonan prematuramente los frutos de la tierra. Pero dejemos de tratar de mí, y leed esa carta.

—«Los Marqueses, señor D. Alonso, saldrán con el  
»Dean y conmigo antes de media hora para vuestra  
»quinta de Chapultepec. A tan discreto caballero y leal  
»amigo escusado fuera advertirle cuánto conviene que  
»los Doctores vean cómo los nobles de Méjico estiman la  
»presencia del que lleva el título y nombre de quien  
»conquistó esta tierra.—Ya que otros gocen el fruto de  
»sus hazañas, quédele al Marqués del Valle siquiera el  
»prestigio de la gloria. Dios os guarde.—Vuestro amigo:  
»—D. Martin Cortés.»

—¿Qué decís?

—Que el Bastardo vale con tercio y quinto mas que el legítimo.

—Yo sé de otro que vale mas que entrambos juntos, y que debiera....

—Debe hacer lo que hace, Alonso. Prosigamos en nuestro tema.

—O yo me engaño, ó D. Martin quiere que se haga á su hermano un recibimiento solemne.

—Y quiere bien.

—Lo mismo digo: pero eso será provocar á los Doctores.

—Que tasquen el freno.

—Sí lo tascarán ahora, porque aquí somos por hoy los mas fuertes; mas en volviendo á Méjico truécense las situaciones, y ellos serán los dueños de nuestras cabezas. ¿Quereis que os diga la verdad sin disfraces? Pues no creo que vale la pena de hacerse degollar, el estéril placer de hacerle régios honores al Marqués.

—No os entiendo, Alonso; esplicaos de una vez claramente, y sepa yo cuáles son vuestros designios, qué es, en fin, lo que quereis.

—Quiero, señor D. Martin, estarme quieto ó salvar el precipicio. ¿Lo entendeis ahora?

—Sí: pero como....

—Muy sencillamente: recibamos al Marqués del Valle en buen hora, como si ya fuese nuestro soberano; pero sea de modo que, prosiguiendo siempre en el mismo camino, y avanzando en él sin tregua, ni descanso, ni consideracion á humano respeto, no les quede otro recurso, al Marqués que el de tender la mano á la corona; á los demas de nuestro bando, que ceñírsela á las sienes, ó entregar las cabezas al verdugo, que, torno á decirlo, es ya poco menos que señor de las nuestras. En resúmen: ¿Quereis ó no que hoy comprometamos irrevocablemente al Marqués del Valle y á todos los que de su bando se dicen?

—Pero eso que vos llamais comprometerlos, es lo que

un romano dijera consagrarlos á los dioses infernales.

—Cierto.

—¿Y tenemos derecho á disponer así de vidas ajenas, sin consultar antes á los interesados?

—¿Y qué se hizo, os pregunto yo á mi vez, de vuestro tenaz perseverante propósito? ¿Renunciáis, D. Martin, ahora á la empresa para cuyo logro no vacilásteis en sacrificar vuestra posicion en el mundo y los mas tiernos afectos de vuestro corazon? ¿De qué os habrán servido vuestra sublime y casi inverosímil abnegacion, tanta paciencia, tanto tiempo invertido?—De nada, pues que retirais la mano al asir el premio de vuestros afanes.

—¡Alonso! ¡Alonso! ¿Qué es lo que de mí quereis?

—Que seais vos mismo; que seais lo que siempre fuísteis; que querais lo que estais queriendo.

—Razon teneis: lo quiero y lo querré mientras viva: mas no me atrevo, vacilo por lo menos en comprometer tantas vidas.

—No contó Hernan Cortés las que habia de costar la conquista de Nueva España.

—Sus soldados le seguian voluntariamente.

—Porque eran soldados, porque eran hombres, porque eran españoles de otro temple que los actuales. En fin, señor mio, elegid: ó renunciar á la empresa, ó dejarme hacer.

—Sea: haced vos, con tal que yo...

—Eso me basta; que no me embaraceis la marcha.

—Otra condicion quiero y debo imponeros.

—Y yo no debo negaros nada, D. Martin.

—Bocanegra es mi amigo, mi confidente; y quiero advertirle.

—Bocanegra no retrocederá seguramente ante riesgo alguno, y hoy sobre todo.... Podeis advertirle, si os place.

—Otro hombre hay, Alonso, á quien, si fuera posible, quisiera redimir de todo riesgo. Su edad sola, que apenas pasa de la niñez, le da derecho á nuestra consideracion; es ademas vuestro amigo...

—¿D. Fernando de Valdestillas?

—Sí; el hijo del Comunero. Su anciano padre vive ya en él y por él exclusivamente. ¿Por qué hemos de hacer que el huracan de nuestra ambicion agoste esa flor temprana?

—D. Martin, si habeis de salvar á Fernando, es preciso que él ignore lo que entre nosotros se trata. Yo le conozco: Dios no ha formado un corazon mas noble, un alma mas generosa, un espíritu mas intrépido. Aborrece á los que en Castilla destruyeron los patrios fueros; detesta á los que en Méjico gobiernan en odio de Hernan Cortés y sus parciales; es valiente; tiene una exaltada fantasía. ¿Cómo quereis que, en sabiendo lo que nos proponemos, no se apresure á unírseos?

—Sépalos al menos.

—Será precipitarle en vez de contenerle.

—Acaso haciéndole ver el riesgo inminente.....

—Es valeroso, ya os lo dije; muy valeroso; y cuando no lo fuera, está desesperado.

—¿Qué decís?

—Que quizá desea la muerte mas que yo mismo.

—Alonso, explicaos.

—Ni puedo, ni debo hacerlo, D. Martin: ademas el tiempo vuela, los Marqueses van á llegar, y es preciso que todo esté preparado para recibirlos como se ha convenido. Hacedme merced de reunir á los caballeros, y mandar que se les saquen sus caballos de las cuadras; yo voy en tanto á entenderme con Cristóbal y Poyahuitl para poner en movimiento á los indios, con Absalon y Almanegra para que prevengan á su gente. Adios, don

Martin, al lucir la nueva aurora estarán todos tan comprometidos como vos y yo. Adios, y nada le digais á Fernando, sino quereis precipitarle.»

Y separándose, en efecto, de Suarez que atónito le miraba, no acertando á descifrar los misterios de aquel incomprensible carácter, fuese D. Alonso á dictar rápida y enérgicamente sus disposiciones para recibir con aparato régio á los Marqueses del Valle. El mismo D. Martin, por su parte, cumplió celosamente con el encargo que á su cuenta dejó Avila; y Elvira, en tanto, avisada por su esposo, ocupóse en los preparativos propios de una señora en su palacio.

Súbito cesaron en el campo todas las públicas diversiones, y en la quinta deshiciéronse los grupos particulares; comenzó á oirse el piafar de los impacientes corceles en los patios, y el murmullo de la muchedumbre que á la entrada del bosque se agolpaba en direccion á Méjico; y en medio de la confusa griteria, levantábanse algunas voces, al parecer mas autorizadas, ya para imponer silencio, ya para dar órdenes; y los caballeros acudian á sus caballos; y las damas, unas á la galería, otras tambien á sus palafrenes; y los de la Audiencia, en fin, contemplaban aquel espectáculo dudando de si soñaban ó estaban realmente despiertos.

A la verdad solamente la demencia mas descabellada, ó un propósito como el de D. Alonso de Avila, podian en presencia de los Magistrados mismos á cuyo cargo estaba el supremo gobierno de aquel reino, promover una verdadera asonada en obsequio, no ya de un súbdito, sino de un hombre cuyo solo apellido era, por decirlo así, una amenaza contra la Audiencia, que la Audiencia podia convertir fácilmente en acto de rebelion.

¿Y para qué? Los racionios de Avila, buenos y bastantes para convencer á un hombre tan interesado en

el asunto como D. Martin Suarez, no pueden hacernos fuerza á nosotros que desapasionadamente lo contemplamos.

Cierto que al Marqués y sus parciales comprometian tales escandalosas esterioridades; pero tambien alarmaban á los Oidores, sin privarles de ninguno de sus medios de accion, antes por el contrario, robusteciéndolos moralmente, pues que la razon tenian de su parte. Avila, como todo conspirador, giraba en un círculo vicioso: sin escándalo no se aseguraba de los suyos; escandalizando daba armas á sus enemigos.

Y en eso se diferencian esencialmente las conspiraciones de las revoluciones: aquellas, tramadas por descontentos, llevan en sola la recíproca mútua desconfianza de sus fautores, un gérmen de ruina; mientras que las segundas, como no suponen concierto prèvio de voluntades, sino unanimidad indeliberada de sentimientos, cuando llega el momento por la Providencia señalado para que estallen, son irresistibles como la esplosion del fuego subterráneo. ¡Cuántas veces se ha visto sucumbir hoy á los conspiradores que intentan lo que mañana hace la revolucion sin esfuerzo alguno! Asi es el conspirar no solo un crimen, sino una demencia, generalmente hablando.

Pero vengamos otra vez á los hechos, que basta por ahora de reflexiones.

Almanegra y Absalon, que todavía no estaban ébrios, merced á las severas recomendaciones que para ello les hizo Suarez, reunieron con presteza hasta doscientos bravos, con los cuales, poco menos que militarmente formados, salieron al camino de Méjico, dividiéndose en dos filas y formándolas en ala á una y otra banda de la senda por donde llegar debia la carroza de los Marqueses. En prolongacion de entrambas filas, fueron á poco á situarse, tambien en ala, los indios de Cristóbal y Po-



yahuitl, cuyo número cuadruplicaba acaso el de los europeos; y detrás de unos y de otros, bullian los dos pueblos indígena y conquistador, con singular algazara.

Grande era la variedad de trages y de armas, tanto en unos como en otros, porque procediendo cada bravo de un país diferente, vestia conforme á la moda de aquel, ó sus medios pecuniarios y su capricho se lo permitian ó aconsejaban; y en el trage de los indios mismos se echaban de ver los progresos de la civilizacion europea luchando con la fuerza de las costumbres de la recién conquistada tierra.

Y ni en las fisonomias, ni en las actitudes y los idiomas mismos era mas homogéneo aquel conjunto de gentes, pues cada raza de las del globo, desde el Cáucaso hasta la Zona Tórrida, tenia allí sus especiales representantes; y si habia alegres, no faltaban tristes; y si uno era plácido, otro bilioso; y como el vino habia circulado en abundancia, las lenguas andaban sueltas, hablando cada cual mas en su nativo idioma que en el del país, que ya entonces puede decirse que era el de Castilla.

Los escuderos, caballerizos y lacayos de Avila, todos á caballo, formaron un escuadron que, adelantándose á la popular infantería, se prolongó sobre el camino de la ciudad lo bastante para que los hombres situados en sus flancos pudiesen ver el momento en que de ella salia la esperada comitiva; y en la entrada del bosque se reunieron muy luego, tambien á caballo, todos los caballeros del bando del Marqués, figurando á su frente don Martin Suarez, D. Luis de Castilla, D. Alonso de Avila, D. Fernando de Valdestillas, y los demas de quienes en diversas ocasiones hicimos especial mencion.

Doña Elvira, con doña Juana de Sosa, Leonor y otras muchas damas de su parcialidad situadas en el pórtico del palacio, esperaba la llegada de los Marqueses para

salirles al encuentro algunos pasos, muestra en aquel siglo de tanta deferencia, que casi como rendimiento de vasallage podemos considerarla.

En tanto veíase en la galería del piso principal á los tres Doctores, á Manuel de Villegas y Juan de Samano, con una docena próximamente de sus partidarios, mas el airado Juan Ponce de Leon, y á Beatriz con la culta Ines y algunas otras señoras en no gran número, contemplando todos con asombro, y algunos con ira, el provocativo espectáculo que ante los ojos tenían.

¿Dónde se hallaba D. Luis de Velasco?—Aquel previsor y hábil caballero, conociendo que ni con los que al hijo de Hernan Cortés preparaban triunfal acogimiento, ni con los que de recibirle se abstenían le era dado incorporarse sin quedar en el acto, y mal que le pesara, inscrito de hecho en uno ú otro bando, guardóse muy bien de unirse ni á estos ni á aquellos, y comenzó por hacerse el perdidizo en los jardines: mas viendo luego el aspecto belicoso que la ceremonia iba tomando, montó á caballo y fue á ponerse al frente de sus compañías, á las inmediaciones del bosque situadas, como sabemos.

Así, puestos por segunda vez frente á frente y en armas los dos bandos (que los soldados de la expedición á las Filipinas como de la Audiencia podemos considerarlos, pues ya se dijo que Velasco defendería á las autoridades constituidas), si la muchedumbre, y comprendemos ahora en ella á gran parte de la aristocracia, pudo no ver en tales preparativos otra cosa que una ocasion mas de alegría y de bullicio, á los hombres pensadores no se les ocultaba que el momento de la crisis definitiva era ya llegado ó por lo menos iba rápidamente acercándose.

Figúrese ahora el lector qué efecto causaría en don Juan Chico de Molina, oír, apenas la carroza entró en el camino de Méjico, primero un escopetazo, luego dos

seguidos, y en fin, una salva general de bocas de fuego, seguida inmediatamente de otra de vítores y aplausos. La caballería de D. Alonso, que bien podemos llamar así á sus criados, fue la que con tal estrépito acogió la vista de la comitiva de los Marqueses.

—«¡Medrados estamos! (Esclamó el Dean no pudiendo contenerse.) ¡Con palmas nos reciben! ¡Dios haga que no acabemos crucificados!

—¡Válate Dios por Dean! (Replicó la Marquesa.) Si no os conociera por tan amigo como lo sois del Marqués, diría que os pesaba de las honras que se le hacen.

—Dichosamente me conoce Useñoria lo bastante para desechar tan mal pensamiento.... ¡Jesucristo! ¡Vamos á una fiesta ó á una batalla!»

A esa última esclamacion del eclesiástico, acompañaron la Marquesa misma y sus camaristas con un grito de terror profundo, siendo la causa un tiroteo verdaderamente infernal, que, aun á personas familiarizadas con el estruendo de la guerra, persuadiera de que á un campo de batalla se acercaban.

Y sin embargo, por el momento tal recelo era infundado; lo que sucedió fue que los bravos de Absalon y de Almanegra al oír la descarga de los de á caballo, creyeron que debían corresponder á ella con otra salva, y no quedó en consecuencia escopeta alguna en aquellos contornos que no hiciese fuego; resultando que por falta de concierto en las salvas, sonasen y resonaran en los ecos vecinos, mas disparos que se hicieron acaso en la batalla de Otumba.

El Marqués y D. Martin, yendo como iban á caballo á los estribos del coche, y haciéndose por consiguiente cargo fácilmente de lo inofensivo de aquel tiroteo, tranquilizaron luego á la Marquesa, y aun al Dean por lo respectivo al riesgo material del momento, mas no así en cuanto á las consecuencias en realidad inevitables de

tal y tan estrepitoso recibimiento. Confesemos que el eclesiástico tenia razon sobrada, si bien no debiera sorprenderle lo que acontecia, pues quien tempestades siembra, ¿Qué ha de cosechar que no sean relámpagos, y rayos y truenos?

Hay, sin embargo, hombres que atizan sin cesar el fuego del descontento en los corazones, y luego se admiran, sorprenden y duelen, de que un dia, aquellos que de sí pueden decir con un célebre dramaturgo de allende el Pirineo

«Malheur, malheur á moi, que le ciel en ce monde

»A jeté, comm'un hote á ses lois étranger!

»A moi, qui ne sai pas dans ma douleur profonde

»Souffrir long temps sans me venger!!»

Conviertan la queja estéril en dura amenaza ó en violento golpe.

Hay hombres de esa especie, y el Dean era uno de ellos.

Por el contrario el Marqués del Valle iba en sus glorias, pues no siendo hombre de largas previsiones, deleitábase aquella ovacion tributada en realidad á lo que representaba, pero que él creia á su personal mérito debida.

Por lo que hace á D. Martin Cortés, cuanto la casa de su padre pudiese ensalzar y á los de la Audiencia deprimir, parecíale bueno, justo y conveniente.

Apenas terminadas las descargas, no sin que Suarez, Avila, Bocanegra y Valdestillas, tuviesen que intervenir para que el pirotécnico entusiasmo de la multitud se calmase, puestos en buen orden los caballeros que á la entrada del bosque dejamos, adelantáronse hácia la carroza formando un escuadron lucidísimo, al cual seguia otro de lacayos, si menos importante, mucho mas bullicioso que el primero. D. Alonso de Avila, como Anfitrión de

aquella fiesta, tomó de hecho y sin queja de nadie el mando de la aristocrática cohorte, caminando á su frente para felicitar á sus ilustres huéspedes.

Al mismo tiempo que los caballeros rompian la marcha, una manga de arcabuceros del ejército expedicionario aparecia tendida en ala sobre un flanco del camino, mas con el arcabuz al hombro, significando de ese modo que iba, no á provocar á nadie, sino á observar á todos.

Velasco, al oir las salvas que la llegada del Marqués anunciaban, creyó que estaba ya en el caso de hacer aquella demostracion, no fuese que, olvidándose las gentes de que en el mundo estaba, le obligaran á llegar á vias de hecho. La intencion fue sana, pero los resultados no correspondieron á ella, pues tan exaltados estaban los ánimos, tan natural y lógico era, por el momento, en sentir de todos y cada uno de los que componian aquella numerosísima concurrencia, que al Marqués del Valle se tributasen singulares honras, que al aparecer los arcabuceros, creyóse que Velasco los enviaba para mayor solemnidad del acto, y fueron con un vitor general acogidos.—Que el entusiasmo del pueblo es invasor y magnético no puede negarse, y por aquella vez, ademas, lo fue tanto, que los soldados viéndose con tanta galantería recibir, no pudieron menos de contestar con un grito de alegría alzando todos al aire los sombreros, desde el capitan que los mandaba hasta el tambor inclusive.

Tal demostracion fue para los Doctores el golpe de gracia.—¡Pobres Doctores! Preciso es confesar que su situacion fue espantosa desde el principio de la escena que vamos describiendo. Colocados en la galería del palacio, que dominaba todos los alrededores, no perdieron ni uno solo de los pormenores de aquel para ellos insultante drama; y á medida que el entusiasmo crecia en la

nobleza y la plebe, en ellos naturalmente tambien se acrecentaban el despecho del orgullo ofendido y el anhelo devorador de la venganza.—Juan de Samano, era el único que, conservando inalterable su rencorosa tranquilidad, contemplaba hasta con deleite el espectáculo de aquella política embriaguez.—«¿Qué mas podemos desear, decia, que ver á esos locos arrojar la máscara con que hasta aqui se encubrieron, y entregarse sin defensa en nuestras manos?—Dejémoslos, pues, lanzarse desbocados en la senda que al suplicio los conduce; y permanezcamos aqui para no perderlos de vista ni un solo instante.»

Pero Ceinos, Villalobos y Orozco, y aun el mismo Manuel de Villegas, temiendo por una parte que los conjurados, cuando menos, se apoderasen de sus personas en la fiesta misma; y no siendo bastante dueños de si mismos para sacrificar su amor propio á las exigencias de la profunda política de Juan de Samano, opinaron de distinta manera.

—«¡Permanecer aquí! (Esclamó el Doctor Presidente). Ni un minuto mas, señores; ni un minuto mas.

—Y si no (dijo Orozco), hagamos lo que D. Luis de Velasco: unirnos á los rebeldes!

—Estoy por decir (añadió Villalobos) que casi somos cómplices en la traicion, por el solo hecho de haber permanecido tantas horas en compañía de los traidores!

—La verdad es (prorrumpió Villegas) que en Méjico tenemos los Alabarderos de la Guardia y otras fuerzas para defendernos, mientras que aquí estamos á merced de estos desalmados.

—Partamos (concluyó Ceinos), partamos; que, en efecto, en la ciudad podremos al menos defendernos. Partamos, si para ello nos dan tiempo los traidores.»

La cobarde voz de «*Sálvese el que pueda*» ó la de «*¡Nos cortan!*» son siempre funestas, aunque las pro-

nuncie el mas humilde soldado; pero si de los labios del General en Gefe salen, la derrota y la desmoralizacion del ejército son inevitables.

Tal sucedió en la ocasion que referimos: apenas oidas las últimas palabras de Ceinos, Doctores, Doctora, Doctorcilla, Curiales, Ministros y partidarios de la Audiencia, pronunciáronse en la mas completa derrota, como si ya el enemigo entrara á saco sus reales. Todos corrian, todos gritaban, quién pedia su caballo en la galería misma, quién buscaba el sombrero que en la cabeza tenia; subian, bajaban, iban y venian, tropezándose unos á otros, y estorbándose recíprocamente sin adelantar un punto en lo que deseaban; hasta que Samano, visto que con gentes de tal manera acorbadas era inútil insistir en plan alguno racional, tomó á su cargo disponer la marcha. Su voz entera, su continente reposado, su rostro sereno, y su voluntad de hierro, impusieron al fin silencio y subordinacion á todos. Las sillas de manos llegaron entonces á una puerta falsa de los jardines, que Samano, como buen polizonte, conocia; las mulas y caballos en pos de ellas, y en pocos minutos la comitiva de la Audiencia pudo ponerse en marcha con algun orden.

Nadie reparara en ella, porque la atencion general estaba fija en el recibimiento del Marqués: pero, á mayor abundamiento, evitaron los Doctores el camino ordinario, tomando otro antiguo que por incómodo estaba largo tiempo hacia abandonado.

Cuando los Marqueses llegaron á donde doña Elvira con las damas los esperaba, no habia ya en el bosque de Chapultepec mas partidarios de la Audiencia que los espías del Alguacil mayor, entre la muchedumbre mezclados y confundidos.

## CAPITULO XII.

EN QUE PROSIGUEN LOS SUCESOS DEL ANTERIOR Y DESAPARECEN MOMENTÁNEAMENTE DE LA ESCENA LOS DOCTORES.



A entrada triunfal del Marqués del Valle en Chapultepec, combinada con la *huida* de los Doctores, que no de otro modo podemos llamarla, fue un acontecimiento gravísimo de esos que en nuestro moderno idioma político se dice producen una *crisis* definitiva.

D. Alonso de Avila calculó admirablemente en cuanto á sí, á los caballeros y á los Doctores: la guerra estaba declarada, y sin cuartel á mayor abundamiento. Desde aquel instante lo que cada cual jugaba era su cabeza, nada menos: mas esa ley no alcanzó entonces, como no alcanza nunca, mas que á los principales, al *Estado Mayor*, permitasenos la lo-



cucion, al Estado Mayor de los partidos. La gente me-  
 muda grita, y provoca, y se compromete por el momento  
 y nada mas que por el momento. Si durante la asonada  
 se llega á las manos, puede suceder que, inflamando  
 una chispa eléctrica las masas, se arrojen estas resuel-  
 tamente al combate: pero si en el primer choque son  
 vencidas, ó si antes de hacer uso de las armas se dis-  
 persan, cada amotinado, al llegar sano y salvo á su casa,  
 se dice que ya ha cumplido con la causa de que es par-  
 cial, y piensa exclusivamente en la seguridad de su per-  
 sona. El pueblo de hoy no vuelve á ser mañana, como  
 no era ayer el mismo; fácil á las impresiones, fácilmen-  
 te pierde tambien su huella; temerario en un momento  
 dado, es tímido al siguiente; y los que con él cuentan,  
 son menos cuerdos aún que aquellos que sobre el viento  
 calculan.

Sin embargo, desde la antigüedad mas remota hasta  
 nuestro ilustradísimo siglo, que *de las luces* se llama á si  
 mismo modestamente, hubo y hay hombres que se sa-  
 crifican contando con el apoyo de la opinion pública.—  
 ¡La locura es enfermedad antigua, crónica é incurable  
 en la especie humana!

Mas como quiera sea, Avila al echar de menos en su  
 palacio á los Doctores, y confirmarse luego en que ellos  
 y sus parciales habian abandonado el bosque, experi-  
 mentó un júbilo sincerísimo, y dijo á Suarez:

—«¿Lo veis, D. Martin? Las cosas se van poniendo  
 en claro, y ya cada cual no tiene mas recurso que el de  
 seguir una ú otra bandera.

—Sí, Alonso, sí: pero ¿Cuál será la triunfante? ¿No  
 habremos precipitado el desenlace? Replicó melancóli-  
 camente el conspirador misterioso.

—Contad los que se han ido y los que se quedan.

—¡Oh! Eso prueba poco; y el dia de la batalla nos  
 faltarán muchos de los de la fiesta.

—Descorazonado estais.

—No, pésia mi vida, no, Alonso: pero miro las cosas á sangre fria. En fin, quizá teneis razon: mas tarde ó mas temprano preciso era que llegásemos á este punto, y sobre todo ya estamos en él. Proseguid en vuestra obra y que Dios nos ayude!

—Al cabo, D. Martin, habeis llegado á conocer que vuestro.....

—Silencio, Alonso, ese nombre no debe jamás salir de vuestros labios.

—Sea: pero decidme, al menos, si merezco vuestra estimacion. No sé por qué, pero siento una necesidad absoluta de convencerme de que no me mirais con desden, señor mio.

—No, Alonso, no: yo no os miro con desden, ni dejo de estimaros tampoco. Defectos teneis y gravisimos, dolores incurables habeis causado á mi corazon: pero sois en medio de todo tan caballero, tan leal, tan generoso, que no es posible dejar de quererlos bien.

—Dadme entonces vuestros brazos, bendecidme, señor, ya que no puede hacerlo ahora el autor de mis dias, que desde el Cielo sin duda nos contempla.

—¡Alonso! ¿Qué es lo que pasa por vos? Sois ahora un hombre distinto del que yo conocia!

—Soy el hombre que Dios ha hecho: tierno y apasionado, aunque de liviano juicio; soy yo, D. Martin, que arrojando la máscara con que la vida he atravesado y atravesado, os pido vuestra bendicion, como.... como lo que soy, en fin, aunque decirlo me vede el destino.

—¿Y por qué en este momento?

—¿Por qué? ¿Sabeis vos, sé yo, puede nadie saber lo que será de nosotros quizá hoy mismo...? Suarez, bendecidme ahora, ó quizá para hacerlo os falte tiempo.

—Si no tuviese pruebas de vuestro valor temerario, diria, Alonso, que...

—No lo digais, señor, porque no es cierto. Nada temo: pero presiento la muerte. ¿Por qué? No acierto á decirlo; pero la presiento. ¡Benedicidme, pues, en nombre de mi padre, en el de Elvira, y en el vuestro!»

Hubo en el acento de D. Alonso al proferir esa súplica, tanta melancolía, tan profundo sentimiento de ternura, que, contagiado Suarez, no pudo menos de abrirle los brazos, y esclamar estrechándole en ellos:

—«Bendígate el Dios de las misericordias, Alonso, y perdone tus faltas, como yo te bendigo y perdono. Fuiste mas desgraciado que culpable! ¡Bendito seas una y mil veces, *hijo mio!!!*

—¡Oh, padre, padre mio! (prorrumpió Avila sollozando casi.) Ahora venga la muerte cuando quiera, que pronto estoy á recibirla!»

Los ojos de entrambos caballeros estaban arrasados en lágrimas de ternura, y si alguien pudiera verlos, que no podia pues pasó la escena anterior en un retirado solitario aposento, con dificultad comprendiera cómo dos hombres de tan distinta índole, y tan poco afeminados á mayor abundamiento, se entregaban así al melancólico llanto. Para el lector las esplicaciones serian escusadas: parte de las causas de aquel fenómeno las conoce ya; el resto no es aún tiempo de revelárselas.

Solo nos permitiremos observar que, al parecer, ni Suarez ni Avila tenian ya en aquel momento confianza alguna en el buen éxito de su temeraria empresa. ¿Por qué, pues, proseguian en ella con tenaz empeño el uno, con temerario arrojo el otro? A nuestro entender Suarez obraba, como camina á través del aire el proyectil por un poderoso instrumento tormentario al espacio lanzado: durante la primera parte de su trayectoria asciende con violencia, en la segunda ya descende, pero tambien con violencia y siempre en la direccion primitiva. Treinta ó mas años de vida consagrados á un mismo objeto,

son ya una fuerza motriz irresistible para el hombre. La razon podrá decirle que persigue una quimera: el sentimiento le obliga sin embargo á buscarla, y la costumbre, convertida en naturaleza, no le permite variar de senda. Pero, á mayor abundamiento, la fascinacion de Suarez habia tomado una forma que llamaremos mística, no atreviéndonos á llamarla religiosa; y asi como con la persuasion de que la virtud austera nada alcanza en este mundo, como la corona del martirio no sea, se obstinan santamente en practicarla los elegidos del Eterno, asi nuestro conspirador, aún con el cadalso en perspectiva, creíase obligado en conciencia á no abandonar su empresa.

De distinto orden, si bien no menos poderosas, nos parecen las causas que sobre el ánimo de D. Alonso de Avila obraban. Al salir de la prolongada orgía de su libertinage, al despertar del sueño de su culpable ociosidad, Avila, examinándose á sí propio, hallaba el vacío; tendiendo en torno de sí la vista, la soledad y el desamparo. Los mejores años de su vida eran pasados sin dejarle ni dejar al mundo un solo honroso recuerdo; sus facultades intelectuales, sus altas prendas morales, de nada le habian servido ni á él ni á los demas; y al cabo de innumerables, fatigosas y arriesgadas empresas, acometidas y á cabo llevadas, solo para buscar un corazon que con el suyo latiese unísono, encontrábase sin amor ni esperanza de tenerlo ya nunca. Hastiado de los vicios, incapaz de ascetismo; sensible á los placeres inocentes, pero imposibilitado de gozarlos; extraño á las ciencias, ageno á la ambicion, y no obligado siquiera á trabajo alguno material en la tierra, D. Alonso sentia que su vida era un suplicio.

Supongámosle nacido en nuestra edad incrédula, y sin disputa el suicidio pusiera término á su existencia: mas por dicha suya era creyente. No podia, pues, ni

pensar en suicidarse, pero en cambio hallaba en precipitar la conjuración un medio para satisfacer á un tiempo sus dos entonces mas ardientes deseos: dejar de vivir primeramente, y adquirir muriendo alguna gloria, en segundo.

No reprobamos, no defendemos, limitámonos á nuestro oficio: referir los hechos y explicar en lo posible sus causas.

Volviendo ahora á la narración diremos, que para el diálogo en último lugar escrito, aprovecharon los dos caballeros el tiempo que los Marqueses empleaban en reparar el desórden producido por la caminata en sus trages; y que aún no se les habian secado ni á Suarez ni á D. Alonso las lágrimas en los ojos, cuando precipitadamente entró en el aposento doña Elvira, diciendo:

—«¡Doña Catalina ha desaparecido!

—¿Qué decis, Elvira? Preguntó con inquietud Avila.

—¿Y qué importa? Esclamó D. Martin, que era muy poco partidario de la muger de Juan Ponce.—Asi nunca pisara estos umbrales.

—Importa mas de lo que pensais; importa acaso la vida de dos hombres, y la de ella misma. (Respondió D. Alonso.)

—Esplicaos por el Cielo santo; ¿Acaso Bocanegra...»

Aquí Avila refirió á D. Martin breve y compendiosamente el lance de la plazoleta de los Castaños, y el convenio hecho para que doña Catalina permaneciese depositada en la Quinta bajo la salvaguardia de Elvira; y esta, tomando entonces la palabra, añadió:

—«Doña Catalina estaba, en efecto, en mi estancia, cuando los Marqueses llegaron al palacio; mas durante el tiempo que yo he empleado en asistir á la Marquesa, que ha sido apenas un cuarto de hora, desapareció del palacio.

DON ALONSO.

Quizá os engañais, Elvira.

SUAREZ.

Positivamente se engaña: estará en cualquiera otro aposento.

ELVIRA.

D. Bernardino Pacheco de Bocanegra ha desaparecido tambien.

DON ALONSO.

¡Cómo! ¡Despues de haberme empeñado su palabra!  
¡Le creí mas caballero!

SUAREZ.

Y lo es, Alonso, lo es mucho. Elvira, hacedlos buscar bien.

ELVIRA.

Seria inútil.

SUAREZ.

¿Por qué?

ELVIRA.

Porque ni estan en el palacio, ni en los jardines, ni en el bosque.

DON ALONSO.

¿Cómo en tan breve tiempo podeis haberlo reconocido todo, Elvira?

ELVIRA.

Gonzalo Nuñez , nuestro caballero , acaba de decirme que ha visto salir por la misma puerta falsa de los jardines por donde se retiraron los Doctores , á Don Bernardino á caballo con una muger á la grupa.

DON ALONSO.

¿Y era Catalina?

ELVIRA.

No la ha visto Gonzalo , porque , dice , iba envuelta en un manto negro ; pero es de temer.

DON ALONSO.

¡Y tanto!

SUAREZ.

¿Quién ha de ser, sino ella, la malvada?—¡Desdichado Bocanegra!

DON ALONSO.

Bien podeis decirlo: está en poder del mismo Satanás. Pero ¿qué haremos? Ponce tiene mi palabra en garantía, y cuando menos debo avisarle.

SUAREZ.

No nos precipitemos, sobre todo. Vos Elvira , atended á vuestros ilustres huéspedes , y dejadnos un momento , á mí y á vuestro esposo , pensar en este infelicísimo lance. Vos , Alonso , ayudadme, pero sin violencias, por el Cielo santo!»

Doña Elvira , á quien no le pesaba de verse fuera de la aventura , obedeció el precepto ó siguió el consejo de

D. Martin, y los dos caballeros, otra vez solos, pudieron con mas libertad tratar del negocio espinosísimo, que en tan criticos momentos la deparaba la suerte.

Discordes estuvieron las opiniones: D. Alonso sostenia que era deuda de su lealtad avisar inmediatamente á Juan Ponce de Leon de la fuga de su infiel consorte, pues que el Encomendero de Acama solo habia consentido en separarse de ella, con la espresa condicion que doña Elvira la tuviese en guarda.—«Yo, añadia, he salido garante de la fiel ejecucion de lo pactado, y en consecuencia, no solo debo avisar á Juan Ponce, sino ayudarle con mi espada para cuanto emprender quiera en desagravio de su mancillada honra, contra un hombre que, como D. Bernardino, falta escandalosamente á sus recientes solemnes promesas.»

En buena lógica, en ley de duelo, ¿Qué podia replicar Suarez á tales racionios?—Nada, absolutamente nada; pero la prudencia propia de sus años, la indulgencia nativa de su alma, y mas que todo la tierna amistad que al culpable profesaba, le movieron á buscar términos atenuantes para la resolucion que era forzoso se tomase.—«Avisar á Juan Ponce (decia D. Martin) de la desaparicion de Catalina, concedo que es indispensable: pero ¿Qué necesidad hay de decirle lo que, sin la casualidad de pasar Gonzalo Nuñez cerca de la puerta falsa cuando por ella salia Bocanegra, ignoraríamos todos? Ademas, nadie puede asegurar con juramento que la tapada fuese la esposa del Encomendero; parece probable que sí, yo lo presumo, pero no me atreveria á jurarlo. Si Bocanegra y Ponce se encuentran, uno de los dos ha de morir, y sea el que fuere, siempre perdemos nosotros al nuestro, pues sucumbiendo su adversario, tendría él que ocultarse por algún tiempo.—Por otra parte, si yo pudiera ver á



»don Bernardino, casi estoy seguro de reducirlo á términos razonables....»

—«Os engañais, D. Martin (replicó Avila con el acento de la convicción mas profunda): Catalina es como Luzbel; para las almas que una vez caen en sus garras no hay ya redención posible!»

Así prosiguió el debate por algun tiempo; mas como D. Alonso tenia hácia Suarez una deferencia en él sin ejemplo, hizose al cabo lo que aquel quiso, á saber: que Avila avisara al Encomendero de la fuga de Catalina, y nada mas por entonces.

Tan de temer era que al recibir la desagradabilísima nueva, ciego en su furor el ultrajado esposo, acometiese con razon ó sin ella á quien se la daba, que Suarez no quiso de ningun modo consentir en que Avila fuese solo á llevarle tal mensaje, y obstinóse en acompañarle. Mas, contra todas las probabilidades, Juan Ponce de Leon oyó á D. Alonso sin otro síntoma esterno de conmocion que el de redoblarse la lívida palidez de su rostro, y dijo en voz al parecer serena:

—«Poco me sorprende lo que me decis, D. Alonso: de la fé de Catalina ¿Qué podia esperarse? Y por lo que respecta á su cómplice, su proceder es ahora como fue antes, el de un villano!... En fin, yo les agradezco siempre al uno y al otro el haberme dejado espedito el camino de la venganza, pues supongo que no habrá quien pretenda ya estorbármela.»

D. Alonso, á pesar de las deprecatorias señas que sin cesar le hacia Suarez para que guardara silencio, no pudo menos de responder:

—«Ya, Juan Ponce, ni aconsejaros se puede: pero sí os ruego que no olvidéis que os tengo mi fé empeñada, y que mi acero y persona son vuestros, siempre y cuando de uno y otra disponer quisiéreis.»

—Gracias, D. Alonso (replicó el Encomendero), mis

agravios yo sabré vengarlos sin ayuda de nadie. Adios, señores, adios hasta que, lavada con sangre la mancha que mi nombre infama, pueda presentarme ante vosotros dignamente. Adios hasta entonces, si entonces no estais ya en poder de la justicia que tan escandalosamente provocais!»

Y volviendo la espalda bruscamente, desapareció el infeliz Juan Ponce de Leon, quedándose entonces enteramente libres de enemigos conocidos los parciales del Marqués del Valle.

A la hora de la comida, sin embargo, y un momento antes de que la noble concurrencia se sentara á la mesa, presentóse D. Luis de Velasco, con su habitual cortés desembarazo, y como si nada extraordinario hubiese ocurrido. Recibiéronle los Marqueses con afabilidad; correspondió él con la misma, si bien afectando ciertos aires de igualdad que en Nueva España nadie osaba tomar con el hijo del inmortal Hernando; pero como D. Luis era nada menos que de la casa del Condestable de Castilla, y ademas hijo de un Virey, pareció en él tolerable lo que en cualquier otro se tuviera por escandalosa insolencia.

Creyeron todos, y con visos de razon, que Velasco iba á asistir á la comida, mas engañáronse de medio á medio; pues al avisar el Maestre-sala que estaba servida, y entrar los lacayos con el agua-manos (costumbre en aquel tiempo universal y ademas indispensable), escuchándose el Capitan General con ciertos despachos que dijo le aguardaban en Méjico, retiróse con la misma afabilidad y gentil cortesania que minutos antes hiciera su entrada.

D. Luis de Velasco, que vió la fuga de los Doctores, no quiso irse con ellos por no declararse *de ellos*; pero tampoco quedarse *sin ellos*, que fuera tomar partido por los *otros*. Dejó, pues, que la comitiva de la Audiencia

desfilase, apartándose prudentemente del camino; entró luego en la Quinta, para cumplir con D. Alonso y sus ilustres convidados; y retiróse, en fin, alegando un pretesto plausible, para no romper con las autoridades, ni con los descontentos tampoco.

—«¡D. Luis, es todo un hombre! dijo el Dean, viéndole salir, al oído de Castilla.

—D. Luis (replicó el caballero mejicano mirando con cierto desden al eclesiástico), si no hubiera nacido Velasco, ambicionara tal vez la plaza de Juan de Samano.

—Estos hombres de espada, murmuró Chico de Molina entre dientes, no estiman sino á los locos que andan siempre dándose de calabazadas contra las paredes. Trabajo es tener que lidiar con tales fieras: pero no se puede pasar por otro punto: hay momentos en que son necesarios para matar y morir. ¡Cómo ha de ser! Resignémonos con lo inevitable.»

Tampoco para D. Alonso pasó inapercibida la diplomática conducta del futuro Virey, y á propósito de ella dijo á D. Martin, llamándole antes aparte:

—«¿Qué os parece de Velasco? Entre todos los indios que hoy han trabajado en el bosque, no creo que haya uno solo tan buen equilibrista como el bueno del Capitan General!

—Temo á ese hombre, Alonso, mas que á todos los Doctores juntos.

—¿Mas que á Samano tambien?

—No sé qué decirnos.

—Yo sí, D. Martin: Samano trabaja incesantemente y con encarnizamiento contra nosotros; pero al cabo, sabiéndolo, podemos guardarnos de él, y oponer á sus fuerzas las nuestras: mas de Velasco nadie sabe si es amigo ó enemigo...

—¡Oh, si pudiéramos decidirle en nuestro favor!

—¿A él? ¡Jamás! Se decidirá cuando vea á qué parte se inclina la balanza.

—¿Tan villano le creéis?

—Le creo tan *político*: si vencemos, será nuestro; si somos vencidos, nos conducirá al suplicio.

—Severamente le juzgais.

—¡Dios sobre todo! Vamos á comer, D. Martin, que ya nos esperan.»

Y, en efecto, fuéronse á la mesa los dos caballeros, terminando la conversacion que dejamos escrita.

Ausentes cuantos de la Audiencia eran partidarios, asi hombres como mugeres, no podia menos la comida de ser alegre y pacífica: alegre por la satisfaccion que siempre causan á los partidos sus triunfos por efimeros é insignificantes que sean; pacífica, porque faltando la oposicion, ó lo que es lo mismo, estando los pareceres unánimes, no era posible que ocurriese motivo de discusion y menos de disputa.

A mayor abundamiento, la presencia del Marqués y de su esposa imponian á los convidados cierto ceremonioso acompasado tono, que excluia hasta la posibilidad de debate alguno acalorado; porque, en resúmen, delante del gefe del bando, del Príncipe de la nobleza mejicana, como al del Valle llamaban allí todos, cada cual procuraba aparecer grave é importante.

Sin embargo, habia allí personas hondamente preocupadas; Avila, por mucha que fuera la facilidad de su carácter, no podia olvidar las escenas de que en su propio jardin habia sido aquella mañana actor ó testigo; ni del corazon de Elvira pudo salir el envenenado dardo que su conversacion con Fernando clavó en él; ni Fernando olvidar que para siempre acababa de renunciar á la esperanza de ser feliz; ni Suarez, en fin, que su mejor amigo, su predilecto cómplice, estaba en el borde de un precipicio, si ya no en su fondo sepultado.

Pero, además, D. Pedro de Valdestillas, llegado al bosque poco antes que los Marqueses, y que no solo en virtud de sus propias observaciones, sino á consecuencia de las noticias que su fiel Millan adquirió entre la muchedumbre y los criados de la casa, apresurándose á trasmitirlas á su amo; D. Pedro de Valdestillas, decimos, que no pudo menos de comprender, primeramente que en aquella fiesta habia ocurrido algo de muy extraordinario y desagradable para su hijo; y en segundo lugar que el descontento de la nobleza iba tomando á pasos agigantados la forma y tendencias de conjuración, para terminar indudablemente en abierta lucha contra el gobierno, sentia desgarrársele dolorosamente el alma. A su edad, con su talento, su experiencia, y el conocimiento que tenia de la sociedad mejicana, las ilusiones no eran posibles; y si lo fueran, el exceso, si exceso cabe en tal sentimiento, el exceso de su paternal ternura las disipara.—*Luchar contra el poder de la Audiencia era rebelarse contra la madre patria: á esa fórmula clara, sencilla y fulminante, reducía la cuestión aquel anciano, distinguiendo juiciosamente lo que va de procurar, aunque sea con violencia, la reforma de los abusos en un reino de antiguo constituido y por la naturaleza creado independiente, á tomar las armas en una colonia, si bien se diga que es con el mismo objeto. En la metrópoli la nacionalidad siempre queda á salvo; en las colonias es imposible dejar de hierirla mas ó menos; y por chica que la herida sea en el patriotismo, sobre ser ella mortal, infama la mano que la causa.—Que tales reflexiones las hacia D. Pedro un poco tarde, no lo negaremos: su gran disculpa es que no pudo prever nunca que los desaciertos de los gobernantes, de un lado, fuesen tantos y tan continuados; ni que, por otra parte, llegase el delirio de los descontentos á desconocer que iban á pisar los límites de la traición á la madre*

patria, dejándose arrastrar por la senda de la sedicion.

Fernando, entretanto, amamantado, por decirlo así, en el odio al gobierno de la entonces inmensa monarquía española, ya por los discursos de su padre, ya porque en él tenía siempre á la vista un vivo ejemplo del premio que al verdadero patriotismo se reservaba en Castilla; Fernando, nacido en Méjico, y con sangre tlaxcalteca en las venas, y por Millan imbuido en las máximas del patriotismo de localidad que animaban á los Comuneros de principios de aquel siglo, y por las orientales descripciones de Cristóbal lleno de la idea de la maravillosa grandeza del imperio mejicano, y con el trato de los misioneros convencido de la necesidad de mejorar la condicion de los indios, poco menos que á dura esclavitud reducidos; Fernando no podia ver las cosas como D. Pedro, sino que, por el contrario, y aún prescindiendo de la influencia del amor que le tiranizaba el alma, creía necesaria, conveniente, buena y santa la insurreccion. De ahí las congojas de su buen padre, porque conociendo al mozo muy á fondo, sabia que fuera inútil pretender que abandonase la empresa en que al parecer se habia comprometido; y, por otra parte, dejarle proseguir en ella era equivalente á entregarle al verdugo su cabeza. Fluctuando, pues, en un mar de angustiosas reflexiones, asistia D. Pedro de Valdestillas al banquete de Chapultepec con el corazon angustiado y disimulándolo á duras penas.

Por lo que respecta al enamorado Doncel, su rostro aparecia melancólico, pero mas grave, mas sereno de lo que fuera de esperar atendidos los sucesos de aquel dia. Su palidez, mas que á la del que padece, se asemejaba á la de aquel que padeció: su tristeza era, no la del dolor, sino la de la resignacion profunda. Poco talento de observacion se necesitaba para echar de ver que Fernando en aquel instante estaba en la situacion

de un hombre que, ajustadas sus cuentas con la vida, tiene certidumbre de la suerte que le aguarda, nada teme, nada espera tampoco; pero, previendo á ciencia cierta el desenlace del drama en que figura, camina á él serenamente.

Y era así, en efecto: Suarez que, arrastrado hácia el simpático jóven por un afecto irresistible, insistió, como recordará el lector, en que no convenia tratarle como al vulgo de los conspiradores, llamóle, en efecto, mientras se hacian los preparativos para recibir al Marqués del Valle, y sin preliminar ninguno, como sin rodeos ni circunloquios, revelóle cuanto hacer se proponia, avisándole al propio tiempo de lo aventurado de la empresa. Realmente nada de cuanto oyó Valdestillas de la boca del conspirador misterioso pudo sorprenderle, pues datos le sobraban para saberlo: mas, en honor de la verdad, entonces por primera vez fijó la consideracion en el conjunto del cuadro cuyos pormenores todos conocia separadamente. Tal perspectiva, que á un hombre mas egoista ó menos apasionado obligara, cuando menos, á sérias reflexiones, sedujo á Fernando y era natural que así fuese. Precisamente por causas diametralmente opuestas á las que sobre el ánimo de Avila influian, el bello Doncel solo aspiraba, como D. Alonso, á libertarse de la insoportable carga de la vida sin incurrir en el crimen del suicidio; y por lo mismo que la conjuracion ofrecia muchos mas riesgos de muerte que probabilidades de buen éxito, la conjuracion le pareció un suceso por el Cielo mismo preparado para sustraerle al suplicio de su cruel existencia.—Avila por conocer demasiado el mundo, Valdestillas por desconocerle; aquel por incapacidad para amar y ser amado; este precisamente porque amaba y amado era; entrambos llegaron á idéntica conclusion: «¡Morir es descansar!»

¡Desconsoladora máxima, pero quizá de sobra cierta!

En fin, Fernando, despues de aceptar por decontado y con gratitud y con ansia, todos los azares de la conjuracion, presintiendo su mal éxito y por lo mismo que lo presentia; sentóse al banquete con la serenidad de la resignacion en el alma.

—«Pero (dirá alguno), Suarez, y Avila, y D. Fernando, obraban como tres hombres horriblemente egoistas. Bien está que no temiesen la muerte; pase que la buscáran para sí mismos... Pero buscarla, ó mejor dicho, imponérsela á los demas que en sus proyectos comprometian, por mucho que se dore, no pasará de ser un crimen!»

Una sola respuesta daremos: no hay nada mas egoista que las pasiones violentas; y dominados los tres hombres que ahora nos ocupan por afectos tiránicos, egoistas tenian que ser forzosamente.

Suarez estaba tan identificado con sus quiméricos planes, que él mismo no acertara á distinguir su entidad de la de la conjuracion: Avila tan hastiado del mundo, que el mundo le parecia hastiado de ser; Valdestillas tan enamorado de Elvira, que á su entender no siendo él de ella y ella de él, el universo desaparecia.... ¡Demencia! ¡Delirio...! ¡Oh! Sí, ciertamente: pero las pasiones, ó no merecen el nombre de tales, ó son eso: demencia y delirio! Yo no tengo la culpa ni sé quien la tiene; pero, en resúmen, las pasiones no son otra cosa mas que una locura eminente y esencialmente egoista.

Nada de singular ofreció la comida como no fuese el empeño constante de D. Alonso de Avila en obsequiar con finezas y brindis continuos.... ¿A quién...? Adivine el curioso.—¿A la Marquesa?—No.—¿Al Marqués?—Tampoco.—¿A alguna dama que acertó á distraerle de su negra misantropía?—Menos.

Al Dean D. Juan Chico de Molina: la razon, vive Dios, que nadie pudiera allí decirla: mas como D. Alon-



so era hombre de cosas, se dijo que *eran cosas de don Alonso*, y á todo el mundo le pareció completamente satisfactoria tal explicacion, que á nosotros nada nos explica.—El mismo eclesiástico, al principiar la broma, recibíola escamado.—«¿Qué se ha propuesto este hombre? (decia).—¿Quiere divertirse á mi costa porque ha venido el Marqués un poco contra mi voluntad?—No lo creo: sus frases son urbanas, en su acento no transpira el menor síntoma de ironía.... ¿Querrá, por el contrario, congraciarse conmigo, sabiendo cuánta influencia ejerzo en el Marqués del Valle? Eso me parece mas probable; D. Alonso es ambicioso por mas que digan los que superficialmente le juzgan.... Y... Vamos, eso es: quiere conquistarme. Dejémonos querer, que tampoco pierdo yo nada en tenerle por amigo.»

Satisfecho el Dean con la explicacion que su propia habilidad le daba de la que en Avila suponía, prestóse de buena gana á recibir los obsequios del esposo de Elvira; y es de advertir que siendo Chico de Molina, gastrónomo refinado, bebedor de primer orden, y chistoso ademas en la conversacion, comió, bebió y habló aquel dia como cuatro personas regulares, entreteniendo á todos con sus gracias, pero sintiéndose, cuando se alzaron los manteles, en cierto grado de exaltacion intermedio entre el juicio de un hombre ayuno, y la locura de un borracho. D. Alonso, mirándole con satisfaccion caminar mas tieso que derecho, hablando por los codos, y centelleándole los ojos, díjole al oido á D. Martin Suarez:

—«Si esta noche en la cena no salta el Dean la barrera de su circunspeccion meticulosa, quemó mis libros!»

—Paréceme, en efecto (contestó el misterioso), que está sobrado alegre!

—¿Cómo sobrado! Decid que aún no está bastante:

pero de mi cuenta tomo el acabar de marearle; y entonces vereis.—A propósito: ¿Quereis tomar parte en una mascarada que preparo?

—¿Yo mascaradas, Alonso! ¿Estais en vos?

—Mas que nadie, y mas que nunca: pero si la máscara desdeñais, al menos sereis de la *encamisada*: eso es indispensable.

—¿Tambien una *encamisada*?

—Esa cuando dejemos al Marqués en su casa.

—No lo apruebo; es demasiado pronto: no estamos aún bien preparados.

—Quizá no lo estaremos nunca mas.

—Alonso, no forceis los hombres, ni las cosas: basta y sobra con lo que aquí se está haciendo. Abstengámonos por ahora de toda demostracion en Méjico.

—Capitulemos entonces: yo renuncio á la *encamisada*, por hoy se entiende: pero en cambio vos contribuis á la máscara....

—Imposible.

—Aguardad: os dispenso de tomar parte personalmente en ella: pero exijo que me ayudeis á ordenarla: vuestra memoria de las cosas de la conquista nos es indispensable.

—Consiento por complaceros.

—Pues venid conmigo: mientras Elvira hace los honores á nuestros huéspedes, preparémosles nosotros un espectáculo que, sobre regocijarles el alma, hará que el Marqués adelante un buen trozo de camino.

—Por el Cielo santo, Alonso, que no precipiteis...

—Ni una palabra mas en ese punto, D. Martin: ya sabeis que es una resolucion en mí irrevocable; del bosque han de salir todos esta noche con la cabeza tan jugada como ya la tenemos nosotros.... ¿Hablásteis á don Fernando?

—Le hablé; y quiere, como vos, que sin mas espera nos lancemos contra el enemigo.

—¡Pobre muchacho! Tambien le pesa la vida. ¿Queris creer que tengo tentaciones de avisar á su padre para que lo saque de Méjico?

—Otro tanto se me ha ocurrido á mí, Alonso: porque me da lástima esa flor temprana pronta á agostarse.

—Una sola consideracion me detiene, y es la de que no sé si sería hacerle mas daño el obligarle á vivir, que dejarle correr á la muerte.

—¡Cómo!

—¡Ah! ¡Cómo!... Preguntádselo á... En fin, vamos á ocuparnos de la máscara, que tiempo nos quedará despues para tratar de D. Fernando.»

Y, en efecto, D. Alonso y Suarez asidos del brazo y en una intimidad cual hasta entonces no se les habia conocido, entraron en una sala del piso bajo del palacio, donde, despues de haber conferenciado durante mas de una hora, y escrito en consecuencia el programa de la mascarada, hicieron entrar á diversos criados para darles las instrucciones conducentes á la realizacion de lo proyectado.

En tanto doña Elvira, que habia conducido á sus huéspedes al salon de aparato, hizo servir en él café y licores, cuidando con esmero de que nadie careciese de lo que agradable pudiera serle, pero dejando al mismo tiempo en libertad á todos para que de sus personas dispusieran.

El Marqués con el Dean y Castilla formaban el grupo central, por decirlo así, de aquella aristocrática reunion; en torno de ellos cierto respeto de instinto dejó libre un espacio bastante á que su conversacion no pudiera ser oida. La Marquesa, que en ir al bosque habia hecho en realidad un sacrificio, sentóse en un diván, teniendo en su compañía siempre á doña Juana de Sosa,

alguna vez á Leonor, y de cuando en cuando á Elvira. El resto de la compañía se dividió en corrillos, siendo solo de notar para nosotros, D. Pedro de Valdestillas que, apoyado en el brazo de su hijo, se paseaba lenta y melancólicamente en la galería. El doncel se esforzaba visiblemente en ocultar al autor de sus dias la dolorosa situacion de su espíritu; y una amarga tristísima sonrisa revelaba en los labios del Comunero que no ignoraba los padecimientos de la prenda á su corazón mas cara. Ni el uno ni el otro, sin embargo, se decian una sola palabra. ¿Qué habian de decirse? El padre temblaba que por vez primera le faltase la obediencia de su hijo; y este que el amor de su padre se interpusiera entre él y la muerte.

Tales estaban, cuando Elvira, que no los habia perdido de vista ni un solo instante, y que tambien tenia sus proyectos formados, saliendo del salon en el momento que le pareció oportuno por estar todas las conversaciones sumamente animadas, llegóse á los Valdestillas, y dijo con entereza al padre:

—«Señor D. Pedro, vuestro hijo D. Fernando, permaneciendo ahora en esta casa, y mas tarde en Méjico, se espone á riesgos á que ni sus circunstancias le obligan, ni su edad le da derecho, acaso, á correr....»

—Señora (interrumpió colérico el doncel), mi edad es por lo menos la de la discrecion, y positivamente la del valor; en cuanto á....»

—Silencio, D. Fernando (interpuso el Comunero); ya que no mis canas, impóngaos respeto lo que á las damas se debe.

—Dejadle decir, señor D. Pedro; dejadle que use y abuse de mi *indulgencia* para él inagotable; y oidme vos, si os place.

—Decid, señora: aunque viejo no he dejado de ser caballero.

—Pues bien, señor D. Pedro, en fé de que así lo creo, voy á revelaros un secreto que la vergüenza debiera sepultar para siempre en mi pecho....

—¿Qué vais á decir, Elvira? (Esclamó con angustia el mancebo.)

—Voy á decirle á vuestro padre, á este anciano venerable, á este caballero sin tacha, que su hijo D. Fernando ama á la esposa de su amigo D. Alonso de Avila.

—¡Dios de misericordia! Hé aquí aclarado el horrible arcano: hé aquí la clave de las frases de Fr. Diego... ¡Cielos! Y D. Alonso también lo sabe... ahora recuerdo.»

Diciendo así, el llanto corria por la arrugada noble faz del guerrero de Villalar, y sus ojos, alzándose al Cielo, imploraban en mudo, pero espresivo language, el amparo del Todopoderoso.

D. Fernando, petrificado por el asombro y la vergüenza, manteníase inmóvil con la vista fija en el pavimento de la galería; Elvira sola, fuerte con el testimonio de su conciencia, se conservaba impávidamente serena, y prosiguió diciendo:

—«D. Alonso sabe que Fernando ama á su esposa, y que Elvira ama también á vuestro hijo: yo se lo he dicho.

DON PEDRO.

—«Ampárame Virgen Santísima, ampárame! ¿Tal osáis decir, señora, á un hombre ya con el pie en el sepulcro?»

ELVIRA.

—«¿Y por qué he de ocultaros á vos lo que al Eterno le digo? Elvira ama á Fernando, como Fernando ama á Elvira, porque Dios lo ha querido: pero ni Elvira ni Fernando saltarán nunca la barrera con que la religion y el honor los separan.

DON PEDRO.

Desconfiad de vuestras fuerzas, señora; desconfiad sobre todo de las de este infeliz...

ELVIRA.

Ni de las de él ni de las mias desconfio: no podemos sucumbir, porque ya no hemos sucumbido: pero el mundo no nos conoce, y si la virtud basta con que Dios la conozca, la honra es preciso que el mundo la confiese. Es preciso que nos separemos, es preciso que Fernando deje á Méjico, para huir de mí, y para huir tambien de otros peligros que supongo presumís cuando menos. Eso he venido á deciros, D. Pedro; y tambien en presencia vuestra al que en este momento quizá me acusa de cruel, que D. Alonso ha oido nuestra última conversacion, que yo le he ofrecido que jamás volverian á repetirse tales escenas, y que si Fernando no sale mañana de Méjico, Elvira estará pasado en un claustro.

DON PEDRO.

Sois una santa, señora, una santa; permitid que este ya caduco viejo bese vuestra mano en muestra de su gratitud.

ELVIRA.

(Tendiendo á D. Pedro su mano). Mártir sí, D. Pedro, aunque no santa. Consolad á Fernando, obligadle á que viva, sí, obligadle á que viva, ya que no para Elvira, ya que no para él mismo, para vos al menos! Adios.

Al partir Elvira para el salon, saliendo el doncei de su estupor doloroso, exclamó con desgarrador acento: —«¡Imposible! Imposible que yo viva sin vos, Elvira!

—Ven, hijo, ven á mis brazos, y muramos juntos, ya que he vivido bastante para conocer que soy el mas desdichado de los padres y tú el mas ingrato de los hijos!»

Era tanta y tan sincera la amargura de la queja de D. Pedro, sobrábale la razon con tal evidencia, que llegó hasta lo mas profundo del alma de Fernando, á pesar de la desesperacion que en aquel momento reinaba en ella; y llegar las voces de tan amante padre á el alma de tan buen hijo, equivalia á que prevaleciesen, sin duda, la nobleza de los sentimientos, los santos gérmenes de una cristiana crianza, y la escelente índole del mancebo, sobre las locas sugerencias de su amor imposible.

En el acto mismo, pues, obtuvo D. Pedro de Valdestillas de su hijo la solemne promesa de que al lucir la nueva aurora dejaria á Méjico en compañía de Millan ó de Cristóbal, sino para embarcarse en direccion á España, como el anciano quisiera, al menos á pasar una temporada en Tlaxcala.

En verdad el jóven, fundamental y sinceramente honrado, comprendia que por consideracion á D. Alonso, cuando por otra cosa no fuera, debia de ausentarse algun tiempo de la metrópoli del Anahuac; y como lo que en politica deseaba no era figurar en la conjuracion como gefe ó director, sino pelear como simple soldado, corriendo los riesgos y adquiriendo la parte de gloria que su espada ganar supiera, tampoco por esa parte le fue muy dificil el sacrificio. Lo doloroso era separarse de Elvira, renunciar á hablarla, á oirla, á verla siquiera de lejos, y en consentir en ello estuvo el mérito de su amor filial.

En cuanto á D. Pedro no se forjó quiméricas esperanzas: comprendiendo la profundidad de la pasion de su hijo, confesándose cuán digna de ella era la admirable muger que la inspiraba, y en la persuasion ademas

de que Fernando, el dia en que los conjurados tirasen la espada, por ninguna consideracion humana dejaria de reunirse á ellos, bien conocia que con aquel viage todo lo que adelantaba era ganar tiempo: pero ganar tiempo cuando de la vida de un hijo único se trata, ya es algo y aun mucho para el corazon de un padre.

En resúmen: el Comunero quedó con la promesa del amante de Elvira, si no satisfecho, consolado al menos.

CAPITULO XIII.

En el acto mismo, pues, obtuvo D. Pedro de Val-  
destillas de su hijo la solemne promesa de que al salir  
la DE COMO REGIMIO MONTANANA A HERMANA GONZALEZ LA IMPRIMIA  
ó de Cristóbal, sino en dirección á la-  
pañá, como el anciano quisiera, al menos á pasar una  
temporada en Tlaxcala.  
En verdad el jóven, fiadamente y sinceramente hon-  
rado, comprendia que por consideracion á D. Alonso  
en brillaban en la remota lontananza  
cuando por ellas no fuera de sus  
en del horizonte sensible los refle-  
los del amanecer del dia, que tras los  
que no era lejano en la lontananza  
allos montes se ocultaba, cuando  
sino poder como simple se  
los porteros de estado de D. Alon-  
cediendo la parte de gloria  
se de Avila, procediendo con la  
que en esta parte superior, aunque por esa parte se  
facilidades diferentes que en cuanto  
fue muy fácil el sacrificio. Lo doloroso era separarse de  
para la direccion de la bella donña  
Elvira, y en consecuencia, a otra, a verla superior de  
Elvira se hacia era de rigor, lumi-  
lejos, y en consecuencia el merito de su amor  
naron prietas y espléndidamente  
filial.  
En cuanto á D. Pedro no se le dio importancia espe-  
en el pasaje de Chapultepec. A poco noble el aire un  
taras, comprendiendo la inutilidad de la pasion de  
melodioso susurro con él era la adura-  
su hijo, confesándose con él digno de ella era la adura-  
le castigo por estas acciones, y en la persuasion además





de que Fernando, el día en que los conjurados trisecularon las espaldas, por ninguna consideracion humana dejaria de reunirse á ellos, bien conocia que con aquel viaje todo lo que adelantaba era ganar tiempo: pero ganar tiempo cuando de la vida de un hijo unico se trata, ya es algo y aun mucho para el corazon de un padre.

En resumen: el Comodoro quedo con la promesa del amante de Elvira, si no satisfecho, consolado al menos.

## CAPITULO XIII.

DE CÓMO RECIBIÓ MOTEZUMA Á HERNAN CORTÉS EN LA IMPERIAL  
CIUDAD DE MÉJICO.



UN brillaban en la remota lontananza del horizonte sensible los reflejos del luminar del dia, que tras los altos montes se ocultaba, cuando los porteros de estrado de D. Alonso de Avila, procediendo con la metódica diligencia que en cuanto bajo la direccion de la bella doña Elvira se hacia era de rigor, iluminaron profusa y espléndidamente los salones y galerías de su palacio en el bosque de Chapultepec. A poco pobló el aire un melodioso armónico concierto de voces é instrumentos, cantando aquellas por estos acompañadas, varias inge-

niosas letras, cuyos asuntos fueron alternativamente, ya las hazañas de la conquista, ya metafísicas glosas sobre el amor y sus tiránicos caprichos.

Ni á músicos ni á cantantes se veia, y como la distancia y obstáculos que de la concurrencia los separaban, ni eran tan grandes que de percibir la armonía privasen á los convidados, ni de tan poca monta que el son les impidiese entenderse unos á otros, nunca concierto fue mas grato que aquel á sus oyentes, nunca efecto de humana melodía mas suave y halagador en sí mismo. Y, de paso sea dicho, la fábula de Orfeo, es una de las invenciones mitológicas que mas verosímiles nos parecen, porque la música, bien manejada, tiene sobre las humanas pasiones un poder que ni la poesía ni la elocuencia misma alcanzan nunca. ¿Por qué así?

La causa, á nuestro entender, es obvia: para que la poesía penetre en el alma, forzoso es que antes nos captive la atención; para que la elocuencia nos persuada, que el orador nos imponga su propio pensamiento; y en el alma apasionada la atención es un cometa errante, el pensamiento una llama que dominar no se puede. En eso estriba la ventaja de la música que, como el aire atmosférico, nos envuelve, por decirlo así, en sus consonancias, nos infiltra por el oído sus melodías, y al cabo de cierto tiempo produce un efecto análogo al del ópio, adormeciendo, ya que no estirpando, la moral enfermedad que nos aqueja.

Mientras que la palabra obra solo moralmente, la música tiene además un poder físico innegable sobre el sistema nervioso, poder que David empleaba para tranquilizar el agitado espíritu de Saul, poder que sirvió á Orfeo para amansar las fieras, y á Anfion para edificar los muros de Tebas.

La música, pues, no hay medio de negarlo, es contra las pasiones un remedio, ó por lo menos un calman-

te, mucho mas eficaz y poderoso que los racionios de Séneca, los discursos de Ciceron, las odas de Horacio, y las elegias de Ovidio. Díganlo, si no, los enamorados, díganlo los nerviosos, díganlo cuantos de la tiranía de sus afectos son esclavos; y díganlo, sobre todo, el aura popular de que gozan, los exorbitantes emolumentos de que disfrutan los que poseen el envidiable privilegio de interpretar agradablemente las partituras de nuestros modernos Orfeos.

Pero, por el Cielo santo, que ya me he echado yo á volar por las corcheas y semifusas adelante, sin acordarme de que ahora escribo una Novela histórica. Dios me hizo así, lector carísimo, y contra Dios no se lucha.

En fin, la música del palacio de Avila pareció á todos sus huéspedes encantador obsequio: escuchábanla con atencion los indiferentes; oíanla sin escucharla, y enternecianse sin saber cómo, los enamorados infelices; hablaban y acariciábanse á su compás los enamorados dichosos; y no faltaron, en fin, concurrentes que de las cromáticas escalas se sirvieran para elevar sus pensamientos hasta la region de los imposibles. Otra ventaja de la música: cada cual puede acomodarla á su índole propia y personales aspiraciones.

En un intermedio del concierto sirviéronse en ricas salvillas de plata delicadas conservas y dulces esquisitos, precursores del clásico chocolate y del obligado vaso de agua. Preciso es confesar que nuestros mayores en sus festines nunca se olvidaban de festejar sus estómagos.

Concluido el refresco volvieron á sonar de nuevo los instrumentos, y comenzóse el baile con danzas, unas graves y aun adustas, estamos por decir, oriundas ó de Castilla ó de la helada Flandes; otras voluptuosas que del suelo mismo mejicano procedian; y otras, en fin, agitadas, vivas, provocadoras, al parecer herencia de

las Bacantes, y, segun los coreógrafos eruditos, fruto indígena de la bella Andalucía.

Produjo el baile su natural efecto: á la ceremoniosa etiqueta que hasta entonces reinaba en los salones, ya porque la época era de suyo compasada y grave, ya y sobre todo por la presencia de los Marqueses, que eran y no podian menos de ser el punto de mira de la concurrencia, sucedió, una vez comenzada la danza, ese desorden agradable que, acortando las distancias, confundiendo las gerarquias, y lo que es mas importante, mezclando los sexos, facilita las conversaciones, aísla á los individuos en medio de la multitud, y hace de la publicidad misma un velo que encubre los galantes misterios. A solas ó en la confusion de un baile: eso apetecen generalmente los enamorados, y sus razones tendran para ello.

Observóse, sin embargo, por algunos de esos entes neutros que, como ahora se dice significativamente, forman la *tapiceria*, ó lo que es lo mismo, no tienen en tales concurrencias mas oficio que el de componer, sentados si son hembras, de pie si varones, el fondo del cuadro, mirar lo que pasa, y murmurarlo ademas; observóse, deciamos, que doña Elvira parecia estar casi exclusivamente encargada de hacer los honores de la funcion. D. Alonso entraba y salia con frecuencia; pero estabase mas tiempo fuera que dentro de los salones; algunos ratos pasó en conversacion, ora con la Marquesa, ora con su ilustre esposo: mas con ella forzando evidentemente su atencion, y con él claramente distraido. Ademas, Avila habló en secreto sucesivamente hasta con una docena de caballeros y algunas damas; y sin duda debió de decirles á todos alguna estravagancia, pues apenas hubo uno que oyéndole, con gesto, ademan ó exclamacion, no diera señal de sorpresa.

—«¿Qué fragua este hombre (se oia susurrar en la

»tapiceria).—Dios nos tenga de su mano!—¿Si tratarán  
»los Doctores de hacer alguna alcaldada?—Pues bien  
»pudiera avisarnos á todos.—Este hombre hará siempre  
»alguna de las suyas!»

Otra cosa diremos todavia, aunque nos sea sensible: alguno que otro de los mas prudentes convidados, aprovechando la confusion del baile, deslizóse furtivamente fuera de los salones, bajó las escaleras con sigilosos pasos, llegó á las caballerizas recatándose, y montando en su rocin como si la justicia ya le persiguiera, dió con su persona en la ciudad de Méjico. De los demas, unos se quedaron en expectativa, dispuestos á tocar retirada en tiempo oportuno, si la tempestad arreciaba; y otros, los mas en honor de la verdad, sin darle grande importancia á lo que habian observado, se quedaron ó por quedarse, ó por no irse, que hay hombres así: una vez que en cualquier parte se encuentran, bien ó mal, es preciso echarlos para que se vayan.

Quien estaba encantado de todo era el Marqués: antes de salir de su casa, los riesgos de aquella fiesta, presentándosele de bulto y en conjunto, le arredraban realmente: una vez en Chapultepec, el humo del incienso de la adoracion formó ante sus ojos tan densa nube, que sola su propia importancia le dejaba ver. Y, seamos justos: hay pocos entre los hijos de Eva que resistan al encanto de la dominacion; hay poquísimas cabezas que no se trastornen en la atmósfera de la popularidad. Nuestro Marqués del Valle, injustamente desatendido en la corte de España, con mayor injusticia vejado en Méjico por los de la Audiencia, no encontraba en el palacio de Avila, mas que semblantes respetuosos, deferencia hácia su persona, prevision para sus deseos, rendimiento á su voluntad. Si uno le aplaudia, otro le ensalzaba; si queria conversar, caballeros y damas se apresuraban á escucharle; si atravesar de un punto á otro, la concurre-

rencia le abria paso espontánea y aceleradamente, como las olas del Mar Rojo al legislador de Israel; si ver la danza, todos le cedian el puesto; y lo que con él pasaba igualmente con su esposa; y todo aquello se hacia en odio y á pesar de los gobernantes... Era preciso ser de piedra berroqueña, ó tener el alma de un Cincinato para no embriagarse de orgullo y de satisfaccion; y el Marqués ni era de piedra, ni vaciado tampoco en la turquesa de los heróicos romanos, sino un caballero de mediano entendimiento, y alta idea de su ilustre persona.

Pero, ¿por qué acusarle, en ningun caso, si todos á su alrededor estaban igualmente trastornados; todos, desde el Dean mismo hasta D. Martin Cortés inclusive? La verdad es que hay en los partidos situaciones contagiosas, dias y momentos en que todo el mundo pierde en ellos la cabeza, y en que, aún los hombres que el cielo dotó de serenidad imperturbable, ya que á la embriaguez epidémica resistan, tienen que fingirse por ella dominados y obrar como si lo estuviesen, en efecto, para que no se les tache de desleales.

Asi, por ejemplo, D. Martin Suarez nunca en realidad sintió tanto su impotencia como la noche que nos ocupa; y sin embargo, mostrábase mas resuelto, mas esperanzado que nunca.

Por lo que respecta al Dean, lo multiplicado de sus libaciones durante la comida puede ayudarnos á esplicar la exaltacion, en él rarísima, de que parecia poseido; y decimos solo que parecia, porque nos queda alguna sospecha de que tuviese parte y no poca en su fenomenal estado, el deseo de que la Marquesa y D. Martin olvidasen sus meticulosos consejos del dia anterior y de aquella misma noche.

D. Pedro de Valdestillas contemplaba aquella reunion con la filosófica melancolía: con la amarga compasion que es de suponer inspiremos los que en nuestro oscuro

planeta nos agitamos todavía, á los espíritus de los elegidos que desde el Cielo, acaso, fijan en nuestras miserias sus ojos ya inmortales.

Fernando, como un hombre sin esperanzas, procuraba aturdirse; y quien le viera ir y venir, hablar sin esperar respuesta, danzar y reirse sin tregua ni descanso, si superficialmente juzgaba, creyérale el mas entretenido de los concurrentes, si no le tomaba por casquivano y loco. ¡Pobre mozo! ¡Cada una de sus sonrisas representaba un garrote á su corazón dado!

Así se pasaron las horas hasta la media noche: los bailarines fatigados, comenzaban á escasearse tanto como abundaban los bostezos en la *tapicería*; el cansancio era visible, la languidez iba apoderándose de los ánimos; el brillo de las luces, ya rojizo, fatigaba los ojos; los rostros mas bellos habian perdido gran parte de su frescura; los cuerpos mas esbeltos su elasticidad; el baile, en fin, como un bosque en los últimos dias de otoño, se deshojaba melancólicamente. ¡Hay pocas cosas mas tristes que el fin de las alegres!

Dichosamente, antes de que la postración general llegase á su apogeo, apareció en la puerta del salón principal el Maestre-Sala, y en voz sonora dijo:

—«¡La cena!»

Voz que fue acogida con general satisfacción por cuantos la escucharon.

Apresuróse el Marqués á ofrecer galantemente la mano á doña Elvira; y con asombro universal echóse de ver entonces por todos que no estaba allí D. Alonso, para tener la honra de dársela á la Marquesa. No faltaron imprudentes que algo dijese sobre tal y tan enorme olvido de los miramientos debidos á la ilustre señora: mas Elvira haciendo oídos de mercader á la murmuración, y aun sonriéndose con desprecio, hizo seña á don Luis de Castilla para que á su marido reemplazase; y

D. Martin Suarez se presentó para conducir á doña Juana de Sosa, con lo cual rompió la marcha la comitiva, no hácia el emparrado donde el almuerzo y comida se verificaron, sino en direccion á un régio comedor situado en el piso bajo de la Quinta misma. Aunque ya se estaba en verano, todo el mundo aplaudió la idea de cenar bajo techado, tanto por ser las altas horas de la noche, como por hallarse allí la Marquesa, cuya *situacion interesante* (estilo moderno) exigia particulares miramientos.

La música, durante el tránsito de la concurrencia desde los salones de baile al comedor, tocó una marcha tan guerrera, tan animada y vigorosa, que mas parecia dispuesta para conducir soldados á la victoria que para lisongear oídos cortesanos.

—«¡Estravagancias de D. Alonso!»—Dijéronse los observadores, sin dejar por eso de caminar hácia la cena.

Mas al llegar el acompañamiento, con doña Elvira y el Marqués, la Marquesa y D. Luis de Castilla á la cabeza, frente al ingreso del comedor, que era un medio punto de elegantes bien proporcionadas dimensiones, oyóse súbito el estrépito marcial de clarines y tambores en gran número, á que respondió al pié de la escalinata una salva de mosquetería, y simultáneamente abriéronse de par en par las puertas de maciza caoba que la entrada al lugar del festin habian hasta entonces cerrado.

Un grito general de sorpresa y admiracion salió á un tiempo de todos los pechos; y los ojos todos fijáronse con avidez en el inesperado singular espectáculo que el corredor ofrecia á la consideracion de los concurrentes. Entonces se aclaró, y solo entonces pudo aclararse, el misterio de las idas y venidas, secretesos y singularidades de Avila, durante las horas inmediatamente anteriores.

Advirtamos primero que lo que *comedor* hemos lla-



mado, y ante cuyas puertas tenemos en contemplacion y absortos á los convidados, no era una sola sala, sino una série de ellas destinadas al servicio de los banquetes, en la forma que vamos á explicar.

La primera pieza, la que se vió al abrirse las puertas, era un gran salon ó vasta antecámara, de ordinario guarnecida solo de aparadores y bufetes, para las frutas y platos de repostería aquellos, para ostentar la vajilla y cristalería los últimos. Eran de piedra los muros ó al menos estucados con brillantez: el friso de cedro blanco, y de la misma madera y de palma el artesonado. Iluminábanla dos arañas venecianas, y cantidad de cornucopias en los muros distribuidas, alternando aquella noche con guirnaldas y medallones de follage y flores naturales, cuyos reflejos varios y animadas tintas producian un efecto de esos que no se aciertan á describir con palabras. Pero lo que mas llamaba la atencion era un estrado de no mucha altura, colocado en la mitad de aquel salon, en línea recta con la puerta de su entrada, y la que al comedor propiamente dicho daba paso.

Sobre aquel estrado habia dos sillones á manera de los que en las hornacinas de algunos sepulcros antiguos pueden verse, de respaldo recto, brazos chicos, altos pies, y severo conjunto: ambos eran de madera oscura, y al pié de cada uno se veia un rico almohadon de terciopelo carmesí con franjas y borlas de oro. A un lado de aquel trono, que no podemos llamarle de otra manera, figuraba otro mas chico, consistente en un tablado y sobre él un sillón sin brazos, circular la forma del asiento, y el respaldo recto en figura de trapecio, con el lado menor en lo alto, y la superficie labrada á estrias.

Sentado en aquel segundo trono veíase..... No sabemos cómo decirlo... Veíase á la sombra del infeliz Moctezuma II, último Monarca del Anahuac, ó su animada

estátua; porque, salvas las facciones del rostro, que en el primer momento de sorpresa no pudieron distinguir los convidados, allí estaba sin duda el Príncipe cautivo de Hernan Cortés, tal como segun la tradicion reciente entonces, se lo figuraban todos.

Nada le faltaba: ni la ropa talar de algodón finísimo, con esquisitos adornos de pluma guarnecida, y radiante con el brillo de innumerables joyas; ni la corona mejicana, de oro, en forma parecida á la de la birretina de los granaderos austriacos; ni en los pies la sandalia compuesta de una suela de oro, y sus joyas por hebillas para fijar las cintas que á la pierna la sujetaban; ni en la diestra su cetro en forma de dardo ó jabalina; ni tampoco la soberbia actitud del hombre habituado, hasta que por su mal pisaron los españoles las playas del Anahuac, á que todo plegase ante sus miradas, á que todo temblase ante su voluntad soberana.

Detras del s6lio r6gio un indio nuestro conocido, el buen Crist6bal, radiante de gozo, sostenia una especie de paraguas 6 quitasol de pluma verde con adornos y joyas de oro, que se servia como de dosel al que la figura de Motezuma representaba. A derecha é izquierda del trono mismo, dos personajes con riqueza vestidos, si bien mas modestamente que el monarca, figuraban el uno al Se6or de Iztapalapan, hermano y momentáneamente sucesor de Motezuma, y el otro al Rey de *Texcoco*, del de Méjico feudatario. En frente y en actitud reverente, tres nobles mejicanos, cada cual con una vara de oro, 6 que de tal parecia, en las manos, recordaban aquellos funcionarios de la casa imperial que precedian siempre al monarca, y levantando en alto las varas, hacian que todos se postrasen ante el que de todos era se6or y due6o. Luego, en torno del salon, casi pegados á los muros, y con los ojos bajos, habia multitud de indios, descalzos todos así

como los demas personajes, á escepcion del supuesto Motezuma, pues era ley severa de la etiqueta monárquica del Anahuac que nadie pudiese ponerse en presencia del Rey sino modestamente vestido y con los pies desnudos.

En Europa sucede lo contrario: los cortesanos se doran como píldoras para ir á palacio, y nadie enseña sus pies sino los que no pueden comprar zapatos, que en verdad no son pocos, merced á nuestra admirabilísima é inmejorable organizacion social. ¡En cada tierra su uso!

Ahora el lector comprenderá fácilmente el asombro de gentes que, cuando esperaban ver delante de sí aparadores y bufetes, se hallaron con una especie de cuadro preliminar de la resurreccion de los muertos, que no por otra cosa podia pasar aquella fiel animada representacion de la corte de Motezuma.

Ganas tenia el Marqués del Valle de preguntar lo que todo aquello significaba; pero atajóle las palabras, antes de que á pronunciarlas comenzase, el que hacia de Motezuma, levantándose del trono apenas las puertas del comedor se abrieron, y apoyado un brazo en el Señor de Iztapalapan y en el Rey de Texcoco, ó Tezcoco que es lo mismo, el otro; precedido por los tres señores de las varas de oro; y seguido por el resto de su corte, formado procesionalmente en parejas, encaminándose hácia donde los absortos convidados se hallaban. Al mismo tiempo, trompetas, clarines y tambores, el Huehuetl, el Teponatzli y los Ayacaxtli, rompieron en nueva marcial atronadora música, y la mosquetería repitió la salva.

Hacer una pregunta en medio de tal estrépito fuera delirio inútil: cada cual, pues, se quedó con su curiosidad, que en nadie era poca, esperando á que los sucesos aclarasen el misterio de aquella aventura.

En tanto Motezuma, llegado que hubo ante el Marqués del Valle, hizole la reverencia mejicana, poniendo en tierra la mano y besándosela luego; y como apenas distaban entre sí los dos personajes cuatro pasos al hacerlo, reconoció el Marqués bajo las vestiduras del cautivo de su glorioso padre nada menos que á nuestro D. Alonso de Avila.

El era, en efecto, quien en persona habia querido representar el principal papel de aquella política mascarada.

Con todo eso, no acabando el Prócer de comprender lo que de él se queria, volvió instintivamente los ojos al Dean que no se apartaba nunca de su lado; y el flexible eclesiástico díjole entonces:

—«Como useñoría lo ha comprendido ya (el Marqués hizo un gesto afirmativo, aunque no comprendia cosa alguna), D. Alonso se ha propuesto recordar esta noche el recibimiento que Motezuma hizo.....»

—«¡Pues, á mi glorioso padre!» Esclamó el del Valle para tener, al menos, el gusto de concluir sin apuntador la frase.—«Lo sé de memoria y voy á seguir la broma. ¿Eh? Digo, no me parece que hay en ello inconveniente..... ¿Eh, Dean?»

—¡Ninguno, señor Marqués! «Respondió el interpe-lado con un suspiro, y luego añadió para sí: «El mal ya está hecho, con que, adelante!»

El Marqués, en efecto, sabia de memoria la conquista y sus mas insignificantes pormenores, ya por su padre mismo, ya por *Gomara*, capellan y coronista de Hernando, ya porque en Méjico, donde todo el mundo conocia el negocio muy á fondo, nadie le hablaba de otra cosa hacia cuatro años; y en cuatro años se cincela en el mas duro cerebro, se graba indeleblemente en la memoria mas flaca, no diremos la historia de una guerra, sino la del mundo entero, si á mano viene.

A mayor abundamiento, las hazañas del primer Marqués del Valle de Guaxaca valian la pena de que no las ignorase su inmediato sucesor; por todo lo cual nos parece naturalísimo que nuestro D. Martín el legítimo, sin necesidad de ensayo previo improvisase su papel de Conquistador, como lo hizo, en efecto, con perfección estremada.

A la reverencia de *Avila*—*Motezuma* respondió con otra á la española, digna y grave, que en eso era maestro; y faltándole el sartal de cuentas de vidrio que el ilustre Estremeño echó al cuello del Monarca indio, supliólo galantemente con la rica cadena de oro que llevaba. Dejóse hacer el esposo de Elvira, y entonces fué el Marqués á abrazarle, impidiéndoselo los caballeros que representaban al Rey de Texcoco y al Señor de Iztapalapan, de la misma manera que en el famoso día 8 de noviembre de 1519 lo hicieron aquellos dos grandes vasallos del Príncipe del Anahuac.

En seguida dos pages, de indios vestidos, presentaron á D. Alonso un rico collar de pedrería para que reemplazase el de nácar con camarones ó cangrejos de oro que Motezuma dió á Cortés; y poniéndoselo al Marqués, aunque este lo resistía considerando el gran valor de alhaja, dijo en voz sonora:

—«Sea mil veces bien venido, á donde ya en todos los corazones reina, el que por derecho de gloria y de conquista debiera ser Señor de todas estas fértiles incommensurables tierras. Sea mil veces bien venido entre nosotros el que recuerda y representa al hombre mas grande que la antigua España produjo; al héroe que supo fundar una Nueva España, á la cual solo le falta para rivalizar con la primitiva, sacudir el yugo de los miserables que la tiranizan. Sea mil veces bien venido el heredero del nombre y fama de Hernán Cortés, y permita que aquí, á lo menos, se le tribute el homenaje de

respeto á que su nacimiento y altas dotes le dan derecho.—¡Vitor, caballeros, al Marqués del Valle!—¡Vitor al hijo de Hernan Cortés!—Y á quien no contestare *vitor*, D. Alonso de Avila le reta por traidor y desleal, á pie ó á caballo, con lanza ó espada, armado ó desnudo, pero á mortal combate.—¡Vitor al Marqués del Valle.—¡Vitor al hijo de Hernan Cortés!!!

—¡Vitor al Marqués del Valle!—¡Vitor al hijo de Hernan Cortés!!!»

Repitieron todos los circunstantes, cuál con mas cuál con menos entusiasmo, pero no osando ninguno callarse por temor de que su vecino, ó el mismo D. Alonso que era hombre de tantas manos como lengua por lo menos, le hiciese un mal partido. Y no se crea que, á escepcion de dos ó tres miserables vendidos á la Audiencia, hubiese allí nadie que de corazon no vitorease al Marqués: pero en cambio habia bastantes que entrevian por desenlace de aquella comedia la lobreguez de los calabozos, los dolores del tormento, y quizá, quizá el dogal ó la cuchilla del verdugo. Confesemos que habia algo de mas que probable en tales previsiones, y que la perspectiva, ademas, tenia poco de lisongera.

Pero hay circunstancias en la vida que, como las aguas de un torrente, arrastran cuanto á su paso encuentran; hay momentos para todos los hombres en que la vergüenza de tener miedo supera al miedo mismo; y la escena que nos ocupa puede contarse en el número de tales circunstancias y de momentos tales.

Por contagio magnético los mas, por rubor los restantes, el hecho es que todos repitieron hasta tres veces el *vitor* de D. Alonso; y como en seguida la música, que habia durante su arenga callado, renovó con mayor fuerza sus marciales acentos, el drama prosiguió sin dar lugar ni á consultas, ni á reflexiones siquiera.

D. Alonso tomó al Marqués de la mano derecha, y

Suarez, perdiendo ante aquella escena su habitual serenidad, hizo otro tanto con la Marquesa: doña Elvira y D. Luis de Castilla cedieron sin dificultad sus puestos, ya porque lo creyesen necesario, ya porque tampoco tuvieran, aún queriéndolo, tiempo para disputarlos.

De ese modo llegaron los Marqueses al trono, donde se vieron sentados, sin que en realidad pudiesen ni decir cómo, ni evitarlo, ni resistirlo siquiera.

Avila, entonces, doblando ante ellos la rodilla, dijo: —«Motezuma y su dinastia desaparecieron; la de Hernan Cortés debe ahora comenzar.»

Aquella frase era una declaracion de guerra terminante y palmaria á la monarquia española; aquella frase daba principio evidente á la rebelion. ¿La habia meditado D. Alonso?—Quizá no; quizá fue estravío de circunstancias y no otra cosa.

¿Y la oyeron, la entendieron los Marqueses y los demas circunstantes?—Oyéronla indudablemente todos: pero la mayor parte sin comprender su alcance, muchos haciendo que no la entendian. En todo caso nadie replicó palabra: mas Avila, estremado en todo, y ademas resuelto á que de su casa habia de salir todo el mundo aquella noche con la cabeza muy poco segura en los hombros, hizo una seña, en virtud de la cual se le acercó un page con una bandeja de plata, cubierta con paño de terciopelo, y encima dos coronas de laurel.

Verlas el Dean, que como á su pesar y maquinalmente habia hasta entonces seguido paso á paso los de los Marqueses, y darse, como vulgarmente se dice, *por muerto*, fue todo una misma cosa. Triunfando entonces su natural instinto de los vapores del vino, del calor de las circunstancias, del contagio del entusiasmo, y hasta del temor á parecer cobarde, el bueno del eclesiástico intentó nada menos que deslizarse por entre los indios y castellanos, para no detenerse lo menos hasta Méjico.

Pero el hombre pone y Dios dispone: Avila tenia, *in pectore*, reservado á D. Juan Chico de Molina, cuya flexible sagacidad y equilibrista astucia conocia muy á fondo, para el golpe de teatro final, para la catástrofe de su heróica comedia, para *comprometerle*, en una palabra, con solo un hecho; pero de modo que no le redimieran del compromiso ni todos los frailes mercenarios del universo. Así, pues, al mismo tiempo que al page de las coronas hacia seña para que se le acercase, en el Dean fijaba la vista; de modo que apenas el eclesiástico dió el primer paso para retirarse, ya la mano de D. Alonso le detenia vigorosa, y su voz le decia:

—«Perdonad señor *Arzobispo*, que lo que por hacer nos falta á vos os toca...

—D. Alonso, si quisiérais oirme aparte una palabra... (Respondió Chico de Molina, tratando de esquivar el golpe ó al menos de ganar tiempo.)

—Despues, aunque sea un sermon; ahora, señor *Arzobispo*...

—Ved que os engañais, no soy tanto...

—¿No veis que estamos suponiendo que ya *es* lo que *será*, si todos cumplimos con nuestra obligacion? ¡Vaya! Tomad esas coronas y ceñid con ellas las sienes de los Marqueses!!

Vacilaba el Dean: pero Avila le dijo entonces al oido:

—Poned las coronas, ¡Cuerpo de Cristo! si no quereis que en el corazon os sepulte la daga. ¡Bueno fuera que el verdadero autor de todo esto, que sois vos, retrocediese ahora!»

Mirando el eclesiástico á D. Alonso, leyó tan clara en su rostro la resolucion de realizar, en caso necesario, su amenaza, que sin detenerse ya ni un instante, coronó, en efecto, á los Marqueses, quienes entre atónitos y complacidos se dejaron coronar pacíficamente.

Victoreó de nuevo D. Alonso, repitieron tambien el



vitor los presentes, y tales como estaban todos, de indios unos, de castellanos otros, pasaron al comedor, donde les esperaba una mesa elegante, rica, y de deliciosos manjares cubierta. Circuló el vino profusamente: bebíase sin tino, quizá para aturdirse y no reflexionar en lo crítico de la situación general: pero el vino alegra siempre, y todos acabaron por estar ni mas ni menos que D. Alonso, como si ya la Audiencia hubiera dejado de existir, como si ya la dinastía de Hernán Cortés, fuese tal y reinante dinastía.

Quien mas bebia era el Dean, y no podemos censurarle: el pobre hombre acababa de hacer por miedo, lo que pocos hombres valientes osáran hacer, en aquellos tiempos á no estar desesperados, y por lo mismo á morir resueltos.

Pero tanto y tanto aplicó aquella famosa sentencia que dice: «*Vinum letificat cor hominum,*» que á media cena era ya, no solo el mas alegre, sino tambien el mas locuaz de los convidados, y por añadidura el mas temerario de los conspiradores en palabras y hasta en acciones.

Baste para dar idea del estado del Dean el hecho siguiente que, entre otros, nos ha conservado la historia por sus contemporáneos escrita.

Ardia mas que nunca el entusiasmo de los parciales del Marqués en aquella famosa cena presente; repetíanse los brindis; llovían las mas violentas y transparentes alusiones contra la Audiencia; y dándose ya por conseguido el triunfo, repartíanse los cargos, se distribuían las provincias, y calculábanse las mercedes, sin que el protagonista de la fiesta tomara parte activa en tales conversaciones, pero tampoco hiciese cosa alguna para estorbarlas, dejando hablar á los suyos, y reservándose él para obrar segun las circunstancias. Asi las cosas, don Juan Chico de Molina, sentado á la izquierda del

Marqués mismo, llevaba ya media hora de dejarse llamar *Arzobispo* sin rehusar el título, y á lo menos diez minutos de figurarse que era, en efecto, metropolitano y Primado de Nueva España, cuando súbito levantóse del asiento, y tomando en las manos una gran taza de oro primorosamente cincelada que servia de vaso al heredero de Hernan Cortés, y á la sazón estaba vacía, dijo:

—«Atencion, damas y caballeros, atencion, que voy á brindar!»

Levantáronse todos, menos los Marqueses; y don Alonso exclamó en voz sonora:

—«Silencio, y oigamos el brindis de *su ilustrísima!*»

Y, en efecto, por un instante callaron todos como si en misa estuviesen. Entonces el Dean, con esa cómica gravedad que la embriaguez caracteriza antes de que entre en su mas hediondo periodo, volvió á decir de esta manera:

—«Brindo porque el Señor aparte de nosotros *per omnia secula seculorum*, á los Doctores y á todos cuantos son *ejusdem fusturis*; brindo porque lo que todos deseamos se realice antes de que la tan bella como ilustre señora doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga dé á su preclaro esposo un heredero; antes, digo, aunque hoy pudiéramos en realidad decir aquello de *Jam nova progenies caelo dimititur alto!*—Y brindo, en fin, nobles Marqueses, porque esas coronas de laurel que tan bien sientan á useñorías, se truequen pronto en imperiales aureas diademas, que mi mano, aunque indigna de tanta honra, ciña á sus sienes en la Metropolitana iglesia de Méjico, entonando el *Veni Creator mundi* y el *Domine salvum fac Regem*, como ahora, de profético espíritu animado, pongo sobre la egregia cabeza (la del Marqués) de nuestro Príncipe, esta magnífica taza!!»

Y, en efecto, asentóle al Marqués la taza en la ca-

beza, con lo cual debió de quedar aquel magnate muy parecido al Ingenioso Hidalgo con el celebérrimo yelmo de Mambrino.

Sin embargo de tal ridiculez, la concurrencia aplaudió frenéticamente al brindis del Dean, y los Marqueses mismos le pagaron su peligroso obsequio con una sonrisa indefinible entre jocosa y agradecida.

En esa efervescencia se hallaban los ánimos, cuando inopinadamente aparecióse Cristóbal en la sala del festin, y llegándose, no sin visos de misterio y señales de alarma, á D. Alonso de Avila, díjole algunas palabras al oído.

—«¿Qué ocurre? preguntó el del Valle alarmado.

—Poca cosa, señor Marqués; respondió el dueño de la casa. Algunos bravos camorristas parece que abusan mi hospitalidad: pero, si vueseñoría me da licencia, en cinco minutos, ó menos, los habré pacificado.

—¿No es mas que eso?

—No mas.

—Pues id en buen hora, y no tardeis en volver, sobre todo.»

D. Martin Suarez y Fernando de Valdestillas, que eran de los pocos á quienes el vino no tenia la cabeza mas ó menos trastornada, con los ojos preguntaron á Avila si debian acompañarle; y como D. Alonso, tambien con una mirada, les respondiese afirmativamente, asi que vieron á los demas de nuevo engolfados en la conversacion, levantáronse y salieron del comedor sin ser vistos.

—«Algo, pensó el anciano Comunero, algo ocurre de mas grave que una riña de bravos borrachos, cuando D. Alonso consiente en que le sigan Suarez y Fernando. —¿Cuándo veré yo á mi hijo fuera de Méjico!»

## CAPITULO XIV.

---

QUE TAMBIEN LOS INDIOS QUERIAN CELEBRAR Á SU MODO LA FIESTA DE CHAPULTEPEC.



SPERABA Avila al pie de la escalinata de la puerta principal de su Quinta á D. Martin Suarez y á D. Fernando de Valdestillas , paseándose con todo el aire de un hombre no menos impaciente que colérico , y exclamando de vez en cuando.—«¡ Maldonado!—Vamos , Gonzalo Nuñez. Despachaos, Juan de Victoria.—¡Si acabaremos hoy, pesia mi vida!»

Tales síntomas y la vista de los corceles que los caballerizos sacaban enjaezados de las cuadras , confirmaron al hijo del Comunero y á Suarez en la sospecha, que ya habian concebido, de que algun

suceso importante y no próspero, amenazaba convertir en tragedia la estrepitosa fiesta en que se hallaban.

—«¿Qué sucede, Alonso? Fue la natural pregunta de D. Martín; en vez de responder á la cual, preguntóle Avila:

—¿Venís armados?

—Hemos tomado al paso las dagas y las espadas; dijo Valdestillas.

—Pues añadidles, cada uno, la escopeta que, cargada ya, os darán mis criados, y montad á caballo sin malgastar el tiempo en preguntas y respuestas. ¡Quiera Dios que aún así no lleguemos tarde! ¡A caballo, señores, en nombre de Cristo! ¡A caballo! ¡A caballo!!!»

Pronunciaba tan alarmantes frases D. Alonso en voz baja para que en la Quinta no le oyesen, mas con un acento de emoción profunda, con un tono que réplica no consentía.

En un instante, pues, estuvieron á caballo el mismo Avila, Suarez y Valdestillas, tomando sus escopetas de manos de los caballerizos, y estos dos igualmente, con mas Absalon y Almanegra que, hasta el momento de la partida, permanecieron ocultos tras de la puerta de las cuadras. Aseguróse el esposo de Elvira, con sola una mirada rapidísima, de que todos aquellos con quienes contaba estaban, en efecto, prontos á seguirle y competentemente armados; y entonces dijo:

—«¡Cristóbal!

—¿Señor? respondió el indio saliendo también como los bravos de las caballerizas.

—«Guia por el camino mas corto para los caballos practicable.»

Y sin mas palabras, tomando Cristóbal la delantera y el paso indefinible de los antiguos correos de Motezuma, internóse en el bosque, obligando á los ginetes á poner sus caballos al trote para poder seguirle.

Nadie en aquella cabalgata proferia una sola palabra; el acompasado eco de las pisadas de los caballos interrumpia solo el silencio de la noche, ya sin luna, y en esa oscuridad profunda que precede ordinariamente á los primeros albores del crepúsculo matutino, que á la verdad no podia tardarse mucho. Pero si las lenguas estaban ociosas, no asi los pensamientos, y menos la curiosidad: fenómeno que debe parecernos naturalísimo, considerando que solos D. Alonso y Cristóbal sabian á donde iban y cuál era la causa de tan misteriosa apresurada expedicion.

Sin embargo, por lo que respecta á Juan de Victoria y Gonzalo Nuñez, como criados de un amo de suyo aventurero, sobrábales la costumbre de los imprevistos lances; y tanto Absalon como Almanegra, si alguna sería inquietud llevaban, era la de ignorar cuanto podia valerles aquel servicio extraordinario y sin duda peligroso, pues que á sus habituales armas habian añadido los caballeros las escopetas.

Los que verdaderamente iban curiosos é inquietos eran, por consiguiente, Suarez y el jóven Valdestillas. No por el peligro, pues ninguno de ellos le habia visto nunca el infame rostro al miedo, sino porque, en sentir de entrambos, solo amenazando á la causa comun gravísimo riesgo, se esplicaba que Avila abandonase en tales momentos á los ilustres huéspedes que en la quinta albergaba; á ellos los llevase en su compañía; ademas la escolta de sus dos criados de mas confianza y valor; y á mayor abundamiento á los gefes de los bravos para la conjuracion alistados.

Por otra parte Cristóbal, de quien, como sabemos, tenian formada los dos caballeros la mas alta idea, no sin necesidad absoluta hubiera ido á sacar á D. Alonso del banquete, ni se constituyera él tampoco por motivos leves en guia y director de aquella misteriosa marcha.

Poco mas de un cuarto de hora llevaban de camino, y ya con dificultad adelantaban en él á causa de la espesura del bosque, cuando hizo alto el indio Tlaxcalteca, y con él cuantos le seguian.

—«Caballos no pasar de aquí» dijo Cristóbal; y don Alonso:

—«Pie á tierra: cada cual áte su caballo al tronco de un árbol, cuidando de que seguro quede... ¿Estamos ya? ¡Bien!... Examinemos ahora el cebo y la mecha de los arcabuces... Parece que todos estan en disposicion de hacer fuego; pero nadie lo haga sin que yo lo prevenga: nadie, señores. Adelante y procuremos hacer el menor ruido posible... ¡Ah! La daga desnuda, y en la mano; si tropezamos con quien el paso pretenda estorbarnos, darle muerte antes de que con un grito pueda dar él la alarma á los que importa sorprendamos!»

Tales prevenciones no eran á propósito para calmar la ansiedad que los espíritus dominaba; y, si tanto Suarez como D. Fernando no se hallaran, en primer lugar, muy poco apegados á la vida, y en segundo no hubiesen advertido en D. Alonso un aire, un tono, un no sabemos decir qué de profunda emocion, de convencimiento tan íntimo como sincero, que hasta cierto punto justificaba su silencio y pretensiones á un mando despótico, quizá alguno de ellos ó los dos se rebelaran en el momento á que con la narracion hemos llegado. Mas fuese por las razones dichas, fuese porque el concurso de las circunstancias todas, de ocasion, tiempo, lugar y hora, acreciesen el prestigio de D. Alonso, el hecho es que fue obedecido tan puntual, sumisa, y prontamente como el mas severo de los capitanes suizos por su compañía.

Cristóbal, asiendo á cada cual de un brazo, y á todos sucesivamente, tendiólos en ala á dos pasos unos de otros, para que de vista no se perdiesen nunca, y él

con D. Alonso colocóse al frente del centro de aquella singular guerrilla para marcarle la direccion que seguir debía.

Quiso la suerte, quizá ayudándole la sagacidad del indio y el gran conocimiento del terreno que D. Alonso poseia, que no hallando á nadie al paso, no tuviesen tampoco ni los amigos ni los servidores de Avila que hacer uso de sus dagas; y sin obstáculo ni dificultad llegaron, en fin, al término de su expedicion, ó mas bien, al punto á que su expedicion iba dirigida.

¿Recuerda el lector que allá en los capítulos undécimo y duodécimo de la segunda parte de esta curiosa y verídica historia, le hablamos de cierta circular plazuela, situada en lo mas intrincado del bosque de Chapultepec, la cual sirvió de teatro á D. Martin Suarez de Monroi para que ante D. Alonso de Avila hiciese alarde de su poder con los indios?—Sentiríamos que tan presto se hubiese olvidado de aquel sitio, porque precisamente al mismo fué á donde Cristóbal guió, y el esposo de Elvira condujo á D. Martin, D. Fernando, Absalon, Almanegra, Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, con los arcabuces al hombro y las dagas en las manos.

¿A ese sitio? ¿Y á qué?—A presenciar un espectáculo curioso, á impedir, si aún era tiempo, un crimen abominable; como lo verá quien nos haga el honor de proseguir en la lectura del presente libro.

Mas, para que con claridad se comprenda lo que á referir vamos, nos es forzoso volver atrás la vista algunos instantes, recordando unos hechos, comentando otros, y quizá apuntando circunstancias que la relacion de otras mas importantes nos hizo descuidar hasta ahora.

Si Avila, desde que en la conjuracion tuvo parte, contaba principalmente con el apoyo de los criollos y aun de los castellanos ya en Méjico arraigados por inte-



reses materiales ó morales, no así Suarez para quien los indios eran, en todos conceptos, lo mas importante en aquel negocio. D. Alonso, como á él mismo se lo oimos decir en el bosque al regresar de la escena de la plazuela donde vió á los representantes de diferentes ciudades del Anahuac, si no menospreciaba, al menos daba escaso valor á la raza indígena; y si algun fin político se propuso seriamente, nunca fue por cierto resucitar el imperio de Motezuma, sino fundar una monarquía *criolla*, permítasenos el adjetivo. Lo que va de uno á otro es evidente. Pero D. Martin, que no concebía cómo Hernan Cortés, viendo desde luego cuán mal eran pagados sus heróicos servicios, no usó del poder que su prestigio inmenso entre los indios le daba, para erigirse un trono, desde el cual aniquilara á sus enemigos, don Martin queria precisamente lo contrario que Avila, á saber: resucitar la monarquía indígena mejicana, y sustituir la dinastía de Motezuma con la familia de Hernan Cortés, ya entonces enlazada con las principales de la aristocrácia española.

Sin embargo de tan diferentes maneras de pensar, caminaron siempre de acuerdo y auxiliándose reciprocamente los dos conjurados: fenómeno que, si á primera vista sorprende, se explica, no obstante, con facilidad suma, ya por las condiciones generales y forzosas de la conjuración misma, ya por las relativas y puramente personales de entrambos caballeros.

En primer lugar, D. Martin conocia que el alzamiento fuera imposible no tomando en él los criollos, castellanos y demas europeos descontentos, la iniciativa; y D. Alonso que el triunfo y consolidación de sus planes requería la cooperación eficaz y decisiva de los indígenas. De ahí que, conviniendo ambos en reconocer la necesidad de unos elementos mismos, forzosamente habian de caminar de acuerdo hasta un punto dado, salvo

el separarse una vez á él llegados, si las razones políticas escuchaban solo. Pero no podian tampoco, ni el uno ni el otro, dar oidos esclusivamente á la razon de Estado, porque entre ellos mediaba un secreto importante; porque sus destinos encadenaba juntamente un vinculo misterioso, que aún no llegó el tiempo de revelar, mas cuyos efectos hemos podido todos notar hace tiempo.

En virtud de tales premisas, comprenderáse sin dificultad que cada cual atendiese con preferencia al elemento que, andando el tiempo, se proponia hacer preponderante; y que, en consecuencia, Suarez fuese, por decirlo asi, el encargado del departamento de los indios, mientras que Avila del que llamaremos *européo*, para generalizar la frase todo lo posible.

Cada uno de esos dos presuntos ejércitos de la conjuracion se dividia á su vez en dos secciones distintas, si no en su índole esencial, sí en la de su civilizacion y tendencias, como vamos á esponerlo sumariamente.

Comenzando por los europeos enemigos de la Audiencia, que lo eran casi todos los residentes en Nueva España, pero concretándonos solo á la gente de *armas tomar*, fácilmente hallaremos la marcadísima diferencia que mediaba entre las causas y aspiraciones del descontento de la nobleza, y del que á las clases inferiores enardecia. Creemos haberlo observado ya en otra ocasion, pero no nos parece de mas repetirlo: la nobleza pugna, ó mas bien pugnar quisiera, en defensa de sus antiguos privilegios que, desde el tiempo de los Reyes Católicos, venia minando con incansable perseverancia el órden judicial, en aquella época aún no segregado del administrativo. La organizacion aristocrática habia hecho su tiempo en España. ¿Fue eso un bien, fue un mal entonces? Quizá, considerando la cuestion relativamente á la libertad política y aun civil en España, pudiera probarse que fue un mal el súbito completo abatimiento de

la nobleza; mas, como quiera que sea, sucedió así: Fernando V echó los cimientos; su nieto el Emperador levantó el edificio, amasándolo con la sangre de los Comuneros; y Felipe II le puso fin y término al resplandor de las hogueras inquisitoriales. Mas en España, y sentiríamos escandalizar á nadie, la obra de la destrucción de los fueros y libertades se consumó democráticamente: cuanto la Corona tomaba del poder de los Ricos-Hombres, ganábalo, por el momento al menos, el pueblo en alivio de cargas; y como el yugo que inmediatamente sobre el cuello pesa se siente siempre mas que aquel que insiste sobre un cuerpo intermedio, el abatimiento de los próceres fue hasta cierto punto popular. Nada mas natural: si las Córtes perdieron su importancia, si la *comunidad* dejó de tener existencia política, en cambio los hombres del pueblo pudieron aspirar á todo por dos caminos que el absolutismo español dejó siempre espeditos á la perseverancia de los plebeyos, á saber: la *Iglesia* y la *Toga*.

Una vez tomado el hábito de fraile, ó vestidos los manteos universitarios, llegar á la mitra arzobispal ó á la cámara de Castilla, no era mas que cuestion de tiempo, saber, maña y fortuna: el nacimiento para nada servia de estorbo. A la nobleza le quedó en totalidad la servidumbre palaciega; en parte la Milicia, y decimos en parte solo, porque tambien se vió, aunque raras veces en la época á que aludimos, empuñar el bastón de General á soldados de humilde cuna.

Pero en las colonias naturalmente debían verse las cosas de otra manera, porque en realidad producian tambien resultados diversos. Cuando gobernaban los próceres, y por consiguiente el elemento nobiliario predominaba, pudo haber opresion política, pero al cabo siempre desinterés, siempre caballerosidad en la administracion. El amor al dinero, la codicia insaciable, no

invadieron las altas clases entre nosotros hasta épocas ; Ay! harto recientes.

Los Mendozas y los Velascos en sus vireinatos, conduciéndose como grandes señores, quizá ostentaban un exceso de supremacía, acaso mandaban demasiado en nombre del derecho divino : mas en cambio no prestaban la mano á infames rapiñas, no descendían á vejar al pobre y al desvalido en pequeñeces y continuamente. El pueblo los veía grandes, generosos, esforzados, y sobre todo probos, y en gracia de esas dotes les perdonaba hasta la tiranía. Luego en el siglo XVI se creía en la nobleza, se respetaban por consiguiente las diferencias de clases ; y, en resúmen, el pobre *Juan Fernandez* se decía : « Los Mendozas y los Velascos nacieron » predestinados á mandarme. ¿ Qué le hemos de hacer, » si Dios lo ha querido así? »

Otra cosa enteramente distinta era á los ojos de aquellas gentes el poder de la Audiencia, por su origen, por la procedencia de los hombres que la componían, y por el modo en que su autoridad aplicaban.

¿ Quién apetecía, solicitaba y conseguía, generalmente hablando, y salvas honrosas pero rarísimas excepciones, las plazas de la Magistratura en América, singularmente en los tiempos que describir procuramos?— Los aventureros impacientes y codiciosos, ó los pretendientes en la Península desesperados.— ¿ A qué se iba á las Indias Occidentales?— A hacer fortuna.— ¿ Cómo se hacía esa fortuna?— Claro está que á espensas de las infelices colonias ; claro está que prensando al pueblo, como la uva en el lagar se prensa, estrujándola para sacarle el jugo.

¿ Cómo era posible que autoridad de tales elementos compuesta, para tal fin, y en forma tal ejercida, tuviese moral prestigio?— No lo tenía, en efecto ; y como todos los poderes sin prestigio, acudía á la fuerza ; y la

fuerza en gobierno es la opresion; y la opresion la injusticia; y los oprimidos, los con injusticia tratados, conspiran mas tarde ó mas temprano, pero conspiran infaliblemente.

Creemos haber espuesto con claridad las causas de la conjuracion que nos da asunto para este libro. Nueva España, mal gobernada por hombres á quienes faltaba historia, por hombres que carecian del prestigio del nacimiento, que habian ido á América á *hacer fortuna*, y que en consecuencia eran vanos sin grandeza, opresores sin magnanimidad, é intolerantes sin valor, fue lógicamente y forzosamente teatro de una conjuracion en que, mas ó menos directamente, tomaron parte nobles y plebeyos. Y no justificamos el hecho, en su esencia culpable y ademas ineficaz para remediar los males que lo provocaron; lo que decimos y diremos siempre es que, cuando se gobierna mal hay conjuraciones, y que el único arbitrio para evitarlas nos parece ser el de gobernar bien y equitativamente.

Pero cada cual conspiraba por razones y con fines diversos: los nobles por orgullo ofendido, y para reconquistar sus privilegios; de los plebeyos, unos por pobreza y para pagar menos; otros, los aventureros, por revolver y para medrar en el desórden á todo trastorno consiguiente.

D. Alonso contaba, ó mas bien trabajaba para contar, con los ambiciosos nobles y con los resueltos bravos, dejando aparte la clase trabajadora del pueblo, que una vez iniciado el movimiento esperaba hacer suya sin grande esfuerzo.

Por lo que respecta á los indios debemos tambien considerarlos divididos en dos grandes y no solo distintas, sino quizá opuestas clases. La primera componíase de todos aquellos que, habiendo sinceramente abrazado el cristianismo, entraron por consiguiente y de plano en

la senda de la civilizacion española, formando un pueblo que, moralmente gobernado por los misioneros, iba perdiendo de dia en dia los caractéres de su origen y las tendencias de su índole primitiva. Habia quizá entre ellos hombres de arrojo y ambicion: pero los mas eran gente pacífica y dócil que, doliéndose del golpe del azote cuando con sobrada crueldad los heria, dificilmente concibieran, sin embargo, la idea de rebelarse contra sus verdugos. Solo en un caso hubiera sido posible que aquella masa se alzara y empuñase las armas, es decir: queriéndolo los frailes de San Francisco; mas estos en Nueva España estaban animados del espíritu evangélico con sinceridad tan profunda, que fuera calumnia indisculpable suponer que, ni por un instante, abrigaran tal pensamiento. Suarez hizo, no obstante, prosélitos entre los indios convertidos, pero prosélitos mas de teoría que para la práctica; prosélitos que una sola palabra de Fr. Diego de Olarte sobrara para arrebatarse.

Si para algo, pues, habia de contarse con indios, era forzoso acudir á los que, para distinguirlos de los ya cristianos, llamaremos *incivilizados*; y esos en su mayor parte vivian retraidos y errantes en las mas ásperas sierras, combinando alli la ferocidad de algunas de sus antiguas costumbres, con no poco de la corrupcion europea. Alguno que otro, vencido por afectos de familia, ó por ese amor inestinguible que encadena al hombre primitivo en el suelo que le vió nacer, vivia entre las gentes civilizadas; mas era tan reducido el número de tales escepciones, que no vale la pena de tomarse en cuenta.

Suarez, para ganarse amigos entre los indios á que aludimos, empleó años, y consumió tesoros, y prodigó los recursos de su ingenio; y á pesar de todo habia mas de ilusion que de realidad en la influencia que sobre los incivilizados presumia ejercer aquel conspirador infati-

gable. Para los indios de las montañas solo Poyahuitl y los fanáticos como él eran realmente grandes y respetables.

Detestando la civilización que los había vencido, y arrojado del suelo que sus mayores poseyeron; abominando la religión que espulsó á los ídolos de los templos en que sus padres los adoraban, ¿Cómo habían de unirse los indios incivilizados sinceramente á un europeo cristiano?—La pasión alucinaba á D. Martin Suarez de Monroi, y le alucinaba tanto, que en aquella gente fundó sus esperanzas todas, que con ella presumia vencer á sus contrarios, y con ella fundar una poderosa, civilizada y cristiana monarquía!—Error que solo una preocupación invencible explica; error que nos pareciera inverosímil, si no supiésemos—¿Quién no lo sabe en nuestra azarosa época?—que las pasiones políticas ciegan, que las pasiones políticas trastornan hasta los mas claros entendimientos.

¿Cómo no comprendia Suarez que, aun dado el caso de que con los indios triunfase, apenas ganada la victoria hubiera tenido que esgrimir contra ellos el acero, ó sucumbir á sus flechas?—Porque estaba apasionado, porque el prisma de su deseo le pintaba las cosas, no como ellas eran en sí, sino como verlas queria.

Hasta ahora hemos visto cómo Avila adelantó, aunque trabajosamente, no poco terreno con la nobleza europea en la fiesta de Chapultepec; ahora vamos á ver cómo se le trastornaban á D. Martin sus planes con los indios, y por eso nos estendimos en las reflexiones que preceden.

Al llegar á la plazoleta circular del bosque los personajes que sabemos, situólos D. Alonso á todos de manera que, ocultos por los árboles y maleza, pudiesen ver sin ser vistos el mas sorprendente espectáculo que imaginarse puede: tan sorprendente, que con gran des-

confianza de reproducirlo como deseáramos, emprendemos el trabajo de describirlo.

En la plazoleta circular y á la luz rojiza de gran número de resinosas antorchas, hallábanse congregados como unos cincuenta indios, en la desnudez casi completa de su primitivo trage los mas. Algunos, entre los cuales descollaba el anciano Poyahuitl, vestian ropas de sacerdotes; y otros, casi los mismos que ante D. Alonso desfilaron en aquel sitio la noche anterior, la armadura antigua de los guerreros de Motezuma. El sacerdote y los representantes de las ciudades ocupaban el escaño de césped; junto á la piedra de los sacrificios habia cuatro indios con sus mantos de algodón sobre las cabezas, arrugado el ceño, cavernosa la mirada, contraído el rostro, y con una infernal sonrisa en los labios: eran tambien sacerdotes. El resto de los concurrentes formaba círculo, partiendo del peñasco por ambos lados, hasta el escaño; y en todos los semblantes se notaba cierta espresion de feroz alegría, que en el mas sereno corazón pusiera espanto.

Pero en medio de todos, y al son de un *Huehuettl*, y tañendo un *Ayacaxtli*, agitábase como un demoniaco, mas bien que bailaba, un indio mozo, tan mozo que apenas contaba diez y ocho años, vaga la mirada, lívido en realidad el color, aunque el rostro por el ejercicio enrojecido, y con un aire indefinible de estúpido feroz entusiasmo, que heló la sangre en las venas de los europeos asi que en él fijaron la vista.

Entonces todos los que á D. Alonso acompañaban comprendieron la causa de aquella nocturna, precipitada y misteriosa espedicion; entonces todos le agradecieron á Avila que hasta aquel momento guardase silencio.

Con recordar que la conquista fechaba solo de cuarenta años á aquella parte, comprenderáse fácilmente que las costumbres de los indígenas eran para los euro-



peos muy conocidas, y por tanto que á la simple vista de lo que en la plazoleta estaba pasando, fue forzoso que los acompañantes de D. Alonso se hicieran cargo de que allí se trataba nada menos que de un horrendo humano sacrificio á la idolatría.

El Poyahuitl, ora con la vista del ara impia la noche anterior sintiese renacer en su pecho el ardiente deseo de renovar las crueles ofrendas por su mano infinitas veces hechas á los falsos dioses; ora, creyendo próxima á estallar en Méjico una revolucion, quisiera con volver á la práctica de los inicuos ritos, congraciarse á los ídolos, ó preparar á los indios para que en sí y no en los otros conjurados pensasen, el hecho es que se propuso y consiguió celebrar aquel inicuo acto.—Encontrar quien le asistiese no le fue difícil: su fanatismo exaltado, por una parte, le daba influencia suma entre sus compatriotas; y por otra, como D. Martin habia llamado á Tlatelolco á los representantes de los incivilizados, y conduciéndolos ademas al bosque, nada mas sencillo que hallar ministros y espectadores para el sacrificio. Donde estribar podia la dificultad era en proporcionarse víctima, porque en general á quien se inmolaba era á esclavos y prisioneros, y ni prisioneros ni esclavos tenían entonces los indios próscritos.

Pero, no hace mucho lo escribimos apoyados en el unánime testimonio de los historiadores todos, á tal punto llegaba entre los desdichados mejicanos el fanatismo, que no era raro, ni mucho menos, hallar quien voluntariamente se ofreciese á la muerte en honor de las mentidas deidades del Anahuac; y aunque á medida que la civilizacion iba progresando desaparecia tambien rápidamente aquella horrenda plaga del espíritu de los indígenas, todavia en la época de nuestro relato no estaba del todo estinguida.

Sucedió, pues, que cierto mancebo indio, hecho

prisionero en las montañas del Norte de Nueva España, por niño perdonado, y á Méjico conducido para que en la religion de Cristo se instruyese, dejóse, en efecto, catequizar, recibió el bautismo, y durante algun tiempo parecia sinceramente convertido. ¡Engañosas apariencias! La índole salvage predominaba en aquel infeliz, como en ciertos animales que, tal vez en su tierna edad domesticados á fuerza de perseverancia, sin embargo, apenas por completo se forman recobran tambien su ferocidad primitiva, y ó perecen miserablemente en la cadena, ó á los nativos bosques regresan. El neófito que nos ocupa era tanto ó mas idólatra despues que antes de bautizado; ningun trabajo en la sociedad civilizada le convenia; y prefiriendo la miseria en la holganza, á la comodidad de una vida metódica y laboriosa, veíasele de continuo correr los campos, ó tendido á la sombra de los árboles, entregándose á sombrías meditaciones. No siendo esclavo, parece singular que no huyese de nuevo á las montañas: la razon es obvia, sin embargo. Fue hecho prisionero porque estaba herido, y su convalecencia hizose larga: ademas á nadie conocia en Méjico, y desconfiando de los europeos como de enemigos, de los indios porque apóstatas los consideraba, no le era posible proporcionarse ni datos, ni un guia para emprender tan largo camino.

La ociosidad ó el destino le llevaron al bosque de Chapultepec; el movimiento de la fiesta le puso en casual contacto con Poyahuitl, y el instinto les reveló al uno y al otro que de una manera misma pensaban.

— «¿Por qué está el mancebo (preguntó el sacerdote) tan abatido como si la enfermedad ó los años le agoviasen?

— «La sabiduria del anciano no lo adivina? (Replicó sombríamente el cautivo.) Los castellanos destruyeron las chozas en que el mancebo se albergaba, y pasaron

á cuchillo á sus padres, y cautivaron al mancebo, y le obligaron á adorar á su Dios...

— ¡Cristiano!!

— De nombre sí: pero el corazón adora á los Dioses de mis mayores.

— ¿Pero el mancebo se postró ante los altares del Dios de los enemigos implacables del Anahuac?

— Sin armas, y sin pueblo; herido y solo; y cuando vió que todos sus hermanos adoraban al Crucificado, ¿Cómo podía resistirse el mancebo?

— Como resistió el anciano durante cuarenta años: sufriendo el tormento y el hambre: huyendo, al menos.

— ¡Ah! las fuerzas le faltaron, y el mancebo no conoce la senda que desde Tnuchtitlan conduce á las montañas de los Chichimecas!

— Tampoco hallará la de los bosques eternos, donde los espíritus de sus padres habitan, cuando deje de ser en la tierra.

— ¿Por qué el anciano, en vez de consolar al mancebo, le aflige sin misericordia?

— Porque el mancebo renegó de sus Dioses, y nada hace para aplacar su cólera!

— ¿Y qué puede hacer el mancebo, ignorante y solo? ¿Que la sabiduría del anciano sacerdote le ilumine, y los Dioses quedarán satisfechos!»

¿Para qué hemos de proseguir en la relacion circunstanciada de aquel diálogo? Fácilmente se deja conocer que un niño fanático, ignorante, salvaje, y exaltado á un tiempo por la idolatria y la desgracia, no pudo menos de ser dócil instrumento del astuto cuanto implacable Poyahuitl.

La víctima se ofreció, hasta con ruegos, al sacrificio; y fue con feroz deleite aceptada; en el bosque estaba el ara; allí ministros, allí tambien hombres dispuestos á tomar parte en los misterios del horrendo culto; nada,

en resúmen, faltaba para que la voluntad del sacerdote se cumpliera.

Con la noche fueron sucesivamente regresando á Méjico los mas de los concurrentes á la fiesta, tanto del pueblo indígena, como del europeo: los bravos andaban esparcidos por los edificios accesorios de la Quinta, entregándose al juego y al vino; los criados atendiendo al servicio de sus señores; y estos en su banquete. Solos Poyahuitl, la futura víctima y los iniciados en el secreto del sacrificio quedaban en el bosque, solo ellos. ¿Quién podia impedirles que su proyecto realizaran?—Nadie, á su entender: pero la *Serpiente de Tlaxcala* los espiaba con esquisita continua vigilancia.

Cristóbal era Tlaxcalteca, y como tal, sincero amigo de los españoles; si conjuraba contra la Audiencia, hacía lo en favor de los hijos de Hernán Cortés, no en odio de la raza europea. Cristóbal, á mayor abundamiento, profesaba de todo corazón la fé de Cristo, abominando tanto como el mas celoso misionero los ritos idólatras, y singularmente los sacrificios humanos.

Con tales disposiciones, nada mas natural que desconfiar de Poyahuitl, personificación viva de sentimientos diametralmente opuestos á los suyos, como tambien que el sacerdote desconfiase del servidor de los Valdesillas. La *Serpiente de Tlaxcala* y el *Tigre Mejicano*, momentánea y forzosamente aliados, considerábanse en el fondo como naturales enemigos, de continuo esperaban el momento de llegar á las manos, y vivían en consecuencia siempre á la lucha apercebidos.

Así Poyahuitl de nadie mas que de Cristóbal procuró ocultar sus proyectos aquel dia; así Cristóbal, notando con su sagacidad innata el aire de misterio y el cauteloso proceder de Poyahuitl, presintió desde luego que aquel trataba de engañarle. Pero durante el dia y gran parte de la noche infructuosos fueron sus esfuerzos para pe-

netrar los designios del sacerdote; este, siempre en guardia, y aprovechando para sus preparativos los momentos en que de él por necesidad se apartaba el Tlaxcalteca, permaneció como la tortuga cerrado en sus conchas.

De tal suerte estaban, curioso el uno, impaciente el otro, cuando comenzó la cena de los Marqueses. Entonces Cristóbal dijo á Poyahuitl:

—«Por esta noche nuestros servicios me parecen ya inútiles. Cristóbal se retira á la Quinta.

—Y Poyahuitl á su Chinampa. Serpiente de Tlaxcala: que un sueño plácido descienda sobre tu espíritu!

—Tigre Mejicano: que el descanso restaure tus fuerzas.»

Y Cristóbal, en efecto, entró en el Palacio de don Alonso; y Poyahuitl tomó el camino de la Ciudad, pero, apenas habia andado cien pasos, hizo alto y volvióse á mirar á su espalda, viéndolo el Tlaxcalteca que, oculto tras una de las columnas del pórtico, le observaba atento é inmóvil, sin respirar apenas. Cinco minutos ó mas permaneció quieto el sacerdote; otros tantos, como si de piedra fuera, el Tlaxcalteca. Al cabo de ese tiempo Poyahuitl, deslizándose como una fantasma de árbol en árbol, y doblando el cuerpo para ocultarse mejor, comenzó á caminar hácia lo interior del bosque con pasos cautelosos. Dejóle Cristóbal dar la vuelta á la Quinta, seguro de que, atendida la direccion que tomaba, iba á rodear la cerca del jardin, buscando en su sombra una probabilidad mas para no ser visto; y él, lanzándose como un gamo por el jardin mismo, salió al campo por la puerta que ya conocemos. A sus cálculos correspondió el resultado; á pocos minutos de hallarse tendido bajo un espeso arbusto, llegaba Poyahuitl frente á la puerta del jardin, y despues de asegurarse de la soledad del sitio, silbaba de cierta manera particular. Acu-

dió primero un solo indio á la llamada; y luego otro, y otro despues, hasta cuatro, que eran los ministros elegidos para el proyectado sacrificio. Media hora mas tarde presentóse la víctima á ponerse ella misma en manos de sus verdugos, que hasta entonces no habian pronunciado ni una sola sílaba.

—«¡Padre mio (dijo el mancebo), vamos!

—¿No flaquea tu espíritu, mancebo? (Preguntó Poyahuitl).

—¡No! Estoy pronto al sacrificio!»

Erizóronsele á Cristóbal los cabellos al oír tales palabras, y hubo menester toda su energía para que no se le escapara un grito de cólera y de espanto á un tiempo, que á la garganta se le vino.

—«Vamos, pues, contestó el sacerdote: vamos, si de tu voluntad te consagras á los Dioses!

—De mi voluntad me consagro para aplacar su enojo, para hacerlos propicios á la salvacion del Anahuac y al esterminio de los españoles. ¿Pero dónde podremos consumir el sacrificio? La espada de los cristianos no dejará al guerrero Mejicano ni morir en su religion.

—No temas: ellos mismos me han enseñado ayer un parage seguro, donde estaremos libres de su tirania. Ellos me han enseñado el ara del sacrificio.»

No pudo oír mas Cristóbal, porque ya de él se habian alejado los interlocutores; pero bastante era lo oído para que adivinase el resto. Levantóse, pues, apenas con seguridad pudo hacerlo; sin perder momento corrió á poner en noticia de don Alonso lo que ocurría; y merced á su diligencia, llegaron aquel, sus amigos y criados al lugar del sacrificio, cuando en observancia de los ritos idólatras se entregaba á la danza la voluntaria víctima.

La vista de tal espectáculo, por una parte, encendiendo en ira los ánimos de los españoles, provocábales

á arrojarse desde luego sobre los idólatras para castigar su delito: mas, por otra, les detenian dos sentimientos harto naturales en la ocasion.

Lo primero, si bien todas las probabilidades y apariencias conspiraban á probar que Poyahuitl y los suyos iban á inmolar una victima humana, era en rigor posible que á los preliminares del sacrificio se limitasen, contentándose con un vano simulacro de su antiguo culto; y aunque ya eso podia y debia considerarse como un crimen, sobre todo en aquella época, las circunstancias y sus ulteriores designios exigian de Suarez y de Avila cierta tolerancia que en otros momentos no tuvieran. Romper con los indios incivilizados abierta y completamente en el instante mismo en que acababan de obrar de modo que no les quedaba medio entre llevar adelante la conjuracion ó perder las cabezas; y romper porque se entregasen á un acto de idolatría, culpable ante la religion, mas al cabo ante la humanidad inocente, fuera en verdad un delirio.

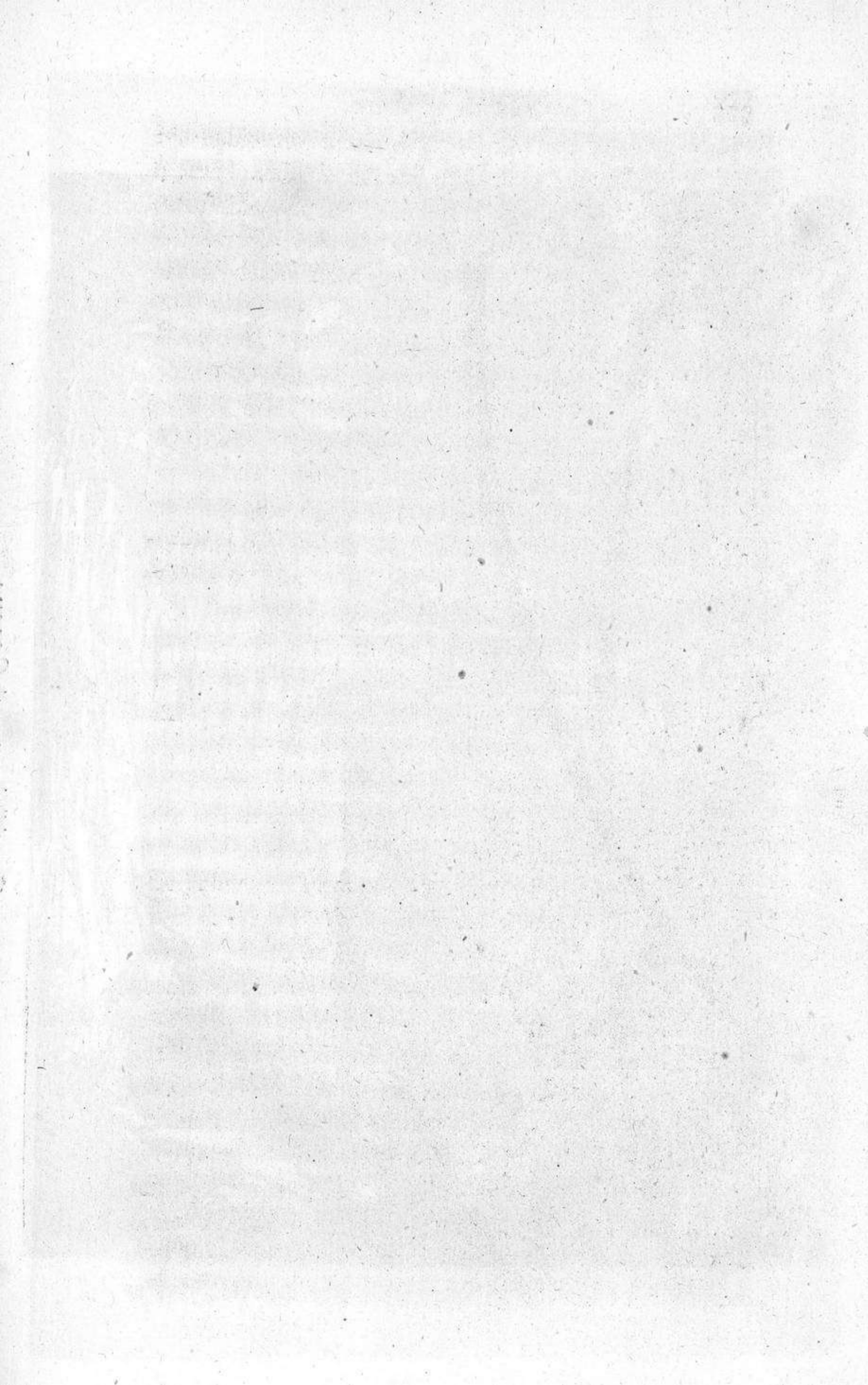
Y á tan graves poderosas razones para no precipitarse, se agregaba en aquellos caballeros y sus servidores mismos un sentimiento involuntario de anhelante curiosidad, de angustiosa impaciencia, que sus ojos fijaba en el indio mozo, que sus respiraciones comprimia, que sus miembros paralizaba. Esplicar con palabras tal fenómeno fuera prolijo, ya que no imposible: mas ¿Quién habrá que alguna vez en su vida no haya pasado por una situacion análoga?—¿A quién no le aconteció presenciarse involuntariamente, ya una dolorosa y larga operacion quirúrgica, ya el suplicio de un criminal; y lleno de espanto, y padeciendo horriblemente, no ser, sin embargo, poderoso á apartar los ojos del atroz espectáculo?—Pues tales estaban Suarez, Avila, Valdestillas, Cristóbal, los bravos y los caballerizos, ante la plazoleta del bosque de Chapultepec.

«Pero dijimos los bravos, y nuestra veracidad nos obliga á enmendar la frase; porque si Almanegra, á pesar de ser un asesino de oficio, estaba, en efecto, realmente conmovido, el melifluo Absalon decía:— «Páreceme que vamos á hacer aquí una solemne necesidad!—¿Qué nos importa, en resumen, que estos buenos indios se sacrifiquen y coman unos á otros, puesto que tal es su gusto? Si por mí fuera, no solo les dejara hacer, sino que tal vez me decidiria á probar un bocado del banquete: bueno es acostumbrarse á todo por lo que tronar pudiese!»

Como se vé las doctrinas del escelente bandido llamado indistintamente *Felipe*, como el Rey prudente, y *Absalon*, como el Principe de los demasiado largos cabellos, no pecaban ni de severas ni de intolerantes.

En tanto y prosiguiendo la víctima en su fatídica danza, acercábase algunas veces á la piedra de los sacrificios, y siempre que así lo hacia tendíanle los brazos los cuatro satánicos ministros, y Poyahuítl, brillándole los ojos de gozo infernal, fijábalos en el mancebo, al propio tiempo que con la mano derecha acariciaba convulsivamente el mango de un cuchillo que bajo el manto escondia.—Pero la víctima, no llegaba á la piedra, sino que, girando rápida sobre sí misma, y exagerando los movimientos del baile, volvía otra vez al centro del círculo por los indios formado.—¿Revelóse el instinto de la conservacion contra las inspiraciones del fanatismo?—¿Vaciló tanto la carne que llegó á contrapesar la resolución del espíritu?—Imposible penetrar en ese abismo de contradicciones que se llama el corazón del hombre; imposible poner en claro los misterios de la perversion de los instintos naturales, por las ideas adquiridas, por los sentimientos artificiales.—Todo lo que podemos decir es que, visiblemente, tres ó cuatro veces tuvo impulsos el mancebo de entregarse á la muerte, y otras







E. VARELA

tantas retrocedió, y todas ellas el despecho y la impaciencia se pintaron en los rostros de los indios que el sacrificio esperaban con ansia.

Ya la última, no pudiendo Poyahuitl contenerse mas tiempo, irguióse en su asiento como el *Boa* en los desiertos arenales que habita, exclamando en voz estentórea y aterradora:

—«¡El momento es llegado!—¡Los Dioses reclaman  
»su ofrenda!—¡Los bosques siempre floridos, las prade-  
»ras nunca agostadas, los manantiales eternamente fres-  
»cos y cristalinos, esperan al que se consagra á la sal-  
»vacion del Anahuac y al esterminio de sus maldecidos  
»opresores!—¡Que la voluntad de los Dioses se cum-  
»pla!!!»

Y entonces los músicos, tañendo con furibunda energia los instrumentos, produjeron un infernal estrépito que, repetido por los cavernosos ecos del bosque, parecia preludiar al desquiciamiento del universo; y entonces el infeliz mancebo, alzando á un tiempo á la estrellada bóveda celeste los ojos y los brazos, dejóse caer en los de los cuatro ministros del sanguinario culto; y entonces aquellos, con increíble presteza, tendieron á su victima sobre la piedra de los sacrificios, con la cabeza á la parte mas alta, y sujetándola de modo que le fuera imposible todo movimiento.

Entonces, tambien, Poyahuitl encaminóse al ara, cubierta la cabeza con el manto, echado atrás el cabello, fulgurantes los ojos y blandiendo el cuchillo con feroz solemnidad.....!

Un minuto mas y el crimen estaba consumado: pero no concedió la Providencia ese minuto á aquellos infelices fanáticos, mas aún que sanguinarios homicidas.

Apenas Poyahuitl se habia apartado un paso del escaño, sonó tremenda la voz de D. Alonso, dominando el estrépito de los salvages instrumentos, y dijo:

«En nombre de Dios, ¡a ellos! Y que perezca el que osare resistirse!!!»

Y en el momento mismo (los tres caballeros, Cristóbal, los dos bravos, y los dos caballeros de Avila) aparecieron como otros tantos vengadores ministros del Altísimo, contra los empedernidos idólatras) enviados.

Los cuatro sacerdotes, abandonando su víctima, corrieron á ocultarse en la gruta del peñasco; el mancebo, incorporándose maquinalmente, consideraba á indios y á europeos como un demente á las personas que á su jaula se acercan; los demás indígenas quedaron como petrificados; solo Poyahuitl se conservó sereno é impenitente.

—«¡Castellanos! (esclamó con altivo invencible orgullo) Inmolad al sacerdote en vez de la víctima que vuestra cruel humanidad sustrae á los Dioses inmortales! Inmoladle, si, porque mientras él viva tendreis un implacable enemigo. Asesinos de Motezuma y de Quauhquemotzin, devastadores del Anahuac, sacrílegos enemigos de sus deidades tutelares, cebad vuestra ira en un anciano indefenso, único resto de la monarquía mejicana! Herid, herid, que yo espiraré maldiciéndoos á todos!!!»

Almanegra, cuya filosofía era, como sabemos, un poco demasiado espeditiva, horrorizado de oír al pertinaz idólatra, alzó sobre él la daga, y esterminárale con certero golpe á no detenerle el brazo D. Alonso de Avila, que por dicha estaba próximo al sacerdote mejicano.

—«Fente (dijo) y déjale vivir, que quiero así pagarle la vida que le debo. Poyahuitl: nada nos debemos ya, y si otra vez reincidieres, cuenta con que te entregaré á la justicia.

—¿A cual? (replicó el indio sin que el perdonarle entonces hiciese mella en su alma de roca.) ¿A la justicia contra la cual conjuras, castellano; ó á la de los conjurados? No creas que te agradezco la vida: sin la

libertad de mi patria, sin el triunfo de sus Dioses, para nada la quiero!

—Basta (esclamó Suarez); esta escena no puede prolongarse por mas tiempo.— Vosotros (*á los bravos*) aseguraos de Poyahuitl y de ese miserable á quien el terror embrutece (*el mancebo victima*). Yo os diré luego á dónde debeis conducirlos.

Dadas esas órdenes, que fueron pronta y puntualmente ejecutadas, dirigió don Martin enérgicamente la palabra en idioma mejicano á los restantes indios que, cojidos por una parte de sorpresa, y por otra sin armas con que poder resistir á las de fuego, considerábanse y estaban realmente, á pesar de su numérica superioridad, á merced de los castellanos. Estos, sin embargo, no pudiendo entregar los culpables á la justicia, porque dueños muchos de aquellos, y singularmente Poyahuitl, del secreto de la conjuración, con revelarla esquivaran su castigo (y perdieran á sus vencedores, hubieron de contemporar con los indios; y por eso Suarez, despues de haberles afeado sin contemplaciones su proceder, despidiólos, exigiéndoles solemne juramento de guardar silencio absoluto sobre aquella para todos tristísima aventura.

Con Poyahuitl y el mancebo no fuera prudente obrar del mismo modo, pues el primero por espíritu de venganza, y por fanática debilidad el último, era mas que probable que, si libres quedaran, habian de ser á los planes de los conjurados altamente perjudiciales. Por tanto Avila y Suarez de acuerdo con don Fernando y Cristóbal, dispusieron que fuesen los dos indios por Absalon y Almanegra conducidos á cierta torre que en el bosque habia, y allí hasta nueva órden permanecieran presos.

De esa manera se terminó el inesperado lance que dejamos referido, sin estrépito; al parecer sin graves

consecuencias; mas al regresar á la Quinta, Suarez dijo á don Alonso:

—«Hemos perdido á los indios; y sin ellos...»

—Sin ellos, como con ellos, don Martin (respondióle Avila), ya no podemos volver atrás el pie, ni aun la vista. La suerte está echada, que el Destino decida lo que haya de ser de nosotros.»

## CAPITULO XV.



consecuencias; mas al regresar á la Quinta, Suarez dijo á don Alonso: — Hemos perdido á los indios; y sin ellos, como con ellos, don Martin (respondióle Avila), ya no podemos volver atrás el pie, ni aun la vista. La suerte está echada, que el Destino decida lo que haya de ser de nosotros.

## CAPITULO XV.

DE COMO AUN NO ESTABA AGOTADO EL DE LAS PERIPECIAS DE LA NUNCA BIEN PONDERADA FIESTA DE CHAPULTEPEC.



CONSIDERADO todo bien, hay que convenir en que la fortuna es una deidad caprichosa, pero con ingenio, que se divierte singularmente á expensas de la infinita vanidad del bípedo implume que, con tanta modestia como fundamento, acostumbra á llamarse *Rey de la creacion*.

Juguete de los sucesos, esclavo de sus pasiones, víctima de las agenas, sujeto como una zanahoria á la humedad y á la sequía, como un termómetro al calor y al frio; impotente contra las enfermedades; pasando la mitad de una vida que no basta ni á ver formarse un árbol, sepultado en el sueño, la otra mitad entre las fun-

ciones de proveedor de su estómago, y los inconvenientes de la digestion, el hombre se llama el mas perfecto de los seres creados!—¡Alta idea tiene del Creador!!

—Pero (se me responde) la inteligencia, la inteligencia es la que hace superior al primero en el orden de los bimanos, sobre el resto de los animales.—De poco tiempo á esta parte, ya en fin convenimos en que somos animales, ni mas ni menos que los mastodontes y las cucarachas. ¡No es poca modestia!—¿Con que la inteligencia, nos hace superiores?—Lo celebro mucho: ello es verdad que nos falta el instinto segurísimo con que otra porcion de razas distinguen lo que les es nocivo de lo que les conviene, y en cambio tenemos el don de inventar venenos y armas para esterminarnos; que á medida que progresamos en lo que se llama civilizacion, vamos acortándole el plazo á la vida, y haciendo casi imposible que unos pocos subvengan á su infinitas necesidades, sin que otros perezcan á millones en la miseria. Es verdad tambien que nuestra elevada inteligencia apenas conoce una verdad en el orden de las ideas morales, y que aun las palmarias encuentran quien las niegue; que en el orden político somos tan inteligentes que resolvemos á cañonazos todas las cuestiones de gobierno; que en el orden social hemos llegado á tener por cosa averiguada que estando ya todo lo peor posible, tratar solo de buscar remedio es un crimen imperdonable.—Todo eso es verdad: pero en cambio... ¡Ah, sí! En cambio nada creemos, nada respetamos, y por eso somos los Reyes de la Creacion y los juguetes de la fortuna, que era lo que al principio deciamos.

Y esta vez no sin motivo, pues si se recuerda que, sin mas razon que la de divertir las melancolias del enamorado de su consorte, se le ocurrió á D. Alonso de Avila la peregrina idea de celebrar en Chapultepec una estrepitosa fiesta, se verá cómo la inteligencia de aquel



caballero, uno de los Reyes de la Creacion, se vió por los sucesos completamente burlada.

Primeramente y desde luego, lo que habia de ser fiesta se convirtió en acto de conjuracion, que no es pequeña diferencia: luego ya el origen de la idea dejó de tenerse en cuenta, no pensándose para nada en Fernando de Valdestillas; despues las invitaciones, en vez de alegrar, conmovieron los ánimos; en seguida doña Elvira, que habia de hacer los honores de su casa á los de la Audiencia, comenzó por darles de latigazos, y D. Alonso hubo de matarlos á cuchilladas en compensacion.

Pues en vez de deslumbrar á los Doctores, se les declaró palmariamente el secreto de la conjuracion; y Fernando salió mucho mas triste que habia ido al bosque; y su padre con mas angustias; y Juan Ponce convencido de ser de la familia innumerable de los corníferos; y Catalina convicta y confesa de liviana; y Boca negra en disposicion de regalarle el alma al Diablo con dinero encima para que la tomase; y Leonor desairada en todos conceptos; y Beatriz descontenta de su page; y la culta Ines mas empalagosa que nunca.

Por lo que respecta al Marqués del Valle le tenemos gravemente comprometido, asi como á los demas inocentes conspiradores, sin saber ellos cómo. ¿Y qué diremos de Elvira, de Suarez y de D. Alonso? Tan reciente está el relato de sus aventuras y desventuras, que no creemos necesario recordarlo siquiera para que se nos conceda que salieron todos harto mal parados de la tal fiesta.

Pero ¿por qué decimos salieron, si todavia tenemos la cena pendiente? Dijimos mal y nos corregimos: estaban todos harto mal parados cuando con el suceso de Poyahuitl parecia que debieran haberse terminado las peripecias de aquella jornada en incidentes sobrado fecunda.

Durante cerca de una hora que duró la ausencia y expedición de D. Alonso con Suarez y Valdestillas el mozo, siguió la cena el ordinario curso de tales banquetes; á medida que el número y cantidad de las libaciones iba creciendo, soltabanse las lenguas, abrianse los pechos, y perdiendo pié, por decirlo así, las inteligencias, solo restaba de cordura lo indispensable para que no degenerase el aristocrático festin en descabellada orgía.

Y si tal no llegó á suceder, conviene advertir que no fue debido, no á la presencia del Marqués, porque este, siendo soldado allá en las guerras de Flandes, habia tomado á los goces gastronómico-báquicos mas afición de la compatible con la severidad primitiva de las costumbres castellanas: quienes realmente contuvieron á los convidados dentro de los límites de la decencia, y eso ensanchándolos cuanto pareció posible, fueron la Marquesa, doña Elvira, doña Juana de Sosa, y algunas otras damas de elevada clase y de tan honrada como justa fama, allí presentes.

Proscrita, pues, toda conversacion licenciosa, hubo de refugiarse la locuacidad debida al zumo vivificador de la vid, en dos temas que, realmente, como partes de un todo mismo podemos considerar, y fueron: primeramente la murmuracion contra los Doctores y sus parciales; y segundo, los descabellados proyectos de alzamiento, unas veces en transparentes alusiones envueltos, otras sin rebozo declarados.

Al Dean acontecióle aquella noche lo que á todo cobarde por los sucesos y circunstancias forzado á arriesgar su persona: mostrarse temerario hasta la locura. Verdad es que despues del brindis que referimos al fin del capítulo que al anterior precede, todo lo demas que decir y hacer pudiese importaba poco, pues que entonces ya se declaró el eclesiástico en abierta rebelion contra el legitimo gobierno.

Circulaban los vasos en medio de la algazara; oíanse mezclados los nombres de los gobernantes de Méjico con los de Hernan Cortés y de sus hijos; brindábase sin término ni concierto; y habian, en fin, llegado la embriaguez cortesana y la embriaguez política á su apógeo; en el momento en que Suarez, D. Fernando y Avila, entraron en el salon del banquete, de regreso de su expedicion á la plazoleta del bosque; tan melancólicos y preocupados como era indispensable que lo estuviesen despues de tan triste lance.

Difícil será describir el efecto que produjo en ellos la escena de que rápidamente hemos procurado dar idea; porque nada hay tan desconsolador para hombres por pensamientos graves y melancólicos dominados, como el espectáculo de la desconcertada alegría que el vino origina en una reunion numerosa.—Suarez, de suyo místico, y que todo en el mundo lo miraba como negocio serio; Fernando de Valdestillas, á quien la desesperacion de su infeliz, primero y único amor dominaba; don Alonso, en fin, huérfano de toda esperanza en los terrenos afectos; y todos tres acabando de ser testigos de un fúnebre drama, en el cual vieron desvanecerse, por decirlo así, uno de los principales elementos de su audaz empresa, ¿Con qué sentimientos, que los de la mas amarga decepcion no fuesen, podian contemplar á los hombres en quienes ya estribaban sus postreras ilusiones de victoria, mirándolos incapaces de razon, ó poco menos, y oyéndolos tratar como asunto frívolo aquel en que se versaban millares de vidas y la suerte de un imperio?— ¡Ah! los gefes de partido, son bien desgraciados! Para ellos no hay ilusion posible; mas tarde ó mas temprano la humanidad se les presenta desnuda, ostentando cínica la hediondez de sus vicios, de su debilidad, de su insignificancia. Y ellos solos no pueden, no deben tronar contra las flaquezas ni las culpas mismas de sus parcia-

les; ellos solos tienen obligacion de fingirse engañados, de aparentar que creen imperecedero el frágil, deleznable pedestal en que insisten; á ellos toca el degradante oficio de cubrir con el manto de su magnanimidad ó de su ambicion las úlceras que corroen el cuerpo político de que son cabeza! — ¡Grandes, inmensos, es preciso que sean los goces de la dominacion para las almas de aquellos que se afanan por mandar á los hombres! Quizá lo sean, en efecto: pero no los envidiamos ciertamente.

En fin, nuestros caballeros, no solo tuvieron que ocultar la repugnancia, al principio casi invencible, que el espectáculo del banquete les causaba, sino además que resignarse á tomar parte hasta cierto punto en la general embriaguez, que amenazaba ya degenerar en báquico frenesí, cuando súbito abriéronse de par en par las puertas del salon, y apareció en el dintel de ellas la figura ascética, melancólica y grave de un religioso franciscano, quien, cruzando los brazos, y con misericordiosa severidad tendiendo la vista delante de sí, permaneció durante algunos segundos inmóvil y silencioso.

Era Fr. Diego de Olarte, Provincial del Santo Evangelio en Méjico.

Al verle, como cuando ante el impío Baltasar en su postrera cena, escribió con caractéres de fuego la mano de un espíritu invisible aquellas terribles palabras «MANE, TECEL, PHAREZ» que su inmediata ruina pronosticaban; al ver, decimos, al santo religioso, instantáneamente enmudecieron las lenguas todas, cada cual como petrificado conservó la actitud en que la aparicion le cogiera, las copas no llegaron á los labios que casi las tocaban, los ojos fueron á fijarse en un mismo y solo punto: el rostro venerable del apóstol seráfico.

No somos optimistas, ni mucho menos; quien nos haya hasta aquí leído debe saberlo; quizá la amargura de infinitos repetidos desengaños haya impregnado su

huel congesceso en nuestro espíritu: pero hay todavía una cosa en el mundo en que creemos, y es en el poder de la virtud sobre el vicio. Poder puramente moral, sí; poder que no evita que el bien sucumba al mal las más veces; poder que no apaga ni el fuego en que se quema el incienso de la adulación, ni la llama de las hogueras que á los mártires de la causa de la verdad devoran: pero poder que indudablemente humilla el espíritu del esclavo del vicio ante los pocos que, con la vista fija en el Cielo, caminan por la estrecha senda de la virtud, sin curarse de los abrojos que su planta ensangrientan, ni de las espinas en que el lacerado cuerpo van dejándose á pedazos deshecho.

Pues bien, ese poder irresistible, ese destello de la justicia de Dios, ese rayo de luz á cuyo resplandor encuentra el justo su camino en el oscuro valle de las iniquidades; fue el que ante el pobre, descalzo, humilde y hasta ignorante fraile, hizo doblar la frente á toda la mejicana aristocracia en el palacio de D. Alonso de Avila. Los mismos que un momento antes desafiaban el poder material y legal de los ministros y representantes del Monarca entonces mas poderoso de Europa, de ese Rey cuyo solo nombre aún hoy, despues de siglos de consumido su cuerpo, pone espanto en los tímidos, y causa horror á los fuertes; los mismos, vuelvo á decir, que al abrirse las puertas del salon hablaban sin rebozo de minar un trono para erigir otro nuevo á su caudillo; y que, si en vez de Fr. Diego vieran presentárseles á Juan de Samano al frente de sus alabardas, recibieranle indudablemente con las puntas de los aceros; esos mismos, en presencia del humilde religioso, sentíanse acobardados invenciblemente, y ni á proferir un solo acento acertaban.

¡Ah, sí! El poder moral de la virtud es tan innegable como la existencia misma del Dios justo que todo lo ha creado.

Por su parte el anciano misionero contemplaba con profunda amargura el espectáculo de aquel banquete, y no tanto por lo que con su constante sincero ascetismo tenia de contradictorio; no tanto por los excesos que el estado de los mas de los concurrentes revelaba se habian cometido, como por la falta de amor á la humanidad que á sus ojos suponía el prepararse con una orgía á la rebelion; el encender, por decirlo así, en la llama de la última moribunda antorcha de las que el festin iluminaban, la tea abrasadora de la civil discordia.

Fr. Diego, en efecto, estudiante y soldado en sus mocedades, uno de los conquistadores despues, en continuo roce con un pueblo semi-salvage, semi-civilizado, durante casi medio siglo, viviendo á la sazón aún entre indios ignorantes y europeos aventureros, y en fin, y sobre todas esas circunstancias, recibiendo en el confesionario la confianza de todas las miserias humanas, ni podia ignorar las costumbres de su época, ni sorprenderse de la desmedida aficion á los manjares esquisitos y á los raros vinos, que en la plebe y en la nobleza de Nueva España iba rápidamente entonces desarrollándose.

El pecado, pues, de la gula, reprehensible porque pecado era, no podia, sin embargo, escandalizarle, y menos afligirle hasta el punto que lo parecia en el momento á que aludimos. Lo que sí le escandalizaba en alto grado, lo que sí afligia aquel generoso cristiano corazón, era ver á los hijos de su amigo, de su compañero, de su caudillo Hernan Cortes, lanzados á cuerpo perdido en la senda de la rebelion, y con ellos á los mas de los nobles de Méjico prontos á promover una guerra civil, cuyos inmediatos efectos y seguros resultados no podian menos de ser lágrimas, sangre, ruinas y crímenes.

Porque Fr. Diego nada ignoraba hacia mucho tiem-

po de cuanto Suarez, Avila y Bocanegra, con sus cómplices tramaban en Méjico; nada, absolutamente nada ignoraba, aun cuando á la conjuracion era completamente extraño, y mas que extraño contrario, pues por acto injusto y punible la tenia. ¿Cómo, pues, sabia cuanto pasaba?—Primeramente, porque siendo su órden considerada, y con razon, como protectora de los indios y contraria á la Audiencia, ninguno de los parciales del Marqués se ocultaba de los frailes franciscos; ademas porque el mismo Fr. Diego, por sus antiguas relaciones con la familia de Cortés, se veia en la precision de frecuentar el palacio de su hijo, y allí todo respiraba odio á los Doctores; y luego porque su trato con Avila, con los Valdestillas, con todos los nobles, en resúmen, era imposible que no le revelase el para todos mal guardado secreto de la conjuracion.

Todo eso, sin embargo, no esplica cómo ni por qué en las altas horas de la noche, dejando la soledad del claustro y la ciudad misma, acudió el venerable Provincial al bosque de Chapultepec; y suponiendo al lector un tanto curioso, vamos á decirle las causas de aquel verdaderamente extraordinario suceso.

Desde que se anunció la fiesta de D. Alonso comenzó el misionero á recelar un desman, pues los ánimos estaban ya tan irritados, que con facilidad podia preveerse que en tan gran reunion se inflamasen con razon fundada quizá, bajo el mas frívolo pretesto acaso, y talvez sin razon ni pretesto. Convidóle Avila, y á pesar de la aversion que por carácter y estado debian inspirarle y le inspiraban tales festines, hubo un momento en que estuvo Fr. Diego para aceptar el convite, diciéndose que tal vez su presencia enfrenaría á unos y á otros: mas luego, tomando aquel pensamiento, fruto de la conciencia que de su virtud tenia, por una sugestion del mundanal orgullo, resolvióse á no ir al bosque de ma-

nera alguna. Ni á censurar ni á aplaudir su resolucio- nos atrevemos, porque si bien es cierto que no era reu- nion aquella para un humilde fraile francisco, no menos lo es que el Provincial gozaba de crédito y autoridad moral bastantes para que, por respetos á su persona, muchos se hubieran abstenido de soltar la rienda á sus pa- siones. Asi no puede negarse que algo hubiera calmado los ánimos la presencia de Fr. Diego en la fiesta : pero ¿Hubiéralos calmado lo bastante para impedir el rompi- miento que tuvo lugar entre los del Marqués y los de la Audiencia? Dudoso nos parece que tal resultado consi- guiera, y en tal caso, estamos por decir que hizo bien en abstenerse el varon apostólico.

Mas su espíritu no estaba tranquilo, ni podia estarlo: á los hijos de Hernan Cortés, á D. Alonso de Avila y á D. Fernando de Valdestillas el mozo, mirábalos el buen religioso como á hijos propios, y esos eran precisamen- te los que, como directores ó principales en aquel ne- gocio, mayores riesgos corrian. D. Martin Suarez de Monroi, ademas, pasaba á sus ojos por un modelo de virtud, de probidad, y aun de sabiduría y cordura en todo lo que con la malhadada conjuracion no se rozaba; y D. Martin, tambien, D. Martin mas que ninguno, ju- gaba en aquel lance la cabeza.

¡Y los indios conversos! *Los pobrecitos indios*, co- mo Fr. Diego los llamaba. ¿Qué iba á ser de ellos, una vez lanzados, casi inermes, á los azares de una revolu- cion? ¿Qué de su fé ignorante, qué de sus cristianas costumbres aún no bien arraigadas, en medio del tumul- to y de la licencia inseparables de toda guerra civil?

No estaba, pues, tranquilo el Provincial, y sobrá- bale razon para no estarlo.

Desde que lució la aurora del dia de la fiesta, pos- trado ante los altares, invocaba Fr. Diego la misericor- dia del Altísimo, rogándole se dignara apartar de Méjico



y de aquellos á quienes amaba singularmente , el azote amargo de una insurreccion. Pero el Supremo Hacedor, dejando obrar á las causas naturales, y á cada cual en el libre uso de su alvedrio , por entonces, al menos, no dió oídos á las súplicas de su siervo.

A medida que iba entrando el dia acrecentábanse tambien los motivos de inquietud del santo Prelado. Su convento era, por decirlo asi, el cuartel general de la poblacion indígena, y el punto de concurrencia favorito de muchos europeos ademas. Allí se sabia todo lo que en Méjico pasaba, y sabiase por minutos. ¿Cómo? Imposible esplicarlo, pero no por eso deja el hecho de ser cierto: todo se sabia en el convento de San Francisco antes que en parte alguna, y eso sin que los religiosos se tomaran siquiera la molestia de hacer una sola pregunta. Otro tanto acontece aún hoy en los conventos de monjas, cuyos locutorios se asemejan á la famosa estancia en forma de oreja, desde la cual oia el Tirano de Siracusa hasta los suspiros de los infelices que en los calabozos de su cruelmente ingeniosa cárcel gemian.

Asi, pues, fueron llegando sucesivamente á noticia del Provincial todos los ruidosos lances de la fiesta de Chapultepec, desde la derrota de los Doctores por doña Elvira, hasta la fuga de los mismos poco antes de la comida; y dejamos á la consideracion del curioso imaginar cuáles serian su ansiedad y disgusto, viendo que tan tristemente se realizaban sus temores.

Tan luego como supo el Provincial de una manera indudable que la Audiencia se habia retirado del palacio de Avila, sin despedirse siquiera de su dueño, hizose cargo de que aquello era un verdadero rompimiento, una declaracion de guerra hecha ó aceptada, pero positiva, del Gobierno á la nobleza y gran parte del pueblo. Su intervencion, por consiguiente, iba á ser indispensable, y no solo indispensable, sino obligatoria; porque todavia

en aquellos tiempos, y sobre todo en las Américas españolas, habia muchos ministros del Crucificado que contaban entre sus principales deberes el de oponerse en lo posible al derramamiento de sangre y aplacar los rencores y extinguir la discordia. ¡Por qué no se limitaron siempre á tan piadosas funciones! ¡Por qué dejaron muchas veces de cumplir con ellas, para empuñar el acero, ó predicar la matanza!—En fin, Fr. Diego era un verdadero sacerdote segun el divino Maestro: Fr. Diego se creyó obligado en conciencia á interponerse entre los dos bandos, al verlos á uno y á otro por las pasiones dominados y próximos á lanzarse á las calles con la espada en una mano y la antorcha incendiaria en la otra; y cuando Fr. Diego creia tener obligacion de hacer una cosa, hacíala siquiera la vida pudiera costarle.

Su posicion era delicadísima, no obstante: como gefe de su órden, como individuo de ella, como antiguo conquistador, y como amigo del Marqués del Valle, en todos esos conceptos considerábale la Audiencia enemigo suyo, y hasta cierto punto no sin causa. El Provincial defendia las inmunidades de sus administrados, y sobre todo el privilegio de la cura de almas, ó lo que es lo mismo el protectorado de los indios, que el clero regular, con el apoyo de la curia civil, le venia de años atrás disputando; el Misionero alzaba la voz, y la alzaba de modo que llegase hasta el trono de los dos mundos, contra las vejaciones, gabelas y malos tratos que sobre los indígenas pesaban; el conquistador que fue, nunca ocultó su veneracion á la memoria del Héroe de la conquista; el amigo del Marqués del Valle siempre se manifestaba pronto á defenderle de toda injuria... ¿No tenia razon la Audiencia para considerar como enemigo á Fr. Diego? Segun se juzga en política, razon tenia y sobrada. Es cierto que el Provincial predicaba, y pública y fervorosamente, la paz entre los hermanos, la obediencia al

César, la sumision á las leyes. Pero ¿No predicaba tambien la igualdad de las razas, la mansedumbre con los débiles, la justicia para todos, la tolerancia reciproca? Pues lo primero para nada se le tomaba en cuenta, porque con la igualdad de las razas era incompatible la esclavitud de los indios, en la cual consistia la riqueza de los empleados; de la mansedumbre con los débiles, los indios tambien y los pecheros habian de aprovecharse; la justicia para todos excluia los privilegios del bando dominante; y la tolerancia recíproca, en fin, desarmaba á los armados que eran los gobernantes. Por tanto las doctrinas de Fr. Diego considerábanse subversivas, y ya que el respeto que entonces se profesaba á la cátedra del Espíritu Santo, diese al púlpito entonces gran parte de los privilegios de que hoy debiera gozar la tribuna política, no podia menos de considerarse enemigo de la Audiencia y del Rey por estension, á quien tales heregias sociales osaba sostener de continuo.

De ahí resultaba, sin que el franciscano lo ignorase, que al dirigirse á los Doctores habia de ser escuchado, no ya con desfavorable prevencion solamente, sino como se escucha á un enemigo declarado, buscando en sus palabras un sentido diametralmente opuesto al que de su genuina significacion debiera deducirse.

Por otra parte, con aquellos mismos que por suyo hasta cierto punto le contaban, iba á ofrecerle graves inconvenientes el papel que su conciencia á desempeñar le obligaba; porque ¿A quién escuchan benévolos los partidos cuando á la satisfaccion de sus pasiones se opone? ¿Quién no se impopulariza combatiendo contra el comun exaltado sentimiento?

Y eso era precisamente lo que habia de hacer Fray Diego: oponerse de frente á las pasiones, combatir el loco deseo de batalla que á los del bando del Marqués enardecia.

Cualquier hombre de Estado, en situacion semejante, diérase por muy satisfecho si lograba mantenerse al paio en mar tan revuelta, y para conseguirlo quizá apurase los recursos todos de su ingenio, y las astucias en una larga esperiencia aprendidas. Si el Dean D. Juan Chico de Molina, por ejemplo, se viese á salvo en un convento, no le sacaran de él ni con arcabuces: pero Fr. Diego, que ni era hombre político, ni canónigo egoista, apenas por los datos que sabemos y por la noticia, á ellos posterior, que tuvo del triunfal sedicioso recibimiento hecho al Marqués en el bosque, adquirió la conviccion de que debia arrojarse en medio de los bandos, como el Romano famoso á la sima, comenzó á poner por obra tan santo como arriesgado pensamiento, saliendo de su monasterio, descalzo como siempre, con su báculo en la mano, y un hermano lego por compañero.

Conviene advertir, para evitar confusiones, que por mucha que fuese la rapidez con que iba sabiendo Fray Diego lo que en la fiesta ocurría, al cabo tiempo necesitaban las noticias para llegar desde el bosque al convento; y como no las llevaban ni correos ni aun propios, sino indios ó europeos de las clases inferiores de la sociedad, de los que por diversas razones regresaban á Méjico antes de que lo hiciese la muchedumbre, compréndese que la rapidez de su viage distase mucho de la telegráfica, y que en consecuencia fuese ya anochecido cuando emprendió el venerable prelado su pacífica peregrinacion.

Su primera visita fue á D. Luis de Velasco, quien, como era de esperar, le recibió con muestras de la mas alta consideracion y profundo respeto. Dolióse el futuro Virrey con Fr. Diego de los sucesos de aquel dia, mostrándose ademas desapasionado en sus juicios, y prudente en sus propósitos; mas cuando el franciscano le propuso

que se le uniera para terciar como conciliador en el negocio, respondió, urbanamente sí, pero al mismo tiempo sin ocultar que habia tomado una resolución inalterable:

—«Vuesa Paternidad Reverendísima ha de considerar que yo soy aquí un extraño mas que otra cosa. Capitan General de un ejército destinado á la Especería, solo allá tendré autoridad; en Nueva España estoy como de paso. Si alguno, sea quien fuere, faltase en Méjico á lo que al Rey se debe, como noble y como vasallo y como Capitan, acudiré á cumplir con mis obligaciones: mientras tal no suceda, deplorando igualmente los excesos de los unos y las demasías de los otros, debo permanecer y permaneceré completamente neutral.»

En vano con sentidas palabras demostró el religioso á Velasco que permanecer neutral en tales lances equivale á consentir que dos hombres se esterminen en singular combate, pudiendo impedirlo; en vano le hizo patente que una palabra suya seria de gran peso para los Doctores, quienes, como á gefe de la fuerza militar única á la sazón organizada en Nueva España, le tenían grandes consideraciones: D. Luis, sin acalorarse, sin que la sonrisa se retirase de sus labios, conservando siempre en las frases, como en el tono de voz y en las maneras, su aire deferente y hasta respetuoso para con el fraile, permaneció firme en su resolución primera.

Diremos la causa de aquel que, pareciendo obstinacion, era en realidad propósito admirablemente calculado: el Capitan General, aspirando á ser Virey de Méjico, se decia que cuanto peor gobernase la Audiencia y mas se hiciese sentir la necesidad de un hombre de acción, de un soldado, al frente de aquel reino, tanto mas tambien se facilitaban sus pretensiones.—¿Qué cosa era la peor que podia acontecer?—¿Qué llegasen á las manos con los partidarios de los Doctores los parciales del Mar-

qués, antes que á la Metrópoli las nuevas del estado de los ánimos y de la necesidad de confiar á una sola y vigorosa mano las riendas de aquel Estado?—«Pues entonces (pensaba Velasco), entonces intervendré á mano armada y definitiva y victoriosamente; y la victoria me hará Virey. En tanto allá se las avengan unos con otros, que yo lavo mis manos.»

Y con un hombre así dispuesto fuera estéril la elocuencia del mismo San Crisóstomo, cuanto más la del pobre Fr. Diego de Olarte; así el buen religioso, triste aunque no desalentado, salió de casa de D. Luis de Velasco sin adelantar cosa alguna, y con más deseos que esperanzas de ser más dichoso con los Doctores.

Ni Villalobos, ni Orozco, estaban en sus casas; en la de Ceinos supo el Provincial que así el Doctor Presidente como sus colegas se hallaban con el Cabildo (el de los Regidores) celebrando junta en el Palacio de la Ciudad. Noticia más alarmante para el santo mediador no podía darse: hay un proverbio que acaso conocía Fr. Diego, y dice: *Junta de Rabadanes, res muerta!*

Ello poco prometía, en verdad, de pacífico el que, mientras en el bosque los caballeros, se juntasen en las casas consistoriales el cabildo y la Audiencia: pero por lo mismo confirmóse más que nunca el prelado en su idea de ser absoluta, y entonces ya urgentemente necesario, intervenir en aquel negocio. Encaminóse, en consecuencia, tan de prisa como sus años lo consintieron, al consistorio; y llegado á él, con tales veras y eficacia insistió en ver á los Señores de la Audiencia, que los porteros, á pesar de las severas órdenes que para no interrumpir la junta bajo pretesto ninguno tenían, creyéronse obligados á faltar aquella vez á su consigna. Tratábase de un Provincial, y en los tiempos de esta nuestra historia, equivalía cuando menos un provincial, á lo que es en los nuestros felicísimos un diputado ministerial señor de

veinte votos de reata: no hay Ministro que ose dejar de recibirle en ocasion alguna. Asi cuando un portero de estrados anunció á Fr. Diego, aunque todos los reunidos en la sala capitular tenianle por sospechoso de *Marquesismo*, y para ninguno era simpático ademas, no hubo nadie á quien se le ocurriera la idea de rehusarle la entrada.

—«Entre su Paternidad Reverendísima,» dijo Ceinos; y en efecto, un minuto despues entraba el descalzo, fatigado anciano en el *sancta sanctorum* de los enemigos de la raza de Hernan Cortés.

El lugar de la reunion era una gran sala, mucho mas larga que ancha, con estrado y sólio en una de sus cabeceras, toda tendida de terciopelo carmesí con galones de oro, y entonces por algunas bujías escasamente iluminada.—Delante del sólio y bajo el retrato del sombrio Felipe II, habia sillón de Presidencia, y mesa grande con tapete de lo mismo que las colgaduras, escribanias de maciza plata, volúmenes en folio, papeles diversos, santo Cristo de oro, y todos los adminículos, en fin, propios del sitio y circunstancias. Ceinos presidia; á su derecha estaban sentados el doctor Villalobos primero, y luego Orozco; á su izquierda Manuel de Villegas, y tres ó cuatro Regidores, únicos que fueron convocados, por no tenerse en los restantes completa confianza. Seguia á los regidores Juan de Samano; y en la cabecera de la mesa opuesta á la que el Presidente ocupaba, un secretario, ó sea escribano, á quien no le faltaba mas que tener visibles las astas y desarrollado el apéndice de la espina dorsal, para ser la viva imágen del Diablo, ó un Orangoutang con loba y golilla.

Al entrar Fr. Diego, la junta entera fijó en él la vista con mas visos de curiosidad que de afecto: Ceinos le invitó con altanera cortesía, primero á tomar asiento, y luego á esplicarse.

Nuestro Provincial, incapaz de retóricos artificios, espuso modesta, sencilla, y sobre todo francamente, el objeto que alli le conducia: rogar á los señores de la Audiencia que, considerando lo ocurrido en el bosque como lo que en efecto era, imprudencias de mozos irreflexivos, y altiveces de cerebros por la fiesta misma de sobra exaltados, se prestasen benévolos á la conciliacion, renunciando á toda idea de venganza personal, y mucho mas á convertir en negocio de Estado lo que no pasaba de ser, cuando peor se juzgase, esceso de rendimiento á uno, y falta de atencion á otros.

—«¿Y quién os ha dicho que en vengarnos ó en castigar pensamos, Reverendo Fr. Diego? Preguntóle Ceinos.

—¿Quién me lo ha dicho? (Replico el Religioso.) Mi experiencia, y el conocimiento que de los hombres tengo.

—Cuando asi fuese (interpuso Villalobos), sobraríanos la razon.

—Y si tal no hiciésemos (añadió Orozco), mas nos valdria quebrar las varas que en nombre del Rey llevamos.

—El Rey, como imágen de Dios en la tierra (dijo el fraile con entereza humilde), no puede querer que sin necesidad se derrame la sangre de sus vasallos....

—Los vasallos traidores.... Comenzó á replicar el iracundo Villalobos, pero le atajó la palabra el Presidente, diciendo á su vez:

—Su Paternidad Reverendísima mira este negocio con los ojos de la misericordia, y á nosotros nos cumple considerarlo con los de la justicia.

—Desconfiad de vuestro juicio en causa propia!

—Padre mio, por ahora no ha reclamado la Audiencia vuestros consejos, y si no teneis mas que decirnos...» Con un ademan sumamente significativo el presidente señalaba la puerta á Fr. Diego, quien poniéndose de pié, pero mas para dar fuerza á las palabras que pronunciar



se proponia, que porque fuese al grosero desaire de Ceinos sensible, íbale á replicar insistiendo en su propósito pacificador: pero estorbóselo Samano, tomando la palabra cuando nadie lo esperaba.

—«Paréceme (dijo) que nos precipitamos, y que el Reverendo Padre Provincial de San Francisco está muy en su lugar en cuanto ha dicho. Yo, pues, ruego á su merced el señor Doctor Presidente, se sirva invitarle á que de nuevo tome asiento, y darme á mí licencia para dirigir á su Paternidad algunas preguntas, á que espero me querrá responder.»

Alzó Fr. Diego los ojos al rostro del Alguacil mayor y miróle con tan severa espresion de profunda desconfianza, que casi casi le hizo ruborizarse; en cuanto á los de la Junta, que un momento antes habian oido á Juan de Samano declamar con ira contra los del bosque, no acertaban á esplicarse su conducta en aquel momento. No obstante, como el Alguacil mayor era allí el brazo ejecutor siempre, y en las ocasiones de peligro tambien la cabeza directora, Ceinos, cediendo á su influencia, hizo seña al fraile para que se sentara de nuevo, y otra al mismo Samano de que podia cuando quisiera comenzar su interrogatorio.

Los demas Doctores, el Alcalde y los concejales, cruzándose de brazos y medio cerrando los ojos, tomaron esa actitud friamente reconcentrada que caracteriza ordinariamente á cuantos de juez hacen oficio.

Samano, prévia la tos aclaratoria de rigor en tales casos, y una mirada espresiva á Ceinos, entabló de esta manera el diálogo con Fr. Diego:

—«¿Querrá vuesa Paternidad decirnos de quién ha recibido encargo ó súplica para dar este paso?»

—De mi conciencia sola, señor Juan de Samano.

—Pero al menos vuesa Paternidad habrá visto y hablado á alguno de los caballeros convidados de D. Alonso

—A ninguno he visto ni hablado.

—Páreceme entonces singular, primero, que vuesa Paternidad sepa tan al por menor cuanto en el bosque ha ocurrido; y segundo, que sin necesidad quiera mezclarse en negocio tan espinoso.

—¿Qué tiene de singular que hayan llegado á mi noticia sucesos, por desdicha, sobradamente públicos, por no decir escandalosos, ocurridos á las puertas de la ciudad? ¿Y quién ha dicho que los hijos de mi glorioso padre San Francisco no estan obligados á procurar siempre, en todas partes y á todas horas, la paz y concordia entre los cristianos?

—Vuesa Paternidad habla como siempre. Su convento es el lugar á donde mas acuden los indios y la gente del estado llano de Méjico, y nada tiene de singular, por lo mismo, que de todo se halle enterado. En cuanto á la obligacion evangélica de procurar la paz, es santa máxima que yo venero: mas ¿Por qué no ha comenzado Vuesa Paternidad sus piadosas diligencias por el Marqués y sus parciales?

—Porque la razon exige que se comience en tales casos por el mas fuerte.

—¡Ah! ¿Vuesa Paternidad cree que nosotros somos los mas fuertes?

—Siempre lo es quien tiene la ley de su parte.

—Lo natural, sin embargo, seria que el mas débil se humillase, reconociendo su sinrazon.

—Señor Juan de Samano, el religioso con quien hablais entiende poco de sutilezas, y solo sabe explicar su pensamiento con lisura y sin disfraces. Si los Señores de la Audiencia quieren la paz, si su propósito no es provocar un rebato en Méjico, avénganse á considerar lo ocurrido como una falta de atencion á sus personas, y yo me obligo á conseguir que se les ofrezca reparacion cumplida. Si, por el contrario, quisieran hacer ofensa

al Rey de lo que en el bosque ha pasado, ¿Cómo quereis que yo aconseje, ni aun cuando yo lo aconsejare seria escuchado, que los amenazados de proscripcion, se adelanten á recibir el golpe con que se les amaga? Meditadlo, señores, meditadlo; porque de vuestra resolucion dependen las vidas de muchas criaturas y la paz de un Reino; meditadlo, y resolved como os plazca, que yo he cumplido con mi deber diciéndoos á vosotros que regís los destinos de un pueblo: «No sacrifiqueis en aras de vuestro orgullo, á los que quizá con vuestro orgullo habeis provocado.»

La astucia de Juan de Samano, irritando á Fr. Diego, inspiróle las enérgicas palabras que de escribir acabamos, pronunciadas las cuales y dejando su asiento, se dirigia sin esperar respuesta á la puerta por donde habia entrado. Mas, á ruegos del mismo Alguacil Mayor, consintió en aguardar en una sala inmediata á que la junta conferenciase sobre sus proposiciones.

Querian los Doctores, al comenzar la conferencia, que se llevase todo á sangre y fuego; pero los del Ayuntamiento capitaneados por Samano, sostuvieron que convenia contemporar aún por algun tiempo. En aquel momento los del Marqués eran los mas fuertes materialmente hablando; y en lo legal ni el recibimiento hecho al del Valle, ni los desaires por los Doctores recibidos, bastaran á probar á la córte de España la existencia de un plan de trastorno completo en Méjico. El Rey y sus Ministros, segun cartas fidedignas, dando oidos á las quejas de los Misioneros, trataban entonces de mandar ó un Virey ó un Visitador á aquellas tierras; y si la Audiencia, sin datos evidentes, procedia severa contra toda la nobleza, era muy posible que, quizá por deslumbrar á las naciones extranjeras, quizá por no creer realmente en la conjuracion, pagasen cara los Doctores y sus amigos la audacia que hubiesen mostra-

do. Lo mas cuerdo parecia, por entonces, contentarse con rebajar á los nobles, si se prestaban á dar pública satisfaccion á la Audiencia, ó cargarse esta de razon y dar muestras de inequívoca longanimidad perdonando aunque perdon no se le pidiese. En cualquiera de los dos casos no admitia duda que los conjurados, alentándoles la impunidad misma en que se les dejaba, habian de llevar adelante sus proyectos con menos cautela que nunca; con lo cual y no perdiéndolos de vista un instante, era de esperar que ellos mismos diesen á sus contrarios medios suficientes para llevarlos al cadalso sin que nadie pudiese censurarlo. Robustecidas tales razones, en sí de gran peso, con el argumento *ad terrorem* de que podia temerse, si entonces mismo se quisiera proceder contra los caballeros, que la plebe, entusiasta á la sazón de Avila por efecto de la prodigalidad con que éste la habia en su fiesta del bosque obsequiado, se pusiera de parte de los rebeldes; hubieron de rendirse los Doctores; y Fr. Diego fue, contra su esperanza, despachado con plenos poderes para negociar la conciliacion en los términos que en su conciencia creyese mas convenientes.

La junta, sin embargo, prosiguió despues de la marcha del Provincial examinando sus medios de accion, y combinándolos de manera que en un caso extremo fuera posible utilizarlos desde luego; y siempre valerse de ellos mas tarde para el completo esterminio de sus enemigos. Hay gentes que solo hacen la paz para tener tiempo de prepararse á la guerra.

Mas el Provincial de San Francisco, á pesar de su larga esperiencia del mundo y de los hombres, carecia del sentido de la desconfianza, ó cuando menos no le tenia bastante perspicaz para recelar un peligro, precisamente cuando á sus razones se mostraba mayor deferencia.

A la verdad, al comenzar Samano á interrogarle, sintió en su corazon uno de esos movimientos instintivos á manera de los que á ciertos animales avisan la proximidad de los que son sus naturales contrarios: pero luego, viéndole tan partidario de la paz, y sobre todo portador con muestras de cordial regocijo de la juiciosa resolucion de la junta, casi se arrepintió el buen religioso de las que juzgaba injustas sospechas.

Luego, sin acordarse de su edad ni calcular la distancia, á pié como siempre, tomó el camino de Chapultepec, y presentóse á las puertas del Palacio en el modesto equipage de su voluntaria pobreza, pero rico de virtud, radiante con la aureola de santidad que donde quiera le seguia.

Al penetrar por los magníficos salones, inclináronse ante su hábito remendado las espléndidas libreas de los criados de D. Alonso, y nadie hubo á quien se le ocurriese estorbarle el paso, ni adelantarse siquiera para anunciar su llegada, que á todos sorprendia, que en todos causó esa especie de rubor indefinible que siente siempre el hombre lanzado en el torbellino del mundo, en presencia del que á la penitencia sinceramente y sin aparato hipócrita se consagra.

¡Singular contraste el de las luces, la música, el lujo, las voces, los manjares de sobra, y el vino en abundancia, con la figura del fraile pobremente vestido, encorvado el cuerpo, encallecidos los descalzos pies, y melancólico el macerado rostro!

¡Qué mucho que á los casi ébrios concurrentes al festin dejara como petrificados!

Con un grano siquiera de vanidad en el alma, con un asomo de arte en la cabeza, ocurriérasele á Fr. Diego aprovechar su mas que dramática posicion, para fulminar un elocuente discurso contra los vicios mundanos, aterrar los ánimos, é imponerles despues las condicio-

nes que de su agrado fuesen. Todo eso y mas pudiera hacer, y hacerlo sin que se le pudiese acusar de acudir á malos medios; pero, en la sencillez evangélica de su espíritu, solo se le ocurrió esclamar en voz dolorosa y cayendo de rodillas:

—«;Apiádate, Señor, de tus extraviados siervos, y tiende compasivo tu mano poderosa para reducir de nuevo al redil á las ovejas descarriadas!»

Y luego, levantándose, volvió la espalda á la mesa, y como indeliberadamente echó á andar sin saber á dónde.

Doña Elvira, Avila, Suarez y los Valdestillas, precipitáronse entonces en su seguimiento; el resto de la concurrencia abandonó espontáneamente la mesa y salió del comedor igualmente.

En breves, pero enérgicas palabras, afeó entonces á todos sus imprudencias el Provincial, terminando por exigir que á la Audiencia hiciesen reparacion, á lo cual de buena gana se avinieran muchos: pero D. Alonso, tenaz en sus propósitos, declaró que siendo él amo de la casa donde todo habia ocurrido, á él solo tocaba, en su caso, satisfacer á los Doctores; y que para hacerlo ó no hacerlo, se reservaba meditarlo detenidamente durante veinticuatro horas.

Ni el plazo era sobradamente largo, ni la exigencia escesiva; asi, pues, consintió en ella Fr. Diego, y retirándose unos á Méjico, recogiéndose otros en la Quinta misma, dispersóse la reunion, y se terminó sin otro incidente la fiesta del bosque de Chapultepec.

## CAPITULO XVI.

DE COMO SUCEDE SIEMPRE EL REPOSO Á LA AGITACION, LA CALMA  
PRECEDE Á LA TEMPESTAD, Y LOS HOMBRES BUSCAN MUCHAS VECES  
LO MISMO DE QUE HUIR DEBIERAN.



QUIÉN no conoce por esperiencia la especie de melancólico aburrimiento que sigue á la agitacion del ánimo y al cansancio del cuerpo, consiguientes á una bulliciosa fiesta? ¿Quién no recuerda, de mas cerca ó de mas lejos, el aspecto solitario y taciturno de una ciudad, por grande y populosa que ella sea, inmediatamente despues, ya de una feria, ya de cualquiera otro público regocijo?—En todos los semblantes se revelan la lassitud y el tedio, las calles parecen desiertas, y si las

personas pueden pasar por sombras de las que poco antes brillaron radiantes en el festin, la ciudad representa con sobrada exactitud el panteon de la comun finada alegria. Tales estaban los mejicanos, tal Méjico el dia despues de los sucesos que en el bosque de Chapultepec ocurrieron y nosotros hemos prolijamente referido.

D. Fernando de Valdestillas, en cumplimiento de la palabra á su padre empeñada la noche anterior, y en compañía del anciano Millan, salió de Méjico para Tlaxcala, sin mas dilacion que la absolutamente necesaria para trocar el vestido de corte por el de camino, y dejándose atrás al emprender su marcha, con los conjurados las aspiraciones de su valor, con Elvira el corazon y el alma. Su padre, que nunca hasta entonces se habia de él separado, su pobre padre, nacido para padecer todo género de penas, para no ignorar ni un solo dolor de los posibles, al decir adios al doncel un tiempo lozano y gallardo como la palma oriental, lácio entonces y marchito como la flor por el cierzo agostada; D. Pedro, decimos, al estrechar, trémulo, entre sus ya débiles brazos al vástago postrero de su raza, quisiera haber sucumbido en el campo de batalla, ó al pie del fúnebre rollo de Villalar con Padilla, á dar el sér á tan desdichada criatura como su hijo lo era.

—«Vé (le dijo haciendo un prodigioso esfuerzo para no romper en amargos sollozos), vé, y vayan contigo la bendicion de tu padre y la del Todopoderoso. Fernando: al dejar á Méjico, al huir de la muger que en mal hora acertó á inspirarte un amor imposible—*Imposible*, hijo mio ¿lo entiendes?—haces un noble aunque inmenso sacrificio al honor, que fue siempre la ley de tus abuelos, á los preceptos del que por salvarnos murió en el suplicio de los malhechores, apurando hasta las heces el cáliz del oprobio. No quiero hablarte de este caduco viejo, que en tí solo y para tí solo vive; ya sé, triste de mí,



que la juventud mira siempre delante de sí, como el río corre huyendo de la fuente de que procede...

—¡Ah padre mio! (Esclamó el doncel con tierno acento) ¿Cómo podeis dudar de mi amor, de mi veneracion?

—¡Tu amor! (Repitió con amargura el anciano.) ¡Tu amor, Fernando! ¡Ah! Ese es de quien ser no debiera: pero es, sin remedio... En fin ¿Por qué habiamos de ser tú y yo dos escepciones únicas á la ley comun? Busca, pues, en tus honrados sentimientos, busca en la religion santa que profesamos, las fuerzas necesarias para combatir esa pasion funesta que á tí te abrasa el alma y á mí me precipita al sepulcro. Vive, porque Dios quiso que nacieras; padece resignado, porque eres hombre; no te postres al dolor, porque tu sangre es noble; y sobre todo, Fernando, obra de modo que al llegar tu hora suprema puedas dejar el mundo sin temor de que tu memoria en él sea escarnecida, y presentarte ante el Juez Supremo diciendo con verdad: «Pequé, Señor, como frágil criatura, mas siempre fui cristiano y caballero!»

«Parte, hijo, parte; y ojalá no sea esta la vez postrera que te estrechen los brazos de tu anciano padre!»

Tal y tan triste fue la separacion del Comunero y su hijo, el infeliz enamorado de la bella y virtuosa doña Elvira.

Y, realmente, pésanos casi de haber llegado con el relato al periodo en que ya le tenemos, porque la verdad histórica nos fuerza á escribir sucesos y pintar situaciones mas meláncolicas de lo que el público apetece quizá, y nosotros positivamente quisiéramos. Pero no es culpa nuestra que la risa termine siempre en lágrimas, ni que el amor sincero, como el amor voluptuoso, como el amor frenético, se desenlacen las mas veces en negras catástrofes. Proseguiremos, por tanto, refiriendo las cosas como pasaron, que tal es nuestra obligacion, y si ellas no son alegres, responda quien responder de-

ba, que á salvo queda la responsabilidad del coronista siempre que con verdad escribe.

Digamos algo del negocio capital, del que, si fuera de nuestros tiempos, llamaríamos político.

El armisticio, que como tal podemos considerarle, debido á los desinteresados eficaces esfuerzos de Fray Diego de Olarte, quedó, por decirlo así, pendiente de la resolución de D. Alonso de Avila, en virtud de la insistencia de aquel caballero, tanto en cargarse con toda la responsabilidad de lo ocurrido con los Doctores en la fiesta, cuanto en tomarse para dar respuesta definitiva el término de veinticuatro horas; término que no sin dificultades aceptó la Audiencia.

Fue, pues, indispensable tratar del negocio al dia siguiente, y para ello se reunieron, en casa de D. Alonso, el Bastardo y el Dean en representacion del Marqués; D. Luis de Castilla, como procurador de la nobleza; D. Martin Suarez de Monroi, como inventor de la conjuracion; y el Provincial del santo Evangelio, en su calidad de mediador.

Avila, tomando el primero la palabra, comenzó exponiendo con claridad suma la historia del asunto: habia (él) dado una fiesta en su Quinta, y lejos de hacer la reunion exclusiva de un bando, como pudiera muy bien, cuidó de convidar á ella á los Doctores mismos, y al Alcalde y al Alguacil mayor, que no mucho antes le invadieran y ocuparan la casa, convirtiéndola en cárcel é incomunicándole cuando moribundo estaba. ¿De qué podian en eso quejarse sus contrarios?

Si un Page de Ceinos fue insolente con doña Elvira, y ella le castigó como merecia, ¿Fue eso culpa de quien á nadie provocaba?

Si Juan de Samano, embravecido con algunos de la plebe, acogió con brutal descortesía la mediacion del que á su casa le llamaba para obsequiarle; y si, en con-

secuencia, estuvieron las cosas á punto de llegar á un rompimiento, ¿A quién debia culparse: al que procuraba la paz, ó al que concitaba los ánimos á la guerra?

Pero, en todo caso, despues de aquellos dos desdichados incidentes, medió un tratado de paz; las partes beligerantes se dieron las manos, partieron el pan y la sal en el almuerzo; gozaron aunadas de los placeres del bosque y los jardines: luego, en esa parte, ningun derecho tenian los Doctores á reclamar satisfaccion ni alegar agravio.

Si del almuerzo mismo resultó la necesidad absoluta de que el Marqués del Valle acudiese á la fiesta, no habiéndolo hecho desde luego por un exceso quizá de prudencia, y solo para no dar ni pretesto á las recelosas cavilaciones de sus enemigos, ¿De quién fue la culpa?—De Ceinos y de Villalobos mas que de nadie, pues ellos con sus procaces sarcasmos pusieron al heredero de Hernan Cortés en la durísima alternativa de pasar por cobarde, ó lanzarse á lo mismo que evitar quiso absteniéndose de ir al bosque.

Luego los Doctores, sabiendo, por ser allí notorio, que el Dean y D. Martin habian ido á buscar á los Marqueses, permanecieron, sin embargo, en Chapultepec, tomando la parte que les convino en las diversiones de aquel dia, y sin hacer directa ni indirectamente la menor observacion al dueño de la casa, que le indicase que con disgusto esperaban la llegada del señor del Valle Guaxaca.

¿De qué, pues, se quejaban? ¿De qué pedian satisfaccion?—Sin duda de la manera solemne con que el Marqués fue recibido..... ¿Y por qué, con qué derecho se acriminaba aquel acto?—Otro tanto y mas se hacia en todos los pueblos de Nueva España, con el Encómendero, con el Corregidor, con un Oidor, con un Visitador, con cualquier funcionario público. ¿Quiso nadie

obligar á los Doctores á que tomasen parte en el recibimiento? ¿Opusieronse ellos á que se verificase en la forma que tuvo lugar? ¿Hubo allí una voz sola que directa ó indirectamente insultase la autoridad de la Audiencia, ó se la disputara, al menos?—«¿De dónde (volvía á preguntar D. Alonso), de dónde, pues, y por qué la queja? Yo soy quien puedo y debo quejarme, por mí y á nombre de todos mis ilustres huéspedes, ya por el proceder caviloso y acre de los Doctores desde que en camino para el bosque se pusieron; ya por sus provocaciones continuas en el almuerzo; ya, en fin, y con razon sobrada, por el desaire que nos hicieron retirándose de mi casa, estando nosotros ausentes de ella, sin despedirse, á manera de fugitivos, y como si de una caverna de salteadores se escapasen.—No veo, en consecuencia, señores, motivo que justifique las quejas de la Audiencia, no veo tampoco causa que me obligue á darle satisfaccion alguna, bastando que yo me allane á no pedirla para que los Doctores se den por contentos.»

Razonamiento tan especioso forzosamente habia de producir efecto en aquella junta de hombres de partido y, como tales, apasionados; así D. Martin Cortés, D. Luis de Castilla, y el Dean mismo, desde luego manifestaron estar del todo conformes con el parecer de D. Alonso. D. Martin Suarez de Monroi, guardó por el momento silencio; pues, si bien su corazon le inclinaba como á los demas á la resolucion por Avila propuesta, su claro juicio le decia al mismo tiempo que negarse profundamente á dar satisfaccion alguna á los de la Audiencia, era lo mismo que declararse en abierta hostilidad con el gobierno establecido, ó lo que es igual, en rebelion manifiesta contra la metrópoli. Solicitado así, en opuestos sentidos, por dos fuerzas que se equiponderaban hasta cierto punto, natural nos parece que no quisiera don

Martin apresurarse ni á combatir lo que de acuerdo con sus sentimientos estaba, ni á precipitar tampoco la sedición, para la cual no creia aun convenientemente preparado á su partido. Calló, en consecuencia, dejando espedito el campo á Fr. Diego de Olarte para ejercer sus pacíficas funciones de mediador oficioso.

El buen religioso escuchó con paciencia los ratiocinios interesadamente sofisticos de Avila, y llegado el caso de contestarle, hizolo con su natural benevolente tono; pero tambien sin contemplaciones de ningun género en cuanto al fondo del negocio. La fiesta, segun él, habia sido ya una grave imprudencia, atendidas las circunstancias en que la ciudad se encontraba; pues no se necesitaba ciertamente hallarse dotado de espíritu profético para preveer que, puestos en contacto inmediato los dos bandos, necesariamente ocurriria entre ellos algun grave conflicto.—Doña Elvira debió dominar su orgullo, y en vez de castigar al Page por su mano, acudir al doctor Ceinos en queja.—D. Alonso, Bocanegra y sus compañeros hicieron mal en oponerse con violencia á que Juan de Samano ejerciese su autoridad contra los bravos y gente del pueblo; pues, con abuso ó sin él, en su derecho estaba, y tiempo habia despues para impetrar el perdon de los presos, ó acudir en queja á las autoridades superiores.—Si Ceinos y Villalobos estuvieron en el almuerzo provocativos, por lo mismo debian de haberse mostrado mas prudentes que nunca D. Alonso y los suyos; y ya que los Marqueses, al cabo, hicieron el sacrificio de ir al bosque, razon fuera que, contentándose con aquel triunfo sus parciales, se abstuviesen de las escandalosas, inútiles y alarmantes demostraciones á que locamente se entregaron despues.—El insulto á la Audiencia estuvo en la pompa misma, en el bullicio, en las salvas del recibimiento que en Chapultepec se le hizo al heredero de Hernan Cortés; y no servia

de disculpa alegar lo que en los pueblos del interior se hacia con los funcionarios públicos, pues á esos se les consideraba y eran, en efecto, delegados y representantes del gobierno supremo, mientras que el Marqués pasaba en Méjico por ser y representar precisamente lo contrario.—Las razones de Avila no fueran malas en boca de un abogado, alegando en su defensa ante los tribunales; pero allí, entre gentes que de buena fé y en conciencia debian tratar el negocio, parecíanle á Fr. Diego completamente inadmisibles.—Cierto que la Audiencia, como tribunal, no tenia fundamento para proceder judicialmente contra D. Alonso y sus convidados, en virtud de lo ocurrido: pero en cambio nadie podia negar, si desapasionadamente miraba las cosas, que tan de manifesto estaba la intencion de los caballeros de humillar, cuando menos, á los Doctores, que á esos no les quedaban mas caminos que elegir, cuando la Quinta dejaron, que el de someterse á discrecion á sus enemigos, ó el de evitar tal ignominia con la fuga, como lo hicieron.—Fuera de eso, ya entonces no se trataba ni de cuestiones de etiqueta, ni de quejas de amor propio ofendido, sino de la paz de un reino; y ante objeto tan importante, justo é indispensable era imponer silencio á las pasiones.—¿Quería D. Alonso, por no doblar el cuello, que las calles de Méjico primero, y los campos de Nueva España no muy tarde, se inundasen de sangre española por manos españolas derramada?—¿Quería que la nobleza abasteciese el patíbulo con las cabezas de sus mejores hijos, ó que la plebe amotinada hollase el santuario de la justicia?—¿Parecíale, en fin, mas duro dar, por medio de tercera persona, satisfaccion á todos honrosa, á gentes en realidad por él y los suyos agraviadas, que provocar, resistiéndose á hacerlo, los furores de la persecucion judicial de una parte, las iras de la rebelion por otra?

Tales, en resúmen, fueron las razones del santo Provincial, y ante ellas y su venerable aspecto, todos, incluso el mismo Avila, vacilaron desde luego en su primer propósito: pero, á mayor abundamiento, Suarez, que con la defeccion de Poyahuitl se sentia débil aún para saltar la valla, uniéndose al parecer del religioso y esforzándolo con políticas razones, consiguió, en fin y hasta cierto punto, el apetecido resultado.

Hasta cierto punto y no mas; porque el esposo de Elvira, despues de una prolija discusion, solo se avino á la fórmula siguiente:

«Fr. Diego de Olarte podia decir á los señores de la  
»Audiencia que ni D. Alonso de Avila, ni otro ninguno  
»de sus nobles huéspedes en la fiesta de Chapultepec,  
»habian tenido ánimo de ofender á la Audiencia ó á sus  
»individuos; y que el mismo D. Alonso deploraba que  
»las apariencias los hubiesen deslumbrado hasta el pun-  
»to de obligarles á retirarse de la Quinta de la manera  
»insólita que lo verificaron.»

En realidad Avila no retractaba sus palabras, no atenuaba siquiera los hechos, y su fórmula, bien considerada de pura cortesanía, dejó las cosas como se estaban: pero tampoco era entonces posible exigir mas de tal hombre.

Suarez, Castilla y el Dean, despues de lo ocurrido en la cena, decíanse que no habia medio de retroceder sin apostasia; que era forzoso ó retractarse solemnemente y solicitar un perdon vergonzoso y vender á sus amigos, ó llevar adelante la comenzada empresa. Don Martin Cortés, que en realidad no conspiraba, pero que veia con placer que los demas lo hiciesen, no era natural que contra sus propios deseos trabajase.

Quería Suarez aplazar la rebelion para cuando con todos los elementos, en su entender, necesarios contase, mas no cejar en la conjuracion. Avila, en fin, sabemos

que no tenia mas anhelo que el de lanzarse al combate. ¿Cómo era posible que tales hombres, en junta, acordasen nada que con los suyos los despopularizase, mostrándolos rendidos á los pies de la Audiencia? La fórmula, pues, de D. Alonso fue lo que ser podia: urbana y conciliatoria, pero vaga tambien y altiva lo bastante para que en ningun tiempo pudiese el Bando acusar á sus gefes de haberse humillado.

A primera vista parece natural que, por lo mismo que á los del Marqués convenia aquella forma de excusas, rehusara la Audiencia darse con ella por satisfecha: pero aconteció, sin embargo, lo contrario precisamente, con no poco asombro del cándido Fr. Diego.

Ceinos, Villalobos, Orozco, Samano, Villegas y los Regidores sus parciales, oyeron impásibles de los labios del Provincial las palabras mismas de Avila, porque el santo varon se hubiera creído culpable alterando en ellas una sola sílaba, á pesar de que no le satisfacian ni mucho menos.

Apenas el fraile hubo acabado de hablar, el Doctor Presidente, sin que precediese consulta con sus colegas, respondió grave y compasadamente:

«Decid, Reverendo Padre, á D. Alonso de Avila, »que hemos oido lo que en su nombre nos habeis dicho; »que apreciamos sus razones en lo que valen; y que por »amor á la paz, por servicio del Rey, y por ser vos »quien ha mediado, nos damos por satisfechos en lo que »á nuestras personas toca. Por lo que respecta á la *au-* »*toridad* que en nombre de nuestro escelso Monarca »ejercemos, considerámosla sobradamente alta, y harto »fuerte para que ningun vasallo del gran Felipe II pue- »da impunemente ultrajarla.»

No admite para nosotros la menor duda que esa respuesta, tal como la hemos escrito, estaba acordada ya por los de la Audiencia mucho antes de que recibiesen



el mensaje de D. Alonso, y en la previsión acertadísima del espíritu y términos de aquel.

Los Doctores, á quienes la lógica inflexible de Samano llegó al fin á persuadir de que debían tomar por regla y norma de su conducta estas dos verdades capitales: primera, que por el momento no tenían la fuerza material necesaria para provocar un rompimiento con seguridad completa del triunfo; y segunda, que cuanto mas dilatasen el golpe, mas certero lo harían las imprudencias mismas de los conjurados; los Doctores, decíamos, formularon á su vez para contestar á las equívocas excusas de Avila, una respuesta no menos ambigua con sus visibles ribetes de amenazadora, aplazando así la batalla, y reservándose, no obstante, íntegros para el porvenir sus derechos.

En consecuencia de tal negociacion quedó por el momento la ciudad en un estado semejante á la pérfida calma del Atlántico antes de una horrible tormenta. Nunca estuvieron mas enconados los ánimos, nunca tampoco mas compuestos los semblantes; jamás fue tan ardiente el recíproco deseo de esterminarse, y jamás hubo tanta cortesía en las maneras, y comedimiento mayor en las palabras. Ceinos y Suarez rivalizaban en celo, cada cual por su bando, y en prudente reserva al mismo tiempo; Avila y Samano no descansaban ni de dia ni de noche para hacinar elementos de guerra, y sin embargo, en todas partes se hallaban con la sonrisa en los labios, y un aspecto de hombres tan indiferentes como desocupados, fingido con tal propiedad que al mas ducho engañara. Por el contrario, la masa curial y la de los descontentos buscábanse, insultábanse, trababan incesantemente parciales pependencias, precursoras siempre de la sedicion general; y solo un ciego dejara de ver que la capital de Nueva España iba en breve á ser teatro de graves, sangrientos sucesos.

En tanto Elvira vivia en claustral retiro; el Dean en continua alarma; D. Martin Cortés en impaciente inquietud; el Marqués absorto en la contemplacion de su propia grandeza, y familiarizándose con la idea de que á gobernar le obligasen; y la Marquesa preparándose al término natural de la situacion en que se encontraba, con su aristocrática habitual serenidad.

¿Y Catalina, Bocanegra y Juan Ponce?—¡Ah! Esa es historia un poco mas larga: pero no podemos escusarnos de referirla, porque al cabo han figurado lo bastante en nuestro libro para que el lector tenga derecho á conocer la série y término de sus aventuras.

Dejámoslos hace tiempo, huyendo los dos culpables amantes de la Quinta de Chapultepec, y el ofendido esposo corriendo en su busca, sin datos, sin indicios ningunos que de norte pudiesen servirle. ¿Y por qué seguirlos? *A enemigo que huye la puente de plata*, es un proverbio antiguo; y los proverbios son la espresion de la sabiduria de los pueblos; y la sabiduria de los pueblos es infalible, á escepcion de las veces que se engaña.

¿Estaba Juan Ponce enamorado de su muger? Aunque lo estuviera, ¿Tan sin escrúpulos hemos de juzgarle que, despues de lo que sus ojos vieron y sus oidos escucharon, imaginemos que quisiera vivir de nuevo con ella? ¿O bien, como los *Tetrarcas* y los *Otelos* organizado, proponíase esterminar á la culpable? Ninguna de esas suposiciones nos parece admisible: Ponce de Leon no estaba enamorado de Catalina, ni, atendido su carácter prosáico, podia estarlo tanto de muger alguna que el deseo de poseerla llegase á vencer jamas los honrados escrúpulos de su delicadeza; ni con propiedad puede tampoco decirse que estuviese á la sazón celoso, siendo cierto que «*Donde hay agravios no hay celos.*»—¿Porqué, pues, perseguia á Catalina y á su cómplice?—Una vez la culpable fuera de su casa y de su alcance tam-

bien, pues que huia, lo sensato, lo racional hubiera sido considerarla como muerta y dar al olvido su memoria: pero ¿Y la honra?—¡La honra!—¿En qué faltó Juan Ponce de Leon á las leyes del honor para temer que el mundo le infamase?—Ahora y mucho mas, infinitamente mas entonces que ahora, la sociedad consideraba deshonrado al marido de la muger liviana: la cosa parece absurda, pero es y era asi, tan era asi, que pocos años despues ponía Calderon en el *Pintor de su deshonra*, y en boca de un pobre esposo que, como el Encomendero de Acama, andaba en persecucion de su fugitiva Elena, unos versos que, por venir aquí como de molde, copiamos á continuacion.

Dice *Don Juan* (el marido víctima):

- «¡Válgame Dios qué de cosas
- »Debe en el mundo de haber,
- »Fáciles de suceder
- »Y de creer dificultosas!
- »Porque ¿Quién creerá de mí,
- »Que siendo—¡Ay de mí!—quien soy,
- »En aqueste estado estoy?
- »Mas ¿Quién no lo creerá asi,
- »Pues todos la escrupulosa
- »Condicion del honor ven?
- »Mal haya el primero, amen,
- »Que hizo ley tan rigurosa!
- »Poco del honor sabia
- »El legislador tirano,
- »Que puso en agena mano
- »Mi opinion, y no en la mia.
- »¡Que á otro mi honor se sujete
- »Y sea—¡Injusta ley traidora!
- »—La afrenta de quien la llora
- »Y no de quien la comete!
- »¡Mi fama ha de ser honrosa,
- »Cómplice al mal y no al bien!
- »¡Mal haya el primero, amen,
- »Que hizo ley tan rigurosa!

»¿ El honor que nace mio, —  
 »Esclavo de otro? — ¡ Eso no !  
 »¡ Y que me condene yo  
 »Por el ageno albedrío !  
 »¿ Cómo bárbaro consiente  
 »El mundo este infame rito ?  
 »¿ Dónde no hay culpa, hay delito,  
 »Siendo otro el delincuente ?  
 »¡ De su malicia afrentosa  
 »Que á mí el castigo me den !  
 »*Mal haya el primero, amen,*  
 »*Que hizo ley tan rigurosa !*

Pero vanos son los raciocinios de la lógica, vana la elo-  
 cuencia filosófica, inútiles tambien las sentidas decla-  
 maciones de la poesía contra las preocupaciones socia-  
 les: si la razon las condena, el amor propio las adora, y  
 en sus aras todo lo sacrifica, todo sin escepcion alguna.  
 Juan Ponce de Leon buscaba, pues, no á la culpable  
 esposa que ya en el profanado tálamo recibir no podia;  
 no, tampoco, satisfaccion de su venganza, sino para su  
 honra enferma el único paliativo posible, que no reme-  
 dio radical tampoco. Era preciso que Juan Ponce mata-  
 ra á Catalina y á D. Bernardino Pacheco de Bocanegra,  
 para no pasar á los ojos del mundo por infame; y aun  
 asi, aun vengando sin misericordia su agravio, quedá-  
 bale todavia el riesgo de que la procacidad de algun  
 maldiciente, recordándole la afrenta y no la satisfaccion  
 tomada, le obligase á tirar de nuevo la espada, y de nue-  
 vo á ser homicida, exclamando con otro personage del  
 gran *Maestro de honor* á quien con frecuencia citamos:

»Y sea — ¡ Injusta ley traidora !  
 »La afrenta, con la venganza, —  
 »Pensé que estaba en olvido —  
 »Mas — ¡ Ay de mí ! — ha sido engaño;  
 »Porque bastante no ha sido —  
 »La venganza á sepultar —  
 »Un agravio recibido !

Porque, en efecto, no suelen decir las gentes, de los que en el infelice caso del Encomendero se encuentran, ni aun despues de vengados, allá va el *satisfecho*, sino ese es *el ofendido*; y en vano clama la victima desesperada:

»¿Quién en el mundo previno

»Su desdicha?—¿No hizo harto

»Aquel que la satisfizo?

»¿Aquel que puso su vida,

»Desesperado, al peligro,

»Por quedar muerto y honrado

»Antes que afrentado y vivo?

(CALDERON.—*A secreto agravio, secreta venganza.*)

El mundo sigue su paso tranquilamente sin cuidarse de hollar con la encallecida planta el corazon sensible ó el honor vidrioso.

En fin, Juan Ponce, que es lo que probando venimos, siguió al robador adúltero y á la criminal esposa, porque, so pena de quedar infamado, no pudo hacer otra cosa.

Fue, empero, su primera diligencia acudir á su casa de Méjico, para tomar dineros, ropa, un caballo de camino, y un criado que le acompañara en su espedicion aventurada cuanto incierta; y el lector se figurará fácilmente su sorpresa, al decirle un esclavo negro que le abrió la puerta, que doña Catalina acababa de salir de allí apenas hacia una hora.

Para esplicar ese suceso que á primera vista parece absurdo, habremos, dejando al marido, de volver atrás con el cuento para tratar de Catalina y su cómplice.

Despues de la aventura del jardin y atenuados con el tiempo los efectos de la sorpresa, la infiel esposa de Juan Ponce, examinando á sangre fria su situacion, hizo cargo de que el castigo de su culpa, diferido en virtud de consideraciones puramente del momento, ha-

bia infaliblemente de caer sobre su cabeza antes de mucho. No era el esposo ofendido uno de esos hombres de pasiones violentas, pero generosas, con quienes, una vez evitado el primer golpe, hay poco menos que seguridad de hallar términos conciliatorios en cualquier trance: Juan Ponce, inalterable en sus propósitos, tenaz en llevar á cabo lo que una vez resolvía, y friamente exaltado en materias de honra, era evidente que habia de matar á su muger culpable, sin que consideracion humana, ni aun divina, estamos por decir, bastase á impedirselo.

Ahora bien: Catalina, incapaz de arrepentimiento; Catalina cobarde; Catalina, en fin, que temia el infierno mucho mas que á Dios amaba, no era posible que se resolviera, por respeto á una palabra empeñada, á esperar resignadamente el golpe del puñal que su pecho amenazaba. Y no resignándose á morir, en efecto, su primer pensamiento asi que en la estancia de doña Elvira se vió hasta cierto punto tranquila, fue el de fugarse. Nada mas lógico, nada mas natural tampoco; la virtud sola en su grado mas heróico es la que, y eso en rarísimos casos, puede inspirar á los hijos de Eva la abnegacion suficiente para no sustraer el cuello á la segur matadora, cuando algun arbitrio para salvarse les queda. Catalina no queria salir de este mundo, por una parte; y por otra, aterrábase con la idea de comparecer ante el Juez Supremo; obró, pues, lógica y naturalmente pensando en sustraerse al brazo vengador de Juan Ponce de Leon.

Pero no basta querer huir, es necesario ademas tener medios para verificarlo; y Catalina carecia de ellos absolutamente por el momento.

La estancia de Elvira, en primer lugar, estaba situada en el palacio de manera que, aun suponiéndose fuera de ella, no habia medio de salir del resto de la casa, sino atravesando sus principales habitaciones, entonces

pobladas por infinito número de damas y caballeros, entre los cuales necesariamente habia de tropezar la fugitiva ó con Elvira, ó con D. Alonso, ó con su marido mismo, ninguno de los cuales, ciertamente, dejaria de oponerse á su proyecto. Mas aun cuando Catalina llegase á salir del palacio, ¿Habia de irse sola y á pie por los campos, sin rumbo fijo, sin proteccion, y sobre todo sin dinero?—En tal situacion, cualquier paso que diese solo podia contribuir á hacer mas amargos sus últimos momentos, nunca á retardar uno solo el de su muerte.

Entonces sintió Catalina en toda su horrible amargura el desamparo del crimen, la soledad espantosa de un corazon perverso; porque para el alma inocente hay en las situaciones mas desesperadas un consolador angélico, que es el testimonio de la propia conciencia; mientras que para los corazones en el mal empedernidos, como el remordimiento mismo calla, el silencio de la agonía debe de ser verdaderamente espantoso.

—«¡Morir tan jóven y tan bella todavia! (Esclamaba Catalina, retorciéndose los brazos, y revolviendo en sus órbitas los espantados ojos.) ¡Morir, cuando mas entera siento en mí la vida, y en los momentos en que la conjuracion, pronta á estallar, me ofrecia una perspectiva de libertad y de opulencia casi segura!—¡Morir sin voluntad ni tiempo de arrepentirme, sin remordimiento ninguno! Porque yo no tengo remordimientos... ¡Ah! si yo supiera matar, no moriria, no!... ¡Juan Ponce es un cobarde, si mata á una pobre muger que no puede defenderse! ¡Alonso es un villano, si me abandona á sus iras! ¡Bernardino un mal caballero, si no mata á Juan Ponce!... ¡Yo no quiero morir!—¡No quiero morir! No estoy dispuesta á morir: si ahora muero las llamas del infierno van á devorarme!! ¡No quiero morir! No quiero morir!... ¡Y tampoco puedo salvarme!!—¡Maldita sea la hora en que me concibió mi madre! Malditos los ne-

»cios escrúpulos que me detuvieron mas de una vez  
 »cuando sobre mi marido , que dormia profundamente,  
 »alcé desesperada el puñal , ó cuando en sus alimentos  
 »estuve pronta á mezclar la ponzoña... ¿Por qué no le  
 »habré yo dado muerte á él , antes que él me la diese  
 »á mí como va á dármela?—¡No quiero morir! ¡No quiero  
 »morir!!!»

Asi el miedo espantoso á la muerte que á Catalina, como á todos los degradados seres de su especie dominaba , era , por decirlo asi , el precursor de la justicia de Dios , que mas tarde ó mas temprano hiere á los criminales con golpe certero y de inconmensurable fuerza; asi las furias vengadoras , apoderándose del espíritu de la culpable , cual en otros tiempos del alma del parricida Orestes , convirtiéronla en su propio verdugo , anticipándole la agonía mas espantosa que imaginarse puede.

Pero en medio de sus horribles padecimientos oyó Catalina las descargas que la llegada de los Marqueses á la Quinta anunciaban; y aquel estrépito , que al principio juzgó producido por el tronar de la cólera celeste, luego , sin darse á sí misma la razon del por qué , hizo renacer en su pecho la poco antes marchita esperanza. Razon para tal no la encontramos , como no se diga que todo lo que es variar redundá en alivio de los desesperados ó , lo que nos parece mas plausible , que el espíritu de tinieblas puede y suele en ocasiones alentar con faustos presentimientos á sus privilegiados adeptos entre los humanos.

Mas , como quiera que sea , para Catalina las descargas que interrumpieron el sepulcral silencio en que la Quinta yacia desde que sus dueños y huéspedes se ocupaban en recibir á los Marqueses del Valle , fueron un bálsamo consolador , un cordial que , restaurando sus fuerzas , le dió alientos para no desesperar de salvarse.



Habíala dejado Elvira en un gabinete de su estancia, el último de las piezas que le componían, y situado en un ángulo del edificio. Dábanle luz dos ventanas abiertas sobre la gran galería: una de ellas caía al costado del palacio; la otra á la parte del jardín; ambas tenían rejas que podían abrirse y cerrarse á voluntad desde lo interior del gabinete mismo, pero á la sazón con las llaves echadas y no puestas en las respectivas cerraduras. Al salir la esposa de Avila cerró también con llave las puertas, y aunque forzarlas por la parte de adentro no fuera obra difícil, Catalina, en efecto, estaba presa.

¿Cómo un amante tan exaltado, sincero y violento cual lo era D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, no hizo hasta el momento en que nos hallamos diligencia alguna para salvar á la que por él en tan duro trance se encontraba?

—«¡Así son los hombres! (Oímos exclamar á alguna de nuestras bellas lectoras.) Egoístas en sus pasiones, nos comprometen sin consideración alguna, nos privan de la reputación, nos esponen á la venganza de nuestros maridos y á la maledicencia pública, y cuando llega el momento del peligro es cuando á ellos les arredran las consideraciones sociales, cuando *por respetos á la moral* nos entregan indefensas al cuchillo!—¡Mal haya, amen, la que de veras se enamora!»

Por el Cielo santo, señoras mías, que nos vayamos con tiento en esto de las generalidades. No digo yo por cierto, que no haya por lo menos noventa y seis en cada centena de esos animales de corbata y frac á la moda, á quienes el ceño de un marido, ó la ira de un padre hagan huir desde San Petersburgo á Cádiz, siquiera dejen en peligro de muerte á la misma diosa Venus que, para favorecerlos á ellos, se hubiese espresamente en muger mortal transformado. Sé muy bien que, en general, en

nuestro moderno lenguaje *pasion* significa, cuando mas, *antojo*; sé que sacrificio que pase de no bailar una Polka, ó de perder una noche de ópera, raya en lo fabuloso; y sé tambien que eso de *comprometerse* por una dama, pasa por locura: pero ni faltan hoy desdichados que son escepcion á esa regla, ni en el siglo XVI era el *Amor* tan *Hombre de negocios* como en el dia; ni, en fin, de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra pudo decirse con justicia aquello de

»Jugando está á las tablas D. Gaiferos,  
»Que ya de Melisendra está olvidado!»

No, bellas lectoras, nó: Bocanegra tenia en el alma una *pasion* sobrado sincera, y en el pecho un corazon harto esforzado, para que ni le fuese posible olvidar el riesgo de su dama, ni menos arredrarle el propio en el propósito de salvarla.

¿Por qué, pues, no lo intentaba desde luego?—Por la sencillísima razon de que no juzgaba que por el momento fuese el peligro inminente; y en segundo lugar, porque para él era un misterio el paraje en que Catalina se hallaba.

No creia el peligro inminente, porque habiéndose tratado que Catalina quedase bajo la inmediata salvaguardia de doña Elvira, y Juan Ponce de Leon en la fiesta, aquella estaba segura hasta el término de los regocijos del bosque, por lo menos, y esas horas habia para prepararse á lo que ocurriese; pero aun asi hubiera procurado Bocanegra ponerse de acuerdo con su dama, á saber donde se hallaba, que no lo sabia como dijimos, ni saberlo podia, pues que ya era él partido de la plazoleta de los Castaños, cuando de allí se marchó Catalina.

Sin embargo, D. Bernardino, que tampoco se hacia ilusiones en cuanto á la indulgencia que de Juan Ponce

podia esperar su muger; y que, á mayor bundamiento, consideraba como un bien para él lo ocurrido, ocupóse desde luego en disponer las cosas de manera que le fuese dable aprovechar, sin pérdida de tiempo, la primera ocasion que de salvar á Catalina le deparase la fortuna. Hemos dicho que aquel apasionado caballero consideraba como un bien para él que el Encomendero hubiera sorprendido el secreto de sus amores con Catalina; y para que se comprenda esa que parece aberracion de su entendimiento, bastarán pocas palabras. Bocanegra amaba sinceramente; y su caballerosidad, ademas, se rebelaba sin cesar contra la villanía de partir con otro las caricias del ídolo de su corazon. ¿Cómo no habia de felicitarse por un suceso que le entregaba á su amada por completo?—Asi poco tardó en formarse un plan de conducta: apenas pudiese, sacaba á Catalina del poder de su marido; provisionalmente se la llevaba á una pequeña alquería de que era dueño en las cercanías de Méjico; y de allí se trasladaba luego con ella bien á las Antillas, bien á la América meridional, ó en fin, á Europa, segun las circunstancias se lo aconsejasen ó permitieran. No era rico D. Bernardino, aunque estaba lejos de la pobreza; mas para los gastos extraordinarios de aquella su emigracion contaba con el auxilio de sus hermanos, y sobre todo con esa esperanza infinita que el Amor solo sabe inspirar en los pechos que domina. En la prevision, pues, de un acontecimiento posible, cuando no probable, que la realizacion de su proyecto facilitase, abstúvose por de pronto de unirse á los demas caballeros que á recibir á los Marqueses salieron; y aprovechando la ocasion de su ausencia, sacó de la cuadra su caballo, sin que nadie lo advirtiese, y llevólo cerca de la puerta falsa del jardin, donde lo dejó oculto entre los árboles y á uno de ellos atado. Despues, como era harto natural, comenzó á dar vueltas en tor-

no del edificio, en busca de Catalina, quien no habiendo concurrido al recibimiento de los Marqueses, era de presumir, ó mejor dicho, positivo, que se hallaba en el Palacio. La fatalidad quiso que Bocanegra en el momento mismo en que las salvas se oyeron se hallase frente á la ventana del gabinete-prision de su querida, que sobre el jardin caia.

Al estrépito de mosquetes y arcabuces renació, como dijimos, la esperanza en el pecho de la adúltera esposa del Encomendero, y el instinto que á buscar la luz y el aire nos arrastra á todos, ni mas ni menos que á las plantas, llevóla súbito á la ventana.

—«¡Catalina mia!!» Esclamó Pacheco, ébrio de gozo, y sin poder contenerse, apenas divisó aquel rostro de belleza para él tan funesta.

—¡Oh, mi Bernardino!!! Contestó ella con no menor efusion.—¡Oh, mi Bernardino!!! ¡Tú no me abandonas! ¡Tú no me abandonas!!!

—¡Nunca, mi dulce bien, nunca! ¡Soy tuyo, todo tuyo, no mas que tuyo!

—Sácame, pues, de esta prision, Bernardino; librame de las iras de Juan Ponce.

—¿Estás dispuesta á seguirme?

—Al fin del mundo. ¡Sácame pronto de aqui!

—Sal de esa estancia.....

—Imposible; estoy encerrada.

—¡Qué dices!

—Presa, Bernardino, presa; y esta noche misma moriré asesinada, si tú no me salvas.

—¡No digas eso, si no quieres volverme loco, vida mia!

—¡Sácame tú de aqui presto, ó no digas que me amas!»

Pacheco se sentia, no desfallecer, sino arrebatado por un vértigo irresistible: la idea del peligro sobrado

evidente á que Catalina estaba espuesta le trastornaba el juicio; y las voces apasionadas, el acento angustioso de aquella muger, de tal modo le conmovian, que durante algunos instantes se encontró incapaz de todo. Mas la reaccion fue pronta y completa:

—«¡Calla (esclamó dirigiéndose á su amada), calla si quieres salvarte; y déjame obrar, que ó moriré á tus plantas, ó te pondré á cubierto de todo riesgo!»

Y sin esperar respuesta, lanzóse á la carrera por la escalinata arriba en direccion á la gran galeria.

Siguióle Catalina, mientras pudo, con la vista; y luego púsose á calcular, contando los latidos de su angustiado corazon, el tiempo que en llegar á ella tardaba su salvador. — ¡Cuán largos se le hicieron los minutos! ¡Cuántas veces, tomando el ruido de las hojas de los árboles por el eco de los pasos de su libertador, palpitó su pecho de temor y de esperanza! ¡Cuántas otras, desvaneciendo la realidad tan lisongeras esperanzas, cayó en el mas profundo abatimiento!—Y el tiempo pasaba, y Bernardino no parecia... ¡Oh, no! ¡No llegaba Bernardino!—¿Seria capaz de abandonarla?... Catalina, en medio de su agonía, percibió el estrépito de la llegada de los Marqueses á la Quinta, y el piafar de los caballos, y los pasos de los caballeros, y las voces del pueblo... ¡Y Bernardino no parecia! A poco las llaves sonaron en las cerraduras.—«¿Será *él*, que se las haya procurado?—» *El* será, sí.—¿Quién sino *él* puede venir en mi auxilio?»

La puerta del gabinete se abre, en fin; los ojos de Catalina se fijan en ella con ansiedad mortal; un ¡Ay! desesperado sale de su pecho; y, ya incapaz de sostenerse, cae anodada sobre un sillón.

Elvira, no D. Bernardino, era quien á verla entraba.

La esposa de D. Alonso, aunque tan severa consigo misma, no se mostró con Catalina inflexible, antes por

el contrario, misericordiosa y blanda. Trató, pues, entonces de consolarla diciéndole que, si por el momento sus obligaciones de dueña de casa la impedían asistirle de continuo, no por eso dejaba de ocuparse en preparar los medios de dulcificar la amarga situación en que ella (Catalina) se encontraba.— «Alentad, señora (dijo Elvira); esta noche no saldreis de mi Quinta; mañana yo haré que Fr. Diego de Olarte y D. Martin Suarez hablen á vuestro esposo; y Dios mediante, conseguiremos que un claustro os ponga á cubierto de sus iras, y os dé ocasion y tiempo para aplacar las del Altísimo.»— Y como la Marquesa la esperaba, volvióse á retirar en seguida, cerrando las puertas como antes lo estaban.

—«¡Un claustro ó la muerte! (Esclamó Catalina al quedarse de nuevo sola en su prision). ¡No sé que cosa es mas horrible!—¡Ah, Bernardino, Bernardino! ¿Es posible que tan villanamente me abandones!!!»

Mientras así decia la cobarde culpable, estalló súbito la cerradura del gabinete en que estaba, y aparecióse en el dintel de la puerta D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, teniendo en la mano la barra de hierro con que acababa de forzar la entrada.

No hay para qué encarecer los extremos de gozo y de gratitud que hizo Catalina: cualquiera se los figura facilísimamente.

—Forzada la reja correspondiente al jardin, como la puerta lo habia sido, por ella salieron los amantes, y ya su fuga fue fácil desde aquel momento; porque todo el mundo atendia á los Marqueses, siendo efecto de pura casualidad que uno de los caballeros de Avila viese á los fugitivos cerca de la puerta falsa.

La detencion de Bocanegra consistió en la necesidad de procurarse la barra primeramente, y luego en que, habiéndola ya hallado en las caballerizas y llevándola bajo de la capa oculta, encontróse con que la llegada

de los Marqueses y su comitiva le interrumpió por algun tiempo el paso. Mas de esa misma contrariedad sacó partido para su objeto; pues sabiendo que Catalina tenia por prision la estancia de Elvira, fácilmente se le ocurrió seguir á esta con el disimulo necesario para no llamar la atencion. De ahí que detrás de ella fuese entrándose por las habitaciones adelante, y se quedase oculto en la que al gabinete precedia, para penetrar luego en ese, como lo verificó en efecto.

Una vez fuera del bosque, D. Bernardino queria irse en derecha á su Alquería; mas Catalina, que cuando sobre su garganta no via la segur pendiente era tan temeraria como en presencia del peligro cobarde, recobrando luego toda su audacia, obstinóse en pasar antes por su casa de Méjico, propósito al parecer desatinado, pero en realidad y hasta cierto punto justificable. Catalina quiso, en primer lugar, apoderarse de sus pocas joyas, de algunas alhajas de su marido, y de cuanto dinero encontrase, tanto por su natural codicia, como por no quedar completamente á merced de Pacheco; y Catalina quiso tambien llevarse consigo ciertos papeles de la conjuracion, que D. Bernardino le habia confiado, y algunas cartas de Avila que aún en su poder conservaba.

Por eso fue á la casa de su esposo antes de proseguir en la fuga con su amante.

FIN DEL TOMO TERCERO.





# INDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN EL TOMO III.

|                                                                                                                                                      | <u>Pág.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| CAPÍTULO I.....                                                                                                                                      |             |
| Que D. Martin Cortés sacó los pies del plato, mientras los demas convidados metian en él las manos. . . . .                                          | 1           |
| II....                                                                                                                                               |             |
| En el cual, sin gran necesidad, se da razon del baile, teatro y juegos de los indios. . . . .                                                        | 21          |
| III...                                                                                                                                               |             |
| De cómo se juntaron los caballeros ; y de la junta resultó, como acontecer suele, entenderse unos á otros menos que nunca. . . . .                   | 38          |
| IV...                                                                                                                                                |             |
| Que , sin ser comedia famosa de D. Pedro Calderon , ni tratado de historia natural, pudiera titularse : <i>el Mónstruo de los jardines</i> . . . . . | 55          |
| V....                                                                                                                                                |             |
| Que el Mónstruo de los jardines prosiguió haciendo de las suyas. . . . .                                                                             | 72          |
| VI...                                                                                                                                                |             |
| Donde prosiguen las fechorías del Mónstruo de los jardines. . . . .                                                                                  | 87          |
| VII..                                                                                                                                                |             |
| De como el Mónstruo de los jardines devoraba á sus criaturas. . . . .                                                                                | 108         |
| VIII..                                                                                                                                               |             |
| Otras criaturas devoradas por el Mónstruo de los jardines. . . . .                                                                                   | 128         |
| IX...                                                                                                                                                |             |
| De cómo apaciguan las pependencias los maridos incivilizados. . . . .                                                                                | 149         |
| X....                                                                                                                                                |             |
| Que D. Alonso de Avila sabia aplicarse á sí propio las lecciones que á los otros daba. . . . .                                                       | 170         |
| XI...                                                                                                                                                |             |
| Que refiere sucesos curiosos y para nuestro cuento importantes. . . . .                                                                              | 189         |
| XII..                                                                                                                                                |             |
| En que prosiguen los sucesos del anterior, y desaparecen momentáneamente de la escena los Doctores. . . . .                                          | 212         |
| XIII.                                                                                                                                                |             |
| De cómo recibió Motezuma á Hernan Cortés en la Imperial ciudad de Méjico. . . . .                                                                    | 237         |

INDICE.

CAPITULO XIV. Que tambien los indios querian celebrar á su modo la fiesta de Chapultepec. . . . . 256

XV.. De cómo aún no estaba agotado el de las peripécias de la nunca bien ponderada fiesta de Chapultepec. . . . . 284

XVI. De como sucede siempre el reposo á la agitación, la calma precede á la tempestad, y los hombres buscan muchas veces lo mismo de que huir debieran. . . . . 305

189

170

149

128

108

87

73

55

38

21

1

que D. Martin Cortés sacó los pies del pla-

lo, mientras los demás convidados ma-

tian en él las manos. . . . .

En el cual, sin gran necesidad, se da razon

del baile, teatro y juegos de los indios.

De cómo se juntaron los caballeros; y de la

junta resultó, como acontecer suele, en-

tenderse unos á otros menos que nunca.

Que, sin ser comedia famosa de D. Pedro

Calderon, ni tratado de historia natural,

podiera titularse: el Monstruo de los jar-

dines. . . . .

Que el Monstruo de los jardines prosiguió

haciendo de las suyas. . . . .

Donde prosiguen las lecciones del Monstruo

de los jardines. . . . .

De como el Monstruo de los jardines devota-

ba á sus cristianías. . . . .

Otras cristianías devoradas por el Monstruo

de los jardines. . . . .

De cómo apaciguan las pendencias los mari-

dos incivilizados. . . . .

Que D. Alonso de Avila sabia aplicar á sí

propio las lecciones que á los otros daba.

Que refiere sucesos curiosos y para nuestro

cuento importantes. . . . .

En que prosiguen los sucesos del anterior, y

desaparecen momentáneamente de la es-

ena los Doctores. . . . .

De cómo recibió Motexuma á Hernan Cortés

en la imperial ciudad de México. . . . .

## ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

| <i>Pág.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>                                         | <i>Léase.</i>                                        |
|-------------|---------------|------------------------------------------------------|------------------------------------------------------|
| 13          | 1             | de Don Alonso                                        | á Don Alonso                                         |
| 52          | 25            | Tansenes                                             | Tamenes                                              |
| 86          | 20            | bascará                                              | buscará                                              |
| 114         | 17            | terreno                                              | terrero                                              |
| 116         | 5             | de que su risa                                       | que su risa                                          |
| 123         | 4             | combinando                                           | combinado                                            |
| 138         | 30            | por amor propio                                      | por el amor propio                                   |
| 150         | 15            | Francisco                                            | Francisca                                            |
| 152         | 20            | incumbe                                              | sucumbe                                              |
| 154         | 15            | muchos defectos                                      | muchos de sus defectos                               |
| 157         | 16            | como siempre, la ver-<br>dad clara                   | como siempre la ver-<br>dad, clara                   |
| 158         | 4             | convertís                                            | convenís                                             |
| 160         | 17            | disipase presto                                      | se disipase presto                                   |
| 165         | 16            | notar                                                | votar                                                |
| ibid.       | ibid.         | Don Pedro dando su<br>aprobacion, por su-<br>puesto, | Don Pedro, dando su<br>aprobacion por su-<br>puesta, |
| 166         | 30            | los prógimos                                         | sus prójimos                                         |
| 173         | 7             | ni de pasarse                                        | ni de pararse                                        |
| 176         | 17            | considéraseme                                        | consideradme                                         |
| 181         | 21            | respondió, el que                                    | respondió él, que                                    |
| 184         | 6             | seguir                                               | segun                                                |
| 186         | 24            | ¿Qué ocasion                                         | ¿Qué accion                                          |
| 188         | 14            | Es un gran                                           | En un gran                                           |
| 189         | 16            | Pues si el dia de campo                              | Pues si el campo                                     |
| ibid.       | 19            | parejas con el campo                                 | parejas con él                                       |
| 191         | 10            | ¿Si por cierto                                       | Si por cierto                                        |
| 208         | 11            | practicó en sus                                      | práctico en sus                                      |
| 223         | 28            | <i>Traxcallan</i>                                    | <i>Tlaxcallan</i>                                    |
| ibid.       | 30            | Traxcala                                             | Tlaxcala                                             |
| 228         | 21            | indígeno                                             | <i>indigena</i>                                      |
| 242         | 9             | ( <i>Boudoirs</i> ), decimos<br>hoy,                 | ( <i>Boudoirs</i> , decimos<br>hoy)                  |
| 246         | 12            | mas veces                                            | unas veces                                           |
| 250         | 31            | cuanto                                               | cuando                                               |
| 251         | 11            | incendiario                                          | incensario                                           |
| 266         | 33            | dos <i>limoneras</i>                                 | una <i>limonera</i>                                  |

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO

|       |                         |                         |
|-------|-------------------------|-------------------------|
| 137   | de don Alonso           | de don Alonso           |
| 138   | Tamones                 | Tamones                 |
| 139   | buscar                  | buscar                  |
| 140   | tercer                  | tercer                  |
| 141   | de que su risa          | de que su risa          |
| 142   | combinado               | combinado               |
| 143   | por amor propio         | por el amor propio      |
| 144   | Francisco               | Francisco               |
| 145   | incunab                 | incunab                 |
| 146   | muchos defectos         | muchos defectos         |
| 147   | como siempre, la ver-   | como siempre, la ver-   |
| 148   | dad clara               | dad clara               |
| 149   | convertis               | convertis               |
| 150   | disipase presto         | disipase presto         |
| 151   | notar                   | notar                   |
| ibid. | Don Pedro dando su      | Don Pedro dando su      |
| ibid. | aprobacion, por su-     | aprobacion, por su-     |
| 152   | presto                  | presto                  |
| 153   | los proximos            | los proximos            |
| 154   | ni de pasarse           | ni de pasarse           |
| 155   | consideramos            | consideramos            |
| 156   | respondió, el que       | respondió, el que       |
| 157   | segun                   | segun                   |
| 158   | ¿Que accion             | ¿Que accion             |
| 159   | Es un gran              | Es un gran              |
| 160   | Pues si el dia de campo | Pues si el dia de campo |
| ibid. | parjas con el campo     | parjas con el campo     |
| 161   | ¿Si por cierto          | ¿Si por cierto          |
| 162   | practicó en sus         | practicó en sus         |
| 163   | Tzacalla                | Tzacalla                |
| ibid. | Tzacala                 | Tzacala                 |
| 164   | indigena                | indigena                |
| 165   | (Boudoirs), decimos     | (Boudoirs), decimos     |
| 166   | hoj                     | hoj                     |
| 167   | mas veces               | mas veces               |
| 168   | cuando                  | cuando                  |
| 169   | incensario              | incensario              |
| 170   | los timoneras           | los timoneras           |

## ERRATAS DEL TOMO TERCERO.

| <i>Pág.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>                           | <i>Léase.</i>                          |
|-------------|---------------|----------------------------------------|----------------------------------------|
| 29          | 35            | ya Cojatmel                            | ya el Cojametl                         |
| 31          | 21            | las obtuvieron                         | los obtuvieron.                        |
| ibid.       | 22            | de los adoratorios                     | en los adoratorios                     |
| ibid.       | 24            | viejos                                 | ciegos                                 |
| 34          | 15            | otras clase                            | otra clase                             |
| 64          | 26            | jóven, aún                             | jóven aún,                             |
| 76          | 29            | los libertase                          | los libertó                            |
| 88          | 14            | se trate                               | se trata                               |
| 89          | 18            | muger que,                             | muger, que,                            |
| 95          | 19            | Priquis                                | Psiquis                                |
| 96          | 34            | Pelco                                  | Peleo                                  |
| 105         | 30            | pronnnacia                             | pronuncia                              |
| 124         | 2             | ni mi huesped                          | mi huésped                             |
| 134         | 30            | Eudimion                               | Endimion.                              |
| 143         | 24            | aurañado                               | enmarañado                             |
| 192         | 22            | no asegurando                          | no augurando                           |
| 242         | 34            | melancolia:                            | melancolia,                            |
| 244         | 30            | corredor                               | comedor                                |
| 246         | 21            | se servia                              | servia                                 |
| 249         | 1             | ó mayor                                | Pero, á mayor                          |
| 250         | 11            | callarse                               | callar                                 |
| 271         | 14            | Tnuchtitlan                            | Tenuchtitlan                           |
| 279         | 31            | referido, sin estrépito;<br>al parecer | referido: sin estrépito,<br>al parecer |
| 284         | 10            | debido, no á                           | debido á                               |

ERRATAS DEL TOMO TERCERO.  
**PLANTILLA**

PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS

|                 |                                                           | Pág.           |
|-----------------|-----------------------------------------------------------|----------------|
|                 | <b>DEL TOMO TERCERO.</b>                                  |                |
|                 | <del>de los años</del>                                    | <del>131</del> |
|                 | <del>visos</del>                                          | <del>131</del> |
|                 | <del>otra clase</del>                                     | <del>131</del> |
|                 | <del>joven, aun</del>                                     | <del>131</del> |
|                 | <del>los libertas</del>                                   | <del>131</del> |
| 1. <sup>a</sup> | La fiesta de Chapultepec. . . . .                         | 54             |
| 2. <sup>a</sup> | Doña Catalina. . . . .                                    | 109            |
| 3. <sup>a</sup> | D. Martin Cortés. . . . .                                 | 195            |
| 4. <sup>a</sup> | Sacrificio en el bosque. . . . .                          | 277            |
|                 | <del>mi huésped</del>                                     | <del>134</del> |
|                 | <del>Endimion</del>                                       | <del>134</del> |
|                 | <del>enmarñado</del>                                      | <del>143</del> |
|                 | <del>no asegurado</del>                                   | <del>192</del> |
|                 | <del>melancolia</del>                                     | <del>242</del> |
|                 | <del>comedor</del>                                        | <del>244</del> |
|                 | <del>servia</del>                                         | <del>246</del> |
|                 | <del>Pero, á mayor</del>                                  | <del>249</del> |
|                 | <del>callar</del>                                         | <del>250</del> |
|                 | <del>Tnachtilan</del>                                     | <del>271</del> |
|                 | <del>teléido, sin estrepito; teléido: sin estrepito</del> | <del>279</del> |
|                 | <del>al parecer</del>                                     | <del>284</del> |
|                 | <del>debido, no á</del>                                   | <del>284</del> |

11



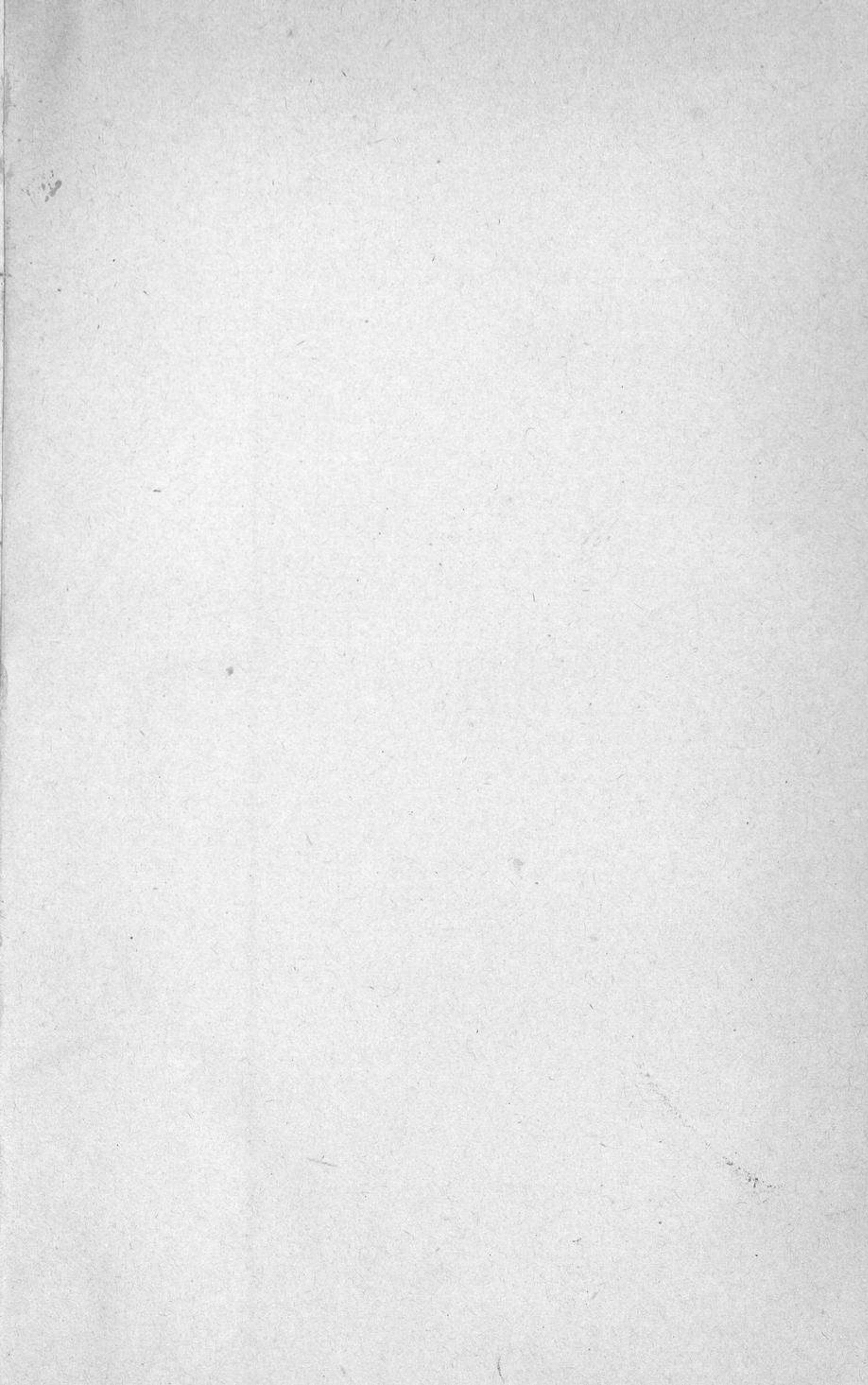
1.ª La fiesta de San Juan

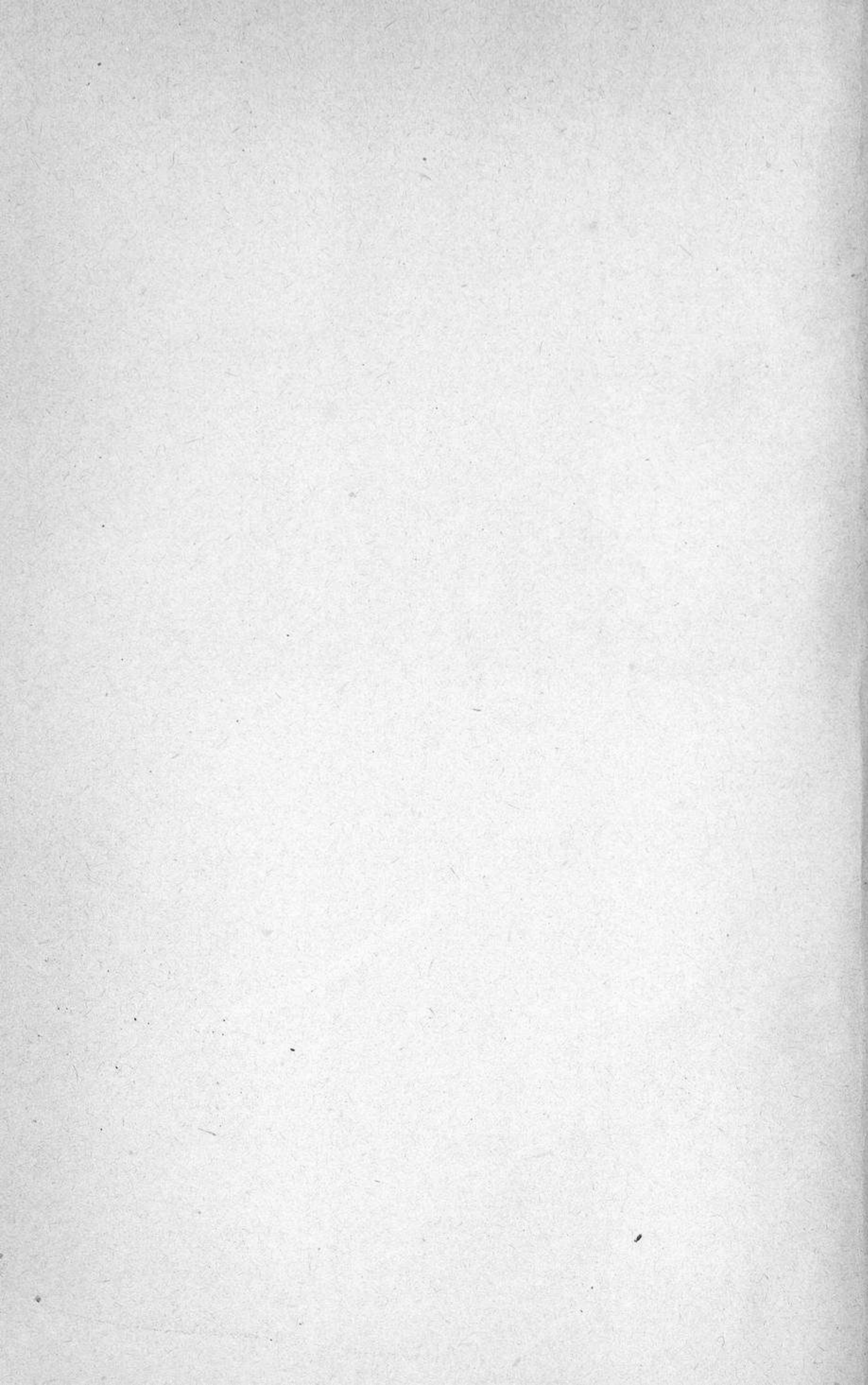
2.ª Doña Catalina

3.ª D. María Teresa

4.ª ...







BIBLIOTECA PROVINCIAL  
B.P. 406, 228  
Reg.  
ESCOLA PIA CATALUNYA

MA

A  
22  
(

MEJICO

III

Ast

R

2238

(3)